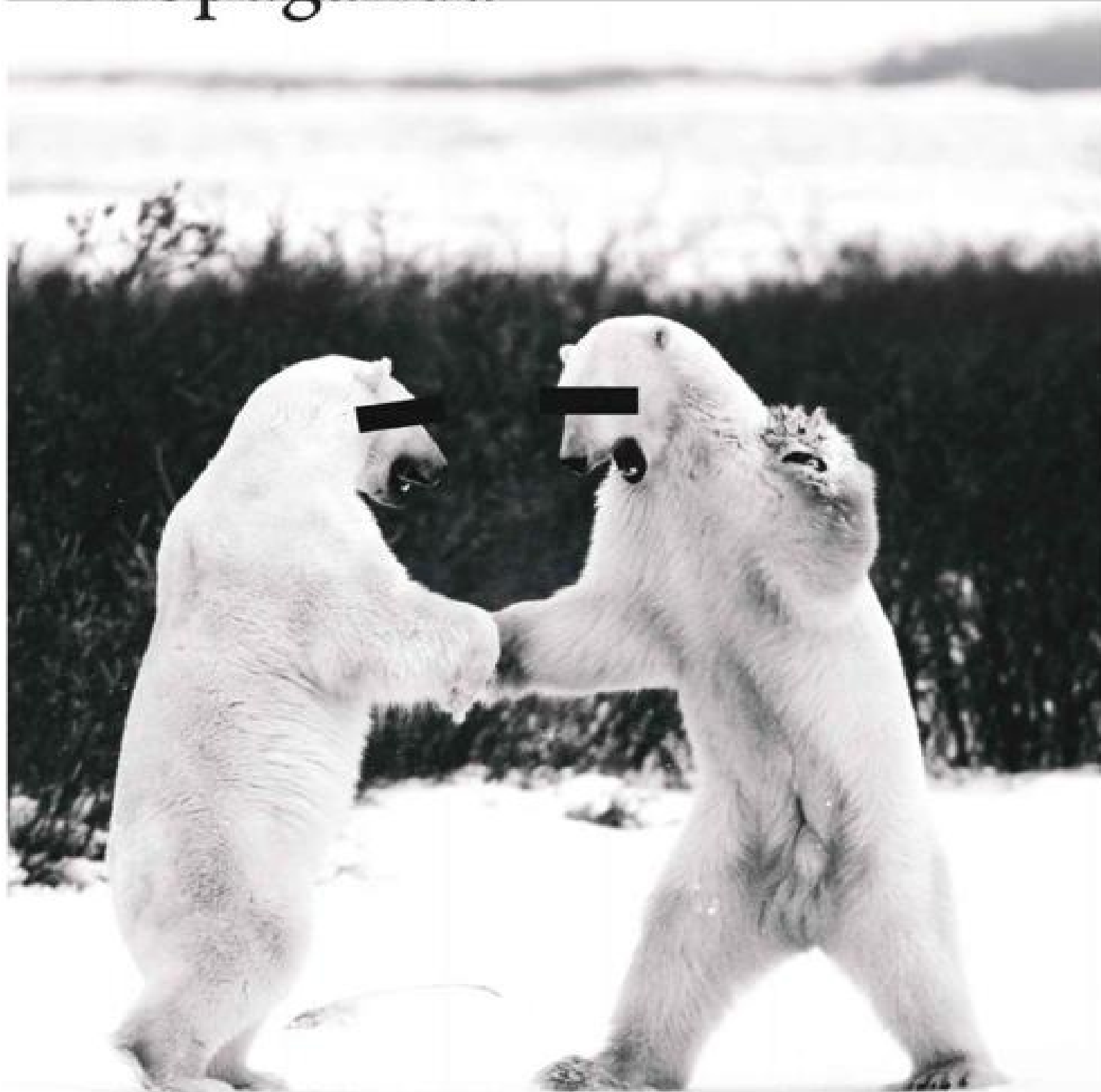




Seis Barras Gremio Biblioteca Breve

J.M. Alfaro Muleman

Propaganda



Los personajes y hechos retratados en este libro son completamente ficticios. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), con hechos reales o con diseños gráficos de editoriales es pura coincidencia.

© José Manuel Alfaro Muleman, 2024

© Editorial Okto, 2024

Seis Barras, un sello editorial de Editorial Okto

Calle San Antonio, 22, 21800 Moguer (Huelva)

www.oktocontenidos.es

Primera edición: febrero de 2024

ISBN: 978-84-128056-2-8

Depósito legal: H 100-2024

Corrección y edición: Ana Garrido

Composición: Tony Ruiz

Montaje digital: Verónica Daza

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70

Más Propaganda

«En los años que llevo en este deporte nunca había leído un libro que reflejara las miserias, las envidias y la sed de venganza de unos luchadores en los que la violencia de las peleas rozaba el romanticismo».

Juez Internacional de Lucha Grecorromana

«Nunca imaginé que el viaje de seis días y cinco noches que les organizamos a Moscú pudiera poner al borde de la muerte a los estudiantes. Ojalá todos los viajes de fin de curso que organizamos fueran así de divertidos».

Directora de la agencia de viajes

«En este libro se puede ver que la universidad es algo más que una granja endogámica de docentes y estudiantes estabulados que solo piensan en hacer fiestas en sus pisos, tomar drogas e ir de discotecas los fines de semana».

Catedrático de la Universidad

«Si yo hubiera ido a este viaje de fin de curso, no sería el exalumno universitario que ha terminado de reponedor de fruta en el Mercadona de mi barrio y estaría trabajando de comercial en una tienda de colchones de un gran centro comercial».

Exalumno de la facultad de Filología Clásica de Sevilla

«Le dije que si le quitaba cincuenta páginas al manuscrito tenía una novela, que a partir del capítulo quince se hacía más grande y posiblemente una de las más extrañas que he leído en los últimos tiempos».

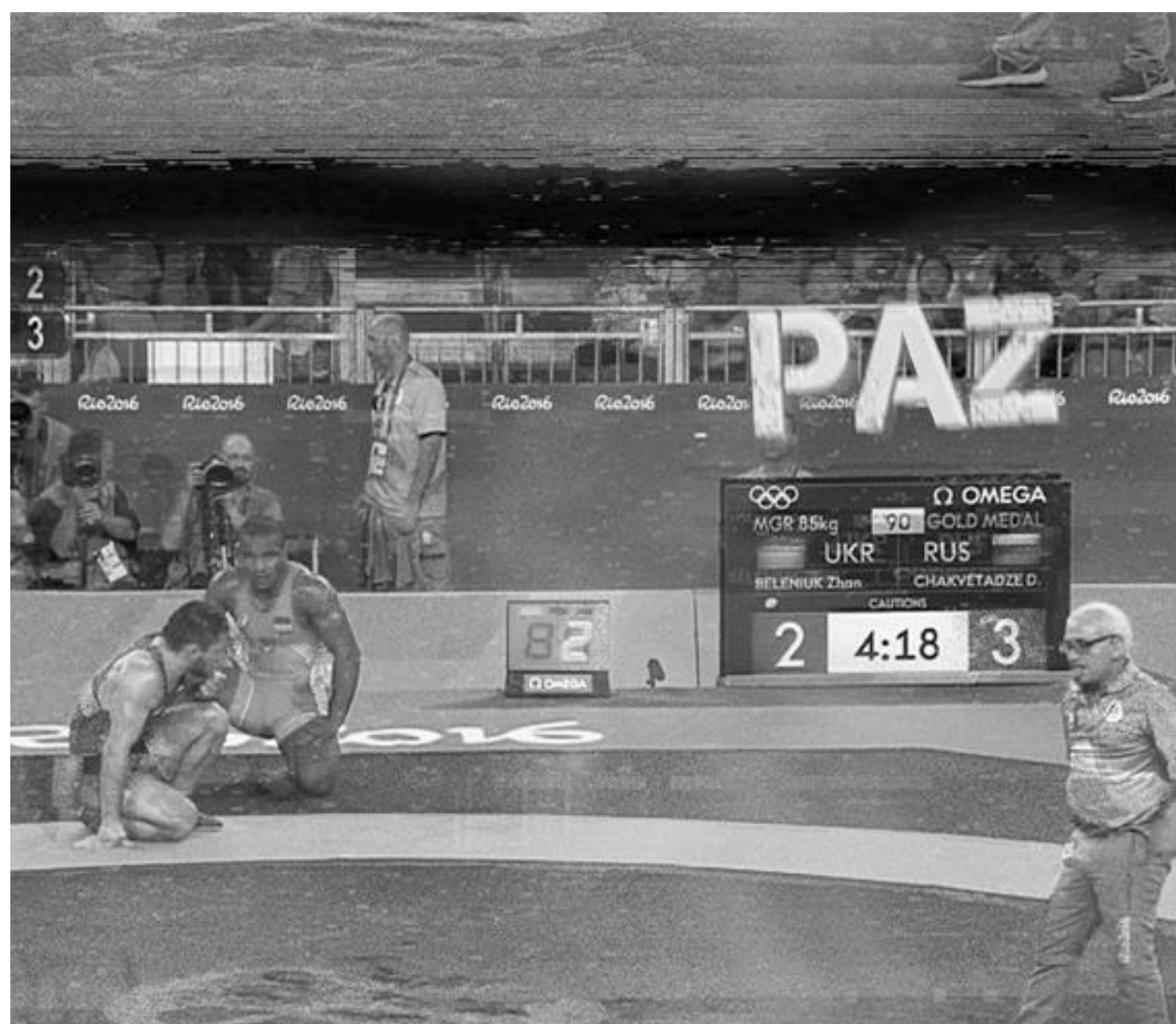
Manuel Moya, escritor

**Advertencia para todo
el que lea este libro**

*No puedes dejar de leer
esta novela hasta el
capítulo quince.*

**Advertencia para todo
el que lea este libro**

*No puedes dejar de leer
esta novela hasta el
capítulo quince.*



PAZ

Al Sr. Vladímir

Estimado Sr. Vladímir, director de Propaganda, la mejor discoteca de Moscú, posiblemente de Rusia y una de las incluidas en la lista de las veinte mejores discotecas del mundo:

Le escribo sentado en el asiento del autobús que nos ha traído hasta su discoteca, mientras espero que me informen que ya puedo bajarme, en un día tan importante para mí y para todos los estudiantes que asistiremos este 24 de febrero a la fiesta del último día de nuestro viaje de fin de curso. Un viaje de seis días y cinco noches en esta maravillosa ciudad imperial en el que la directora de la agencia de viajes nos ha organizado una fiesta que sabemos cuándo empieza, pero no cuando termina, y que estoy seguro no defraudará a nadie y en la que podremos beber su famoso refresco de naranja algo amargo en el reservado que nos tiene preparado y al que vendrán sus camareros vestidos de uniforme para traernos sus combinados de naranja y cualquier droga que necesitemos de las que llevan en sus bolsillos, para poder bailar en su pista hasta la muerte.

Estoy seguro de que la fiesta que comenzó cuando subimos al autobús de su empresa en la puerta del hotel y en el que se podía leer en el rótulo del trayecto, antiguo hotel Ucrania Propaganda, será la mejor fiesta de nuestras vidas. Un hotel Ucrania hoy conocido como Hotel Radisson Royal, donde hemos pasado cinco noches en uno de esos siete rascacielos moscovita conocidos como los rascacielos de Stalin y en el que supongo que desde que concluyeron las obras en 1957, después de cuatro años de construcción, habrá albergado a muchos estudiantes de viaje de fin de curso con hambre de fiesta como nosotros, que hemos esperado pacientemente en la puerta del hotel mientras mirábamos impresionados la majestuosidad de su torre principal de 34 pisos y 198 metros de altura del que fue el hotel más alto del mundo hasta 1976 y por el que nos hemos perdido durante estos días entre los pasillos a los que se accedía a sus 500 habitaciones, 38 apartamentos, restaurantes, inmensas salas de conferencias y su impresionante circuito de aguas termales. Una puerta del hotel, donde yo he esperado exultante con mi traje de chaqueta inglés negro recién alquilado, una camisa blanca de Zara a la que tenía anudada una corbata de seda negra fabricada en china y unos mocasines italianos negros en ese momento brillantes, peinado como un espía y a la espera de que antes de subir al autobús uno de los conductores nos hiciera a mí y a mis tres compañeros del piso de estudiantes la foto en las escalinatas del hotel de la última noche de nuestro viaje de fin de curso.

Lo primero que me gustaría agradecerle es la amabilidad con la que nos trataron durante el viaje, especialmente la señorita que, mientras nos dirigíamos hacia su discoteca, iba haciendo de guía durante un trayecto en el que hemos parado en cada hotel donde esperaban ansiosos otros grupos de estudiantes de otras facultades, todos vestidos de fiesta, a los que iban sentando de una forma sistemática. Yo al principio no le di importancia, pero a medida que se iban llenando los asientos descubrí cómo nosotros cuatro habíamos sido invitados desde el principio a ocupar los primeros asientos detrás de conductor, supongo que, para poder escuchar perfectamente, en un inglés con acento ruso, la historia de cada uno de los edificios y lugares más emblemáticos que íbamos viendo durante el trayecto de una hora que hemos tardado en llegar hasta Propaganda. Durante ese tiempo nos hemos sentido unos privilegiados, sobre todo viendo como al resto de los estudiantes que iban siendo ubicados en los asientos vacíos les era imposible escuchar nada con las ventanillas abiertas en pleno mes de febrero, por la que entraba un frío desolador y una escasa luz del alumbrado exterior, que estaba provocando que las imágenes de la cámara de seguridad que nos estaba grabando no tuvieran mucha calidad. Tampoco tuvieron suerte los compañeros que fueron obligados a sentarse junto al motor de un autobús que se veía limpio, pero que podía tener algunas décadas por su sobriedad, la ausencia de luz y altavoz individual en cada asiento sin rejilla para la calefacción y el aire acondicionado y unos asientos metálicos austeros sin reposacabezas en los que poder instalar una pantalla para ver lo que estaba pasando dentro de la discoteca. A mí personalmente me pareció un bonito detalle poder disfrutar de un vehículo clásico que me recordaba a los autobuses de esas películas en las que se trasladaban a un grupo de prisioneros al corredor de la muerte y terminaban teniendo un accidente y fugándose, o es otra en la que trasladaban a un grupo de soldados al campo de batalla donde les esperaban una muerte segura pero heroica. Por suerte, durante este viaje discotequero iniciático no tuvimos ningún accidente, además supongo que, si hubiera pasado, los dos coches militares que iban adelante y detrás nos hubieran socorrido y llamado a los servicios de emergencia. Mi opinión, y es una percepción personal y seguro que coincide con la suya, es que los italianos, alemanes e ingleses, franceses, polacos y el resto de los estudiantes de distintas facultades de los cuarenta y seis países europeos que había en los tres autobuses que íbamos en ese convoy, es que ha sido un viaje emocionante, aunque a algunos, no se les veía muy contentos viajando en aquella tartana a motor, que casi hizo a uno de los estudiantes de arquitectura vomitar, bueno lo hizo, pero gracias a una bolsa de papel con el logotipo y el nombre de su discoteca que le dio a tiempo su magnífica y amable guía durante todo el viaje, el contenido del bufé libre de la cena del hotel terminó dentro de ella. Menos mal, porque si lo hubiera echado fuera y se le hubiera manchado o salpicado el traje a alguno de nosotros, seguro que habríamos tenido que volver al hotel a cambiarnos, pero al final no tuvimos que lamentar ningún incidente de este tipo que hubiera convertido el suelo metálico del autobús en un auténtico tobogán. No me imagino qué hubiera

El pasado si hubiera vomitado en uno de esos autobuses de lujo en los que trasladan a los futbolistas al estadio, con asientos de cuero y suelos enmoquetados, yo no soy un experto en limpieza de autobuses, pero si eso hubiera ocurrido seguro que a algunos de los tipos cachas que viajaban con nosotros, les habría tocado limpiarlo todo y eso seguro que no les iba a gustar mucho. Por eso le aconsejo que a lo mejor no se trata de remodelar el interior para deshacer la frialdad de un habitáculo con asientos metálicos, acero laminado de color gris y cristal sin aislamiento, sino de advertir al conductor que intente conducir un poco más despacio, que no es necesario saltarse ningún semáforo en ámbar y que los cambios de sentido puede hacerlos con más suavidad, pero todo eso ya se lo puse en la encuesta de satisfacción que hemos tenido que rellenar antes de salir del autobús en la que nos han pedido los datos personales, como mi fecha de nacimiento, mi altura, mi peso y es algo que no me importa compartir, porque solo habría que mirarme para saberlo, lo que me resulta un poco más extraño fue que me pidieran algunos datos, que solo se pueden ver en un expediente médico, como alergias a medicamentos, el grupo sanguíneo, intolerancias alimentarias, si había sido operado alguna vez o si mi padre, mi madre o algún familiar tenían alguna enfermedad reseñable y hereditaria. Cuando terminé de completar el cuestionario de calidad y marqué con una cruz el consentimiento del último apartado en el que podía leer que aceptaba todas las condiciones de esta fiesta, supe por qué íbamos a la discoteca: la más importante y famosa de Moscú y a una de las veinte mejores discotecas del mundo, porque allí no dejan entrar a cualquiera, que no garantice que no se iba a derrumbar con el primer buche de un refresco de naranja y que está dispuesto a hacer y tomar todo lo necesario para terminarla cerrándola. No quiero imaginar que alguno de nosotros fuera alérgico a los frutos secos y si muriera en medio de la pista de baile, aquello sería terrible, tendrían que parar la música, llamar al médico de guardia de la discoteca para salvarle la vida allí mismo. Si esto ocurriera, un director de sus características se podría ver cuestionado, incluso podría suponer su destitución así que por esa razón he contestado a todas las preguntas del cuestionario porque una discoteca, como la que dirige necesita de gente que dé certidumbre al negocio, eso sí, yo no he necesitado ayuda para entender el cuestionario, pero muchos de los compañeros que viajaban conmigo sí, lo que ha provocado que su personal se viera en algunos momentos sobrepasado, incluso uno de ellos se puso algo nervioso, si no hubiera sido por el poder pacificante de su maravillosa guía, la voz se habrían escuchado en la Plaza Roja. Así que, para mí, salvo algunos pequeños detalles ha sido un trayecto inolvidable y nunca me había sentido tan bien atendido en un viaje de autobús que terminó cuando se detuvo delante del cartel luminoso de su discoteca, en el que se podía leer con letras de neón: *Propaganda*. Llevo cinco noches esperando este momento que parecía no iba a llegar nunca y del que estoy seguro que la realidad superará a cualquiera de las expectativas que he imaginado durante todos estos días. Si en una guerra, cualquier realidad acontecida supera a la ficción imaginada, dentro de su discoteca estoy seguro de que todo lo que

socorra en los reservados donde no hay cámaras de seguridad que puedan grabar violaciones, en la barra donde pueden pasarte cualquier droga imaginable, los aseos donde los discotequeros ajustan cuentas a navajazos, la trastienda de su almacén donde rellenan las botellas originales de alcohol isopropílico, 2-propanol, con saborizantes a hierbas aromáticas, la oficina de departamento de administración donde se hacen las listas negras de los discotequeros que nunca volverán a entrar, en su propio despacho donde se decide el futuro de Propaganda o en la pista de baile donde los pisteros se dejan la suela de sus zapatos, estará a la altura del lema de su discoteca, BAILA O MUERE.

r

a

M

a

e

,

n

l

e

a

e

e

r

e

r

n

,

a

o

o

e

s

,

e

e

e

s

l

e

ocurra en los reservados donde no hay cámaras de seguridad que puedan grabar violaciones, en la barra donde pueden pasarte cualquier droga imaginable, los aseos donde los discotequeros ajustan cuentas a navajazos, la trastienda de su almacén donde rellenan las botellas originales de alcohol isopropílico, 2-propanol, con saborizantes a hierbas aromáticas, la oficina del departamento de administración donde se hacen las listas negras de los discotequeros que nunca volverán a entrar, en su propio despacho donde se decide el futuro de Propaganda o en la pista de baile donde los pisteros se dejan la suela de sus zapatos, estará a la altura del lema de su discoteca, BAILA O MUERE.

M.

Al Sr. Vladímir

Estimado Sr. Vladímir, director de la discoteca Propaganda:

Le vuelvo a escribir para recordarle que aún sigo esperando contestación a la última carta. Si que la vida de un director que aspira a convertir su discoteca en la más importante del mundo requiere de una enorme atención y también estar en condiciones de máxima sobriedad durante todo el día para una persona como usted que se encuentra inmerso en un permanente ambiente de alcohol y drogas, pero lo suyo es oficio incansable de dieciocho horas seguidas trabajando para gente que, como yo, viene a divertirse y dar lo mejor en la pista de baile, eso sí, supongo que luego están esos malos momentos en los que le toca ejercer de policía e imponer el imperio de la ley y el orden incluso en los baños. Ser director de una discoteca es un trabajo desagradecido aunque puedas beber todo lo que quieras gratis e, incluso, si eres inteligente y amable, ganarte un buen sobresueldo con las propinas que le servirá de complemento a su plan de pensiones privado. No sé si hago bien diciéndole esto, pero si algún día necesita alguien para trabajar en su discoteca quiero decirle que soy estudiante de Filología Clásica y podría serle útil para contestar a esta carta en la que le relato mi entrada en su discoteca a las 00:30 horas de la noche y que ha sido una de las mejores cosas que me han pasado en este viaje de fin de curso y una de las decisiones más importantes que he tomado en este último y duro curso en el que he estado a borde de dejarlo todo y volver a casa y todo gracias a usted y a su equipo de marketing por inducirme llegar hasta aquí, donde ahora se puede ver la verdadera dimensión de este sueño construido con lemas como, *no se sabe lo que es vivir hasta que no cruzas la puerta de la discoteca Propaganda, la felicidad se escribe con P de Propaganda, cumple tus sueños en la discoteca Propaganda*. Pero si en esta carta hay que felicitar a alguien de todo este ejército que compone la maquinaria mediática que sustenta su trampa para osos discotequeros, esa es la persona que te pone la miel en sus manos para que la lamas. En todos los mares hay sirenas que llaman a los marineros a sus profundidades y en todas las ciudades hay relaciones públicas trabajando a comisión para las discotecas a los que más pagan cuanto más gente consiga llevar dentro, porque una discoteca es eso, una máquina de hacer dinero. Es la primera vez que he sentido la pertenencia a un club exclusivo en el que podré tener a mi alcance todos los destilados rusos del mundo y un solo tipo de refresco de naranja, algo que no entiendo por qué en una discoteca como la suya, cosmopolita, moderna, que aspira a ser una referencia mundial y que está entre las veinte mejores discotecas del mundo no puede tener otras marcas de refrescos de

naranja por motivos ideológicos porque piense que fortalece el imperialismo de la empresa que lo fabrica, no soy un experto en geopolítica de refrescos de naranja, pero quizás debería plantearse tener al menos dos marcas de refrescos, la diversidad es garantía de éxito social, evita que se instale un régimen de pensamiento único discotequero, democratiza su discoteca y genera confianza en un mundo globalizado que necesita discotecas de confianza para que sea un lugar habitable donde bailar sin parar.

Desde que me bajé del avión tuve la percepción de que Moscú es totalmente diferente a lo que se puede ver desde el cielo antes de aterrizar o leer en las guías de viaje de la biblioteca universitaria, pero eso les pasa a todas las grandes ciudades, hay un submundo en cada una de ellas invisible a los ojos, que de día parece un vergel de caos y orden en medio de un páramo de alegría infinita que inunda las terrazas de los bares, las puertas de entrada de los centros comerciales o las colas de espera de los probadores de las tiendas de ropa, y de noche se convierte en una ciudad oscura y fría en la que los vagabundos vuelven de la periferia a dormir al centro de las ciudades, en los jardines, los soportales de los edificios monumentales y los bancos, mientras que los estudiantes de fin de curso buscan refugio en discotecas llenas de haces de luz multicolor, música electrónica, refrescos de naranja infinitos y humo de color rosa en una ciudad que nunca duerme. Moscú me recuerda mucho a la cola de su discoteca, aquí impera un orden establecido y todo tiene una norma que convierte cualquier procedimiento en algo mecánico pero detrás de toda ciudad de postal hay una discoteca como la suya que te muestra la realidad: la que se enfrentan todos los días unos moscovitas que viven sumidos en el sueño de un capitalismo autócrata reservado a los turistas y sus elites. Me da miedo a dónde puede llevar a sus ciudadanos esa gestión de ciudades como Moscú en las que de día se aíslan a los olvidados en los suburbios y de noche los devuelven a las puertas de las discotecas, lo mismo antes de entrar en la discoteca te encuentras en la cola a una conocida modelo, que cuando levantas los ojos y dejas de mirarle el culo ves un indigente en el suelo al que los porteros de la discoteca le acaban de dar una paliza, para después colocarlo detrás de uno de los coches de lujo aparcados en las zonas reservadas para clientes vips de su discoteca. Porque Moscú siempre será algo más que una postal del Kremlin nevado pegada en el frigorífico.

Estoy seguro de que hoy Moscú me regalará la mejor fiesta de mi vida gracias a usted y cada una de las personas que trabajan en su discoteca donde la única decisión que tienes que tomar es cuál de los destilados rusos que hay en la estantería quieres tomar, su discoteca es el sueño para todo estudiante de fin de curso que terminará tatuando en su brazo el número de admisión para que nunca olvide que estuvo aquí y por eso y para darle las gracias por ello me gustaría invitarle algún día a mi casa que está más al sur donde el sol existe para todo el mundo. Sé que no nos conocemos aún lo suficiente, pero me encantaría que conociera a mi familia y dónde vivimos.

para que no se quedara con la imagen de un turista más de su discoteca que solo viene a esquilmar las reservas de su refresco de naranja máspreciado, a babear sobre las jóvenes casadesnudas que bailan en su pista o hacer de los excesos un modo de vida durante unas horas. Todo el mundo sabe que todas las discotecas no son iguales, puede que compartan la misma estructura: una barra donde pedir algo para beber, un espacio reservado a las miradas indiscretas, baños para hombres y mujeres, un guardarropa, un lugar donde drogarse o donde violar a alguien sabiendo que si en ese momento pasara algún discotequero por ahí para ir al baño miraría para otro lado pero sobre todo una pista de baile donde morir si fuera necesario. Las discotecas del sur de donde yo vengo son diferentes, hay discotecas de invierno y verano, con gorilas vestidos con chaqueta y corbata en la puerta, con carteles visibles en los que se puede leer claramente: *reservado e derecho de admisión*, pero solo para aquellos que vienen buscando guerra y saben que llevan sus puños de acero y navajas en los bolsillos. En las discotecas del sur dejamos pasar a lesbianas, gays, transexuales cojos, bisexuales mutilados, gente en silla de ruedas, estudiantes que no llevan ropa cara... En la cola lo mismo te puedes encontrar a un empresario de éxito con los bolsillos llenos de dinero que al adolescente con el carné de identidad falsificado que viene a escuchar las últimas tendencias en música de discoteca y a bailar. En las discotecas del sur no miramos a otro lado cuando vemos que te están ofreciendo droga en la puerta de la discoteca, un hombre pegándole un puñetazo en el estómago a la mujer que va con él por mirar donde no tenía que hacerlo o vemos tirar monedas al suelo para ver arrodillarse a los indigentes que merodean por los aparcamientos de las discotecas. En las discotecas del sur no se viene a escuchar discurso patrióticos de supremacismo barato, ni a beber y ponerse hasta arriba de drogas, aquí no se viene a perder el control, ni a que alguien te diga cómo tienes que bailar, aquí tenemos conciencia de discotequero, creemos en la libertad del baile y la música como vehículo de expresión colectiva hacia un objetivo de progreso común, aquí en el sur los refrescos en las discotecas valen igual para todos los discotequeros, da igual el color de la piel, el dios en el que crea o la carrera que estés estudiando. Tampoco les importa tu orientación sexual, cómo vayas vestido, el brillo y el color de tu ropa, si llevas sombrero o puestos los calcetines al revés, si perteneces a un club de lectura, haces punto por la noche o meas sentado. Así que si viene al sur me comprometo a presentarle a algunos de los directores de las discotecas de mi ciudad, ellos estarán encantados de recibirlo y compartir con usted su modelo de excelencia discotequera que no tiene que coincidir con ese modelo de gestión suyo con el que pretende convertir su discoteca en un referente mundial en el que bailar hasta morir.

De pronto, después de cincuenta minutos, los cuatro nos encontrábamos delante de dos tipos que cuando nos miraron de arriba abajo, apartaron a un lado a Wislawa y la dejaron pasar, e su protocolo no servía para ella, de los tres que quedábamos, a Mykola le dijeron que se quitara la

achaqueta y se la dieran, la cogieron miraron la marca, la olieron y también lo dejaron pasar iluego siguieron con Irene, que iba guapísima, a los dos se les resbalaba la baba por la comisura de los labios, ella tampoco tuvo problemas para entrar, incluso habría podido hacerlo con un AK 47 colgado del hombro y no se hubieran dado ni cuenta y por último me tocó a mí y lo entendí todo, su inteligencia, su sistemática y sobre todo el objetivo de aquel juego de dos guardas de seguridad que había hecho que más de uno se orinara en los pantalones antes de entrar. El objetivo de aquellos rudos y siniestros hombres era desincentivar que entraran aquellas personas que iban simplemente a mirar el ambiente, algo de lo que me di cuenta cuando comenzaron a registrarme y tocarme mis orejas de burro, aquellos dos hombres sabían perfectamente lo que hacían y quiénes debían estar dentro para darlo todo e incluso dispuestas a morir en la discoteca y quienes debían irse al hotel a dormir. La fuerza de una discoteca no reside solo en el espacio, en su música, en sus trabajadores, sino en las personas que está dentro y del compromiso que adquieren con ella, por todo ello le felicito a usted Sr. Vladímir y a María, su relaciones públicas que ya nos estaba esperando dentro al final del pasillo.

^S Desde que llegamos a esta ciudad hemos sido observados por los mejores relaciones públicas de muchos negocios, bares, restaurante, incluso de otras discotecas de la competencia, a todos ellos supimos decir que no, hasta que se cruzó en nuestro camino, aquella chica joven y rubia que nos abordó mientras íbamos de camino al museo de Pushkin y todo cambió. La gente que quiere conseguir algo de ti, tiene un talento especial y se llama sonrisa y dura unos segundos, e mismo que tarda después en preguntarte, tenéis plan para la última noche en la ciudad. No sé si ella lo hacía con todo el mundo, pero el magnetismo de sus ojos verdes conectó conmigo. Yo no podría hablar de amor a primera vista porque en los viajes de fin de curso o en las vacaciones de verano el amor siempre está ahí, pero encontré en la dulzura de sus palabras y en el griego perfecto que hablaba una fuerte conexión. Mis compañeros se dieron cuenta enseguida de que me había vuelto majara por ella, sobre todo Irene. que tenía claro que ahora sí que íbamos a acabar la noche en su discoteca. Generalmente, un relaciones públicas echa con sus potenciales clientes entre uno y cinco minutos en función de la predisposición de sus presas a aceptar su invitación. Comienzan generalmente con un *hola* en varios idiomas, hasta que se abre el canal de comunicación porque alguien del grupo contesta. En ese momento acababa de encontrar la puerta de entrada antes del primer minuto porque en el segundo ya te está proponiendo un plan para la noche; si dices que sí —como dijimos nosotros—, el tercer minuto lo consumen explicando el plan. A mí ya me sobró ese minuto, pero a mis compañeros todavía les hizo falta el cuarto en lo que ella nos explicó las ventajas que tendríamos si íbamos a su discoteca: cola única, el primer refresco de naranja incluido en el precio de la entrada y, lo tercero que nos ofreció, fue un reservado. La noche iba a ser larga, íbamos sin prisas y no queríamos que esto se terminara, a esc

le dijimos también que sí y la cuarta cosa que nos ofreció fue un plan secreto a partir de las seis de la mañana. El quinto minuto, después de decirle a todo que sí, lo utilizó para dar las gracias y -recomendarnos algún lugar turístico más, ahora lo sabía todo de nosotros, podía darle nuestros nombres a la policía con una simple llamada y en unos segundos sabría en qué hotel estábamos alojados. Pero a mí no me importaba porque estaba cerca de cumplir uno de los postulados de un viaje de fin de curso, el de que siempre te enamoras de alguien.

^S Cuando todos estábamos ya dentro, María ya nos estaba esperando para llevarnos al reservado ^a donde tenía preparada una bandeja llena de chupitos de refresco de naranja, yo en ese momento ² ni siquiera le pregunté por la marca, porque estaba solo pendiente del traje de fiesta que vestía, si ^a pelo recogido, un bolso negro y unos zapatos de tacón que nada tenía que ver con las deportivas con las que la conocí sin maquillar esa mañana. A mí, en ese momento, me hubiera dado lo ² mismo que me hubieran puesto gaseosa con colorante alimentario, tampoco sé si podría llegar a ^S ser la mujer de mi vida, pero lo que sí tenía claro es que ella era un amor de viaje fin de curso, un amor de los que entran dentro de la categoría de amores finitos, un amor que tiene un principio y un final del que solo queda un poso de nostalgia del que no te recuperas nunca. Cada uno cogimos un vaso, lo alzamos y brindamos en ruso, en ucraniano, en polaco, en alemán, en inglés y en español y también en latín y griego, como buenos estudiantes de Filología Clásica. Cuando terminamos se acercó un señor muy bien vestido con un traje de chaqueta y corbata roja que hacía juego con los labios de María, quien se levantó rápidamente. Se llamaba Dmitri, María lo presentó como el jefe de sala que, nada más terminarnos los refrescos, mandó traer otra bandeja con más vasos llenos, un brindis al que se sumó él, que brindó por la discoteca Propaganda, la noche más importante de los camaradas del reservado número trece y por las peleas de lucha grecorromanas. Nada más terminar de tomarme el segundo vaso me entraron ganas de vomitar y necesitaba ir al baño y que alguien me acompañara, si María lo hacía ahora, esto podría ser el comienzo de nuestra historia de amor.

^S

¹

^e

^a

^a

^l

^s

^r

¹

^o

M

le dijimos también que sí y la cuarta cosa que nos ofreció fue un plan secreto a partir de las seis de la mañana. El quinto minuto, después de decirle a todo que sí, lo utilizó para dar las gracias y recomendarnos algún lugar turístico más, ahora lo sabía todo de nosotros, podía darle nuestros nombres a la policía con una simple llamada y en unos segundos sabría en qué hotel estábamos alojados. Pero a mí no me importaba porque estaba cerca de cumplir uno de los postulados de un viaje de fin de curso, el de que siempre te enamoras de alguien.

Cuando todos estábamos ya dentro, María ya nos estaba esperando para llevarnos al reservado donde tenía preparada una bandeja llena de chupitos de refresco de naranja, yo en ese momento ni siquiera le pregunté por la marca, porque estaba solo pendiente del traje de fiesta que vestía, su pelo recogido, un bolso negro y unos zapatos de tacón que nada tenía que ver con las deportivas con las que la conocí sin maquillar esa mañana. A mí, en ese momento, me hubiera dado lo mismo que me hubieran puesto gaseosa con colorante alimentario, tampoco sé si podría llegar a ser la mujer de mi vida, pero lo que sí tenía claro es que ella era un amor de viaje fin de curso, un amor de los que entran dentro de la categoría de amores finitos, un amor que tiene un principio y un final del que solo queda un poso de nostalgia del que no te recuperas nunca. Cada uno cogimos un vaso, lo alzamos y brindamos en ruso, en ucraniano, en polaco, en alemán, en inglés, en español y también en latín y griego, como buenos estudiantes de Filología Clásica. Cuando terminamos se acercó un señor muy bien vestido con un traje de chaqueta y corbata roja que hacía juego con los labios de María, quien se levantó rápidamente. Se llamaba Dmitri, María lo presentó como el jefe de sala que, nada más terminarnos los refrescos, mandó traer otra bandeja con más vasos llenos, un brindis al que se sumó él, que brindó por la discoteca Propaganda, la noche más importante de los camaradas del reservado número trece y por las peleas de lucha grecorromanas. Nada más terminar de tomarme el segundo vaso me entraron ganas de vomitar, necesitaba ir al baño y que alguien me acompañara, si María lo hacía ahora, esto podría ser el comienzo de nuestra historia de amor.

M.

Al Sr. Vladímir

Estimado Sr. Vladímir, director de la discoteca Propaganda:

Espero que no tenga que esperar a que vomite para que conteste a mis cartas, porque sería algo grosero por su parte. Quiero suponer que esta desatención es más una cuestión de tiempo y no una estrategia para dilatar la respuesta. No obstante, me gustaría advertirle de algo importante sobre su discoteca, que podría influir de manera importante en la imagen de su negocio, incluso afectar a su actual pertenencia a la Organización de Discotecas Unidas (ODU) y servir para desestimar una futura entrada en otros clubes y asociaciones de discotecas del mundo, algo que no debería de subestimar si quiere ser un modelo de transparencia discotequera en el mundo, con independencia de la solvencia de su negocio. Soy consciente que dos de los pilares esenciales de su discoteca son: la consecución de un flujo de caja positivo y la existencia de una relación de confianza entre discoteca y clientes, discoteca y miembros de la Organización y socios de otras asociaciones y clubes de discotecas y confianza entre discoteca y proveedores. En mi caso me quiero centrar en la primera y en un aspecto fundamental que determina esta y que además influye directamente en los ingresos de caja, un cliente que confía en la discoteca, es un cliente que estará más tiempo en ella, lo que implicará un mayor consumo, más ingresos, más inversión en innovación e investigación de la que podría disfrutar el cliente, lo que aumentará su grado de bienestar, algo que terminaría convirtiéndose en un diferencial con respecto al resto de las discotecas. Por esa razón me gustaría que pusiera atención a lo que le voy a contar de ese lugar del que debe presumir cualquier director de la discoteca, un lugar tan importante, o mucho más que la pista de baile. Por tanto, le invito a una revisión de sus estándares sobre los baños en lo que deben de ponerse todos los esfuerzos, con el objetivo de que no comprometa el buen trabajo que está haciendo en otras áreas estratégicas de la misma, como la barra, la elección de los temas musicales y la seguridad en la discoteca.

En primer lugar, no quiero que piense en ningún momento que lo que le voy a contar tiene por objeto influir en su política de gestión, simplemente es la opinión de un estudiante de Filología Clásica de viaje de fin de curso, que podrá saber mucho de Roma, Grecia y del mundo clásico pero que tiene conocimientos limitados en la gestión de una discoteca, que evidentemente se enfrenta todos los días a nuevos retos, posiblemente más importantes que el estado de los baños. Mis amigos me consideran un tipo raro, porque una de las primeras cosas que visito de una discoteca es el baño, esta vez ha sido un hecho fortuito, porque hubiera esperado para ir y

analizarlo cuando tuviera ganas de orinar después de tres refrescos de naranja, pero las ganas de vomitar han terminado poniéndome delante de sus tres puertas con una letra cada una. Si no fuera por María yo me hubiera metido en la primera que hubiera alcanzado mi mano con indiferencia de lo que me esperaba al otro lado, por eso lo primero que tengo que decirle es que la rotulación actual de los baños de su discoteca genera incertidumbre. A la inmensa mayoría de los clientes le es indiferente esa circunstancia, pero para mí el hecho de saber qué tipo de baño me voy a encontrar al otro lado de la puerta es un hecho diferencial de una discoteca, por tanto ^apodría ser interesante colocar algún icono indicando el tipo de baño. Pero María ^yconoció perfectamente cada uno de los baños y ella me llevó hasta el de chicas, no sé por qué razón los ^eservicios de las discotecas siempre son tan pequeños, aunque a nosotros nos vino genial, estaba ^otan cerca de ella, que podía oler su perfume floral mientras me sujetaba la cabeza dentro del váter ^apara que vomitara y que despedía ese olor verdadero a baño de discotecas, ese a cloaca que ^erezuma desde el subsuelo hasta el techo a través de aquel suelo poroso de hormigón. Un olor que ^lse escapa continuamente por debajo de la puerta acumulándose en el distribuidor y que es uno de ^elos indicadores más importantes del grado de calidad. Si vas a una discoteca a la que desde que ^eentras ya hueles a ese olor a cloaca, esto ya nos está indicando que podríamos estar en una ^sdiscoteca fallida que puede arruinar la última noche de un viaje de fin de curso, no quiere decir ^eque no preste las funciones de una discoteca, porque se puede beber, bailar y charlar en una ^sdiscoteca aunque los baños fueran una pocilga de cerdos, pero la calidad de una discoteca se ^emede en primer lugar por la intensidad de ese hedor antes de entrar en el baño. Es verdad que este ^lolor puede tener un origen técnico puntual y temporal debido a una rotura fortuita de los ^eelementos que componen el saneamiento, que puede ser este caso, pero también puede deberse a ^suna cuestión estructural y endémica, las cuales son muy difíciles de eliminar. Es una evidencia ^rdemocrática que cuando el sistema de saneamiento de una discoteca está corrupto, en toda la ^ldiscoteca se percibe ese hedor a agua estancada al que también podrían sumarse otras causas no ^smenos importante que tienen que ver con el uso y los usuarios de la discoteca, como el olor ^oprovocado por el charquerío alrededor del váter y la mierda pegadas en sus paredes y que suelen ^sser los dos subproductos humanos que suelen generar más olor en el baño de una discoteca, que requieren una gestión eficiente durante toda la noche. He visto gente en las discotecas más ^rhorribles del mundo cagarse encima porque eran incapaces de hacerlo en cuclillas en un agujero ^een el suelo o gente que no podían concebir en su ideario de supervivencia discotequera poner si ^eculo a menos de diez centímetros de la tapa del váter. Después también hay otros olores que son ^eindicadores cualitativos que valoran la ética y moral de la gente como, los olores a droga, tabaco ^e.alcohol, vómitos, sudor, flatulencias o pedos, en los que la responsabilidad del director de la ^sdiscoteca pasa por la minimización de estos impactos que dependen en gran medida de la ^ypropias personas, pero que son fáciles de gestionar si se quiere, simplemente aumentando lo:

ciclos de limpieza del baño o dejando claras normas como prohibido fumar en toda la discoteca o no consume drogas con moderación, venir duchados del hotel o poniendo un rótulo donde se pueda leer *espacio seguro de pedos y eructos*, lo que no se puede pretender es meter en una discoteca a miles de personas bailando toda la noche y limpiar los baños después de cerrar. Una discoteca que aspira a estar entre las veinte mejores del mundo tiene que implantar unos mecanismos y servicios públicos y universales que minimicen estas contingencias, no se puede dejar todo en manos del azar o del liberalismo discotequero y mucho menos crear estructuras represivas creyendo que pueden sustituir la función educativa de una discoteca. No se puede pensar que poniendo una cámara de vigilancia en un baño para grabar quién viene sudado, quién ha vomitado fuera del váter o quién está fumando marihuana debajo del extractor se va a solucionar los problemas de los olores exhalados por la gente, las discotecas tienen que dar una respuesta social, humana y no represiva a los problemas de sus discotequeros. Por tanto, el objetivo de una discoteca como la suya no es perseguir al que caga y mea fuera del váter, sino gestionar los recursos y educar a los usuarios para que los baños no se conviertan en una cloaca y evitar así utilizar atajos como el sobreuso de ambientadores, productos de limpieza industriales no autorizados para uso en discotecas o carteles de fuera de servicio en los baños para disuadir a los usuarios.

^a El baño ideal de una discoteca, sería ese del que no emana ningún olor a cloaca y que, a medida que te acercas hasta colocarte delante de él, no percibes ningún olor más allá del que exhala cuando se ha terminado de limpiar, bajo un plan de turnos elaborado con criterios técnicos y respetando los derechos laborales de las limpiadoras. Un baño donde no falte ningún detalle ^a flores naturales a la entrada sobre una mesa de madera, puertas lacadas y brillantes hasta abajo ^a con sus placas atornilladas indicando el tipo de usuario. Un baño que cuando entres dentro no le falten azulejos y no haya pintadas sobre ellos, con techos limpios y con su rejilla de ventilación colocada, suelos impecables, y paredes con azulejos sin grietas ni golpes. Baños en los que váter, lavabo y urinario sean de la misma serie, lavabos con tapón, urinarios con su tapa original ^l portarrollos sin marcas de cigarrillo, dosificador de jabón integrado y secador de manos con papel ecológico. Un baño que a la vista no solo parezca perfecto, sino que lo sea, que estructuralmente tenga todas sus conexiones perfectas, que no haya fugas, que tenga establecido un plan de mantenimiento integral en el que se revise cada conexión, arqueta y canalización en busca de posibles atascos. Un plan de mantenimiento que garantice la transparencia a través de auditorías externas de la Organización de Discotecas Unidas (ODU) y otros organismos internacionales independientes y ajenos al mundo de las discotecas. Un baño que se gestione de acuerdo a los estándares internacionales, que garantice la privacidad de sus usuarios, así como la seguridad jurídica ante algún incidente, como peleas que puedan conllevar heridas, mutilaciones

,o muerte. Puede sonar absurdo, pero la diferencia de su discoteca con el resto de las discotecas del mundo vendrá inexorablemente marcada por la calidad de sus baños. Un baño en el que si te sacaras el chicle de la boca y lo refregaras por los azulejos de las paredes, pudieras metértelo en la boca y volver a masticarlo sin correr el riesgo de haber cogido una enfermedad infectocontagiosa o de transmisión sexual, mientras te declarabas al amor de tu viaje de fin de curso trenzando un anillo con papel higiénico alrededor del dedo corazón.

s

e

M

a

r

a

a

s

í

o

s

a

e

s

,

,

e

l

,

,

l

e

o

l

e

s

e

a

s

o muerte. Puede sonar absurdo, pero la diferencia de su discoteca con el resto de las discotecas del mundo vendrá inexorablemente marcada por la calidad de sus baños. Un baño en el que si te sacaras el chicle de la boca y lo refregaras por los azulejos de las paredes, pudieras metértelo en la boca y volver a masticarlo sin correr el riesgo de haber cogido una enfermedad infectocontagiosa o de transmisión sexual, mientras te declarabas al amor de tu viaje de fin de curso trenzando un anillo con papel higiénico alrededor del dedo corazón.

M.

Al Sr. Vladímir

Estimado Sr. Vladímir, director de la discoteca Propaganda:

Quiero que sea la primera persona a la que le digo por carta que su discoteca me está haciendo la persona más feliz del mundo esta noche. Incluso le digo una cosa, no me importa que no me conteste a esta carta, porque quizás no tenga aún tanta confianza con usted como para contarle lo que siento en este momento, pero lo hago porque ha ocurrido en su discoteca y porque creo que usted debe ser el primero en saber lo de nuestra relación antes de que su jefe de sala o cualquier otro miembro de su equipo se lo cuente y lo hago porque nunca me ha gustado sentirme vigilado, ni siquiera en los exámenes de la facultad y mucho menos en un lugar en el que solo estoy de paso. También me gustaría contarle, sin filtros, que todo lo que ha sucedido tiene que ver con las normas universales del amor, un amor sincero, sin barreras, elegante, amor de estudiante, de jóvenes sin recursos y con toda una vida por delante, un amor libre, sin límites amor educado de colegios públicos con programas de educación sexual y amor sin exageraciones de porno barato adulterado con violencia sexual. Todo lo que ocurrió y lo que le cuentan sus trabajadores es verdad, incluso puede verlo en las grabaciones de todas las cámaras de seguridad chinas con inteligencia artificial y con reconocimiento facial que tiene repartidas por toda la discoteca. Quiero que sepa que todo lo vea en ellas es amor puro de discoteca.

María y yo salimos del baño cogidos de la mano, viendo las caras de sorpresa de mis amigos que seguían brindando en el reservado y lo hicimos sin que aquello fuera un compromiso para toda la vida, los dos sabíamos que nada se hace infinito en una discoteca y que la única verdad ahora era que en algún momento los dos tendríamos que salir de allí. Supongo que el baño fue la confirmación de que nuestro encuentro de esta mañana había sido como el prometedor anuncio de televisión de una nueva hamburguesa de pollo rebozado con picante, salsa de barbacoa de búfalo, queso cheddar a la plancha con hierbas provenzales, lombarda y todo dentro de un pan brioche gigante. Incluso, en algunos momentos, he llegado a pensar, que aquellos carteles en los que hablaban de que pasaría una noche inolvidable en su discoteca, no eran nada casual, sino parte de un plan premeditado. Enhorabuena, Sr. Director, porque cuando este viaje de fin de curso haya terminado y esté en mi pueblo dando clases particulares de recuperación de Lengua Literatura, Griego o Latín a los estudiantes de bachillerato en la trastienda de la librería, le podré decir que en Moscú no solo está la mejor discoteca del Rusia y una de las veinte mejores discotecas del mundo, sino también que en esa discoteca puedes enamorarte en un baño mientras

intentas vomitar. También les podré decir que su discoteca tiene la mejor pista de baile que jamás he visto en la que poder olvidar el haber pasado cuatro horas en la cárcel por asistir a una manifestación en defensa de los derechos humanos.

En el momento en que llegamos a la pista empecé a encontrarme mejor, apenas me dolía la cabeza, no tenía fatiga y, lo más sorprendente, me había entrado hambre. La pista de baile era grande y habíamos elegido una zona desde la que podíamos ver nuestro reservado, por supuesto, teníamos que acercarnos a tomar algo para no deshidratarnos o descansar un momento. Desde donde estábamos también podíamos ver toda la discoteca, la gran mayoría de reservados muchos de ellos con las cortinas echadas y con personal de seguridad uniformado de la discoteca. En la entrada, supongo que para evitar las miradas de los curiosos, la barra en la que no dejaba de acumularse gente, la puerta de entrada que habían cerrado —supongo que por una cuestión de aforo— y la cabina del pinchadiscos de esa noche y del que antes de entrar habíamos conocido algunos detalles sobre la carrera profesional de un antiguo estudiante francés que se hacía llamar Revolución1917 y que se quedó allí de residente el último día de su viaje de fin de curso, el día que abrió Propaganda y que, con los años, se había convertido en uno de los pinchadiscos más conocidos del mundo con su último proyecto musical «Invasión22», especialmente diseñado para las fiestas de fin de curso y que hoy estrenaba. Aquello había generado una gran expectación que seguro no iba a dejar a ningún estudiante indiferente, ni tampoco a usted como director de discoteca, que sabe que el éxito de una noche inolvidable de discoteca depende de una buena sesión de música que imponga un ritmo enloquecido en la pista. La música son las bombas que mantienen en alerta a los discotequeros, la música es el motor del tiempo en la discoteca, la música es la calma y el vértigo, es aliento detrás de tus movimientos, la música es el lenguaje de las pistas de baile, lo que une, lo que desune, la música es un espejo en el que la gente se mira mientras baila. Eso era la música para nosotros, que bailábamos en el rincón al ritmo de unas pulsaciones electrónicas que iban acelerando nuestros cuerpos. La música era cómplice de lo que estaba empezando a suceder entre nosotros, una atracción cada vez más fuerte que hacía que nuestros cuerpos estuvieran cada vez más cerca. Revolución1917 sabía perfectamente hasta dónde podía llegar, como convertir la música en un veneno que te hace hacer cosas impensables llevarte hasta los límites de tu razón y eso lo sabía todo el mundo que estaba en la pista dejándose llevar por ese lenguaje infernal que podía arrastrarte a donde nunca creías que ibas a llegar. Y en nosotros lo estaba haciendo, mientras cerraba los ojos y ponía mis oídos y mi cuerpo al servicio de una música que aumentaba de velocidad a medida que María más se movía y saltábamos poseídos por la música demoníaca que mezclaba una y otra vez. De pronto comenzaba suavemente a parar, muy despacio, y cuando parecía que iba a parar, de nuevo un estruendo y la gente volvía a levantar los brazos y a saltar desafiando el límite elástico de sus

scuerpos. En ese momento, María debió pensar que le sobraba toda la ropa, porque se quitó la chaqueta y la utilizó para cazarme y traerme hasta ella, fue en ese momento cuando Revolución1917 supo que debía unir por siempre lo que había empezado en el baño, así que cambió de la electrónica del individualismo a un ritmo que invitaba a rozarnos los unos con los otros. María y yo habíamos perdido nuestra distancia, ahora éramos uno solo. Todavía a esa hora llevaba la camisa metida por dentro de los pantalones, pero ella se encargó de sacarla para meter sus manos en mi pecho. El corazón se me iba a salir. Todo el mundo se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo, hasta el jefe de sala —que veía cómo estaba perdiendo el control en su territorio— tenía dos opciones: apagar las luces y parar la música durante un momento o mandar un equipo de seguridad a la pista para persuadirnos. Un momento antes de que empezara a quitarme los botones de la camisa, el jefe de sala se acercó con los dos gemelos de la muerte y nos señaló un cartel que había puesto en una de las columnas en la que se podía ver un conjunto de pictogramas en el que se prohibía quitarse los botones de la camisa o la camiseta, mantenerse más de tres minutos juntos, no ponerse uno detrás de otro o de frente labios con labios. La consigna de ese cartel era clara, todo el mundo debía permanecer a una separación mínima de cinco centímetros, porque estaba prohibido compartir la humedad de los cuerpos, pero a pesar de todas las normas y las advertencias nosotros emprendimos una huida hacia delante que nos llevó a rozarnos una y otra vez y besarnos como si fuera el último día de un viaje de fin de curso.

a Sé que estas situaciones están prohibidas en su discoteca por su concepción de la moral y la educación conservadora que ha recibido, pero el director de una discoteca tiene la obligación de gestionar y aceptar episodios como estos de sensualidad extrema. Entiendo que no se siente cómodo viéndolo en su discoteca, pero se empieza así y se termina en la comisaría denunciando a dos jóvenes por agitación del orden público en una discoteca. Sé que estos actos impuros van en contra de esa educación represiva que ha recibido durante toda su vida, especialmente en su adolescencia, pero la gente que va a su discoteca va buscando dejarse llevar, encontrar los límites y no que alguien se los ponga. A mí que su jefe de sala me invitara a irme al reservado para ofrecerme otro refresco, para que María y yo dejáramos de friccionar nuestros cuerpos una y otra vez no era algo casual, pero nada puede parar ese amor que se había hecho deseo bajo la música de Revolución1917. Por unos minutos nos habíamos convertido en el espectáculo de la discoteca, en esa mezcla de temas musicales perfecta con todo el mundo a nuestro alrededor rozándonos, pero esto era un viaje de fin de curso y yo estaba allí por esa razón y su discoteca lo estaba haciendo posible, así que ahora no era el momento de volverse atrás para deshacer todo lo construido en todos estos años en su discoteca, sobre todo si quiere aspirar a ser una de las veinte mejores discotecas del mundo, algo que le obliga a equipararse al resto de las candidatas. Su modelo personal y represivo de la gestión de las emociones no puede contaminar el de la

discoteca, usted tiene que diferenciar entre lo que tiene que ser su vida privada y lo que la gente busca en su local. Si no es así, su discoteca terminará convirtiéndose en una autocracia discotecuera y cuando eso ocurra la gente poco a poco dejará de ir y los que queden caerán presa de una endogamia discotecuera sin límites y fascista, en la que la música de Revolución1917 no tendrá ningún sentido y donde hoy está uno de los mejores pinchadiscos del mundo, mañana habrá una orquesta sinfónica. No deje que su moral sea un lastre para su negocio, abra la mano, haga limpieza interior, deje que la gente viva, sea consciente de que cambiar puede hacerle mejor director de discoteca y no busque guerra donde solo hay paz. La música no hace daño a la gente, el daño lo hacen las personas, no he visto a nadie nunca morir en una pista de baile, pero sí he visto gente en coma en los bordes de la pista, después de esnifar un gramo de cocaína adulterada y en el baño como si fuera un indigente que está tirado en medio de la calle. Preocúpese mejor de que ninguno de sus camareros obtenga un sobresueldo vendiendo drogas y deje que la música haga su trabajo, el de imponer el ritmo en su discoteca, deshágase de esa violencia represiva que forma parte de su ideario como director porque lo nuestro es amor puro de viaje de fin de curso.

e

e

ó

M

a

e

a

o

l

l

s

a

a

a

a

r

a

o

s

..

a

discoteca, usted tiene que diferenciar entre lo que tiene que ser su vida privada y lo que la gente busca en su local. Si no es así, su discoteca terminará convirtiéndose en una autocracia discotequera y cuando eso ocurra la gente poco a poco dejará de ir y los que queden caerán presa de una endogamia discotequera sin límites y fascista, en la que la música de Revolución1917 no tendrá ningún sentido y donde hoy está uno de los mejores pinchadiscos del mundo, mañana habrá una orquesta sinfónica. No deje que su moral sea un lastre para su negocio, abra la mano, haga limpieza interior, deje que la gente viva, sea consciente de que cambiar puede hacerle mejor director de discoteca y no busque guerra donde solo hay paz. La música no hace daño a la gente, el daño lo hacen las personas, no he visto a nadie nunca morir en una pista de baile, pero sí he visto gente en coma en los bordes de la pista, después de esnifar un gramo de cocaína adulterada en el baño como si fuera un indigente que está tirado en medio de la calle. Preocúpese mejor de que ninguno de sus camareros obtenga un sobresueldo vendiendo drogas y deje que la música haga su trabajo, el de imponer el ritmo en su discoteca, deshágase de esa violencia represiva que forma parte de su ideario como director porque lo nuestro es amor puro de viaje de fin de curso.

M.

Al Sr. Vladímir

Estimado Sr. Vladímir, director de la discoteca Propaganda:

Pienso que va siendo hora de que al menos conteste a algunas de mis cartas diciéndome que no va a hacerlo, pero mientras se lo piensa y recapacita sobre la posibilidad de mostrar algo de empatía y arrepentimiento, yo necesito seguir contándole en qué se está convirtiendo esta fiesta en la que muchas de las cosas que están pasando formarán parte de mis recuerdos para siempre y serán los que se cuenten cuando dentro de veinticinco años nuestra promoción haga una reunión para hacer balance y tapemos con las historias de la fiesta de fin de curso en su discoteca nuestras miserias. Como la historia de sus camaradas del equipo de seguridad, esos grasientos gemelos que nos acompañaron a rastras a María y a mí de la pista al reservado y que si no hubiera sido por su jefe de sala y esa diplomacia con la que nos alumbró hasta que llegamos a la mesa, posiblemente sus hombres nos hubieran hecho amanecer con moratones en los brazos, de acuerdo supongo a ese manual de la discoteca que define ese modelo de gestión cimentado en la represión y el castigo, cuyos principales pilares son: primero el de la advertencia mediante señalamiento y envío de una nota, para seguir con la coacción y al aislamiento social sacándote de la pista de baile, continuar con algo de violencia más directa e intimidatoria no dejándote salir del reservado y, si fuera el caso, echarte a la calle donde empezarían por partirte dos costillas que te perforarían los pulmones. De todas formas, nos vino bien que Igor y Valeri nos llevaran empujándonos con delicadeza hasta la mesa del reservado, yo estaba exhausto y necesitaba tomar algo para rehidratarme. Una pista de baile se puede convertir en un crematorio si no tiene cuidado y te dejas llevar por la euforia que puede desencadenar en una bajada de azúcar. Así que cuando llegué a la mesa, tuve que tomarme otro refresco de naranja, porque habían empezado a temblarme las piernas y a tener sudores fríos. Esa sensación la conocía bastante bien, mi madre era diabética y la había visto muchas veces así, aunque no creo que mi nivel de glucosa estuviera bajo, podían haber sido producto de unos momentos de intensa excitación que terminan en una calma intensa en la que piensas en dejar a todos tus compañeros allí, marcharte al hotel y dar por terminada la noche.

Beberme el refresco, mejoró los temblores e hizo desaparecer el sudor frío, pero no el estado de cansancio extremo en el que me encontraba y eso para el objetivo de cerrar la discoteca era un lastre. Si en ese momento me hubiera dicho María, vámonos para el hotel, yo lo hubiera hecho. Pero María estaba como si acabara de empezar la noche, mostrando una resistencia sobrenatural

propia de esa elite que forma parte de la estructura de poder de una discoteca, mientras que yo mostraba la debilidad extrema de un filólogo clásico que no ha recibido entrenamiento alguno. El resto de mis compañeros estaban igual que yo, estaban en esa hora de la noche en la que ha pasado de la euforia de las primeras horas, en lo que todo te parece asombroso, a ver la realidad de lo que es una discoteca. Teníamos dos opciones, irnos y cerrar este viaje de fin de curso o aguantar un poco más, sabiendo que las soluciones pasaban por transgredir muchos de los principios del buen discotequero, pero nos miramos, contemplamos el estado de furia y descontrol en el que se encontraba la discoteca a la que Revolución1917 no dejaba de atizar con sus canciones, teniendo a toda la prole discotequera sumida en la catarsis, especialmente en el vórtice en el que se había convertido la pista de baile y decidimos todos quedarnos, aunque mi cuerpo me decía que me fuera, que ya era hora de descansar, que yo no era un profesional de la noche como muchos de los que estaban allí, pero la razón me decía que me quedara, que había venido hasta allí para saltarme los límites, esto no era una fiesta de cumpleaños de secundaria estaba en Moscú en la discoteca Propaganda y eso no iba a volver a pasar nunca más, a menos que lo mío con María se convirtiera en algo serio y yo decidiera quedarme aquí y hacer el doctorado en una de sus universidades. Seguro que no tendría problema ninguno en hacerlo con una buena carta de recomendación de mi futuro director de máster, que hablaba perfectamente ruso, de hecho, él fue quien organizó este viaje y nos dijo todo lo que teníamos que hacer y donde teníamos que ir, él fue quien nos puso en contacto con la directora de la agencia de viaje y quien nos consiguió las entradas de la discoteca porque conocía a alguien que a su vez conocía al director, y es que empiezo a pensar que aquí todo el mundo conoce a todo el mundo, menos yo.

El cansancio nos hizo plantearnos cruzar la línea roja que nos habíamos marcado desde que llegamos, pero también éramos conscientes de que este momento iba a llegar. A algunos de mis compañeros aún les quedaba energía, solo se habían levantado del reservado para ir al baño aunque también habían bebido más que yo y eso se le notaba a Mykola y a Irene que tenían esa risa floja que no eres capaz de averiguar de dónde viene. Wislawa, sin embargo, estaba seria y casi tenía los ojos cerrados, estaba a punto de quedarse dormida. Los minutos pasaban y el dolor se apoderaba de nosotros viendo como nuestros cuerpos no atendían a los estímulos de las luces y los estruendos de la música, pero cuando estábamos a punto de caer llegó uno de los camareros de la discoteca y nos ofreció algo especialmente diseñado para esos momentos. Comenzó a hablarnos de que, si queríamos, él personalmente nos acompañaba a uno de esos reservados que tenían las cortinas echadas y allí podíamos echarnos y dormir un rato o si quería, allí también podría darnos algo para quitarnos el sueño. Lo fácil hubiera sido decir que sí y drogarse como hacían algunos compañeros para conseguir estar toda la noche estudiando y exponernos a sufrir

alucinaciones y desequilibrios emocionales toda la vida. El dilema estaba delante de nosotros y llo había colocado un joven camarero que había salido de la barra solo para contarnos ese plan sYo nunca creía que este momento iba a llegar, drogar a una persona no es otra cosa que ocultarle lla verdad, quizás era eso lo que querían para todo el mundo que estaba allí, que nadie descubriera los entresijos que había detrás de esta discoteca en la que todo era demasiado perfecto, mientras no dejaras de consumir y bailar a su ritmo, mientras que nadie se saliera de su reservado y intentara subir al despacho del director o quisiera mirar un momento en el almacén. Éramos jóvenes, pero no lo suficientemente tontos como para caer en esa trampa. A mí no me costó decidir, ni a Mykola, ni a Irene, pero Wislawa lo cogió y se fue del reservado. Ella estaba destrozada, llevaba cuatro días casi sin dormir por culpa de unos dolores estomacales tan grande que habíamos tenido que llevarla al hospital. Al final el médico de urgencia le dijo que se trataba de un episodio de dismenorrea aguda, solo quien menstrua sabe de qué va el dolor de este ciclo biológico de vida y muerte de las mujeres. Cuando Wislawa se levantó yo salí corriendo detrás de ella, no quería que hiciera ninguna tontería, la alcancé antes de entrar en el baño y le dije que por favor no lo hiciera, que si quería yo la acompañaba al hotel y adiós al viaje de fin de curso y adiós a María. Wislawa y yo teníamos un vínculo especial, nos habíamos conocido en el primer año de estudios. Yo acababa de venirme a la ciudad y vivía en el piso de mis tíos, pero el primer día en la facultad, conectamos como si nos conociéramos de toda la vida y ella me ofreció una habitación libre en su piso, en el que en esos tiempos vivía Irene con un novio ruso, Dmitri, que estudiaba también Filología Clásica en nuestra facultad, hasta que Mykola se vino a vivir a nuestro piso y Dmitri desapareció de él. Un piso donde se forjó nuestra amistad, mientras que Irene y Dmitri vivían como una pareja, nosotros éramos amigos inseparables. Los cuatro éramos en esa época más que hermanos y para mí dejar que Wislawa terminara cruzando una raya que antes de empezar el viaje dijimos que no íbamos a cruzar, podía no solo comprometer su futuro sino acabar con la amistad, que me había salvado de dejar los estudios durante todos estos años. Ahora me tocaba a mí evitar que ella por una mierda de bajón, terminara renunciando a sus propios principios.

r No está bien, Sr. Director, utilizar a la gente de esa manera, aprovechar los momentos de debilidad para atraparlos en su ratonera. Creo que hay formas más sencillas de hacer que alguien se quede en su discoteca para siempre. En el caso de sus empleados, ofrezca sueldos dignos y formación para crecer en su empresa, utilice la verdad y no intente ganarse a la gente con la mentira diciéndoles que acaban de encontrar el trabajo de sus vidas para que luego terminen convirtiéndose en traficantes de drogas. Como tampoco creo que sea una buena política de empresa convertir a los estudiantes de fin de curso en discotequeros adictos de esa religión que intentan imponer en su discoteca y menos a Wislawa, porque yo no voy a dejarle, porque por ell

estaría dispuesto a hacer cualquier cosa, incluso hacer saltar la alarma de incendios. Menos mal que antes de entrar en ese reservado me preguntó qué hacía, que estaba destrozada, que no podía seguir viviendo en la artificialidad de un viaje en el que no puedes salir de la habitación durante unas horas, en las que están limpiando las calles de mendigos, en las que están arreglando las pancartas que han destrozado durante la noche en las que se podía leer toda la retórica de cuentos de príncipes y princesas que sostiene esta ciudad. La gente en este punto dice muchas tonterías y Wislawa no iba a ser menos, de hecho, estaba más cerca de un estado de zombi que de una persona coherente. Por eso, cuando me preguntó que si la quería, yo me callé y ella explotó llorando y diciendo que era una estúpida, yo me acerqué a ella y lo primero que hice fue quitarle el sobre de cocaína que llevaba en la mano y luego la abracé para cobijarla en el calor de la amistad. Si no hubiera encontrado a María en este viaje, puede que nuestra relación hubiera cambiado. Ella seguía llorando, estaba a punto de romperse del todo cuando me volvió a preguntar semiinconsciente, ya más recuperada y lúcida, tanto que me tenía delante para que le contestase a la pregunta que llevaba todos estos años haciéndose. La verdad es que yo la veía como una incuestionable amiga, que me había sacado de muchos líos y de los que quedaban por llegar antes de terminar este viaje de fin de curso. Pero ahora sí que no me podía escapar de esa pregunta que llevaba cuatro años queriéndome hacer, una de esas en la que la delgada línea entre amistad y amor te colocan en uno de los precipicios humanos de la vida de un estudiante, pero cuando estaba a punto de hacerlo comenzó en la discoteca, la Primera Gran Pelea.

a

e

M

s

e

,

.

s

e

l

,

a

l

e

e

a

estaría dispuesto a hacer cualquier cosa, incluso hacer saltar la alarma de incendios. Menos mal que antes de entrar en ese reservado me preguntó qué hacía, que estaba destrozada, que no podía seguir viviendo en la artificialidad de un viaje en el que no puedes salir de la habitación durante unas horas, en las que están limpiando las calles de mendigos, en las que están arreglando las pancartas que han destrozado durante la noche en las que se podía leer toda la retórica de cuento de príncipes y princesas que sostiene esta ciudad. La gente en este punto dice muchas tonterías y Wislawa no iba a ser menos, de hecho, estaba más cerca de un estado de zombi que de una persona coherente. Por eso, cuando me preguntó que si la quería, yo me callé y ella explotó llorando y diciendo que era una estúpida, yo me acerqué a ella y lo primero que hice fue quitarle el sobre de cocaína que llevaba en la mano y luego la abracé para cobijarla en el calor de la amistad. Si no hubiera encontrado a María en este viaje, puede que nuestra relación hubiera cambiado. Ella seguía llorando, estaba a punto de romperse del todo cuando me volvió a preguntar semiinconsciente, ya más recuperada y lúcida, tanto que me tenía delante para que le contestase a la pregunta que llevaba todos estos años haciéndose. La verdad es que yo la veía como una incuestionable amiga, que me había sacado de muchos líos y de los que quedaban por llegar antes de terminar este viaje de fin de curso. Pero ahora sí que no me podía escapar de esa pregunta que llevaba cuatro años queriéndome hacer, una de esas en la que la delgada línea entre amistad y amor te colocan en uno de los precipicios humanos de la vida de un estudiante, pero cuando estaba a punto de hacerlo comenzó en la discoteca, la Primera Gran Pelea.

M.

Al Sr. Vladímir

Estimado Sr. Vladímir, director de la discoteca Propaganda:

Las cartas son como las cicatrices, da igual que se lean o no porque siempre estarán sobre su mesa, en el cajón o en la papelera, además usted puede leerlas, tirarlas, quemarlas, meterlas en agua para deshacerlas y todavía seguirán ahí, incluso si quiere puede rescribirlas y seguirán siendo las mismas cartas porque nada podrá borrar lo que ocurra esta noche y que está destruyendo la reputación de su discoteca. Usted podrá tener la mejor discoteca de Moscú o de Rusia, pero tiene que saber que quedará fuera de la Organización de Discotecas Unidas (ODU) si desaparece la seguridad jurídica internacional que ampara las peleas dentro de su discoteca que ya se han convertido para muchos de sus clientes en un reclamo a partir de las cuatro de la mañana, como he podido comprobar en directo, viendo como incitaba a que dos hombres buenos como Iósif y Mykola se pelearan, algo que además de ser una provocación, me llena de desolación. Nunca debería de haber ocurrido, aunque allí tuviera el botiquín más completo de todas las discotecas de la zona, ni que uno de sus camareros tuviera un curso de primeros auxilios y que hubiera sido capaz de coserle la ceja a Iósif y de colocarle la nariz en su sitio a Mykola, pero qué me dice del daño emocional de los dos, quién va a curar esas heridas y tapar las cicatrices para que cuando vuelvan a verse en la facultad no supuren.

Una pista de baile no es un ring, ni un campo de batalla, ni un lugar donde ajustar cuentas, es un espacio de convivencia donde las diferencias se arreglan bailando o incluso hablando, no hay espacio en ella para escupir o insultar. También quiero que sepa que no hacer nada no es una opción, porque yo lo primero que hubiera hecho cuando aquellos dos hombres comenzaron a discutir habría sido enviar al jefe de sala para mediar y rebajar la tensión. Una discoteca como la suya no puede asumir el manual liberal internacional de peleas de discotecas sin reputación como algo normal y pensar en esa idea de que el sistema se autorregula solo. Eso mismo debió pensar su jefe de sala cuando dos de nuestros compañeros del viaje de fin de curso empezaron a discutir por un trozo de pista de baile. No sé por qué en una discoteca se deja discutir en una pista de baile, incluso que se vaya a más, sabiendo que todo se puede descontrolar y que puede convertirse en el detonante de una batalla campal que puede contagiar al resto de la discoteca trasladando esa violencia sin control dentro y fuera de ella, aumentando las posibilidades de provocar algún muerto.

Cuando Iósif y Mykola comenzaron la pelea, la pista estaba colapsada, no había ni un espacio libre, de norte a sur y de este a oeste. Las espaldas se tocaban, apenas había hueco para tomar aire, las gotas de sudor que salían despedidas de aquellos cientos de cuerpos enfermizos, no dejaban de impactar contra cada uno de los pisteros poseídos por la música demoníaca que no dejaba de salir por las monstruosas columnas de sonido que flanqueaban la cabina. La colectividad se había apoderado de la muchedumbre a la que Revolución 1917 hacía bailar sin control al unísono de una música electrónica que golpeaba en los cuerpos de los pisteros. Un frágil equilibrio hacía temblar el suelo y parecía no tener límites. Nadie se atrevía a romper ese estado, porque todo el mundo estaba comprometido con las leyes universales que rigen las pistas de baile, hasta que la velocidad terminal con la que se movían esos cuerpos humanos colapsa: en un instante por el simple chasquido de unos dedos, el roce sensual de dos cuerpos desconocidos o una mirada perdida en el horizonte provocando el caos.

Lo de Iósif y Mykola venía de atrás, antes de que Mykola se fuera a nuestro piso, ellos dos vivían con Burak y Jinping, mientras que en otro piso vivíamos muy cerca yo, Wislawa, Dmitri que era el mejor amigo de Iósif y su novia en ese momento Irene que era la mejor amiga de Mykola. El día que Iósif y Mykola tuvieron la bronca del curso, Irene se puso del lado de Mykola y Dmitri dio su apoyo incondicional a Iósif, un desencuentro total que terminó con la ruptura de la relación y Dmitri en el cuarto de Mykola y este en la habitación de Dmitri en el otro piso, aquella decisión salomónica abrió una nueva era en la relación entre los dos en la que el ruso y el ucraniano nunca habían llegado tan lejos como hoy y que les hizo cruzar una frontera: la de la violencia en la pista de baile, una tormenta perfecta que degenera en una involución humana donde el baile se detiene, dando paso a una danza tribal de guerra y música donde la armonía desaparece y la gente huye a refugiarse a lugares seguros quedándose solo los que quieren mancharse la camisa de gotas de sangre, los que quieren participar para experimentar esa violencia gratuita, pero sobre todo aquellos que quieren ajustar cuentas, aun sabiendo que pueden ganar o perder, vivir o morir.

Para el jefe de sala las peleas eran una forma de hacer una selección natural, de que los fuertes terminaran cerrando la discoteca, no hacer nada era una estrategia que le permitía además deshacerse de las personas débiles que huían de la violencia, al mismo tiempo que Irene, Wislawa y yo íbamos en dirección contraria. Cuando llegamos ya se habían dado el primer puñetazo, uno tenía la ceja echando sangre y el otro la nariz posiblemente rota, pero llegamos a tiempo para que María lograra separarlos antes de que volvieran a golpearse o algunos de los que estaban allí mirando les prestaran un puño de hierro y una navaja a cada uno de ellos. Pero a pesar de nuestros esfuerzos para bajar la tensión, las heridas ya estaban en sus rostros y eso es lo que era difícil de borrar, cuando la cosa va de insultos, una voz más alta que otra o simplemente

un empujón, con diálogo, con tres días sin hablarte y con concesiones mutuas, un desencuentro puede terminar convirtiéndose en una anécdota, pero no sé lo que tiene la sangre, que todo lo mancha y todo lo engulle.

³ Aquella Primera Gran Pelea era parte del espectáculo de la discoteca Propaganda, en las que el detonante siempre era algo sencillo como el ruido provocado por el murmullo de los discotequeros que no paran de hablar y no dejan escuchar la música. Un ruido que representa la degeneración del ser humano, en una discoteca, en las ciudades, en el trabajo, en casa, dentro del coche, el ruido te condiciona la vida y solo quien conoce el silencio conoce la felicidad, se podía decir que el ruido había sido la causa de que ellos terminaran peleando. La estrategia de la discoteca estaba clara, crear un clima de mucho ruido para distraer, para confundir o para evitar comunicarse. Y eso fue lo que hizo el ruido, Iósif y Mykola, no se entendieron en aquel denso murmullo en el que si decías «me voy», podías entender «te doy» y si respondías «qué me vas a dar», con la respuesta podrías entender «me la vas a pagar». Hablar en aquella pista era exponerte a tergiversar cualquier cosa que dijeras, todo el mundo sabe que para un *casus belli* de una pelea lo único que se necesita es una buena excusa. El problema ahora era, que no había vuelta atrás, que durante la pelea se dijeron cosas que llevaban guardadas durante ese tiempo en los que estuvieron compartiendo un día a día en el piso. Se dijeron cosas como «cuando más tenía que estudiar más alto ponías la música, siempre supe que tú eras quien te comías el queso los fines de semana, el que te dejabas la luz encendida, quien hacía la broma de orinar dentro de la botella de cerveza y la dejaba dentro de la nevera o tú eras quien decía que las discotecas de mi país nunca estarían entre las veinte mejores del mundo». Las hostias que se habían dado habían dejado ver el iceberg de rencor de todos estos años y eso no ayudaba a que todo volviera a la normalidad, aunque en el fondo todos supiéramos que nada volvería a ser igual en aquella pista a partir de las cuatro de la mañana donde la música, el lenguaje secreto de las discotecas marcaba el ritmo en Propaganda.

Sr. Vladímir, todo esto me ha hecho reflexionar sobre la necesidad de su discoteca de promover la violencia en ella como parte de su estrategia para atraer clientes. Las discotecas tienen que ser lugares seguros de los que sabes que vas a volver. Yo había ido a su discoteca con la intención de pasar una noche inolvidable, no para ver a dos amigos golpearse. Me gustaría que supiese que este suceso ha marcado un antes y después en su discoteca y le sirva para reflexionar sobre las peleas en ella, puedo entender que es un componente cultural tradicional de las discotecas de la zona, pero debería de plantearse que si no puede eliminarlas al menos debe regularlas, empiece por poner límites al número de empujones y puñetazos, prohíba agarrarse del cuello con el objetivo de provocar la asfixia, vaya regulando hasta que pueda eliminar estas prácticas que ya no se dan en las mejores discotecas del mundo. Usted tiene que elegir, entre se

o director de una discoteca que actúa bajo los estándares internacionales de unas reglas pactadas por la mayoría o ser un oasis bajo el control de sus propias reglas, piense en qué es lo mejor para su discoteca, porque esto no tiene que ver solo con los ingresos de los jóvenes estudiantes de fin de curso, que como yo venimos a pasar la última noche de nuestro viaje, esto va de la noche de nuestras vidas.

a Después de la pelea, la noche seguía en la discoteca como si acabara de abrir, solo quedaba una hora y la pista de baile seguía colapsada de gente que tampoco quería que terminara la noche porque muchos de ellos sabían que no volverían a sus casas hasta mediodía. Revolución1917 no dejaba de poner música cada vez más electrónica, el ritmo aumentaba con cada transición, con cada tema, mientras en la barra los camareros se afanaban por reponer las botellas de las estanterías y otros salían para recoger los vasos que estaban repartidos por toda la discoteca porque a esas horas casi no quedaban en las estanterías y ya no había ciclos de lavavajillas suficientes que pudiera satisfacer la demanda de vasos limpios, a esa hora los refrescos se cogían directamente de las cajas y el hielo se traía sin descanso del almacén, mientras los camareros que vendían la droga trabajaban a destajo. «Hay que mantener el ritmo como sea», repetía una y otra vez el jefe de sala desde el rincón de la barra donde observa el ritmo frenético en el que se encontraba sumida una discoteca que estaba a punto de estallar. Nadie allí quería que aquello acabara, ni cien discotequeros vomitando al mismo tiempo en la pista podían parar aquel tsunami de baile que había contagiado a toda la discoteca porque el objetivo de Propaganda era que te fueras de allí vacío y que no quedara nada dentro de ti, entrabas allí como un corcel negro galopando con rebeldía y te ibas arrastrando los pies y sin nada en los bolsillos, la discoteca era una auténtica máquina de vaciar carteras que empujaba a la gente a caminar por un precipicio de autodestrucción y muerte al calor de la música que retumbaba en los cuerpos sinuosos de todos, los discotequeros que habían ido a la pista a morir.

e
s
n
e
r
s
e
l
s
r

M

director de una discoteca que actúa bajo los estándares internacionales de unas reglas pactadas por la mayoría o ser un oasis bajo el control de sus propias reglas, piense en qué es lo mejor para su discoteca, porque esto no tiene que ver solo con los ingresos de los jóvenes estudiantes de fin de curso, que como yo venimos a pasar la última noche de nuestro viaje, esto va de la noche de nuestras vidas.

Después de la pelea, la noche seguía en la discoteca como si acabara de abrir, solo quedaba una hora y la pista de baile seguía colapsada de gente que tampoco quería que terminara la noche porque muchos de ellos sabían que no volverían a sus casas hasta mediodía. Revolución1917 no dejaba de poner música cada vez más electrónica, el ritmo aumentaba con cada transición, con cada tema, mientras en la barra los camareros se afanaban por reponer las botellas de las estanterías y otros salían para recoger los vasos que estaban repartidos por toda la discoteca, porque a esas horas casi no quedaban en las estanterías y ya no había ciclos de lavavajillas suficientes que pudiera satisfacer la demanda de vasos limpios, a esa hora los refrescos se cogían directamente de las cajas y el hielo se traía sin descanso del almacén, mientras los camareros que vendían la droga trabajaban a destajo. «Hay que mantener el ritmo como sea», repetía una y otra vez el jefe de sala desde el rincón de la barra donde observa el ritmo frenético en el que se encontraba sumida una discoteca que estaba a punto de estallar. Nadie allí quería que aquello acabara, ni cien discotequeros vomitando al mismo tiempo en la pista podían parar aquel tsunami de baile que había contagiado a toda la discoteca porque el objetivo de Propaganda era que te fueras de allí vacío y que no quedara nada dentro de ti, entrabas allí como un corcel negro galopando con rebeldía y te ibas arrastrando los pies y sin nada en los bolsillos, la discoteca era una auténtica máquina de vaciar carteras que empujaba a la gente a caminar por un precipicio de autodestrucción y muerte al calor de la música que retumbaba en los cuerpos sinuosos de todos los discotequeros que habían ido a la pista a morir.

M.

Al Sr. Vladímir

Estimado Sr. Vladímir, director de la discoteca Propaganda:

Necesito que me conteste a esta carta urgentemente, porque quiero que me cuente qué ocurrió después de la Primera Gran Pelea y de cerrar las puertas de la discoteca a las seis de la mañana en la que todo el mundo se quedó sonriendo dentro de aquella ratonera como si no pasara nada necesito saber que ocurrió en esa laguna mental de solo un minuto en lo que todo cambió y de lo que no logro recordar nada. Sé que antes de ese trascendental lapso de tiempo, estábamos allí en aquel reservado haciendo balance de la pelea de Iósif y Mykola y de todo el viaje, habíamos estado contando muchas de las anécdotas que habíamos vivido todo el grupo desde que salimos de la facultad y la agencia de viajes nos dio los billetes de avión en el aeropuerto apoderándose de nosotros la misma euforia y excitación en la que hemos estado sumidos durante esa última hora antes de las seis de la mañana, en la que no dejábamos de beber y reír sin parar como si un misil nuclear estuviera a punto de impactar en el centro de la mesa, una percepción que no solo teníamos nosotros sino todo el mundo que seguía en la pista bailando sin parar al ritmo de Revolución 1917 porque la pelea nos había sacado de ese momento de bajón y vulnerabilidad extrema haciéndonos sentir invencibles y eso era lo que nos pasaba, que ahora no queríamos que la noche terminara, teníamos energía suficiente para bailar y hablar más allá de las seis de la mañana de todo lo que había sucedido durante estos cinco días, como si fuese el último viaje que fuéramos hacer juntos.

No sé si será verdad, pero todo el mundo que ha hecho un viaje de fin de curso dice que hay un antes y un después, en ellos se estrechan lazos, se comparten momentos inolvidables, hueles el aliento del otro sin importarte, se crea una amalgama entre el grupo casi indestructible, en estos viajes la madurez te posiciona en la vida porque son días de supervivencia en el primer viaje largo de nuestras vidas. Durante estos cuatro años de estudios universitarios, habíamos hecho muchas salidas a museos, a yacimientos arqueológicos, habíamos asistido a cursos y jornadas, pero nada como esa salida fuera de los confines de tu zona de confort que representa la primera gran prueba después de unos intensos años de trabajo, un viaje en el que los límites los pones tú. Así que allí estábamos en la discoteca haciendo balance de todo eso que había ocurrido durante los últimos cinco días y que terminará formando parte de ese fondo de memoria imputrescible que nos acompañará hasta que muramos.

Toda la vida recordarás esa charla de la directora de la agencia de viajes que te acompañó hasta la zona de embarque para explicarte antes de subir por primera vez a un avión todo lo que se podía hacer y lo que no en el viaje, mientras te iba dando una lista de teléfonos y contactos que podrían hacerte falta. En ella podías localizar el número de emergencias, el de la policía, la embajada, la compañía de taxis, el hotel, los contactos de los lugares que íbamos a visitar, un detective privado, una empresa de guardaespaldas por si necesitáramos protección, el de abogado especializado en la defensa de los derechos humanos y que había puesto su nombre en mayúsculas, en rojo, negrita y subrayado, por si alguno de nosotros era arrestado durante el viaje, y, el último número, el suyo por si tenía que llamar a la funeraria, porque para eso sí estaría allí al otro lado del teléfono. Allí en el reservado recordamos esa sensación de felicidad que te desborda cuando el avión se dirige a la pista y el piloto informa a todos los pasajeros que vas a despegar, es ese momento en el que el avión se pone en movimiento, va entrando en la pista, se detiene un segundo y en ese momento vas sintiendo como aumenta la potencia de los motores comienza a coger velocidad y la aceleración te pega la espalda al asiento, te sudan las manos y la ansiedad da paso a una sensación placentera cuando el avión golpea su morro contra el cielo hasta detenerse y comienza a flotar en el aire. El asombro te saca una sonrisa ingrátida que solo puede ser interrumpida por los vómitos de nuestro compañero de curso, el turco Burak, para quien era su primera vez para todo, menos mal que la auxiliar de vuelo ya nos había dado las instrucciones en caso de accidente aéreo y nos recordó un estudio publicado en una revista de vuelo en el que se decía que el cuatro por ciento de los grupos de estudiantes de fin de curso que eligen el avión como modo de transporte terminan con la cara metida en una bolsa de papel en el viaje de ida. Ese día Burak fue parte de esas estadísticas absurdas que también llenan las retransmisiones de los partidos de fútbol. En ese manual que nos dio la agencia de viajes en la puerta de embarque venía cómo actuar en cualquier situación, si se te perdía o robaban la maleta como a James, el irlandés pelirrojo de la clase, que se quedó esperándola en la cinta transportadora como si alguien la hubiera robado antes de que él la cogiera, o llevarse a Nelson al único senegalés negro de todas las promociones del Grado de Filología Clásica a hacerle un análisis de sangre antes de entrar en el país para ver si tenía el VIH. No habíamos hecho nada más bajarnos en el aeropuerto de Moscú y empezamos a preguntarnos riéndonos por qué la policía tenía que llevarse a Hilary sola a un cuarto a registrarla y a entrevistarla, cuando en su pasaporte americano ella lucía una sonrisa preciosa y hacía dos meses que lo había renovado mientras que en el otro extremo estaban los rusitos como llamábamos a Iósif y Dmitri, el primero iba despistado y no pasó por el arco de seguridad y no le dijeron nada y el segundo pasó por debajo, saltó la alarma y, cuando pensamos que se iba a liar en el aeropuerto, Dmitri les enseñó un carnet especial que llevaba en la cartera y llamaron a otro policía al que mandaron llevarle la maleta al taxi junto con la de nuestro chino del grupo, Jinping, la única persona del mundo que

¿Conozco que estar con él era como un abrir sin parar galletas de la suerte y un no parar de reír
eNunca he conocido un chino tan gracioso como Jinping. Después de él, cruzó el control Burak, a
sque casi no se acercaron por el fuerte olor de su jadeo a vómito. En nuestra fila solo quedaba
por pasar por el arco de seguridad Irene, Wislawa, Mykola y yo, que íbamos muy despacio con
nuestras maletas acercándonos a la policía, cuando comenzó a sonar la canción Katyusha y a caer
sobre nosotros papelillos metálicos de colores. Nos quedamos paralizados viendo cómo la policía
y todos los empleados del aeropuerto comenzaron a tararear la canción y la zona de seguridad se
convirtió en un momento en una auténtica fiesta. La policía se nos acercó, nos cogió las maletas
y nos pusieron a bailar con ellos, nosotros no teníamos ni idea de cómo hacerlo y solo seguíamos
el ritmo diabólico de una música contagiosa que estaba volviendo a todo el mundo loco y que
paralizó el aeropuerto durante un minuto. Cuando la canción terminó, dos de los policías nos
abrazaron y aprovecharon para cachearnos, mientras otros dos abrían nuestras maletas y las
registraban por si alguno de nosotros hubiera traído alcohol, drogas o apuntes para repasar en los
exámenes libres. Por suerte, no encontraron nada porque si Mykola hubiera traído una de esas botellas
de vodka que compartíamos en el piso de estudiantes los jueves por la noche, hubiéramos tenido
que bebernosla con aquellos dos policías que, a pesar de que sus frondosos bigotes no les dejaban
ver sus sonrisas, mostraban una felicidad que hasta ahora no había visto desde que habíamos
saturizado. Cuando terminaron de registrar la maleta, el jefe de policía, que debía ser la única
persona allí que tenía sentido del ridículo, se acercó a nosotros y mientras un operario recogía los
trozos de papel metalizado y los metía en una bolsa para volverlos a utilizar nos dio la gran
noticia, habíamos sido los ganadores del premio especial del día, estamos asombrados porque en
ningún momento la agencia de viajes nos había comentado nada. En principio nosotros no
teníamos intención de aceptarlo, no porque no lo quisiéramos, sino porque acabamos de llegar
¿qué íbamos a hacer nosotros con una cesta gigante de productos típicos de Moscú! Pero antes de
que le dijéramos que no al jefe de policía, él ya nos dijo que no nos preocupáramos, que solo era
un detalle. El policía sacó cuatro sobres de su bolsillo y nos los puso en la mano, informándonos
que lo que contenían era un pase para un reservado en Propaganda. Los planetas se habían
alineado en ese momento, porque esa era la misma discoteca en la que la agencia de viajes no
había gestionado la entrada, pero para la que no había podido conseguir un reservado para
nosotros. El pase además incluía a tres acompañantes más por cada uno de nosotros, en total el
reservado era para doce personas y llevaba incluido consumo ilimitado de refrescos de naranja
toda la noche. Estábamos impresionados, posiblemente cuando se lo contamos a nuestro
profesor de Literatura Griega, que fue el que nos organizó el viaje, seguro que no se lo iba a
creer, porque él ya lo había intentado a través de un amigo de la infancia que trabajaba en la
discoteca y le había comentado que para esa fecha era imposible. El jefe de policía solo nos puso
una condición para que el pase tuviera validez, teníamos que aceptar un regalo más cada uno, la

Verdad es que después de esto me hubiera dado lo mismo que nos hubieran arrestado y amenazado en la comisaría con torturarnos hasta confesar que solo habíamos venido allí de fiesta y que nos importaba una mierda su patrimonio cultural y la situación sociopolítica de ese país, la continua violación de los derechos humanos o la censura a la que está sometida cualquier voz disidente de este régimen autocrático. Así que le dijimos que sí y, sin poner ninguna condición Irene aceptó que le pusieran un tatuaje en la parte exterior del antebrazo izquierdo en tinta azul verdosa. A ella no le gustó la idea, pero cualquiera le decía que no al policía, tampoco era ningún problema porque llevaba un corazón tatuado en el mismo sitio, así que Irene le dijo que, si le integraban en él, que adelante. Así que llamaron al policía que se encargaba de los tatuajes y le junto al corazón y utilizando la misma tipografía que utilizaban en los campos de concentración desde la Segunda Guerra Mundial para numerar e identificar a los presos, le colocaron los últimos cinco números de su pasaporte, aquel nuevo tatuaje le daba un toque diferente a ese corazón tatuado que Irene se había hecho durante el primer año de estudios. A Wislawa le regalaron un corte de pelo extremo, en un primer momento la idea de raparse no le sedujo, pero la insistencia de los policías y que ella tuviera también el pelo corto en ese momento la convenció para hacerlo, así que llamarón a la estilista encargada de peinar a todos los policías del aeropuerto todas las mañanas, le metió la maquinilla y la rapó dejándole solo una pelusa de pelo rubio. A ella le favorecía ese corte, porque tenía unos ojos azules preciosos y una cara blanca y redonda ahora ya no había pelo que te distrajera cuando la mirabas a los ojos. A Mykola le pusieron un brazalete con los colores del arcoíris, como la policía no sabía que regalarle, lo investigaron a fondo y cuando descubrieron que era homosexual les pareció un bonito regalo para que todo el mundo en Moscú supiera de su orientación sexual, algo por lo visto muy importante allí a la hora de conseguir un trabajo o caminar tranquilo por la ciudad. Conmigo lo tuvieron claro, no sé por qué extraña razón y tampoco sé que es lo que vieron en mí, supongo que hojearon mi expediente académico y de dónde venía y decidieron con el buen criterio que habían tenido hasta ahora regalarme un crotal amarillo para colocármelo en cada una de mis dos orejas de burro, aquel detalle me pareció genial, ahora si podía decir que había venido a divertirme a Moscú llevando durante todo el viaje una placa identificativa de plástico flexible, inalterable, no reutilizable en la que se podía leer en cada una de ellas la palabra Propaganda. El viaje solo había comenzado y ya empezábamos a ser tratados como dioses, no sé si al resto de los estudiantes de las distintas facultades que venían en nuestro vuelo y los que estaban aterrizando serían agasajados como nosotros, pero aquellos gestos de bienvenida se vieron completados cuando llegamos a la puerta del aeropuerto donde nos esperaban varios taxis rotulados con el nombre de la discoteca en la que pasaríamos la última noche. Durante el trayecto al hotel, el taxista ruso no dejó de hablarnos en griego a Mykola, Wislawa, Irene y a mí como si su vida girara alrededor de la lucha agrecorromana, mientras no dejaba de hacerle preguntas a Mykola, que no entendía cómo aque

ytaxista podía saber tanto de la liga interuniversitaria en la que competía desde que entró en la universidad. Por un momento los cuatro nos sentimos como los deportistas de élite del deporte más practicado en un país donde la lucha grecorromana era considerada una religión y podía presumir de poseer más medallas que ningún otro y haber visto nacer al luchador más laureado de todos los tiempos. Si el taxi no nos hubiera dejado en la puerta del hotel, habría pensado que nos estaba llevando a la villa olímpica para participar en los juegos olímpicos de Moscú de 1980

1

o

M

y

1

s

1

1

a

a

o

\

l,

1

a

l

a

r

e

a

l

o

a

a

s

o

a

a

s

a

l

taxista podía saber tanto de la liga interuniversitaria en la que competía desde que entró en la universidad. Por un momento los cuatro nos sentimos como los deportistas de élite del deporte más practicado en un país donde la lucha grecorromana era considerada una religión y podían presumir de poseer más medallas que ningún otro y haber visto nacer al luchador más laureado de todos los tiempos. Si el taxi no nos hubiera dejado en la puerta del hotel, habría pensado que nos estaba llevando a la villa olímpica para participar en los juegos olímpicos de Moscú de 1980.

M.



VENGANZA

Al Sr. Vladímir

Estimado Sr. Vladímir, director de la discoteca Propaganda:

No sé si llamándole excelentísimo director lograría llamar su atención para que me contestara una de las cartas más importantes que le he escrito hasta ahora. Y no se preocupe, hábleme solo de lo que quiero saber y nada más, porque no quiero saber nada de su vida personal, si tiene mujer e hijos esperándole en su casa todas las noches, tampoco si tiene amantes o si le molesta que le digan para herirlo que le gustan los hombres o que su hijo es un hombre casado y conocido homosexual de Moscú y que tiene un nieto al que hace tiempo que no ve porque le odia, así que no se preocupe por lo que dicen en los baños de la discoteca, porque todo el mundo sabe de su debilidad por las mujeres a las que odia y las que solo ve como hembras reproductoras de hijos a los que alimentar, para después enviarlos a la guerra a que se pudran en tierra de nadie. Tampoco quiero saber nada de la miseria en la que vive veinticuatro horas en esta discoteca o de su relación con sus trabajadores a los que explota y controla con mano de hierro. Tampoco me interesa el dinero que entra y sale de esa caja registradora con el que podría comprar si quisiera algunas de las discotecas en quiebra más importantes del mundo. No quiero saber nada de ninguna de las comidas que hace durante todo el día, ni siquiera el color de esa mierda que se lleva a casa en una palangana cada día para enterrarla en el jardín. Tampoco me interesa saber nada de la ideología con la que gestiona su discoteca, ni en qué piensa antes de quedarse dormido en su sillón de ejecutivo mientras ve a la gente bailar por los monitores de las cámaras de seguridad que están en su despacho, ni el resultado de su partida diaria con su mejor amigo y hermanastro Serguéi. Tampoco me interesan sus preocupaciones o ese sueño recurrente con el que se despierta aturdido todas las noches de cómo matará su próximo oso, porque yo solo quiero saber qué es lo que pasó después de ese último refresco de color naranja nuclear que nos trajo su jefe de sala a la mesa, cuando a las seis de la mañana comenzaron a sonar las sirenas en la discoteca, como si fueran a empezar a bombardear Moscú.

No sé qué iba a pasar en ese momento, pero todos los que estábamos refugiados en aquel búnker, ya habíamos tomado una decisión que iba a marcar el final de nuestro viaje. Antes de sonar el *jingle* de Revolución1917 simulando a las sirenas de un inminente bombardeo, Marín nos había hablado en el reservado de las dos opciones que teníamos, la de irnos de la discoteca antes de cerrar la puerta principal o quedarnos y salir por la puerta de emergencia cuando el director decidiera que la fiesta oficial había terminado. Solo había dos caminos, resistir y poner

nuestros cuerpos al límite o huir y hacer como si hubiéramos dado el viaje por finalizado, al final elegimos quedarnos porque no podíamos desaprovechar la oportunidad de vivir un viaje para el que llevamos un año trabajando. Todos habíamos hecho un esfuerzo titánico para conseguir todo el dinero necesario para embarcarnos en esta aventura en la que no faltaron los sorteos, las barbacoas, la venta de apuntes a los estudiantes de primero o el sorteo entre nosotros para vender unas unidades de sangre, varios botes de semen y un óvulo con el que poder financiar al menos las entradas a la discoteca que conseguimos gracias a la intervención divina del profesor de Literatura Griega, amigo personal del entrenador de una de las escuelas de oficiales militares más prestigiosas de Rusia, del hijo del director de la discoteca y del marido de la directora de la agencia de viajes que mandó un regalo especial a los dos jefes de seguridad de la discoteca con la lista de los nombres de todos los estudiantes del viaje de fin de curso.

y
e A María no le gustó demasiado la decisión que habíamos tomado, ella llevaba tiempo trabajando allí y conocía sus tripas, incluso había visto al director amenazando a algunos de sus trabajadores con mandarlos a una de las discotecas de Siberia en su despacho donde trabajaba de asistente personal su madre, que también se llamaba María y que era el rostro visible de Propaganda, todas las comunicaciones y las relaciones exteriores con otras discotecas pasaban por ella. Su madre fue la que le consiguió el trabajo en Propaganda después de terminar sus estudios en la misma universidad que ella estudió, el Instituto Estatal de Relaciones Internacionales de Moscú donde, su madre conoció al amor de su vida y uno de los jóvenes directores de discoteca de la competencia más prometedores que terminó siendo acusado de traición por poner el precio de los refrescos de naranja por debajo de los precios establecidos por la discoteca Propaganda, precios que solo eran accesibles a los estudiantes de los viajes de fin de curso. La discoteca Disidencia, de la que fue director, había decidido bajo su propia responsabilidad poner precios accesibles para los estudiantes de las universidades de Moscú produciéndose una democratización de una de las bebidas más populares entre los universitarios. Aquella osadía de hacer universal algo tan básico y vital como un refresco de naranja a todos los usuarios de la discoteca para que pudieran bailar en su pista sin que pudieran deshidratarse, no gustó a la oligarquía discotequera que controlaba Propaganda, algo que terminó convirtiéndose en la excusa perfecta para comenzar un proceso penal contra su director, que concluyó mandándolo a una cárcel de máxima seguridad a dos mil kilómetros de su discoteca durante dos años mientras veía cómo su discoteca era confiscada y habían enviado a un grupo de inspectores para vigilar el cumplimiento de unas normas impuestas por la oligarquía discotequera de la que era presidente el Sr. Director de Propaganda. Después de salir de allí, aquel experto en Literatura Griega volvió a Moscú a dar clases particulares en una academia por las tardes y por las noches participaba en combates ilegales de lucha grecorromana en la discoteca Propaganda, hasta que

l pudo reunir el dinero para marcharse del país y llevarse con él a su hija Irene, al mismo tiempo que dejaba a María aquí con su madre de la que se rumoreaba que tenía una relación con un hombre casado y director de una de las discotecas más importantes de Moscú y una de las veinte mejores del mundo. María entró en Propaganda después de terminar los estudios gracias a su madre, que le consiguió uno de los trabajos más duros de la discoteca que consistía en dedicar las mañanas y las tardes en buscar estudiantes de viaje de fin de curso en los lugares más turísticos de la ciudad y convencerlos para que fueran a la discoteca por la noche donde se tenía que asegurarse de que no pararan de beber y reír, un trabajo que compatibilizaba con el curso avanzado de pinchadiscos en el que se había apuntado en Propaganda y que le permitía vivir sola y ahorrar con el objetivo de hacer un máster en una universidad extranjera. María conocía perfectamente a todos los miembros que hacían posible que esta discoteca abriera todos los días de la semana y que se hubiera convertido en un referente para los pinchadiscos más importantes del mundo. María conocía al detalle las debilidades y las fortalezas de una discoteca en la que solo trabajaban los mejores.

Nuestra decisión podía haber sido otra, pero a ella le pagaban para eso, para que los estudiantes de fin de curso se fueran de allí con sus tarjetas de crédito vacías, por eso ninguno dudamos en quedarnos, habíamos venido a Moscú a un viaje de fin de curso no a una guerra salvo que también debió de pensar todo el mundo que estaba allí cuando sonaron las sirenas y nadie se movió de la discoteca. Los reservados seguían con las cortinas echadas y solo se abrían cuando traían bandejas con botellas magnum de refrescos de naranja, la pista estaba llena bailando al ritmo del tecno de Revolución 1917, en la barra la gente se agolpaba para pedir y en los baños las colas se habían vuelto algo crónico. La noche parecía haber comenzado de nuevo a las seis de la mañana y el alcohol y las drogas se veían pasear en las manos de los camareros que no dejaban de ir y venir del almacén. Aquella sin duda era una fiesta especial, nada que ver con ninguna de las fiestas universitarias a las que había asistido durante todos estos años de estudios exceptuando la que hicimos para celebrar el año nuevo con los estudiantes de otros países que hacían el último curso en nuestra facultad para completar su formación académica y que mejoraran su español. En aquella fiesta loca fue donde uno de ellos ya nos habló de Propaganda antes de caerse al suelo borracho, mientras nos decía que aquella discoteca le recordaba mucho a ella. Aunque todo el mundo sabe que cada discoteca tiene su propia personalidad, su olor característico, una luz propia o un ritmo único, elementos que se podría decir que son el ADN de unas discotecas que están diseñadas para perder el control.

^a Nosotros lo perdimos a las seis de la mañana, por un momento dejamos de oír y ver nada. ^s Cuando nos terminamos el refresco de naranja. Lo último que recuerdo antes de que mi cuerpo ^e comenzara a flotar por el reservado y no pudiera controlar la cabeza, que no paraba de darme

oveltas antes de dejar de escuchar la música por un momento, fueron las palabras del jefe de sala diciéndome: «con esto vais a entrar en otra dimensión de la discoteca». Yo sentía como si estuviera en la ceremonia de iniciación de una tribu, ese era el objetivo de la droga que habían echado en el refresco que había conseguido por un momento que la música tecno que no dejaba de sonar desaparecieron tambores de guerra golpeando mi cabeza. Durante los minutos que duró ese estado de abducción llegó un momento en el que perdí el conocimiento, mientras veía cómo mis compañeros firmaban unos papeles que uno de los camareros había traído dentro de una carpeta roja en los que les estaban haciendo estampar sus huellas dactilares tras frotarles un bastoncillo por el interior de la boca.

a

y

,

s

M

s

o

,

y

l

a

l

a

e

l

,

e

e

a

a

r

e

a

o

e

vueltas antes de dejar de escuchar la música por un momento, fueron las palabras del jefe de sala diciendo: «con esto vais a entrar en otra dimensión de la discoteca». Yo sentía como si estuviera en la ceremonia de iniciación de una tribu, ese era el objetivo de la droga que habían echado en el refresco que había conseguido por un momento que la música tecno que no dejaba de sonar parecieran tambores de guerra golpeando mi cabeza. Durante los minutos que duró ese estado de abducción llegó un momento en el que perdí el conocimiento, mientras veía cómo mis compañeros firmaban unos papeles que uno de los camareros había traído dentro de una carpeta roja en los que les estaban haciendo estampar sus huellas dactilares tras frotarles un bastoncillo por el interior de la boca.

M.

Al Sr. Vladímir

Estimado Sr. Vladímir, director de la discoteca Propaganda:

Ahora entiendo muchas de las cosas que han sucedido durante toda la noche y casi podré decirle que si quiere no se moleste en contestar a esta carta. Ya he visto que a usted nuestro viaje de fin de curso no le importa nada, para usted nosotros somos simples números asociados a la estadísticas del gasto medio por noche y usuario de la discoteca. Da igual lo que hayamos estudiado, de qué universidad vengamos o el poder adquisitivo que tengamos, lo único que le importa es que consumamos sin control y, si para ello tenemos que estar doce horas aquí, usted hará todo lo posible para que así sea, aunque tenga que reformar las normas por las que se rige esta discoteca, el fin justifica los medios y, si para perpetuarse en el poder tiene que modificar el reglamento nacional de las discotecas, se busca la forma y los apoyos para hacerlo. Ahora entiendo la insistencia para que firmáramos ese contrato, ese papel era la puerta a más horas en su discoteca, a más horas más consumo, más dinero, más poder para poder comprar otras discotecas, más poder para hacer de Dios, decidir quién entra y sale de la discoteca o cuando deben comenzar los combates de lucha grecorromana.

Ninguno de nosotros nos negamos a firmar el documento con aquella pluma que no ayudaban a pasarnos unos a otros. Todos firmamos, pusimos nuestras huellas dactilares y no hicimos una prueba de ADN, incluso María tuvo que firmar esa noche aquel contrato que abría la puerta a un nuevo orden en la discoteca. Posiblemente, si hubiéramos estado sobrios, ninguno de nosotros hubiera aceptado ninguna de las cláusulas que formaban parte de un documento que una vez firmado, volvieron a meter en la carpeta para que uno de los camareros la subiera a despacho del director, mientras el jefe de sala nos daba la bienvenida a la nueva discoteca Propaganda, de la que no podíamos salir bajo ningún concepto hasta las doce de la mañana, no con los pies por delante. Antes incluso te meterían en la cámara frigorífica donde guardaban el hielo, que abrir la puerta para que la funeraria te sacara de allí, porque no solo habíamos firmado un contrato, habíamos puesto nuestras vidas en las manos del director de una discoteca. Habíamos firmado además una hoja en blanco en el que podían incorporar muchas más cláusulas, solo tenía que escribirlas en el ordenador, poner los papeles en el orden correcto y darle al botón de imprimir y ya tenían incorporada cualquier cláusula a todos los contratos. Pero si querían añadir alguna cláusula particular a alguno, simplemente tenía que meter el papel en una máquina de escribir que tenía el director sobre la mesa de su despacho o, si se trataba de un

urgencia y había que hacerlo en cualquier lugar de la discoteca, el propio director podía hacerlo de su puño y letra.

El estado en el que nos encontrábamos no nos dejaba ver aún el alcance de ese papel que ahora descansaría en la caja fuerte del director, junto a los billetes de avión y los pasaportes de todos los estudiantes discotequeros de viaje de fin de curso que estábamos allí y que aún no encontrábamos eufóricos por el efecto de ese refresco que nos empujaba a divertirnos sin descanso y nos hacía sentir inmortales. La última vez que me sentí así fue el día que firmé el contrato del piso. Para mí hacerlo era firmar un año más de vida, un contrato en el que se hablaba del cuidado del mobiliario, de la prohibición de organizar fiestas, alquilar habitaciones por días o fines de semana y en el que se incluía una relación inventariada de todos los objetos más valiosos que el propietario había dejado allí. Un contrato que siempre nos lo habíamos pasado por el culo cada vez que organizábamos una fiesta en aquel tercer piso sin ascensor de setenta metros cuadrados en el que muchos jueves más de veinte personas no dejaban de beber, bailar y comer frutos secos durante toda la noche. Y lo hacíamos porque sabíamos que aquel contrato de alquiler solo era una forma de eximir a nuestro casero de la responsabilidad de la muerte de alguno de los invitados que fuera alérgico a los frutos secos o por si alguien tenía la idea de que tirándose del balcón le iban a renovar la beca para que siguiera estudiando el próximo año. Había gente estudiando conmigo que prefería estamparse contra el asfalto en una de las fiestas locas que organizábamos todas las semanas, que volver a la granja de los abuelos a cuidar cerdos y vacas donde la única discoteca que iba a volver a ver en su vida era el salón de su casa en Navidad. Aquel contrato que habíamos firmado esta vez era uno de verdad, de esos vinculantes con letra pequeña, pero no de compañía de teléfono que con algo de habilidad podrías convencer a la teleoperadora de que no habías hecho esas llamadas a ese sinfín de números internacionales porque te habían robado el teléfono en la facultad. Ese contrato era de letra pequeña, de bancos con departamentos llenos de abogados dispuestos a despellejarte vivo si no pagabas las deudas y una vez sin piel mandarte al inframundo de la indigencia bancaria. Habíamos firmado un contrato en el que además de eximir a la discoteca de cualquier responsabilidad de tu muerte le habías dado el control de tu vida. Si ponían una canción y el director de la discoteca le decía: "Revolución 1917" que todo el mundo se levantara a bailar, no podías quedarte sentado, tenías que bailar, levantar los brazos, saltar hasta la extenuación, aquel contrato te vinculaba directamente con el director, todos los derechos y obligaciones que te había explicado la agencia de viajes en el aeropuerto se habían sustituido por un nuevo orden basado en las decisiones dictatoriales del director de la discoteca que con tu firma había impuesto la ley marcial discotequera.

María sabía perfectamente lo que habíamos firmado, no era la primera vez que lo hacía, pero nunca enamorada. Porque ese era su trabajo como relaciones públicas, primero cazar, luego

llevarlos a la ratonera y por último hacernos rodar por la barra de la discoteca como si fuéramos hamsters hasta vaciarnos los bolsillos y, si para conseguirlo tenía que utilizar cualquier cláusula del contrato que todos habíamos firmado, solo tenía que llamar a cualquier miembro de seguridad y ellos se encargarían de todo. Ella hasta hoy había sido una vocera más del director de la discoteca, pero ahora era diferente, porque había incumplido la primera regla de un relacionista público de la discoteca Propaganda, enamorarse de uno de sus clientes, por esa razón me explicó el contenido de cada una de las cláusulas que habíamos asumido firmando ese contrato del que ella se sentía más responsable que nunca. Ella se sabía el documento de memoria, lo había firmado en todas las fiestas de fin de curso en las que había participado desde que comenzó a trabajar en Propaganda. La primera norma era el toque de queda, quien firmaba ese documento sabía que no podía salir de allí bajo ninguna circunstancia hasta las doce de la mañana. No valía ni siquiera aducir cansancio extremo para irte al hotel, simular un accidente con un vaso cristal o hacerse el muerto, nadie podía salir de allí salvo que el director de la discoteca lo autorizara y eso sería casi tan improbable como esperar a que el gobernador del estado de Texas llamase a la prisión para detener una ejecución de pena de muerte. Llegar al director solo estaba al alcance de un pequeño círculo de confianza formado por su secretaria, su mejor amigo y hermanastro con el que jugaba al ajedrez todos los días, su cajera, el jefe de sala, los gemelos y cuatro personas de su sangre: su hijo, dos nietos mellizos —uno su favorito y el otro con el que no tenía relación desde que se fue a estudiar fuera— y María; solo ellos podrían colocarse delante del director y pedirle que autorizara la salida de alguno de nosotros. La segunda cláusula hacía referencia a la supresión de cualquier ley civil en la discoteca, desaparecía cualquier derecho social y se suprimía el *habeas corpus*, a partir de ahora podían retenerte en cualquier habitáculo de la discoteca todo el tiempo que quisiera sin darte explicación alguna, además se volvía a instaurar la pena de muerte en la discoteca hasta las doce de la mañana y se permitía, a partir de ahora a cualquier persona, ejercer la violencia extrema sobre otra hasta provocarle la muerte, sin que esto pudiera suponerle la incoación de un delito, eso sí, solo se podía llevar a cabo bajo la autorización expresa del director. En la tercera se hablaba de la instauración de un derecho discotequero supremo, la implantación de una justicia discotequera que sería administrada por un tribunal especial discotequero que estaría integrado por el auditor y presidente, el director de la discoteca, los vocales y un secretario, todos miembros activos de la discoteca. La cuarta establecía las medidas en caso de peleas y de grandes peleas de lucha grecorromana, una de las más importantes del contrato. La quinta regulaba los estados de emergencia en la discoteca como roturas de tuberías de saneamiento, cortes accidentales de suministros eléctricos, desabastecimiento de hielo, destilados y refrescos de naranja. La sexta hablaba de la capacidad de la discoteca de deportarte a otra discoteca, se podía dar el caso de que, si querían separar a dos personas o a un grupo por alguna razón, podía hacerlo, aun sabiendo que este traslado podía

sprovocar perder el vuelo de vuelta del viaje de fin de curso. La séptima hablaba de las restricciones de movilidad, es decir, podían en un momento determinado prohibir desplazarte a otro punto de la discoteca que no fuera del reservado al baño y del baño al reservado prohibiéndose expresamente desplazarse a la pista de baile o al guardarropa bajo ningún concepto. Solo había una excepción de movilidad, que era la de desplazarte desde donde estabas a la barra de la discoteca, se podría decir que se trataba de un movimiento universal y uno de los pocos derechos inviolables de la discoteca. La novena cláusula regulaba la brutalidad del equipo de seguridad que tenía autorizado emplear cualquier tipo de violencia y tortura con el objetivo de imponer la ley y el orden dentro de la discoteca, subir la música hasta provocarte un edema en el oído, echarte alcohol metílico en el refresco de naranja, encerrarte dentro del baño o simplemente desnudarte y lanzarte a la pista de baile. Y la décima cláusula y en la que se detuvo por un momento María, era la que hablaba de las desapariciones Si por cualquier causa algunos de los que habíamos firmado el contrato desaparecíamos, no habría forma de saber ni cómo ni dónde podríamos estar. El que desapareciera de esta discoteca debía saber que había que pensar que con toda probabilidad no estaría en la puerta de embarque para coger el vuelo de regreso de este viaje de fin de curso. Yo sabía perfectamente lo que había firmado y lo había hecho porque no quería que este viaje de fin de curso terminara sin decirle a María que se viniera conmigo a estudiar un máster a mi universidad, que dejara aquella vida discotequera represiva, porque allí le esperaba un piso de estudiantes, una nueva vida y otras fiestas. Así que ahora ya lo sabe Sr. Vladímir, quiero a su hija y haré todo lo posible para que se venga conmigo, Sr. Director de la discoteca, más importantes de Moscú y una de las veinte mejores discotecas del mundo.

a
r
a
o
a
o
n
a
a
s
,
,
d
s
a

M

provocar perder el vuelo de vuelta del viaje de fin de curso. La séptima hablaba de las restricciones de movilidad, es decir, podían en un momento determinado prohibir desplazarte a otro punto de la discoteca que no fuera del reservado al baño y del baño al reservado, prohibiéndose expresamente desplazarse a la pista de baile o al guardarropa bajo ningún concepto. Solo había una excepción de movilidad, que era la de desplazarte desde donde estabas a la barra de la discoteca, se podría decir que se trataba de un movimiento universal y uno de los pocos derechos inviolables de la discoteca. La novena cláusula regulaba la brutalidad del equipo de seguridad que tenía autorizado emplear cualquier tipo de violencia y tortura con el objetivo de imponer la ley y el orden dentro de la discoteca, subir la música hasta provocarte un edema en el oído, echarte alcohol metílico en el refresco de naranja, encerrarte dentro del baño o simplemente desnudarte y lanzarte a la pista de baile. Y la décima cláusula y en la que se detuvo por un momento María, era la que hablaba de las desapariciones Si por cualquier causa algunos de los que habíamos firmado el contrato desaparecíamos, no habría forma de saber ni cómo ni dónde podríamos estar. El que desapareciera de esta discoteca debía saber que había que pensar que con toda probabilidad no estaría en la puerta de embarque para coger el vuelo de regreso de este viaje de fin de curso. Yo sabía perfectamente lo que había firmado y lo había hecho porque no quería que este viaje de fin de curso terminara sin decirle a María que se viniera conmigo a estudiar un máster a mi universidad, que dejara aquella vida discotequera represiva, porque allí le esperaba un piso de estudiantes, una nueva vida y otras fiestas. Así que ahora ya lo sabe Sr. Vladímir, quiero a su hija y haré todo lo posible para que se venga conmigo, Sr. Director de la discoteca más importantes de Moscú y una de las veinte mejores discotecas del mundo.

M.

Al Sr. Vladímir

Estimado Sr. Vladímir, director de la discoteca Propaganda:

Cuando decidí escribirle por primera vez, pensaba que mis cartas podrían llamar su atención porque todo lo que le he contado hasta ahora ha sido verdad, le guste o no. Sé que en algún momento ha podido pensar que mis palabras sobre su discoteca Propaganda eran duras, cuando realmente eran un baño de realidad. Enfrentarse a la realidad no es sencillo y no todo el mundo está preparado para abordarla, por eso ahora más que nunca pienso que mientras no conteste a ellas, seguirá habiendo un atisbo de que lo haga. Así que quiero que sepa que esta no va a ser la última carta que va a recibir, al menos una más, porque ahora mismo veo más necesario que nunca dejárselo todo por escrito. Y no se preocupe, yo mismo descubriré lo que pasó para que yo firmara ese documento a las seis de la mañana, seguro que alguien me ayudará a recordarlo. Por lo demás yo estoy bien, no sé si usted en su despacho lo está, viéndonos aquí sentados en el reservado, hablando despreocupados de lo que ha sido este viaje, mientras juega su última partida de ajedrez de la noche. Pero quiero que sepa que yo también juego, que si quiere le invite a hacerlo conmigo, solo tiene que bajar de su torre inexpugnable y elegir cualquiera de las mesas que hay en su discoteca, eso sí, estaremos rodeados de gente, la música tronará en nuestros oídos, la luz nos cegará a veces, pero tranquilo terminaremos la partida y por fin sabremos quién juega mejor de los dos.

La Propaganda que conocíamos un minuto antes de firmar el contrato y la discoteca en la que se había transformado nada más terminar de hacerlo pasadas las seis de la mañana no era la misma de la que nos hablaron en la agencia de viajes cuando fuimos a llevar el dinero de la reserva que ganamos en la primera fiesta que organizamos para recaudar dinero para este viaje y a la que nos había empujado el profesor de Literatura Griega, que se había convertido para muchos de nosotros en un salvavidas desde que lo conocimos en primero.

El primer año es un curso siempre duro y de numerosos cambios y adaptaciones, tienes que tomar muchas decisiones en poco tiempo, desde elegir piso y compañeros hasta saber qué ropa te ibas a colocar para ir el primer día a clase. Todo es nuevo al mismo tiempo que excitante cada día, pero el profesor siempre estuvo ahí para todo lo que necesitamos, convirtiéndose en un tutor y aliado en esta cruzada que es estudiar en la universidad. Él fue quien nos dijo que el mejor plan para cerrar este viaje era ir a una de las fiestas de esta discoteca, pero también nos dijo que

tuviéramos mucho cuidado porque ni en nuestra ciudad ni en los alrededores había ninguna discoteca que se pareciese a Propaganda y que, a partir de las seis de la mañana, tampoco era la misma discoteca de la que nos hablaron en el aeropuerto cuando nos tocó ese premio, ni la de las vallas publicitarias que inundaban el trayecto hasta el hotel, ni la del expositor lleno de folletos que había en la recepción o sobre la mesilla junto a la cama de la habitación y que hablaban de paraíso que encontraríamos en Propaganda, ni la visión de María cuando nos reclutó en la calle empujándonos a ir sí o sí, pero ese era su trabajo dentro de una maquinaria mediáticamente engranada a la perfección en la que ella era un eslabón más de esta cadena. La discoteca había cambiado, transfigurando a toda la gente que había decidido quedarse allí como nosotros. La gente había pasado de tener una actitud activa y grupal a convertirse en lobos solitarios de discoteca más seriales y automatizados, habían pasado de ser seres independientes a la hora de ir a la barra a pedir un refresco de naranja cuando tenían sed a alienarse con toda la industria mediática de la discoteca que no dejaba de lanzar mensajes para no parar de beber, algo que se podía ver solo mirando cómo se hacían cada vez más grandes las colas en los baños, cómo la gente empujaba más para llegar a la barra y cómo había aumentado el tiempo de espera desde que decidías ir a rellenar tu vaso y volvías al mismo lugar. Los discotequeros parecían autómatas y su lenguaje corporal era la evidencia de que habíamos pasado del estudiante pacífico de fin de curso que venía a vivir la noche de fiesta de su vida, a zombis que se movían entre las sombras de las luces de los focos que inundaban la sala.

La luz se había convertido en protagonista de esta nueva Propaganda, todos los espacios de las discotecas se habían vuelto más oscuros, incluso en nuestro reservado ahora era más difícil distinguir el color de nuestras bebidas. Habíamos pasado en solo unos segundos de vernos cómo reíamos todo el tiempo, a hacerlo cuando los *flashes* de los focos destellaban con tal intensidad que nos cegaba durante unos segundos. Propaganda había pasado de ser un lugar luminoso con luces de colores primarios a sumirse en una oscuridad colapsada por momentos por ráfagas de luz que te obligaban a parpadear sin parar. Solo había una zona en la discoteca en la que la luz no había cambiado, la barra del bar donde los focos la mantenían iluminada para que se pudiera ver bien el dinero sobre ella, incluso en los baños habían regulado la potencia de las luces para hacerlo todo más oscuro. El baño de Propaganda se había convertido en un *no lugar* en el que ahora podían entrar dos desconocidos juntos sin vinculación alguna y desearse allí dentro mientras un tercero orinaba tranquilo a oscuras. Habían bajado tanto la intensidad de la luz que cuando comenzaban esos minutos de continuos *flashes* de luces destellantes, muchos de los que estaban allí que no estaban acostumbrados a ver tanta luz se quedaban ciegos durante algunos minutos, cuando ocurría esto podías pedir que los camareros se acercaran a ti para echarte unas gotas de colirio para aliviar esa sensación de tener arena en los ojos. Una falta de luz que también

estaba provocando algunas caídas innecesarias y que, para evitarlas, la discoteca había suministrado linternas a todos los empleados para acompañar a aquellas personas que necesitaran salir y volver intactas a la barra del bar. En algunos lugares era difícil distinguir a la gente, si no era susando el tacto de las manos en el rostro, tampoco el volumen infernal de la música en algunos lugares, especialmente en la pista de baile permitía comunicarse con facilidad, ahora que todo lo que habíamos sido invitado a ponernos encima de nuestras camisas blancas una camiseta verde que desde ese había convertido en nuestro uniforme y en la que habían cosido un dorsal con un número diferente en cada una de ellas que nos hacían parecer soldados de un ejército y no jugadores de fútbol de un equipo patrocinado por la facultad. La discoteca estaba en una continua transformación en la que el olor seguía teniendo un protagonismo especial y el perfume de noche de fiesta, de colonia infantil, de desodorante, de ropa nueva o sudor habían sido neutralizados por la máquina de humo artificial que no dejaba de caer del techo y que se podría describir como un olor a tierra quemada. Nada, ni nadie parecía ya el mismo en esa discoteca, ni siquiera los camareros que habían estado toda la noche sonriéndote y que ahora parecían oficiales del ejército antes de un desfile militar. Pero si algo había cambiado y que destacaba sobre toda esa transformación era la música de Revolución 1917 que la había adaptado al ambiente instaurado lo que había dejado de ser menos emocional para convertirse en un ritmo electrónico y serial que estaba volviendo loco a la gente que no paraba de bailar. La música se había convertido en algo adictivo para los que estaban en la pista de baile, que veían cómo su cerebro sintetizaba el ritmo frenético y enviaba sin control órdenes de no parar a cada una de sus extremidades, y es que la música se había convertido en la única forma de comunicarse en ese estado de sitio en el que se había convertido la discoteca.

1 Propaganda parecía que iba a explotar con nosotros dentro refugiados en el reservado, como si no pasara nada, mientras todo el mundo emprendía el camino hacia sus propios límites. Había comenzado una huida hacia delante de la que nadie de los que estaban allí sabían si iban a salir indemnes, por fin la fiesta había comenzado, porque hasta ahora esto solo había sido un simulacro que había servido para que la discoteca se deshiciera de los más débiles y quedaran los que estaban dispuestos a morir por ella. Y mientras todo el mundo jugaba a colapsar sus cuerpos sumidos en la sinestesia de la música electrónica, nosotros hacíamos planes para las últimas horas que nos quedaban, porque nosotros también queríamos aprovechar este tsunami que estaba arrastrando a todo el mundo a la locura colectiva y que empujaba a la gente a hacer cosas que no había hecho hasta ahora, montarse en la mesa a bailar con grandes zapatos de plataforma, lanzar personas al vacío o servir los refrescos sobre camareras semidesnudas tendidas sobre la barra saltar sin parar al mismo tiempo que cerraba los ojos, sin importarte quien estaba a tu lado, quien se rozaba contigo hasta fusionar las gotas de sudor que brotaban de sus cuerpos. La locura

colectiva se había instalado definitivamente en una discoteca que había despertado los instintos más primitivos, el del caos que terminó empujándonos a todos hasta la pista de baile como si fuéramos muertos vivientes.

s

s

M

e

o

e

a

e

r

l

s

o

a

,

a

o

o

e

a

o

a

r

l

s

s

s

a

o

r

,

l

a

colectiva se había instalado definitivamente en una discoteca que había despertado los instintos más primitivos, el del caos que terminó empujándonos a todos hasta la pista de baile como si fuéramos muertos vivientes.

M.

Al Sr. Vladímir

Estimado Sr. Vladímir, director de la discoteca Propaganda:

Hasta ahora en mis cartas he sido relativamente condescendiente con usted, solo me he limitado a escribir en ellas lo que he visto y oído, pero nunca lo que pienso de cómo gestiona esta discoteca. Creo que después de este monólogo en el que se ha convertido nuestra relación noto cierto agotamiento por su parte ante mi insistencia, incluso no me gustaría que me tomara por uno de esos periodistas que hacen preguntas incómodas en las ruedas de prensa posteriores a la muerte de discotequeros en su discoteca después de terminar una de esas noches de fiesta de estudiantes de fin de curso. Los filólogos clásicos nos dedicamos al estudio de las lenguas antiguas latina y griega, así como el estudio de las civilizaciones de Grecia y Roma en su conjunto, como son la historia, la filosofía, la mitología, la religión, el arte, la arqueología y la política, estudios que son en el mundo occidental el germen de las humanidades, así que si podría decir que no soy un periodista profesional que disparo a matar, solo soy alguien que ha adquirido un pensamiento crítico a lo largo de todos estos años de universidad gracias al estudio de la Historia de Grecia y Roma, la mitología clásica, la historia del arte clásico, la filosofía griega y romana, la fonética, morfología y sintaxis, la lingüística diacrónica, dialectología y historia de la lengua, las lenguas indoeuropeas: sánscrito, la epigrafía, paleografía y papirología la métrica, la crítica textual, la traducción y la retórica que tanto le gusta emplear en su discoteca. Una cultura clásica de la que ahora quiere renegar para justificar la encerrona en la que hemos caído cuando su jefe de sala nos invitó a salir del reservado para que nos fuéramos a la pista de baile.

La pista de baile de la discoteca Propaganda había sido hasta ahora un espacio de relativa paz si no fuera por el desencuentro que habían tenido Iósif y Mykola, que salieron del reservado con cierto ánimo de venganza. Propaganda había mutado de la misma forma que lo hacía el bar que había frente a la facultad y en el que habíamos pasado más tiempo en estos últimos años de universidad que en nuestro propio piso. Mutaba desde que abría todos los días del año a las seis de la mañana para poner los primeros desayunos, hasta las doce de la noche en la que servía la última pizza en el horno. El bar El Ruso, como lo llamábamos todos, era famoso por su espectacular ensaladilla rusa que lucía las veinticuatro horas en sus vitrinas, era un refugio para nosotros donde siempre estaba detrás de su barra su imputrescible dueño, una persona jovial y afable hasta que se enfadaba cuando nos apalancábamos horas jugando a las cartas y no

mandaba al piso, sin antes decirnos lo que echaba de menos Moscú. Un bar donde después de los primeros cafés se servían los desayunos de los padres que dejaban a sus hijos en el colegio, luego los de los profesores y alumnos, hasta que a media mañana el ruso comenzaba a llenar cervezas y a poner tapas de ensaladilla rusa, bocadillos y platos combinados hasta las cuatro de la tarde que empezaban los cafés, los refrescos, las infusiones y la bollería industrial que iba sacando de su horno, hasta que se acercaba la hora de la cena y muchos de nosotros después de salir de la facultad le pedíamos una pizza para comérmola en el piso sentados en el sofá.

Llegamos a la pista con ganas de incorporarnos a la muchedumbre y bailar al ritmo de la Revolución 1917, María y yo lo hicimos cogidos de la mano, había tenido que esperar al último día para encontrar el amor del viaje de fin de curso. Wislawa llegó con Irene, junto con Nelson Mykola y Hilary que se habían entretenido recogiendo las cosas del reservado, ellos se habían colocado haciendo un círculo, mientras que Dmitri, Iósif, Burak y Jinping se habían colocado junto a una columna de sonido y no paraban de saltar. Era imposible no dejarse arrastrar por la multitud enfermiza que era atravesada por los bajos de una música electrónica que bombardeaba tu corazón en cada canción. Allí se podían ver estudiantes de todos los estudios universitarios, de matemáticas, medicina, psicología, economistas, ingenieros, periodistas, traductores informáticos, veterinarios, historiadores, biólogos, publicistas, enfermeros, filósofos, abogados físicos, farmacéuticos, químicos, filólogos, dentistas y un grupo de estudiantes de la escuela de oficiales militares de Moscú de último año que acaban de llegar de un desfile militar.

Cada uno de los estudiantes de fin de curso que estaba allí tenía una visión diferente de lo que era una pista de baile y eso era lo que mantenía vivo aquel ring musical en el que se había convertido ese espacio que ocupaba gran parte de la discoteca y que los matemáticos no dejaban de analizar y para los que todos éramos números, un juego, su forma de divertirse. Un matemático tenía una perspectiva emocional de los números que no tenía ninguna de las personas que trabajaban allí, para ellos la discoteca era un conjunto de objetos tridimensionales que contaban y agrupaban, mientras los psicólogos analizaban la conducta de los que bailaban como especialistas en el lenguaje corporal, aunque no había que ser ningún psicólogo para ver que la sensualidad con la que bailaba María delante de mí era una declaración de amor. Hasta un informático sería capaz de darse cuenta de eso sin haber pisado la facultad de psicología, de la misma forma que podían convertir aquel espectáculo de música, luces y gente enfermiza bailando en un juego de matar ambientado en una discoteca en el que el protagonista tiene que acabar con un pistolero que se esconde entre la muchedumbre. Los informáticos y su visión de la vida, nada tiene que ver con la de los ingenieros que estaban allí, hablando en un rincón de la estructura que sujetaba los juegos de luces, de los vatios que necesitaban, del consumo de cada una de las etapas de potencia, la distribución de los altavoces que estaban repartidos por toda la

spista y los decibelios necesarios para dejar sorda a la gente. Cada uno allí hablaba de lo que sabía, los economistas del dinero que debía entrar todos los días en la caja, ellos eran los únicos que podían acreditar que aquella discoteca era una máquina de hacer dinero, un maná con el que ese podía comprar otras discotecas, no solo de Moscú o Rusia, sino de todo el mundo, como si fueran clubes de fútbol, junto a ellos estaban los estudiantes de periodismo que no dejaban de admirar cómo bailaban los publicistas a los que les hubiera gustado subir al despacho del director para hacerles preguntas de cómo se lleva un negocio como este, seguro que ellos hubieran disfrutado más haciendo preguntas incómodas que viendo a los de la facultad de comunicación y marketing rozarse con las futuras ayudantes de directores económicos de grandes laboratorios llenas de biotecnólogos, farmacéuticos y periodistas especialistas en redactar notas de prensa para anunciar un nuevo fármaco. En aquella pista cada uno estaba colocado donde mejor se encontraba, los historiadores en una de las esquinas como estatuas, ellos podían tener mucha idea de fechas y acontecimientos históricos, pero de bailar no tenían ninguna. Yo había ido a muchas fiestas y en todas ellas los historiadores eran los estudiantes a los que menos les importaba la música y el baile, estaban allí porque los habían traído en un autobús igual que a nosotros y les habían dicho a la hora que tenían que estar fuera para volver al hotel. En el otro extremo estaban los traductores, a los que les encantaba la fiesta. La primera vez que me invitaron a una pensaba «vaya bodrio al que voy a ir» porque eran fiestas que se hacían en pequeñas salas alternativas y con aforo limitado, pero que terminaban siendo una locura, nunca he visto tanto descontrol y no sabría dar una razón exacta, pero lo que sí sabía es que ese día terminaba siempre sin calzoncillo y desayunando en el bar El Ruso churros con chocolate con los colegas de la facultad de biología y medicina que literalmente se podía decir que en esas fiestas lo daban todo. En las fiestas de los estudiantes se hacen tantas cosas absurdas como en los viajes de fin de curso y si no que se le digan a los biólogos, que eran especialistas en setas alucinógenas, mientras que los químicos en destilados fabricados en el laboratorio y que siempre llevaban a las fiestas en botellas escondidas: debajo de la chaqueta un líquido verde del que nadie preguntaba su origen y todo el mundo terminaba bebiendo. Lo mismo pasaba con los farmacéuticos quienes eran los que repartían las pastillas en las fiestas, no sé cómo las conseguían, bueno sí, eran de fabricación casera, hecha con productos donados por las propias empresas farmacéuticas y todo cocinado en la propia facultad. O los de medicina, siempre tan calladitos que parecían tontos y eran los primeros que registraban los bolsillos de la ropa de los traficantes de drogas que acababan en la sala de autopsias para las prácticas de patología a los que les gustaba ver a veterinarios comportarse como animales después de darles unas cuantas para que se las tomaran y pasaran un buen rato antes de que les partieran los dientes en una pelea. En las fiestas universitarias, cada uno a su manera teníamos nuestra propia forma de mantenerlas vivas y todos nos esforzábamos para que fueran inolvidables. Esos días siempre terminabas con algún filósofo borracho a tu lado hablando

ede pensamiento y filosofía, esto te marca la vida para siempre, porque los filósofos son buenas personas, saben mucho, hablan más aún, pero cuando beben se convierten en humoristas del club de la comedia y no hay quien los detenga, son capaces de resumirte la historia de la filosofía con un monólogo de doce minutos, el pensamiento occidental en tres y el oriental en dos y con trece echistes malos. Los filósofos, cuando se infiltran en las pistas de baile, hasta que no los drogan, no se vuelven personas normales y dejan a un lado el pensamiento crítico y ese inconformismo académico en el que viven. No recomiendo tomarse más de un refresco con un filósofo en una discoteca porque pueden arruinarte la noche con su espíritu fatalista y, si además es poeta de la conciencia, o le echas algo más dentro del segundo refresco, o te vas a la esquina, aunque allí estén los historiadores hablando de revoluciones, abdicaciones, conquistadores y venenos.

² Allí estábamos cientos de estudiantes de todas las carreras universitarias en aquella pista de baile en la que era difícil encontrar un hueco en paz y armonía, hasta que tomaron la pista los estudiantes de la escuela de oficiales militares que habían entrado en la discoteca borrachos a las seis de la mañana con ganas de montar un buen espectáculo.

²

1

é

γ

ο

s

a

e

ο

1

s

ο

s

s

a

e

e

e

ο

1

e

ο

M

de pensamiento y filosofía, esto te marca la vida para siempre, porque los filósofos son buenas personas, saben mucho, hablan más aún, pero cuando beben se convierten en humoristas del club de la comedia y no hay quien los detenga, son capaces de resumirte la historia de la filosofía con un monólogo de doce minutos, el pensamiento occidental en tres y el oriental en dos y con tres chistes malos. Los filósofos, cuando se infiltran en las pistas de baile, hasta que no los drogan, no se vuelven personas normales y dejan a un lado el pensamiento crítico y ese inconformismo endémico en el que viven. No recomiendo tomarse más de un refresco con un filósofo en una discoteca porque pueden arruinarte la noche con su espíritu fatalista y, si además es poeta de la conciencia, o le echas algo más dentro del segundo refresco, o te vas a la esquina, aunque allí estén los historiadores hablando de revoluciones, abdicaciones, conquistadores y venenos.

Allí estábamos cientos de estudiantes de todas las carreras universitarias en aquella pista de baile en la que era difícil encontrar un hueco en paz y armonía, hasta que tomaron la pista los estudiantes de la escuela de oficiales militares que habían entrado en la discoteca borrachos a las seis de la mañana con ganas de montar un buen espectáculo.

M.

Al Sr. Vladímir

Estimado Sr. Vladímir, director de la discoteca Propaganda:

Aún recuerdo cuando le escribí informando de lo exigentes que habían sido sus gemelos en el control de seguridad de acceso a su discoteca en el que nos preguntaron y nos registraron uno a uno para ver si llevábamos alcohol, drogas o armas. En ese momento no entendí qué daño podíamos hacer unos simples estudiantes de Filología Clásica de fiesta de fin de curso que la única maldad que hemos estudiado en la facultad ha sido cómo matar a una persona envenenándola como hicieron con Sócrates. Pero una cosa es estudiarlo y otra es pensar que somos asesinos en serie. Por eso no entiendo que a las seis de la mañana, sus dos hombres de confianza del servicio de seguridad, Igor y Valeri, dejaran pasar a seis estudiantes de la escuela de oficiales militares borrachos y con sus pistolas enfundadas y no hicieran nada para impedirlo incluso he visto cómo uno de sus hombres les pedía las pistolas para verlas, las cogía en sus manos y veía lo brillantes y limpias que estaban, luego comprobaba que tenían balas, y las ponía a punto para ser disparadas en cualquier momento. Disculpe que sea tan brusco, pero esto es un sinsentido que solo un loco podría dejar que pasara, ¿en qué estaba pensando?

Si el plan es matar a alguien que no esté bailando como le gustaría que lo hiciera, que no estuviera bebiendo lo suficiente, que hubiera ido demasiadas veces al baño, o ensuciado la pista no es necesario mandar a unos estudiantes con armas a la discoteca, hay formas menos violentas de resolver los problemas, incluso dentro de su autocrática discoteca se pueden llevar a cabo soluciones más prudentes que pasen casi desapercibidas y sean además más eficaces que sacar una pistola y pegarle un tiro al alguien a quien en las encuestas anónimas de satisfacción de su discoteca haya enumerado algunas deficiencias que podían sacar a Propaganda de la lista de las veinte discotecas más importantes del mundo, como yo estoy haciendo en mis cartas. Hay formas más selectivas de hacer desaparecer a alguien que te incomoda, como por ejemplo, el envenenamiento sistemático con los refrescos de naranja, para ello solo tienes que dar instrucciones a su jefe de sala, diciéndole que aumente la dosis de polonio lo suficiente como para removerte los intestinos y caer retorciéndote en la pista de baile como si estuvieras haciendo una performance al ritmo de la música de Revolución1917 hasta que te quedaras inconsciente y una vez inmóvil, un estudiante de medicina te midiera las constantes vitales y llamara al personal de seguridad para que te sacaran de allí y te llevaran urgentemente al hospital para salvarte la

vida o si no quisieran hacerlo, te dejaran en la calle para que te murieras solo en la acera de enfrente de la discoteca.

Estoy seguro de que el plan no era ese, porque si no ya muchos de los estudiantes a los que no le quedaba dinero para comprar refrescos de naranja, no seguirían bailando como si nada compartiendo la botella con algún compañero, rellenando el vaso de agua en las cisternas de váter de los baños o algunos ya desesperados bebiendo de los vasos que quedaban en las mesas con dos dedos de agua producto del hielo derretido. El asunto era más complejo y organizado que todo eso, porque María y yo lo vimos desde la pista de baile, cómo, nada más pasar el control de seguridad, los oficiales se dirigieron en fila hacia donde estaba Dmitri el jefe de sala. Delante del grupo, el joven más alto de los seis, nada más llegar a la esquina donde estaba, se cuadró, saludó y, cuando terminó, se abrazaron sonriendo como si llevarán mucho tiempo sin verse, como si el hijo hubiera vuelto de la guerra y viniera a darle el nuevo destino para volverse a ir, pero esta vez cerca de él. María no parecía ver en aquella escena un regreso, quizás la continuación de una nueva misión en la discoteca. Ella lo conocía, se llamaba Ilya y había coincidido con él en otras fiestas de fin de curso, sobre todo a partir de las seis de la mañana, fiestas que nunca habían terminado bien, como tampoco terminó su amistad con él, porque nunca es fácil decirle que no al hijo del jefe de sala en la que trabajas. Si no fuera por su madre, ahora ella estaría trabajando en una de esas discotecas para cincuentones alcoholizados, en las que los hombres van buscando alcohol adulterado y sexo barato. Discotecas llenas de maltratadores, funcionarios jubilados por enfermedad, militares en la reserva y puteros, en la que María habría tenido que terminar suplicando que la sacarán de allí antes de que la emborracharan para después violarla. Pero María era una protegida gracias a la situación privilegiada de la madre, siempre en el despacho del director, a la que el jefe de sala siempre tenía vigilada, esperando cualquier error en su departamento de prensa para poder tirarla a los brazos de los perros rabiosos, como llamaba él a Valeri y a Igor, los encargados de mancharse las manos en la discoteca, perros silenciosos, convertidos en quita vergüenzas y liquidadores oficiales de Propaganda.

Ilya, «el niño», como lo llamaba todo el mundo, era el menor de los dos hijos de Dmitri mientras que con el mayor no se hablaba desde que comenzó sus estudios universitarios, con «el niño» no solo mantenía una relación especial, sino que había seguido los pasos de él entrando en la escuela de oficiales militares de Moscú, gracias en gran parte a sus amigos Valeri e Igor, con quienes tenía más que una relación laboral, pues ellos habían sido padrinos de sus dos hijos, gemelos.

Nada más darse la bienvenida, Dmitri se llevó a su hijo y sus compañeros al rincón de la barra donde había un cartel en el que se podía leer la palabra «reservado». Todo el mundo en esa discoteca sabía que, aunque la barra estuviera colapsada, nadie podía ocupar ese metro al que

solo tenían acceso los camareros y el jefe de sala. Fue allí donde se acomodaron los siete y donde pidieron vasos y una botella especial que contenía un líquido fluorescente que parecía un refresco de naranja, entonces el camarero les llenó los vasos y la dejó allí. A pesar del estado de embriaguez en el que se encontraban, sus trajes seguían impecables, podrían haber bebido mucho en la discoteca a la que fueron después del desfile militar, pero no tenían ni una sola mancha en la camisa, en las botas y ni siquiera en la gorra, de hecho, aquella imagen de hombres ebrios uniformados, rectos y serios mientras bebían y hablaban, les daban un aspecto siniestro especialmente cuando en un momento determinado levantaron los pequeños vasos llenos hasta arriba y brindaron riéndose como si fueran a montar un buen espectáculo. Desde allí el volumen de la música tecno que no dejaba de sonar no nos dejó escuchar sus palabras, pero María debió de entender algo leyendo los labios de Dmitri e Ilya, porque sentí frialdad en la mano que le tenía cogida mientras veíamos a todos bailar esa música endiablada que no dejaba de sonar en aquel cuadrilátero en el que algunos estudiantes empezaban a quitarse la camiseta con la sensación de que el caos estaba más cerca.

Cuando terminaron de tomarse la botella y el líquido color naranja nuclear llegó a sus estómagos, sus ojos comenzaron a brillar y sus cuerpos se pusieron rígidos, poniendo rumbo a la pista de baile bajo la atenta mirada de Dmitri que miraba con orgullo de padre el paso militar con el que caminaban. Los seis iban perfectamente sincronizados como si fueran un grupo de baile, de hecho, eran los bailarines de la banda de música militar, además de ser oficiales armados con pistolas y cargadores listos para disparar. El espectáculo parecía estar preparado, porque antes de entrar en la pista comenzó a sonar una música que parecían conocer perfectamente aquellos seis individuos que se abrieron paso entre una multitud que no dejaba de jalearlos al mismo tiempo que saltaban y se movían como lobos. Hasta ese momento yo diría que se trataba de un subidón provocado por la borrachera, pero tal como se movían aquellos hombres podían beberse otra botella más y aún serían capaces de hacer una pirámide humana delante de nosotros, pero aquello era una coreografía perfectamente diseñada que formaba parte del espectáculo de la noche. Cuando llegaron a la pista se llevaron las manos a las pistolas y se abrió un hueco entre la multitud solo para ellos, allí desplegaron una coreografía que mantuvo a todo el mundo expectante, nadie sabía que iban a hacer aquellos hombres con pistolas y botas altas recién limpias, hasta que comenzaron a bailar. Al principio, la gente estaba impresionada con aquellos movimientos que podían ser perfectamente de un espectáculo musical de algún artista internacional, movimientos sincronizados y perfectamente diseñados, una ejecución impecable en la que en un momento determinado del espectáculo sacaron las armas y comenzaron a aullar a medida que la música de Revolución 1917 fue aumentando en decibelios convirtiendo la pista en una olla de presión. María y yo nos asustamos solo de pensar que aquellos seis hombres

euniformados pudieran sacar las pistolas y ponerse a pegar tiros al aire, hasta que después de unos minutos, con las manos colocadas en las cartucheras y con unos movimientos sensuales de ecaderas, el espectáculo terminó con unos saltos imposibles de piernas en aire para caer en el suelo como si se fueran a partir en dos y con las manos de los seis colocadas en las cartucheras. Aquella demostración de fuerza no dejó a nadie indiferente y consiguió que todo el mundo supiera que estaban allí y para qué habían venido. La pista de baile ya no volvió ser la misma después de esa puesta en escena que terminó con los aplausos del jefe de sala a sus cachorros: los discotekeros desde la esquina de su barra y mirando orgulloso al despacho del director de la discoteca con su luz encendida y sus cortinas echadas esperando que el espectáculo continuara.

ó

a

M

l

e

s

a

l

,

l

e

s

o

l

a

o

l.

a

o

l

s

a

e

,

a

s

uniformados pudieran sacar las pistolas y ponerse a pegar tiros al aire, hasta que después de unos minutos, con las manos colocadas en las cartucheras y con unos movimientos sensuales de caderas, el espectáculo terminó con unos saltos imposibles de piernas en aire para caer en el suelo como si se fueran a partir en dos y con las manos de los seis colocadas en las cartucheras. Aquella demostración de fuerza no dejó a nadie indiferente y consiguió que todo el mundo supiera que estaban allí y para qué habían venido. La pista de baile ya no volvió ser la misma después de esa puesta en escena que terminó con los aplausos del jefe de sala a sus cachorros discotequeros desde la esquina de su barra y mirando orgulloso al despacho del director de la discoteca con su luz encendida y sus cortinas echadas esperando que el espectáculo continuara.

M.

Al Sr. Vladímir

Estimado Sr. Vladímir, director de la discoteca Propaganda:

Llegado este momento ya no me interesa que conteste a ninguna de las cartas anteriores porque todo lo que ha ocurrido a partir de las seis de la mañana después de que sus hombres quemaran el cartel de la entrada en el que se podía leer «Prohibida la entrada a menores de 18 años. Queda reservado el derecho de admisión. No se permitirá el acceso a toda persona que pueda perturbar el correcto desarrollo del evento» no puede explicarse con la razón. Tiene que haber algo más detrás de todo eso, nadie expone tanto sabiendo que, perdiendo mucho ahora puede después llegar a ganarlo todo, ningún director de discoteca en su sano juicio puede creer en esa religión de la ludopatía del poder, esa que se asienta en el principio de apostar a todo o nada y queriendo imponer el criterio de que su discoteca es la mejor del mundo como si fuera la única, esto es una competición en la que participan todas y en la que existen unas reglas. Uno no puede imponer sus propios criterios en su discoteca, pensando que eso es suficiente para ganar y ser el director de la mejor discoteca del mundo, porque tiene que saber que para serlo necesita competir y convencer al resto de los directores y usuarios de todas las discotecas del mundo, no a un reducido grupo de la suya, a sus trabajadores y a usted mismo. Y eso es lo que debía de estar pensando cuando mandó quemar en aquella cubitera ese cartel, que son los principios básicos de la Organización de Discotecas Unidas (ODU) para una discoteca que aspira a ser la mejor del mundo o estar al menos entre las veinte mejores. Quiero que sepa que en el momento que se quemó aquel cartel desaparecieron todas las reglas escritas y se impuso allí el imperio personal y autocrático de la ley y el orden del director de la discoteca Propaganda.

Un imperio en el que seis estudiantes de la escuela de oficiales militares podían ocupar la pista de baile saltando y jaleando como lobos, echar a la gente a un lado como si la pista fuera de ellos formando un triángulo, hacer el baile más absurdo jamás visto y no bajar ningún director a la pista a preguntar lo que estaba pasando en su discoteca. Cuando terminaron los seis bailarines exhaustos tomaron aire y se fueron en formación directamente hasta María. Delante iba Ilya con una mano en la funda de la pistola y la otra en alto, abriendo paso y ordenando a la gente que se echaran a un lado, no quería que el sudor de nadie acabase impregnando su impoluto traje, como si ellos seis fueran discotequeros de otra clase, que se creen que están por encima de una de las leyes no escritas más importante de las discotecas, la ley del no asco, esa que habla de que nadie debe sentir asco por el roce de uno o más cuerpos en la discoteca o por el olor que despiden, n

en la barra del bar, ni en la pista bailando o en la puerta de los baños. Solo había un lugar donde esta norma se flexibilizaba, y era en los reservados en los que había que tener consentimiento mutuo. En otros lugares como el interior de la barra también estaba permitido el intercambio de sudor sin permiso, así como en el almacén, pero solo entre el personal que pertenecía al staff básico, como los camareros, Nikolái y Roman, y los jefes de seguridad, Valeri e Igor. Pero aquellos estudiantes de la escuela de oficiales militares se creían tan intocables como el equipo directivo de la discoteca, integrado por el consejero y hermano del director Serguéi, María la jefa de prensa, Elvira la cajera y Dmitri el jefe de sala, a los que había que pedir permiso no solo para tocarles, sino para hablarles o acercarse, en una discoteca cuya organización estaba diseñada para que ninguna gota de sudor o ningún olor corporal estuviera en contacto con la única persona intocable de Propaganda, usted, el director de la discoteca, el Sr. Vladímir.

El despacho del director de la discoteca estaba en la entreplanta, sobre la barra y el almacén, y él se accedía por una escalera situada dentro de la propia barra y siempre custodiado su acceso por una persona de confianza, un estudiante de la escuela de oficiales militares. De hecho, Ilya era uno de esos estudiantes que se iban rotando con el resto. El guardia de este acceso, además de un arma, también tenía autorización para utilizarla de acuerdo a sus propios criterios, aunque no fuera de manera proporcionada, desde hacer un disparo al aire como forma de persuasión a pegar un tiro en el corazón a quemarropa, pasando por golpear con la culata a quien se atreviera a subir sin permiso. Muy pocas personas, además del equipo directivo de la discoteca, eran las que podían subir por esa escalera, solo quienes estaban en la lista ese día —que era facilitada todas las mañanas por la jefa de prensa al jefe de sala— y también aquellos que vinieran con una tarjeta especial de color dorado que incluía un chip encriptado con una autorización firmada personalmente por el director. Los que habían escuchado de la existencia de esta tarjeta decían en la discoteca que aquel que la tuviera no solo podía subir al despacho del director, sino que podía acceder a cualquier discoteca de Moscú, tal como nos contó uno de los camareros que no recogió los vasos vacíos mientras veíamos a Ilya bailar con nuestros amigos. Este camarero fue también el que nos contó que ellos nunca habían visto al director, que no bajaba del despacho aunque hubiera un problema importante en un reservado, de eso siempre se encargaban Igor y Valeri y, en algunos casos especiales, el jefe de sala, que además era el único que llevaba las bebidas al despacho cuando la jefa de prensa y secretaria personal lo llamaba por orden del director con las instrucciones claras de dejar las cosas sobre la mesa del recibidor, en el que también había un sofá, dos sillas y un revistero con publicaciones de las mejores discotecas de mundo, una planta carnívora de interior y una lámpara que alumbraba con una luz cálida las paredes rojas de un habitáculo en el que el suelo de madera estaba siempre tan limpio que si se te caía un refresco podías bebértelo chupándolo. Colgando de sus paredes había obras de arte

eclásico, excepto en la que estaba la puerta por la que se accedía al despacho, además del único lugar de la discoteca con una ventana con vistas al exterior y otra al interior de la discoteca. Un despacho al que solo tenían acceso un reducido grupo de personas entre las que se encontraban la jefa de prensa y secretaria personal, María, con la que decían en la discoteca que mantenía una relación extramatrimonial; su hermano y hombre de confianza, Serguéi, con quien jugaba todos los días una partida de ajedrez; su hijo, el jefe de sala; y sus tres nietos. Ellos eran los únicos que podían respirar allí dentro el mismo aire que el director de Propaganda.

^a El director era intocable en su despacho e Ilya en la pista de baile y eso lo sabía María, que ^atambién sabía que cuando él terminara de bailar iría donde ella estaba para saludarla, porque ^ale encantaba fanfarronear delante de sus amigos diciéndoles que aquí delante tenían a la única mujer que le había dicho que no a bailar con él. A María esa actitud prepotente no le asustaba aunque prefería guardar silencio siempre delante de él, porque cualquier excusa podría aprovecharla para montar una de esas peleas que tanto les gustaba a esas horas en las que en la discoteca estaba prohibido llamar a la policía, porque lo que ocurriese a partir de esa hora se quedaría allí enterrado, sobre todo sabiendo cómo se encontraba la discoteca esa noche, llena de estudiantes de decenas de estudios y países por encima del aforo permitido. María había hecho un pacto con ella y con todos los que estaban allí de que no respondería a las provocaciones de Ilya, del que sabía, por el espectáculo de baile y la coreografía que había hecho, que venía a montar una pelea para que nadie se fuera esta noche sin su pelea de fiesta de fin de curso, porque a partir de las seis de la mañana, allí se venía a disfrutar y eso significaba, provocar lo suficiente como para hacer estallar la pista de baile y extender el caos al resto de la discoteca. Así que como buen estratega que era, se colocó delante de María, la miró y le preguntó mirándome a mí —que la tenía cogida de la mano— que de qué parte de la discoteca había salido este estudiante con orejas de burro, para después seguir diciendo: «seguro que toda la inteligencia que te sobra es la que le falta a él». María me pidió, cuando terminó el baile y vio que venía hacia nosotros que no respondiera a sus provocaciones, que iba a hacer todo lo posible para humillarme en la mismísima pista de baile, pero que no hiciera nada porque él había venido a la discoteca a hacer su baile y a reventar la fiesta para que muchos de los que estaban allí se fueran con una cicatriz de recuerdo en alguna parte de cuerpo. María y yo nos mantuvimos impertérritos todo el tiempo bajo la atenta mirada de Wislawa, Irene y Mykola que se habían dado cuenta cuál era su estrategia: provocar para inducir un conflicto bajo la idea de que él allí en su pista era tan intocable como el director de la discoteca. Si hubiera sido más temprano, esa hora en la que las amenazas se diluían en un vaso de refresco de naranja, María ya le habría replicado alguno de esos comentarios tan desagradables que tenían por objeto denigrarme porque sabía que yo era el punto débil. Por eso Ilya no dudó ni un momento en poner sus manos en mis orejas de burro y

acariciarlas muy despacio hasta llegar al crotal y tirar de él con fuerza, hasta arrancármelo, para después tirarlo al suelo y pisotearlo. Así que sin entrar en provocación alguna me agaché, lo acogí, lo limpié y me lo volví a poner como si fuéramos dos estudiantes pacíficos, hasta que lo acogió la mano a María para llevársela a la pista a bailar y comenzó a hervirme la sangre. Yo le había prometido a María que no entraría en el juego, pero cuando estaba a punto de tirar de ella Wislawa se cruzó, les deshizo las manos y él le dijo empujándola: «apártate polaca traidora de mierda». Si no hubiera sido por Irene que estuvo atenta y la agarró con fuerza para evitar que resbalara, Wislawa estaría en el suelo en medio de la pista. «Tú también judía ucraniana ¿quieres que te dé una lección mandándote al baño a limpiarte la sangre del puñetazo que te voy a dar?». María y yo seguíamos quietos, la situación se estaba complicando y toda la gente que estaba en la pista alrededor de nosotros estaba expectante, esperando que Ilya pegara el primer puñetazo de la noche. Mykola hizo que errara el golpe e Ilya le dijo: «maldito maricón quítate de delante y no te metas en nuestros asuntos, que he venido a ajustar cuentas con ellos y si queréis también con vosotros».

e

o

e

a

e

e

e

í

e

a

,

a

r

z

o

l

l

s

e

l

y

M

acariciarlas muy despacio hasta llegar al crotal y tirar de él con fuerza, hasta arrancármelo, para después tirarlo al suelo y pisotearlo. Así que sin entrar en provocación alguna me agaché, lo cogí, lo limpié y me lo volví a poner como si fuéramos dos estudiantes pacíficos, hasta que le cogió la mano a María para llevársela a la pista a bailar y comenzó a hervirme la sangre. Yo le había prometido a María que no entraría en el juego, pero cuando estaba a punto de tirar de ella, Wislawa se cruzó, les deshizo las manos y él le dijo empujándola: «apártate polaca traidora de mierda». Si no hubiera sido por Irene que estuvo atenta y la agarró con fuerza para evitar que resbalara, Wislawa estaría en el suelo en medio de la pista. «Tú también judía ucraniana, ¿quieres que te dé una lección mandándote al baño a limpiarte la sangre del puñetazo que te voy a dar?». María y yo seguíamos quietos, la situación se estaba complicando y toda la gente que estaba en la pista alrededor de nosotros estaba expectante, esperando que Ilya pegara el primer puñetazo de la noche. Mykola hizo que errara el golpe e Ilya le dijo: «maldito maricón quítate de delante y no te metas en nuestros asuntos, que he venido a ajustar cuentas con ellos y si queréis también con vosotros».

M.

Al Sr. Vladímir

Estimado Sr. Vladímir, director de la discoteca Propaganda:

Le exijo por favor que no conteste a esta carta si no quiere que nuestra relación se rompa definitivamente, algo que no me gustaría que sucediera bajo ningún concepto. Durante todo este tiempo hemos mantenido una relación a distancia en la que, aunque no ha habido una comunicación recíproca, para mí eso no ha significado que no haya leído mis cartas. Pero esta en particular me gustaría que la guardara en un cajón y no la leyese nunca o, si quisiera saber de su contenido, que lo hiciera otra persona a la que tampoco debería preguntarle por el contenido de la misma. Esta carta solo tiene un sentido, dejar constancia de algo que no debería de haber pasado nunca, pero que una vez sucedido debería quedar registrado. Hay cosas de la historia que no deberían dejarse ni por escrito, sobre todo por la crueldad de lo que cuentan, pero la historia es así, una sucesión de hechos contados siempre por los tiranos y unas pocas veces por los vencidos. Yo escribiendo esta carta me he sentido un vencido, que se ha visto obligado a contar algo que no le hubiera gustado presenciar. A veces me pregunto cómo puede alguien estar en una discoteca, presenciar cómo le pegan una paliza a alguien y escribir de ello sin hacer nada siempre he odiado este tipo de personas y ahora yo soy una de ellas, una que le va a contar la verdad sobre el hijo de su hijo.

Ilya se sentía intocable no solo porque era hijo del jefe de sala, sino también porque el jefe de sala era el hijo del director de la discoteca, si no fuera así, ningún equipo de seguridad lo hubiera dejado pasar a menos que no quisiera que montara una buena pelea dentro. Fuera era fácil hacerlo porque había cientos de posibilidades, rayarte el coche delante de ti, ponerte la zancadilla, besar a tu novia o rodearte entre unos cuantos y pegarte una paliza hasta dejarte tumbado en el suelo, para terminar pateándote mientras te meaban encima. Pero dentro no había coches, no podías ensuciar el suelo, dentro solo podías tener peleas limpias y en las que no participara mucha gente porque los miembros de seguridad tenían una máxima con las peleas dentro de la discoteca y esa era que en el momento en que la pelea pudiera contagiar a toda la discoteca y peligrara la integridad de su personal, especialmente los camareros dentro o fuera de la barra y esto pudiera afectar la venta de refrescos, había que trasladar la pelea, los heridos y los muertos a la calle, eso sí, siempre que el director no dijera lo contrario y no le importara ver desde su ventana cómo su discoteca se convertía en un campo de batalla. Se podía decir que Ilya tenía autorización de su abuelo para hacer lo que quisiera y eso es lo que hizo cuando miró :

Mykola y le pegó un puñetazo en toda la cara. Si él hubiera sido un tipo normal, un discotequero de fin de semana cualquiera, Mykola hubiera caído al suelo, pero los filólogos clásicos éramos expertos en fiestas de discotecas, de hecho, en la universidad nos habían nombrado durante los últimos cuatro años los mejores embajadores de fiestas de toda la universidad y mucho. Delegados de otras facultades nos pedían ayuda para organizar sus fiestas y hacerlas únicas. Fiestas en las que siempre había alguna pequeña pelea para las que siempre teníamos a Mykola que era nuestro mediador y el encargado de la seguridad por dos razones fundamentales. La primera por su carácter dialogante, ya que cuando había una pelea él era el primero que aparecía y de hecho, se podría decir que además tenía un talento especial que le hacía predecir que los individuos eran los más susceptibles de liarla, la intensidad e incluso la hora y el lugar, solo mirándolos a los ojos cuando entraban por la puerta de la discoteca, por la forma de moverse por ella o de bailar en la pista. Él sabía si la pelea iba a empezar después de atarse los cordones, a volver con un refresco de la barra o después de mirar las luces y abrir los ojos. Así que antes de que esto sucediera y, cuando aún estaban mirándose y pensando si empezar o no, Mykola como buen mediador se acercaba a ellos cuando incluso ya se habían pegado los primeros empujones. La segunda razón, que solo sabíamos nosotros, era que si había alguien en toda la facultad preparado para ello física y psicológicamente, ese era el mejor luchador universitario de lucha grecorromana de la Facultad de Filología Clásica de los últimos años. No es que fuera algo de lo que pudiera vivir en un futuro, pero le permitía tener acceso a una beca y seguir estudiando. Para un ucraniano de padre senegalés y piloto y una madre azafata rusa, mantener a un hijo estudiando Filología Clásica fuera del país significaba no llegar a fin de mes si no estaba becado. Y así fue como acabó en nuestra facultad, gracias a su título de campeón de lucha grecorromana en su país y porque nuestra Facultad de Filología, por tradición, era la que tenía el mejor equipo de la liga nacional universitaria de lucha grecorromana en la que Mykola había sido campeón los últimos cuatro años.

El puñetazo de Ilya solo consiguió partirle el labio y ponerlo en guardia para una pelea en la que los discotequeros esperaban expectantes a que la pista de baile se llenara de salpicaduras y charcos de sangre. Las peleas en una discoteca se saben cuándo empiezan, pero no cuándo terminan, por muy bien que tengas trazados los golpes, incluso por muy bien preparado que esté y lo bien estudiada que la tengas, hay un factor intrínseco y decisivo que siempre puede hacer a un débil más fuerte frente al favorito. La misma razón por la que en el fútbol no siempre gana el equipo que tiene los mejores jugadores o en las guerras el bando que tiene el mejor ejército. Desde que le dio el puñetazo a Mykola, Ilya supo que todo lo que había aprendido como estudiante en la escuela de oficiales militares no le iba a servir para tumbarlo, la escuela le había enseñado la teoría, habían preparado su cuerpo y su mente para enfrentarse a este tipo de

situaciones, pero una cosa era pelear con sus amigos en el patio de la facultad, como si fueran sacachorros de lobos, y otra muy distinta era tener una pelea en una auténtica pista de baile con alguien que podías conocer porque habías estudiado, pero del que no habías valorado todas sus capacidades, especialmente cuando le abrió la camisa con el golpe y descubrió tatuado en el pecho de Mykola el emblema de los grandes luchadores grecorromanos. Allí en la pista había dos tipos de luchadores, con dos estilos distintos de lucha: la clásica representada por Mykola con su técnica depurada, el uso contenido de la fuerza en la defensa y la destreza del ataque; y la lucha moderna de Ilya basada en la eficacia del lance y la rapidez. Dos formas de hacer lucha grecorromana muy distintas, la resistencia y la técnica de Mykola frente a la pelea relámpago de Ilya, la parte occidental de la discoteca frente a la oriental.

Cuando Ilya dio su primer golpe comprobó que no iba a ser tan fácil tumbar a Mykola, así que cambió de estrategia. Pasó de la idea de hacerlo rápidamente con un golpe seco para dejarlo inconsciente, a estudiar cómo agarrarlo por el tronco y hacer que cayera, para después patearlo en el suelo y así humillarlo hasta que suplicara que lo dejara. Mientras tanto, Mykola lo miraba como si tuviera delante un escorpión con su aguijón alrededor de su presa, buscando el momento para clavárselo, al mismo tiempo que él mantenía una posición defensiva porque sabía que, en este momento, el mejor ataque podía ser una buena defensa. Los dos se movían buscando el centro de la pista donde las luces no dejaban de golpear con sus *flashes* al ritmo de una música que seguía sonando, convertida en banda sonora de la pelea. Los dos moviéndose en círculo alrededor de una muchedumbre que no dejaba de jalear, mientras ellos se miraban buscando el mejor lugar por donde agarrarse. Ilya había decidido buscar el costado derecho de Mykola que seguía manteniendo una posición defensiva en movimiento y buscando el momento de abalanzarse para golpear sus piernas con sus botas militares, allí donde pudiera romper su equilibrio para hacerlo caer, algo que no iba a ser fácil porque estaba enfrente de un luchador que llevaba años en el circuito de la lucha grecorromana y que se había enfrentado a cientos de oponentes, algunos tan preparados como el que tenía delante con cientos de horas de entrenamientos en un gimnasio. Puede que tuviera la disciplina, una frialdad innata y una tenacidad adquirida durante todos estos años de estudio en los que había recibido clases en la mejor escuela de oficiales del maestro Aleksandr, el mejor luchador ruso de todos los tiempos y experto en peleas en discotecas, pero nunca se había encontrado frente a un luchador grecorromano al que no lograba distraer para hacerle esa llave de gracia que lo tumbara. Hasta que mandó a sus colegas rodearlo como si fueran a abalanzarse sobre él, lo que supuso un punto de inflexión en la discoteca, que podía convertir aquello en una carnicería, pero Mykola se dio cuenta y comenzó a recular hasta colocarse detrás de uno de los postes que sujetaban la

estructura en la que estaban instaladas las luces, había anulado al menos a tres, ahora solo tenía que deshacerse de dos más si quería que se siguiera conservado el *statu quo* de la pelea.

^s María permanecía expectante a como Mykola hacía todo lo posible por salir indemne de una
^lpelea de la que ella se sentía totalmente responsable y que todavía estaba a tiempo de parar, solo
^atenía que echarse a los brazos de Ilya e irse con él y sus secuaces a un reservado y pasar el resto
[']de la noche allí, aunque eso no garantizaba que la pelea fuera a terminar porque ellos habían
^avenido a montar el espectáculo y si no era con ella, buscarían a otro estudiante del que no le
^agustara su aspecto, como bailaba, se movía por la discoteca o simplemente como cogía su
^erefresco de naranja. Pero María era consciente de que si hacía eso iba a ser imposible que ella
saliera a tiempo de la discoteca, coger un vuelo y regresar con nosotros para hacer el máster para
el que llevaba tiempo ahorrando. Por eso ahora solo podía esperar a que Mykola esquivara el
ataque final para el que Ilya mandó a dos de sus compañeros a distraerlo echándole un vaso de
refresco en la cara. Lo había conseguido atrapar por encima de la cintura y estaba a punto de
hacerlo caer y dejarlo tendido en el suelo. María no podía dejar que eso pasara y cuando estaba a
punto de asestar la llave de gracia, Irene le tiró su refresco a Ilya en la cara haciendo que Mykola
se agarrase también, ahora sí que en el centro de la pista había dos verdaderos luchadores de
lucha grecorromana, cuerpo a cuerpo y en igualdad de condiciones. Había comenzado la
Segunda Gran Pelea de la discoteca.

^s

^l

M

^e

^e

^l

^e

^e

^e

^a

^a

^y

^r

^a

^o

^o

^a

estructura en la que estaban instaladas las luces, había anulado al menos a tres, ahora solo tenía que deshacerse de dos más si quería que se siguiera conservado el *statu quo* de la pelea.

María permanecía expectante a como Mykola hacía todo lo posible por salir indemne de una pelea de la que ella se sentía totalmente responsable y que todavía estaba a tiempo de parar, solo tenía que echarse a los brazos de Ilya e irse con él y sus secuaces a un reservado y pasar el resto de la noche allí, aunque eso no garantizaba que la pelea fuera a terminar porque ellos habían venido a montar el espectáculo y si no era con ella, buscarían a otro estudiante del que no le gustara su aspecto, como bailaba, se movía por la discoteca o simplemente como cogía su refresco de naranja. Pero María era consciente de que si hacía eso iba a ser imposible que ella saliera a tiempo de la discoteca, coger un vuelo y regresar con nosotros para hacer el máster para el que llevaba tiempo ahorrando. Por eso ahora solo podía esperar a que Mykola esquivara el ataque final para el que Ilya mandó a dos de sus compañeros a distraerlo echándole un vaso de refresco en la cara. Lo había conseguido atrapar por encima de la cintura y estaba a punto de hacerlo caer y dejarlo tendido en el suelo. María no podía dejar que eso pasara y cuando estaba a punto de asestar la llave de gracia, Irene le tiró su refresco a Ilya en la cara haciendo que Mykola lo agarrase también, ahora sí que en el centro de la pista había dos verdaderos luchadores de lucha grecorromana, cuerpo a cuerpo y en igualdad de condiciones. Había comenzado la Segunda Gran Pelea de la discoteca.

M.

Al Sr. Vladímir

Estimado Sr. Vladímir, director de la discoteca Propaganda:

Me gustaría utilizar esta carta para pedirle que por favor detuviera esta pelea sin sentido, esto no es una partida de ajedrez con su amigo Serguéi en un despacho insonorizado escuchando música clásica, mientras dos personas juegan a matarse en su pista de baile, así que le pido que deje de jugar, apague la música, abra la ventana y escuche el ruido ensordecedor de la pelea. Si que dejó claro en el documento que firmamos que renunciábamos a todas las normas escritas de la discoteca a partir de las seis de la mañana, pero hasta las normas no escritas también se rompen. Si deja que continúe esta gran pelea se pueda extender, no solo a toda su discoteca, sino a todas las discotecas de Moscú y las veinte mejores discotecas del mundo. Esta podría terminar afectando al orden mundial de todas las discotecas, así que le pido que no deje que pase, y no porque quien está abajo sea el hijo de su hijo, sino porque a todos los que están en esta discoteca les espera en casa una madre, un padre, un amigo, un perro o una planta para seguir viviendo. No mire a otro lado, ni tampoco cierre los ojos y haga como que le importa y afronte la realidad creada, actúe conscientemente y no deje pasar más tiempo, que aún puede parar todo esto, solo tiene que querer.

La pelea había hecho que toda la pista de la discoteca girara alrededor de Ilya y Mykola, la luces y la música de Revolución1917 estaban pensadas para aquellos dos titanes grecorromanos: que se encontraban sobre la pista, nadie de los que estaban allí saltando alrededor de ellos con los brazos levantados al ritmo de la música querían que aquello terminase hasta que uno de los dos luchadores cayera al suelo. Aquella Segunda Gran Pelea de la noche había conseguido también algo que nadie había logrado en este viaje, la primera fractura en aquel grupo de filólogos que decidió un día en asamblea y por unanimidad que nuestro viaje de fin de curso sería a Moscú y en la que de nada sirvieron las ofertas de las otras dos agencias de viaje. Una nos ofreció un viaje a Cuba con refrescos ilimitados y las mejores fiestas en la playa todas las noches del viaje de fin de curso. Una segunda oferta de una agencia de viajes recién abierta nos ofreció un viaje a Grecia que combinaba la visita de los lugares que dieron origen de la cultura clásica con un tour por las islas griegas donde estaban algunas de las mejores discotecas del mundo. Pero después de una votación muy ajustada se decidió que nuestro viaje de fin de curso debía ser a Moscú, de acuerdo a la oferta presentada por la directora de la agencia de viajes de la mujer del dueño de bar El Ruso, ese que nunca nos dijo que no a hacernos una pizza o a servirnos una ración de

ensaladilla rusa de madrugada, Navidad o un día festivo, solo teníamos que llamarlo a su número personal y en diez minutos nos tenía la comida metida en bolsas y lista para retirar por la puerta de atrás del bar, en un callejón por el que se accedía al almacén donde estaba el despacho de la agencia de viajes y un dormitorio en el que dormía esta pareja de rusos sin hijos.

La pelea había conseguido colocar al lado de Ilya a Dmitri, Iósif, Burak y a Jinping y al otro lado a Wislawa, Hilary, Irene, Jame, Nelson, María y a mí. Aquella escisión filológica supuso un cisma en nuestra forma de entender la Filología Clásica, porque no entendíamos cómo podía haberse roto la amistad de todos estos años de estudios juntos por una simple pelea que había comenzado a polarizar también al resto de los estudiantes que estaban en la discoteca. Lo de Dmitri lo entendí en el momento en que Ilya lo llamó hermano, pero Irene, su exnovia, con la que estuvo el primer año de estudios, no lo entendió. Puede que Dmitri e Ilya no se vieran desde que aquellos dos gemelos decidieron separar sus caminos debido a los estudios, él había elegido desvincularse del mundo de las discotecas en el que vivía sumergido su padre y su abuelo yéndose a estudiar una Filología Clásica a la otra punta de Europa, mientras que su hermano había elegido seguir los pasos de su padre, primero estudiar en la escuela de oficiales militares más prestigiosa de Moscú, para después hacer un Máster en Dirección de Discotecas que pudiera garantizar el relevo generacional de Propaganda, pero cuando se produce una gran pelea en una discoteca, llega un momento que se deja de juzgar quién podría llevar razón o no y terminas pesando otras razones más emocionales. Estaba en juego la vida de tu hermano y daba igual que llevara razón o no, o que pudiera convertirse en un asesino, porque quien se estaba jugando la vida ahora era el mismo que te salvó el día que caíste mientras patinabas en aquel lago helado arriesgando su propia vida y eso no se olvida nunca y no lo destruye ni la crueldad de aquella Segunda Gran Pelea. De los otros tres sí me lo hubiera esperado, porque desde que Mykola y Iósif se enfrentaron en la discoteca, nada volvió a ser igual entre ellos, las heridas de ambos fueron cosidas por un estudiante de medicina, pero por muy bien que lo hiciera este aspirante a cirujano plástico, las cicatrices de la Primera Gran Pelea seguían supurando, puede que a medida que había pasado la noche se volvieran a mirar, pero somos animales con memoria y Iósif no olvidó tan fácilmente ni los moratones que tenía por todo el cuerpo, ni la conversación que tuvieron el día que Mykola le dijo que estaba buscando un piso para mudarse, que ya no aguantaba más y que no quería compartir más con él aquellas cuatro paredes. Cuando tu mejor amigo y pareja te dice esto solo tiene una lectura, que su relación se había terminado, porque Mykola se había cansado de vivir como un polizón en el piso y esto se había agravado con la decisión de Iósif de no decirle a sus padres este verano que él y Mykola eran algo más que compañeros de piso, porque su padre, Aleksandr, el mejor luchador grecorromano de Rusia de todos tiempos, y su madre, una reputada cajera de una discoteca de Moscú, no estaban

preparados para escucharlo como tampoco lo estaba Mykola para seguir con esa farsa que nadie que hubiera compartido con ellos una noche de discoteca se creía. Sobre el posicionamiento de Burak y Jinping a ninguno nos pareció extraño que decidieran colocarse en la zona oriental de la pista, los dos tenían muy buenas relaciones con los rusitos como llamaban a Iósif y Dmitri en la facultad. Los cuatro no solo compartían piso después de irse Mykola de él, sino que no era extraño encontrarlos juntos en la biblioteca estudiando, en el bar El Ruso comiendo o en las fiestas de la facultad bailando en la pista de baile, una amistad que también podría llamarse dependencia y que estaba cimentada en los trabajos que presentaban juntos y en los que siempre trabajaban los mismos Dimitri y Iósif. Burak y Jinping posiblemente eran los peores estudiantes del curso, les importaba una mierda la Filología Clásica, si no fuera porque en algunos exámenes tipo test les pasaban las respuestas, hace tiempo que los dos estarían trabajando poniendo refrescos en cualquier discoteca de la ciudad, pero los padres de ellos dos eran inmensamente ricos y podían permitirse pagar a Dimitri a Iósif y a otros compañeros para que les hicieran los trabajos, les pasaran los exámenes, una asistenta que les limpiara el piso, comer todos los días en el bar El Ruso y tener siempre los bolsillos llenos de efectivo y una tarjeta con crédito ilimitado. Nunca entendí por qué eligieron estudiar Filología Clásica, unos estudios con nula proyección profesional en su país. Cuando les hacían esta pregunta, ellos siempre respondían que se equivocaron cuando echaron la matrícula, pero que a pesar de ello les gustaba el ambiente de la facultad, pero la razón más importante por la que siguieron estudiando allí era porque en ella se organizaban las mejores fiestas de todas las universidades de la ciudad. Burak lo tenía claro cuando terminara los estudios, hiciera el Máster Universitario en Estudios Lingüísticos Literarios y Culturales (MELLC), pasaría el año sabático recorriendo todas las discotecas de mundo y, cuando ya no pudiera retrasar más su vuelta a casa, su padre le asignaría un puesto importante en la mejor discoteca de Estambul donde podría llegar a ser su director. Jinping también sabía que cuando terminaran estas vacaciones, como las llamaba su padre, él lo estaría esperando para incorporarse a la fábrica de refrescos más grande del mundo de la que era propietario, supongo que allí lo llevarían primero al departamento de diseño y corrección de etiquetas donde empezaría una formación empresarial que le permitiera prepararse para ser el próximo presidente.

En el lado occidental de la discoteca se colocó Wislawa, Hilary, Irene, James, Nelson, María y yo, muy cerca de Mykola que miraba fijamente a Ilya y este a él mientras daban vueltas lentamente al ritmo de la gigante bola de espejos que había sobre sus cabezas mientras las manos de ambos intentaban atrapar el tronco del otro y ser el primero en colocar los omoplatos sobre la pista de baile. Solo el primero que lo consiguiese ganaría la Segunda Gran Pelea de la discoteca y algo más importante, sería quien eligiese el castigo para los perdedores. Siempre dicen que en

en las peleas de las discotecas nunca hay vencidos ni vencedores, eso en esta pelea era mentira porque si Ilya ganaba estaba clara una cosa, que todos menos María nos íbamos a la zona más fría de la pista sin pasar por el guardarropa y eso en pleno mes de febrero en Moscú era garantía de enfriamiento seguro. La victoria de Ilya también condenaba a María a quedarse para siempre como relaciones públicas en una discoteca que entraría en una deriva eufórica incontrolable en la que la seguridad dentro sería totalmente inestable, dando vía libre a la caza de brujas de todos los estudiantes que se hubieran posicionado a favor de Mykola. Llegado ese momento se reconsolidaría la autocracia actual y, el contrato que habían firmado a las seis de la mañana pasaría a tener validez infinita y no podríamos recuperar los pasaportes y los billetes para embarcar en el vuelo de regreso a casa y nos quedaríamos incomunicados para poder avisar a la directora de la agencia de viajes para que enviara la policía a sacarnos de allí, mientras nosotros quedamos encerrados en la discoteca bebiendo y bailando hasta que se nos acabara el dinero. Si Mykola conseguía tumbar a Ilya contra todo pronóstico, aún tendríamos una oportunidad de salir de la discoteca mientras estuvieran sumidos en la desolación de la gran derrota, pero para que eso ocurriese habría que pasar antes por encima del cuerpo de Ilya, por encima del su padre y el de su abuelo, el director de la discoteca, quien tenía en su poder los pasaportes y billetes. Vencerlo nos garantizaba la gran victoria, pero nos daría tiempo para pensar cómo salir de allí todo: a con vida.

e

,

,

l

o

g

a

a

e

l

a

s

s

a

a

l

M

las peleas de las discotecas nunca hay vencidos ni vencedores, eso en esta pelea era mentira, porque si Ilya ganaba estaba clara una cosa, que todos menos María nos íbamos a la zona más fría de la pista sin pasar por el guardarropa y eso en pleno mes de febrero en Moscú era garantía de enfriamiento seguro. La victoria de Ilya también condenaba a María a quedarse para siempre como relaciones públicas en una discoteca que entraría en una deriva eufórica incontrolable en la que la seguridad dentro sería totalmente inestable, dando vía libre a la caza de brujas de todos los estudiantes que se hubieran posicionado a favor de Mykola. Llegado ese momento se consolidaría la autocracia actual y, el contrato que habían firmado a las seis de la mañana, pasaría a tener validez infinita y no podríamos recuperar los pasaportes y los billetes para embarcar en el vuelo de regreso a casa y nos quedaríamos incomunicados para poder avisar a la directora de la agencia de viajes para que enviara la policía a sacarnos de allí, mientras nos quedamos encerrados en la discoteca bebiendo y bailando hasta que se nos acabara el dinero. Si Mykola conseguía tumbar a Ilya contra todo pronóstico, aún tendríamos una oportunidad de salir de la discoteca mientras estuvieran sumidos en la desolación de la gran derrota, pero para que eso ocurriese habría que pasar antes por encima del cuerpo de Ilya, por encima del su padre y el de su abuelo, el director de la discoteca, quien tenía en su poder los pasaportes y billetes. Vencer no nos garantizaba la gran victoria, pero nos daría tiempo para pensar cómo salir de allí todos con vida.

M.

Al Sr. Vladímir

Estimado Sr. Vladímir, director de la discoteca Propaganda:

Lea esta carta y pongamos fin a esta deriva violenta en su discoteca, aún estamos a tiempo de parar este baño de humillación mutua en su pista de baile. Piense de una vez en todas las consecuencias que tendrá esta pelea para usted y su negocio. No se encierre en la idea de la victoria, esto no es una partida de ajedrez en su despacho con su hermano Serguéi, en la que ha apostado una noche gratis de refrescos, aquí estamos hablando de estudiantes que han venido a pasárselo bien y que tienen la certeza de que van a volver a casa hoy mismo. Si deja que esto continúe, las consecuencias por muy estudiadas que las tenga serán imprevisibles, podemos llegar incluso a que cuando cierre la discoteca y se enciendan las luces, haya algún muerto tirado en el suelo que no hayan visto antes los servicios de limpieza. Comuníquese a su jefe de sala que pare todo esto y que se lo diga a Revolución1917, él sabe la música que debe pinchar para terminar con este baño de violencia gratuita. En todas las cartas que le he escrito hasta ahora nunca le había pedido algo de forma tan clara y contundente, pero si decide seguir adelante tenga en cuenta que nos tendrá enfrente a algunos de los futuros filólogos clásicos más prometedores del mundo, que dedicaremos nuestros esfuerzos a convencer al mayor número de estudiantes de que no vuelvan nunca más aquí y no solo eso, sino que les diremos que hablen a sus hermanos y amigos de que nunca vengán de viaje de fin de curso a la discoteca Propaganda para que no pueda ser una de las veinte mejores discotecas del mundo.

Los próximos seis minutos iban a cambiar el rumbo de nuestro viaje de fin de curso. La árbitra se colocó en el centro de la pista para indicar el comienzo oficial de la Segunda Gran Pelea. Todo lo que había ocurrido hasta ahora había sido simplemente un simulacro, una pelea de adolescentes de discoteca, ahora venía la verdadera, con estudiantes universitarios de último curso de ochenta y siete kilos en una pista de baile abarrotada y expectante. Una pelea que tendría dos periodos de tres minutos, con un descanso entre ellos de treinta segundos y en la que Natalia iba a ser la árbitra del combate hasta que uno de los dos cayera al suelo. Natalia era una camarera en prácticas y una de las personas de confianza del jefe de sala, a la que había mandado que dejara de hacer cócteles en la barra para que desempeñara este papel tan importante para la que había sido elegida por él personalmente por ser una de las becarias de discoteca con el mejor expediente de la facultad de derecho. Si estaba allí, no era algo casual porque sabía que si algún día quería ser presidenta del tribunal constitucional o fiscal general del estado, tenía que empezar

a tejer aquellas relaciones que podrían facilitarle el camino. Y trabajar en Propaganda le permitió conocer el mundo de las discotecas por dentro y por fuera, fabricar cócteles imposibles con ingredientes de los que nunca había oído hablar, entrar en los reservados y saludar a las personas más influyentes de la judicatura, especialmente jueces y fiscales que compartían noches en aquellos lugares donde, además de beber, cerraban las condenas de los acusados. Natalia sabía que, a pesar de la dureza del trabajo, las noches sin dormir y el sueldo de mierda que le pagaban aquella era una oportunidad única para que algún día —cuando recién licenciada estuviera— lavándose las manos en los aseos de los juzgados pensando en la defensa de unos de sus clientes — algunos de esos jueces y fiscales a los que vieron borrachos en el reservado de Propaganda— entraran dentro, se colocara junto a ella para lavarse las manos y mientras se las secaba posiblemente le daría los buenos días y le desearían suerte en el juicio de aquel oligarca por fraude fiscal que ella conseguiría que saliera absuelto, porque Natalia sabía que aquello que pasaba en los reservados, nunca se quedaba allí.

Natalia sería la encargada de arbitrar un combate de lucha grecorromana que marcaría la historia reciente de una discoteca en la que la pista de baile se encontraba más polarizada que nunca. En el lado oriental todos los estudiantes que apoyaban a Ilya, entre ellos Dmitri, Iósif Jinping y Burak y en la parte occidental, María, Wislawa, Hilary, Irene, James, Nelson y yo, y todos aquellos que querían que ganara Mykola.

Para él, allí solo faltaba una persona, su profesor de literatura griega y entrenador personal de la lucha grecorromana de sus últimos cuatro años, con el que había conseguido cambiar su forma de ver las peleas y había supuesto un punto de inflexión en su manera de luchar que le había permitido adquirir una destreza técnica impecable, pero sobre todo un equilibrio emocional que para un ucraniano homosexual negro de ochenta y siete kilos de peso, nunca había sido fácil conseguir, en un deporte para osos dopados de testosterona como era el de la lucha grecorromana. Mykola era consciente de que en las discotecas siempre había fricciones y, a medida que iba avanzando la noche, estas se iban haciendo más grandes, pero ni en el peor de los escenarios del viaje de fin de curso se podía esperar que uno de los luchadores más prometedores del circuito de lucha universitaria terminaría midiéndose con uno de los mejores alumnos de su maestro Aleksandr, el campeón de lucha grecorromana más laureado de Rusia de todos los tiempos y amigo personal del director de la discoteca. Cuando Mykola miró a la esquina donde se encontraba dando instrucciones a Ilya, sus miradas se cruzaron y su rostro se volvió serio como si se conocieran. En aquella esquina también seguía, junto a los estudiantes de la escuela de oficiales militares, Dmitri, Jinping y Burak que no dejaban de jalearlo. Todo el mundo sabía en la discoteca que los entrenadores no ganan las peleas en la pista, pero son siempre los herederos de los éxitos y los fracasos de sus alumnos. Mientras Ilya recibía instrucciones de su entrenador

aAleksandr, Mykola permanecía en silencio junto a nosotros, moviendo los brazos y el cuello y saltando para activar sus músculos, mirando a las luces de colores de la pista de baile.

^S Cuando la árbitra subió el brazo, la música se detuvo unos segundos y llamó a los dos ^lluchadores para que subieran a la pista y se pusieran frente a frente, luego bajó el brazo y volvió ^aa escucharse la música, esta vez con un tono electrónico épico. Antes de subir a la pista y ^bcolocarse en el lugar que le correspondía, cada uno había respondido a su nombre cuando fue ^a mencionado y se fueron a un extremo de ella, Ilya con un brazalete rojo y Mykola con el ^sbrazalete con los colores del arcoíris que le regalaron en el aeropuerto. Natalia, ya en el círculo ^a central de la pista, llamó a los luchadores y tras pararse a su lado, ambos le estrecharon la mano ^e ella, para después examinar la vestimenta y comprobar que no estaba salpicada de refresco, roja ^ro sudada. También revisaron las manos de ambos y recordó que quedaban totalmente prohibidos ^e los golpes, las mordeduras y los codazos, y que la pelea se regía por el reglamento de la Federación Internacional de Lucha Greco-romana de Discotecas (FILGD), cualquier violación implicaría la descalificación del luchador y la victoria de su oponente. Pronto veríamos esas ^a aquellas palabras de la árbitra habían sido un simple formalismo, porque los dos sabían, que solo ^p podía ganar uno, aquel que lograra tumbar a su oponente y lo retuviera con los hombros sobre la ^p pista de baile hasta claudicar.

Las funciones de Natalia como árbitra estaban claras, ella iba a ser la máxima responsable sobre la pista de baile de todo lo que pasara allí, pero asistida y supervisada por el juez, los dos tenían que tener los mismos criterios, porque si no era así el jefe de pista de baile tendría que decidir en caso de que no tuvieran el mismo criterio a la hora de tomar las decisiones de puntuación y declarar al ganador. Natalia llevaba para este combate el uniforme oficial de la discoteca, una falda corta de color blanca, una chaqueta verde caqui con un cinturón dorado y, en la cabeza, un sombrero verde y blanco con las alas plegadas hacia arriba, excepto la visera. Y es que en la discoteca Propaganda se cuidaba la imagen de todo su staff al milímetro, desde la limpiadora hasta el director, pasando por el jefe de sala y los camareros, nada era casual y de ello se encargaba María, la secretaria y directora de comunicaciones, todo el mundo que trabajaba en Propaganda vestía con uniforme, lo que tenía como objetivo imponer una estética de régimen de disciplina del tipo militar que a los estudiantes les fascinaba. La pelea iba a transcurrir con ellos en la pista de baile vigilando que todo ocurriera dentro de los márgenes del reglamento de la Federación Internacional de Lucha Greco-romana de Discotecas (FILGD), un compendio de más de cincuenta hojas del que se podría decir que para los luchadores ese libro era más importante que el de *Guerra y paz* de León Tolstói para los rusos, la Biblia para los cristianos o El libro rojo para los chinos.

^r En aquel libro se podía encontrar todas las reglas para que la lucha fuera honesta e imperara e

juego limpio y activo para el deleite de todos los estudiantes de fin de curso que estaban en la fiesta. Normas en las que se definían cómo y cuándo se podía interrumpir, reiniciar o terminar el combate, aspectos sobre la lucha negativa, la lucha en suelo en posición *parterre* durante el combate, penalizaciones contra la pasividad. En él venían registradas las prohibiciones y técnicas ilegales como tirar del pelo, de las orejas, los genitales, pellizcar la piel, morder, retorcer los dedos de las manos y de los pies, meterle el dedo en el culo al adversario durante el combate o cualquier acción, gesto o agarre con la intención de torturar al adversario o hacerlo sufrir para obligarlo a abandonar. También estaba prohibido patear, dar cabezazos, estrangular, empujar o aplicar técnicas que pudieran poner en peligro la vida de alguno de ellos o que pudiera causarles una fractura o luxación grave de las extremidades. Tampoco se podía pisar los pies de un adversario o tocarle la cara entre las cejas y la boca, meter el codo o la rodilla en el abdomen o en el estómago, ni realizar cualquier torsión con la intención de causar sufrimiento, como agarrar la planta del pie y los dedos con la intención de bloquear al oponente o sujetar al adversario por la ropa, incluso hablar durante el combate estaba prohibido. Las normas buscaban la promoción de la lucha activa y penalizar la lucha pasiva basada en la huida del agarre o de presa y la huida de tapiz. También venía reflejado en ese libro cómo protestar, las condiciones en las que debía actuar el servicio médico y dos normas fundamentales como la de antidopaje y persecución de amaño en el resultado del combate entre ellos, aunque al final el espectáculo terminaba convirtiéndose el reglamento en un libro en blanco.

M

juego limpio y activo para el deleite de todos los estudiantes de fin de curso que estaban en la fiesta. Normas en las que se definían cómo y cuándo se podía interrumpir, reiniciar o terminar el combate, aspectos sobre la lucha negativa, la lucha en suelo en posición *parterre* durante el combate, penalizaciones contra la pasividad. En él venían registradas las prohibiciones y técnicas ilegales como tirar del pelo, de las orejas, los genitales, pellizcar la piel, morder, retorcer los dedos de las manos y de los pies, meterle el dedo en el culo al adversario durante el combate o cualquier acción, gesto o agarre con la intención de torturar al adversario o hacerlo sufrir para obligarlo a abandonar. También estaba prohibido patear, dar cabezazos, estrangular, empujar o aplicar técnicas que pudieran poner en peligro la vida de alguno de ellos o que pudiera causarle una fractura o luxación grave de las extremidades. Tampoco se podía pisar los pies del adversario o tocarle la cara entre las cejas y la boca, meter el codo o la rodilla en el abdomen o el estómago, ni realizar cualquier torsión con la intención de causar sufrimiento, como agarrar la planta del pie y los dedos con la intención de bloquear al oponente o sujetar al adversario por la ropa, incluso hablar durante el combate estaba prohibido. Las normas buscaban la promoción de la lucha activa y penalizar la lucha pasiva basada en la huida del agarre o de presa y la huida del tapiz. También venía reflejado en ese libro cómo protestar, las condiciones en las que debía actuar el servicio médico y dos normas fundamentales como la de antidopaje y persecución del amaño en el resultado del combate entre ellos, aunque al final el espectáculo terminara convirtiendo el reglamento en un libro en blanco.

M.

Al Sr. Vladímir

Estimado Sr. Vladímir, director de la discoteca Propaganda:

Lo que le voy a contar no tiene ningún sentido para mí, aunque supongo que para usted sí, y es que no entiendo por qué la árbitra de la pelea es la novia de uno de los contrincantes, el mismo que ha anunciado antes de comenzar la pelea que los dos se casaran el próximo verano en su discoteca de verano cuando se gradúe en la escuela de oficiales militares, que el juez de pista es su hijo y que el juez de la pelea, la persona que vigila a la árbitra y al juez de pista y que confirma cada una de sus decisiones he sabido que es usted. ¿Qué tipo de justicia hay en una discoteca en la que no se garantiza la independencia del poder ejecutivo que representa como director y el poder judicial? ¿Cómo podremos saber que el resultado de esta pelea va a estar libre de corrupción? ¿Qué imparcialidad puede garantizar este combate en el que la novia de su nieto su hijo y usted son las tres personas encargadas de decidir quién ha vencido esta pelea? A mí todo esto me parece un montaje absurdo para mantener entretenidos a los estudiantes de fin de curso hasta las doce de la mañana en esta Segunda Gran Pelea del siglo que ha anunciado la Revolución 1917 por megafonía. Empiezo a pensar que en esta discoteca hay demasiado secretos, aunque lo suyos ya los conozco, de cómo gestiona su discoteca con esa mano de hierro con la que trata a sus trabajadores o lo de la vigilancia extrema dentro y fuera de la discoteca para evitar que alguien tenga la sola idea de llevarse una botella de vodka o las propinas que han dejado los clientes ese día. Conozco incluso lo de las cámaras y micrófonos en la casa de sus trabajadores para saber todo lo que hablan de usted, lo de rellenar las botellas, dónde esconde el papel higiénico reciclado, el jabón de manos para el baño o el producto cancerígeno que utiliza para desinfectar el suelo. Conozco lo de las dádivas que le ofrece a la policía para que mire hacia otro lado cuando muere alguien en la discoteca, lo de los funcionarios a los que regala noches en sus reservados para ver gratis las peleas en su discoteca o lo de las palizas en el callejón a los narcotraficantes que intentan pasar droga en su discoteca sin su permiso. Sé lo de esos oscuros negocios de ventas de armas que cierra en el recibidor de su despacho o la programación de la próxima pelea en su discoteca, aunque solo hay un secreto que solo usted conoce, algo que lleva mucho tiempo guardando celosamente en su cajón bajo llave y que ahora sabemos usted, su hija secreta María y yo.

A las ocho de la mañana los luchadores se saludaron entre sí, se estrecharon sus manos y cuando la árbitra estaba a punto de hacer sonar su silbato, los dos se miraron a los ojos y po

Mykola pasaron en un segundo todas las peleas de lucha grecorromana de su vida, incluida las de los últimos cuatro cursos en la facultad, como si esta fuera su última pelea. Enfrente tenía a un alumno del mejor luchador de todos los tiempos, Aleksandr, al que Mykola había conocido cuando todavía era un niño y sus padres lo llevaron a un campamento de verano donde estaba una selección regional de los jóvenes luchadores con más proyección en la lucha grecorromana. Fueron siete días intensos en los que Mykola descubrió su talento, pero también reafirmó su identidad, incluso si no fuera por el incidente en ese campamento, posiblemente Aleksandr seguiría siendo su entrenador y él sería el heredero natural del gran maestro de maestros de la lucha grecorromana en el mundo. Después de aquello, sus caminos se separaron, él encontró un nuevo entrenador y comenzó su periplo en la lucha, que lo llevó a ser el luchador con más talento de su país, pero un día las cosas se torcieron y una lesión en el hombro en una pelea callejera en Moscú durante la fase clasificatoria para el mundial lo apartó de la fase final, su hombro no volvió a ser el mismo y nunca se recuperó lo suficiente como para volver a la élite de la lucha. A partir de ese momento ya solo pudo aspirar a buscar una universidad que cumpliera dos condiciones, la de poder estudiar Filología Clásica y la de poder participar en una de las ligas regulares interuniversitarias más importantes del mundo. Él nunca ha querido relacionar el incidente en aquel campamento con el ataque homófobo en la puerta de la discoteca de Moscú que estuvo a punto de matarlo, lo que sí tenía claro es que aquella pelea con un grupo de jóvenes de la Banda de Los Lobos de la Noche le cambió la vida y lo volvía a poner a prueba años más tarde, con las mismas personas, pero esta vez dentro de la discoteca.

Los dos se reconocieron desde el primer momento que se vieron en la discoteca, pero no había sido hasta ahora, cuando estaban frente a frente cuando Ilya le vio con claridad la cicatriz de la herida que le hicieron en el hombro, en una pelea que, como si fueran cirujanos fueron directamente al tendón supraespinoso, donde sabían que tenían que pinchar con la navaja para hacer que su carrera se tambaleara. Si no hubiera sido por la intervención de un profesor que había venido con unos estudiantes de fin de curso a esa discoteca, posiblemente las lesiones hubieran ido a más, pero aquel profesor de Literatura Griega le salvó la vida y, un año más tarde le envió una carta de invitación con el membrete de la universidad para que se uniera a su equipo de lucha interuniversitaria. El primer año de universidad, la vuelta a los entrenamientos con su nuevo entrenador, los buenos resultados académicos y deportivos y la vida en un piso de estudiantes donde todos cuidaban de todos, terminó convirtiéndolo en el campeón de lucha grecorromana del circuito interuniversitario durante cuatro años seguidos.

Ahora estaban otra vez los dos frente a frente, esperando a que Natalia pitara para dar comienzo al primer periodo de tres minutos del combate. Natalia pitó el comienzo y Revolución1917 cambió la música, allí no había un *speaker* que retransmitiera el encuentro con

En aquellos dos titanes, pero lo que sí había era un pinchadiscos que narraba con su música la tensión que se podía sentir entre los dos. Puede que Mykola estuviera solo, que no tuviera el aliento de su profesor, pero tenía a María que se había asignado el papel de entrenadora. A pesar del síndrome de la soledad del luchador, a Mykola se le veía seguro y con ganas de devolver los años robados por un Ilya al que se le veía más tenso. Ninguno de los dos dejaban de buscarse, de tirarse los brazos intentando cazarse el uno al otro, parecían dos pulpos sobre una pista de baile rempujándose y midiendo la potencia de sus brazos y piernas, al mismo tiempo que se cogían por los hombros los dos apretaban sus mentones mientras ambos intentaban abrazarse para ser el primero en llevarse al contrincante al suelo. En la lucha grecorromana la resistencia es fundamental, los músculos se encuentran en tensión para evitar flexionarse y perder el equilibrio y los pies están clavados en la pista para evitar que te tiren al suelo de la pista, cualquier movimiento es un ejercicio por conseguir la superioridad de dos colosos que se defendían empujando hombro contra hombro con las manos entrelazadas. Son momentos en los que si te relajas te pueden suceder dos cosas: o terminas fuera de la pista o uno de los dos termina agarrándolo y tirándolo al suelo, y eso fue lo que pasó en uno de los momentos ofensivos de Ilya quien cogió de las manos a Mykola y lo comenzó a empujar. Los brazos de ambos estaban en tensión, el hombro de Mykola se resentía a medida que pasaba el tiempo y eso Ilya lo sabía. Mykola estaba a punto de perder el control, sabía que, si seguía así, lo mandaría fuera de la pista. Pero Ilya era listo, no quería echarlo de la pista, quería estamparlo contra ella, así que cuando Mykola estaba concentrado en que no acabara sobre el público, Ilya le soltó los brazos y en una milésimas de segundo lo tenía agarrado por el tronco, lo levantó y lo lanzó hacia arriba mientras lo colocaba bocabajo. Si nada lo impedía, lo colocaría bocarriba produciéndose el *touché*, o lo que es lo mismo, le habría hecho que colocara los hombros sobre la pista y se hubiera terminado el combate, pero Mykola era listo y mientras Ilya intentaba ponerlo bocarriba él se dio la vuelta y se puso bocabajo, los dos habían caído y se habían pegado un golpe sobre la tarima de la pista de baile, al mismo tiempo que la árbitra pedía que se separasen para volverse a poner los dos de pie frente a frente. Aquellos fueron unos segundos de incertidumbre en los que pensamos que Mykola iba a perder el combate, pero esto no había hecho nada más que empezar, llevábamos poco más de dos minutos y aún ninguno de los dos estaban sudados, se los veía tensos, con la respiración acelerada y concentrados en dominar cada músculo que los había convertido en rocas. Si algo había aprendido Mykola en todos estos años era que hay que tener un control total de la fuerza, porque en este deporte no vale la espontaneidad, todo está perfectamente medido cómo colocas las manos, cómo abrazas, cómo metes el hombro y la cabeza, cómo flexionas las piernas en el ángulo perfecto para que no te desplace y te tire de la pista. Son minutos en los que se comprimen todos los músculos del cuerpo y se contraen hasta los pulmones, no hay violencia solo fuerza y equilibrio emocional y en el que la resistencia humana tiene un papel fundamental

pero también la inteligencia, que es capaz de gestionar con un cuerpo al límite los últimos segundos antes de terminar el primer tiempo con el objetivo de buscar el desgaste sistemático que les hiciera perder el equilibrio a uno de los dos, porque solo en ese momento podría sabrazarlo y tumbarlo, algo que no consiguieron ninguno de los dos en los tres primeros minutos que terminaron con un pitido de Natalia y treinta segundos de descanso cada uno en su esquina de la pista.

María se colocó junto a Mykola, tenía treinta segundos para hablar con él y revertir la pelea que Ilya iba ganando por puntos, en gran parte por las indicaciones de Aleksandr, que conocía a Mykola desde que nació, pero sobre todo desde aquel campamento en el que él no hizo nada para evitar el incidente de humillación que lo marcó para toda la vida. Aunque él fuera el hermano de su madre, una azafata de vuelo a la que dejó de hablar el día que se casó con un piloto senegalés negro. Ese día a Mykola, con solo diez años, lo desnudaron en el servicio unos cuantos de los niños del campamento y lo dejaron allí atado durante horas después de decirle que este deporte no era para nenas negras. Pero de la misma forma que Aleksandr conocía todos los secretos de Mykola, María conocía los de Ilya. Los dos se habían criado como hermanos, vivían en el mismo barrio y habían recibido la misma educación en mejor colegio de Moscú, hasta que Ilya comenzó a relacionarse en el barrio con algunos hijos de los integrantes de la banda de Los Lobos de la Noche, un club de motociclistas rusos ultranacionalistas y homófobos que se fundó en Moscú en 1989 durante la era de la Perestroika de la Unión Soviética y que eran amantes de las motos y también de la música electrónica que escuchaban en esa época en discotecas clandestinas cuando esta música estaba todavía prohibida. Una amistad que se fue deteriorando y terminó rompiéndose el día que él le pidió que la acompañara al baile de graduación y ella le dijo que no. Ese día sus caminos se separaron definitivamente y la universidad hizo el resto para poner una distancia insalvable entre ellos y que ahora estaban delante el uno del otro. María y su madre trabajaban allí, junto a su padre y jefe de sala, que era una de las tres personas más poderosas de la discoteca. Puede que María no conociera todas sus debilidades técnicas, pero conocía todas las emocionales y esos miedos de la infancia que arrastramos hasta que nos entierran con ellos, y el de Ilya era el miedo a los burros.

María y todos los que nos habíamos posicionado del lado de Mykola sabíamos que los próximos tres minutos eran decisivos y que si él perdía nos exponíamos a que nos castigaran como hacen a los perdedores de la guerra. La posguerra siempre comienza de la misma forma, con una humillación pública, sistemática e inhumana, que solo busca la reafirmación, el odio del ganador. Nosotros no tendríamos que sufrir mucho tiempo esta humillación que comenzaría en ese momento en el que Mykola perdiera la pelea, porque nosotros teníamos el vuelo a las doce de la mañana para volver a casa, pero si María no conseguía que él ganara la pelea, recaería sobre ella.

el peso de todo el castigo y el sueño de subirse al mismo avión para empezar una nueva vida. La alejada de la discoteca Propaganda se evaporaría. Por ese motivo y sin el ánimo de coaccionarlo, ella le dijo a Mykola que tenía que ganar esta pelea no solo por él, para cerrar definitivamente esa herida que llevaba abierta, sino por ella, por sus amigos, sus compañeros..., todos los estudiantes de fin de curso que estaban allí y los que en unas horas volverían a llenar la discoteca para vivir su mejor fiesta de fin de curso. Mykola no solo quería ganar y cerrar heridas, sino que quería ganar porque sabía que si Ilya vencía esta noche, se reafirmaría definitivamente la condición dictatorial de una discoteca que se regía por el imperio de la ley de un autócrata que buscaba la sumisión total de todos los estudiantes.

E María no era la única que estaba preocupada por el resultado de esta pelea, también su confidente Irene tenía aún más miedo, porque sabía las consecuencias que tendría su derrota para Mykola en el plano de los estudios. Irene sabía —como todo el mundo que va a una discoteca— que lo que ocurre en las discotecas se queda allí, pero los golpes, los moratones, los trozos de dientes, la sangre en la camisa o en el estómago, las suturas, las luxaciones, los huesos rotos o que te violaran en el baño sin poder hacer nada, te los llevabas a casa. Y eso es precisamente lo que no le podía pasar a Mykola, que se lesionara en este viaje de fin de curso, lo que significaría acabar con las aspiraciones de ganar el campamento nacional interuniversitario de lucha grecorromana. Regresar a la universidad con un hombre desencajado, supondría haber tirado más de cuatro años de su vida por una pelea de discoteca absurda, significaría tener que buscarse un trabajo que le permitiera afrontar los pagos de la matrícula, el alojamiento y el máster de profesorado. Solo podría salvarlo de este desastre su entrenador que podría conseguirle un contrato como becario de doctorado en el Departamento de Literatura Griega y emprender así el largo camino de la estabilidad laboral universitaria de cuatro años y cuando estuviera a punto de caer en una depresión del tamaño de un cíclope, llegaría el momento de presentar la tesis para después comenzar un nuevo calvario, el posdoctorado y esa segunda edad de la precariedad universitaria que te acompañaría hasta tu primer contrato de profesor sustituto. ¡Qué mundo consumista, inhumano y tecnócrata estamos construyendo, que está haciendo que a las empresas públicas y privadas les importe una mierda los filólogos clásicos! Una sociedad que olvida la construcción de nuestro pensamiento occidental y transita perdida por el progreso. Nadie debería olvidar que Sócrates bebió cicuta y murió por nosotros.

,

l

l

a

a

M

a
,
e
s
a
e
a
e

l
a
-
e
o
o
a
a
s
l
e
l
e
a
l
o
s
a
a

..

Al Sr. Vladímir

Estimado Sr. Vladímir, director de la discoteca Propaganda:

Usted sabe mejor que yo que estamos en un momento decisivo de los que nunca se han vivido en su local. Un momento de cambio generacional, que nos invita a creer que es hora de repensar las estructuras de su discoteca y mirar hacia la pista donde están los discotequeros bailando y no solo a la oligarquía que amamanta su negocio de refrescos de naranja, los que llevan a los estudiantes borrachos al hotel, los que distribuyen las patatas fritas, las empresas de seguridad los mánager de los pinchadiscos o las empresas de liquidadores que lo dejan todo impoluto para que todo vuelva a relucir como nuevo cada día, es hora de pensar en democratizar todo este entramado de empresas y dar paso a nuevas ideas y conceptos. Dejemos los personalismos y empecemos a pensar en una nueva era de prosperidad colectiva, abandonemos la sumisión como arma de progreso e implantemos un modelo de igualdad de oportunidades que universalice el acceso de todos a la riqueza y a los servicios generados por esta. Sé que esto da vértigo, pero imagine su discoteca con camareros vestidos de rosa un día y otro de morado, imagine pistas de baile en la que se escuche pinchar la música de los pinchadiscos más importantes de todo el mundo, imagine una pista de baile en la que las peleas grecorromanas estuvieran avaladas por la Federación Internacional de Lucha Grecorromana de Discotecas (FILGD) y no por su propia ley imagínese la mejor discoteca del mundo.

Cuando terminaron los treinta segundos de descanso, Natalia volvió a llamar a Ilya y a Mykola para que siguieran el combate, al que le quedarían solo tres decisivos minutos que iban a marcar un antes y un después en una discoteca que esperaba expectante el desenlace de aquellos dos titanes de la lucha grecorromana en una pista de baile en la que volvió a cambiar el ritmo de la música, porque Revolución1917 había decidido ya qué música debía acompañar a los luchadores hasta el desenlace de la pelea. Los dos se levantaron a la llamada de la árbitra Natalia, que los puso enfrente y, cuando pitó, Ilya se abalanzó como un oso sobre Mykola que no se lo esperaba y lo arrastró por toda la pista, que a estas horas parecía un lago de hielo de refrescos derramados y sudor. Si nada lo impedía, Mykola terminaría fuera de la pista y encima de nosotros, y eso fue lo que sucedió, si no hubiéramos amortiguado su caída con nuestros cuerpos y los de algunos de los estudiantes de ingeniería y farmacia que estaban junto a nosotros habría caído sobre los altavoces abriéndose la cabeza. Mykola se levantó y volvió sereno al centro de la pista donde le esperaba Natalia, que reanudó el combate, pero esta vez pasó a

ataque, alargó sus brazos, cogió los hombros de Ilya, luego le rodeó el tronco y cuando lo atrapó lo levantó y lo tiró al suelo poniéndolo bocabajo. Ilya casi no se podía mover, pero al mismo tiempo que intentaba darle la vuelta para que colocara los hombros sobre la pista, él se iba escurriendo hasta que consiguió escaparse y ambos se levantaron poniéndose frente a frente otra vez. La respiración de ambos se hacía más intensa, los dos se miraban jadeantes del esfuerzo a mismo tiempo que volvían a tirarse los brazos y metían los hombros para ver quién era capaz de cazar antes al otro mientras Natalia observaba cada movimiento en una pelea en la que iban empatados a puntos y en la que ni María ni Aleksandr dejaban de mirarse. Si hubiera estado aquí el profesor —como llamaba Mykola a su entrenador— el espectáculo entre ambos entrenadores hubiera sido distinto, porque los dos se tenían ganas desde la final del campeonato internacional de lucha grecorromana de discotecas que se celebró en Propaganda y en el que el profesor salió vencedor. Fue el único combate que perdió Aleksandr en toda su carrera. El profesor después de ese combate dejó de competir y el gran maestro, como llamaban a Aleksandr, recuperó la hegemonía hasta que se retiró siendo el luchador de discotecas más laureado de todos los tiempos.

Solo quedaban dos minutos para que terminara el combate y una pista en ebullición no dejaba de bailar alrededor de los luchadores mientras cada estudiante gritaba el nombre de su favorito. El ambiente era ensordecedor con la música y los gritos de unos espectadores que cada vez estaban más polarizados. La distancia entre las dos facciones de filólogos clásicos también había aumentado, por una parte, estaban los latinos con Wislawa, Hilary, Irene, James, Nelson y yo y por otra, los griegos con Dmitri, Iósif, Burak y Jinping. Lo que había empezado como una fiesta de fin de curso tranquila se había convertido en una declaración de intenciones de retomar las tensiones que Burak y Jinping habían tenido con Irene en los últimos años debido a la escasez de pisos para estudiantes en la ciudad. Una circunstancia que les había obligado a ellos a tener que buscar alojamiento a dos manzanas de la facultad y todo porque Irene había sido más hábil y había podido alquilar durante estos años dos pisos contiguos en la primera planta de un edificio nuevo que estaba frente a la facultad, justo encima del bar El Ruso. De hecho, los dos pisos eran de su propiedad o, como él decía cada vez que firmábamos el contrato: «vosotros sois mi plan de pensiones para cuando ya mis manos no puedan pelar más patatas, cortar más zanahoria, contar más guisantes, pelar los huevos cocidos, abrir las latas de atún sin cortarme y amalgamar todo con mahonesa casera, para hacer esa ensaladilla rusa que os coméis con tanta ansia después de cerrar las discotecas». Nadie se podía explicar cómo un bar de estudiantes podía generar tanto dinero vendiendo cafés, cerveza, tapas de ensaladilla rusa y pizzas precocinadas. Aquella maniobra de Irene nunca le gustó al grupo de los griegos, que se vieron relegados a renunciar durante estos años a tener la facultad a trescientos metros del piso, porque la escasez de bueno:

pisos, equipados, limpios y cercanos a la facultad como las pistas de baile de las discotecas, era también el eje de un vórtice del que emanaban muchos conflictos, casi tantos como del tráfico de apuestas, conseguir una mesa en el comedor universitario o comprar entradas para la fiesta de una facultad; unas fricciones que en este caso terminaron aflorando allí en la pista de baile. Algo que no sucedió ni en la elección del hotel, las visitas a los lugares más importantes de Moscú, la hora de salida y entrada en las habitaciones o el lugar de la fiesta del viaje de fin de curso, quizá porque todo estaba definido en el programa de un viaje que el grupo de los griegos se había encargado de que se cumpliera siempre de forma rigurosa y sistemática de acuerdo a un programa consensuado con su amiga la directora de la agencia de viajes, que ahora era también responsable de lo que estaba ocurriendo allí en la pista de baile.

⁵ Hasta ahora se habían cumplido las normas de la Federación Internacional de Lucha Greco-romana de Discotecas (FILGD), un compendio de normas que tenían como objetivo provocar la redención en el suelo y con la espalda en la pista de baile de uno de los participantes mediante el uso de la fuerza y la técnica sin que ninguno de los dos luchadores pudiese sufrir una lesión grave o resultar heridos. A diferencia de otros deportes individuales de contacto, el tiempo acortado de seis minutos estaba diseñado para hacer de la lucha un espectáculo que huía de la imagen de cuerpos sudorosos y sangrientos que pudieran parar el combate una y otra vez, porque en estos combates ganaba el más hábil con la fuerza. De hecho, debían tener el mismo peso, lo que aseguraba el *status quo* entre los dos, favoreciendo las habilidades y la agilidad de los luchadores en las que no solo influía la potencia de sus músculos, sino la destreza a la hora de mover los brazos, de flexionar las piernas, de girar el tronco o de mantener el cuello firme. En la práctica, Mykola podía coger a Ilya por el tronco, lanzarlo con todas sus fuerzas en el aire, para después estamparlo contra el suelo y ninguno resultar herido. Los lances siguieron reproduciéndose hasta que llegó el último minuto y ninguno de los dos se veían como claros vencedores, de hecho, estaban tan igualados que cualquiera podía ganar en el último segundo. Cuando el reloj bajó de los cincuenta segundos, Aleksandr hizo una señal a Ilya, para que aumentara la intensidad del combate, momento en el que se deshizo de los brazos de Mykola bajó el cuerpo, alargó los brazos, metió el hombro y lo atrapó mientras Mykola hacía todo lo posible para desengancharse de él antes de que pudiera lanzarlo hacia atrás y colocarlo con la espalda en el suelo. Mykola se retorció a un lado para que los dos cayeran de lado, solo así tendrían alguna opción de hacerlo rodar hasta colocarse él encima. Con aquella maniobra riesgosa, Ilya se había colocado por delante del marcador, si la pelea hubiera terminado en ese momento Ilya habría ganado el combate, pero Mykola no iba a tirar por el desagüe su vida como luchador greco-romano por una simple llave, así que cuando quedaban solo diez segundos para terminar el combate, Mykola en un ejercicio de destreza técnica, se deshizo de Ilya, lo agarró y

lo volteó hasta poner uno de los hombros sobre la pista de baile, que le dio los puntos necesarios para darle la vuelta a un combate que parecía estar perdido. Cuando Ilya quiso reaccionar a la llave de Mykola solo quedaba un segundo que terminó en un *jingle* de Revolución1917 que indicaba que la pelea había terminado. Su entrenador y su padre no podían creer que hubiera perdido la pelea en el último suspiro y pidieron ver las imágenes de los últimos segundos. Tenían derecho de reclamar el visionado de las cámaras de seguridad para comprobar que los puntos que hizo subir Natalia al marcador eran válidos y que Mykola era el justo vencedor.

1

1

M

a

o

s

a

o

a

e

o

s

e

a

a

1

s

l.

e

l,

o

a

í

a

e

o

a

y

lo volteó hasta poner uno de los hombros sobre la pista de baile, que le dio los puntos necesarios para darle la vuelta a un combate que parecía estar perdido. Cuando Ilya quiso reaccionar a la llave de Mykola solo quedaba un segundo que terminó en un *jingle* de Revolución1917 que indicaba que la pelea había terminado. Su entrenador y su padre no podían creer que hubiera perdido la pelea en el último suspiro y pidieron ver las imágenes de los últimos segundos. Tenían derecho de reclamar el visionado de las cámaras de seguridad para comprobar que los puntos que hizo subir Natalia al marcador eran válidos y que Mykola era el justo vencedor.

M.

Al Sr. Vladímir

Estimado Sr. Vladímir, director de la discoteca Propaganda:

Le escribo esta carta sabiendo que lo que le escribo puede sembrar cierta incertidumbre después de su lectura, porque la veracidad es una propiedad intrínseca de la que puede carecer todo lo escrito, que tiene que ver incluso con la identidad de la persona que afronta su lectura y con esto no quiero decir que usted sea una persona que no confíe en lo que le cuento en la cartas. Podría ser así, porque escribir es un ejercicio de confianza mutua, en el que tanto el que escribe como el que lee tienen que darse un margen para creer en lo escrito que permita construir un espacio de confianza y credibilidad. Mi responsabilidad en todas estas cartas ha sido siempre ser fiel a la realidad, contar todo lo que sucede de una manera objetiva, evitando cualquier juicio de valor que pudiera interferir en su juicio emocional y creer que lo que está leyendo es fiel a los hechos. Puede ser difícil aceptar esa realidad, yo también desconfiaría si fuera usted, de la misma manera que creo que muchas de las normas de su discoteca Propaganda son simplemente un escaparate y que detrás de ellas solo hay un agujero negro de ilusionismo mediático. Normas como: prohibida la venta de alcohol a menores de veintiún años, en esta discoteca no está reservado el derecho de admisión o prohibido provocar y hacer peleas de lucha grecorromana en la pista de baile. Son anuncios de publicidad de su propia cadena de televisión que se puede ver en todas las pantallas que tiene instaladas por su discoteca y que no dejan de ser un ejercicio de ilusionismo. Deje de vivir en un continuo solipsismo, pensando que solo su conciencia existe y que todo el resto del mundo, incluidos los hombres y mujeres que le rodean, no existen y son creados por su propia conciencia e imaginación y empiece a creer en lo que ve a través de todas las cámaras de seguridad que tiene instaladas por toda su discoteca y en quien le escribe y lo que le escribe.

El perdedor tenía derecho a reclamar y agotar todos los cauces reglamentarios antes de que la jueza proclamara al vencedor de la pelea y para ello solo había una forma de hacerlo: ir a la sala de seguridad donde estaban los monitores de las cámaras que había instaladas por toda la discoteca Propaganda. Y a ella se dirigieron los dos entrenadores María y Aleksandr, Natalia como jueza y el jefe de pista de baile y jefe de sala, Dmitri. La sala de cámaras estaba en la planta alta, en una habitación contigua al despacho del director, con dos accesos, uno desde el despacho del director y otro desde el propio recibidor. Solo tres personas estaban acreditadas para abrir una puerta blindada que solo se podía atravesar introduciendo una tarjeta magnética.

intransferible, colocando un código que iba cambiando todos los días y el ojo derecho para su análisis biométrico. Los técnicos que estaban allí vigilando veinticuatro horas solo accedían a la sala bajo la supervisión del director, el jefe de sala o la directora de comunicación y relaciones exteriores que los acompañaban hasta allí, donde hacían turnos por parejas de doce horas en los que no se podía salir bajo ninguna circunstancia y donde no había aseo y no se podía comer ni beber nada. Solo se podía ver lo que ocurría en cada rincón de la discoteca, oír la música de la pista de baile o el silencio absoluto después de cerrar la discoteca, en un lugar insonorizado y hermético, al que todos los trabajadores de la discoteca temían ir y al que llamaban «el silo nuclear». No todos los trabajadores estaban preparados para estar allí, de hecho, solo los responsables de seguridad contaban con cualificación suficiente, aquellos que habían completado un programa de formación especial de adiestramiento en la discoteca en el que se enseñaban a ver una mosca congelada en un cubito de hielo a veinte metros de distancia, técnicas de control de esfínter, lectura de labios de las personas borrachas o diferenciar un empujón fortuito de una auténtica pelea.

En la sala se encontraban en ese momento Nikolái y Román, dos de los camareros de confianza de la discoteca. El primero, un prometedor estudiante de ciencias políticas y, el segundo, el hijo de uno de los proveedores más importantes de refrescos, los dos adiestrados personalmente por los gemelos más temidos de la discoteca, Valeri e Igor. Cuando todo el mundo estaba preparado, el jefe de sala mandó a los camareros que pusieran en los monitores las imágenes de las cámaras que habían captado los últimos segundos en los que Mykola consiguió *in extremis* el punto que le dio la victoria. En la sala no solo hacía calor, sino que se podía percibir la tensión entre los dos entrenadores, los dos se jugaban mucho, ella la oportunidad de abandonar la discoteca y él la destitución como entrenador del equipo de luchadores de la escuela de oficiales militares y posiblemente la del director ruso de la Federación Internacional de Luchadores Greco-romana de Discotecas (FILGD), algo que podía suponer una mancha en su impecable expediente y el fin de su carrera. Cinco cámaras captaron esos segundos decisivos en uno de los lugares más vigilados de la discoteca, la pista de baile, en la que había una cámara en cada uno de los cuatro pilares de la estructura que sustentaban las columnas de sonido y la última en el espectacular techo repleto de juegos de luces junto a la máquina de humo. El visionado de las imágenes comenzó en el último minuto, cuando Ilya iba tres puntos arriba y todo el mundo en la discoteca había perdido la confianza en Mykola, excepto su accidental entrenadora que estaba segura de que, si ella dejaba a su luchador, terminaría perdiendo. Las imágenes pasaron a cámara lenta, lo que iba a ser un minuto fueron más de cuatro viendo como el entrenador le susurraba a Ilya que metiera su cabeza para golpearle en los pómulos, en las cejas, le susurraba para que le empujara con su hombro colocado en sus costillas, que le flexionara con astucia los dedos sin

que la árbitra ni el juez de pista se dieran cuenta de los golpes que le estaban provocando hematomas invisibles mientras la gente seguía bailando enfurecida alrededor de los dos luchadores como si no les importara la vida de ninguno de ellos. Mientras en el equipo técnico de los latinos de Mykola se podían ver las caras de preocupación, en la de los lobeznos del grupo de los griegos veían la victoria más cerca y con ella el control de la pista de baile. Todo cambió cuando a la grabación le quedaban trece segundos para terminar el combate y Mykola fraguó los dos puntos que lo separaban de una victoria, la cual parecía imposible cuando solo quedaban dos segundos. Ese fue el momento en el que Mykola se fue hacia Ilya con todas sus fuerzas, lo atrapó y, mientras intentaba deshacerse, Ilya claudicó antes de que terminara la pelea, haciendo que colocara las dos rodillas y las dos manos en la pista de baile, haciendo que los dos puntos asubieran al marcador dando la victoria a Mykola que no dejaba de pegar saltos por la pista. Mientras Ilya se quedaba de rodillas desolado, a la espera de la confirmación de su derrota *in extremis*.

La sala se quedó en silencio, hasta que María lo rompió emocionada diciendo «¡hemorrhagado!», al mismo tiempo que sonaba el teléfono de la sala y Dmitri lo cogía quedándose inmóvil solamente escuchando sin decir ni una palabra, hasta que lo volvió a colgar para decirle a María que si certificaba que esos dos últimos puntos se habían producido fuera del tiempo reglamentario, revisarían su contrato para mejorar sus condiciones laborales y económicas; y si por el contrario, no lo hacía, él no podría garantizar que ni su luchador ni sus amigos pudieran salir de allí cuando la discoteca cerrara. María tenía dos opciones: por un lado, mejorar sus condiciones laborales —menos noches, fines de semana libres, horarios de mañana y de tarde más flexibles— y unas condiciones económicas que le permitieran buscar un nuevo piso más grande en Moscú, algo que además implicaría integrarse definitivamente en la organización de la discoteca, seguir los pasos de su madre y renunciar a los principios deportivos que debe regir cualquier competición. Y por otro, ratificar la victoria de su luchador y asumir la responsabilidad de que todo iba a cambiar cuando saliera de esa sala y volviera a la pista de baile. Antes de tomar la decisión, Dmitri mandó salir a todo el mundo y se quedó a solas con María, quería decirle lo que ella y esos estudiantes se jugaban con su decisión y que, si no tomaba la decisión correcta, no su padre como director de la discoteca, su madre como secretaria y él como hermanastro mayor podrían garantizar su seguridad allí, ni tampoco lo que podría pasar en la discoteca a partir de ese momento. María, tras guardar silencio unos segundos, abrió la puerta y salió diciendo «¡hemorrhagado!», al mismo tiempo que Aleksandr abandonaba cabizbajo el recibidor junto a Natalia que no tuvo otra opción que dirigirse hasta el centro de la pista de baile para llamar a los dos luchadores, coger sus manos y levantar la mano de Mykola como vencedor o la de Ilya y declararlo campeón por encima de cualquier grabación porque el poder en Propaganda podía

hacer que ocurriera cualquier cosa. Los dos luchadores que andaban arrodillados en el suelo
 exhaustos y sudados, se levantaron, se fueron hasta el centro de la pista y se pusieron mirando a
 la Revolución1917. Natalia cogió el brazo de su novio y el de Mykola, ella lo tenía fácil, solo tenía
 que guiarse por lo que le unía a Ilya, aunque sabía que, si quería ser algún día una importante
 fiscal general o presidenta del tribunal superior, debía impartir justicia. La árbitra miró a
 los pinchadiscos, él subió la música y finalmente ella levantó el brazo de Mykola al mismo tiempo
 que sujetaba con fuerza el de su novio que intentaba subirlo mientras ella sonreía. Bajó el brazo
 de Mykola, los colocó mirando al despacho del director y volvió a levantar el brazo de
 el vencedor. Aquel acto de Natalia no fue un acto de amor, fue un acto de justicia, su corazón le
 lempujaba a levantar el brazo de su amado, pero su juramento como árbitra hizo que levantara e
 el brazo de Mykola delante de todos los discotequeros y delante del director que estaría mirando a
 través de los monitores de seguridad el triunfo de un luchador que no representaba a la discoteca.
 La pelea había terminado e Ilya se fue hasta el entrenador al que dijo: «estás despedido», a
 mismo tiempo que mandó llamar a todos sus cachorros a los que susurró «ahora sí que vamos a
 liarla», mientras en el lado occidental de la pista de baile todos felicitábamos a Mykola. Irena
 sacó la bandera de la facultad y se la dio a Mykola que la paseó por toda la pista de baile. Había
 triunfado la Filología Clásica frente a la maquinaria mediática autocrática que representaba la
 discoteca, había triunfado la deportividad frente a la marrullería torticera de Ilya. Por una vez
 había triunfado la justicia frente al pensamiento único de un director que en estos momentos
 estaría retorciéndose en su despacho, viendo como aquel negro ucraniano de 87 kilos se paseaba
 por la pista de su discoteca con la bandera de su facultad dando volteretas como si fuera un
 gimnasta olímpico, había vencido por primera vez en la discoteca la democracia de la lucha
 grecorromana a la propaganda.

r
 l
 r
 o
 i
 ;
 e
 s
 ,
 s
 y
 a

M

hacer que ocurriera cualquier cosa. Los dos luchadores que andaban arrodillados en el suelo, exhaustos y sudados, se levantaron, se fueron hasta el centro de la pista y se pusieron mirando a Revolución1917. Natalia cogió el brazo de su novio y el de Mykola, ella lo tenía fácil, solo tenía que guiarse por lo que le unía a Ilya, aunque sabía que, si quería ser algún día una importante fiscal general o presidenta del tribunal superior, debía impartir justicia. La árbitra miró al pinchadiscos, él subió la música y finalmente ella levantó el brazo de Mykola al mismo tiempo que sujetaba con fuerza el de su novio que intentaba subirlo mientras ella sonreía. Bajó el brazo de Mykola, los colocó mirando al despacho del director y volvió a levantar el brazo del vencedor. Aquel acto de Natalia no fue un acto de amor, fue un acto de justicia, su corazón le empujaba a levantar el brazo de su amado, pero su juramento como árbitra hizo que levantara el brazo de Mykola delante de todos los discotequeros y delante del director que estaría mirando a través de los monitores de seguridad el triunfo de un luchador que no representaba a la discoteca. La pelea había terminado e Ilya se fue hasta el entrenador al que dijo: «estás despedido», al mismo tiempo que mandó llamar a todos sus cachorros a los que susurró «ahora sí que vamos a liarla», mientras en el lado occidental de la pista de baile todos felicitábamos a Mykola. Irene sacó la bandera de la facultad y se la dio a Mykola que la paseó por toda la pista de baile. Había triunfado la Filología Clásica frente a la maquinaria mediática autocrática que representaba la discoteca, había triunfado la deportividad frente a la marrullería torticera de Ilya. Por una vez había triunfado la justicia frente al pensamiento único de un director que en estos momentos estaría retorciéndose en su despacho, viendo como aquel negro ucraniano de 87 kilos se paseaba por la pista de su discoteca con la bandera de su facultad dando volteretas como si fuera un gimnasta olímpico, había vencido por primera vez en la discoteca la democracia de la lucha grecorromana a la propaganda.

M.

Al Sr. Vladímir

Estimado Sr. Vladímir, director de la discoteca Propaganda:

No conozco ninguna discoteca del mundo donde preparen a la gente para aceptar la verdad porque siempre es incómoda y la percepción que se tiene sobre ella es que es algo inamovible. Pero usted sabe hacer que eso no sea así, porque para usted la verdad es algo flexible que le aguanta todo, solo es cuestión de romperla, trocearla y volverla a modelar a su antojo. Nada de lo que ha pasado hasta ahora en su discoteca ha sido al azar y todo ha sido construido a su imagen y semejanza y de acuerdo a sus criterios. Coger una discoteca colapsada y en ruinas y convertirla en una de las veinte mejores del mundo no es algo casual, hay que saber cómo fregar y abrillantar los suelos, las paredes y los techos para hacer ver que el terrazo es mármol y las paredes de cartón yeso el mejor estuco de perlita. Pero sobre todo tiene que saber elegir quién debe poner la música, controlar el potente grupo de luces y dirigir una barra en la que deberán servirse los mejores refrescos de naranja por unos camareros que te harán sentir como en casa. Da lo mismo lo que pensemos, lo sucio que estén los vasos, lo derretido que esté el hielo, el volumen de la música, el olor del aliento del camarero que está en la barra, lo resbaladizo que esté el suelo de la pista, lo asquerosos y pestilentes que estén los baños, porque lo importante, sea la hora que sea, es hacer ver que la verdad proyectada en los discotequeros es la que necesitamos para vivir, porque se trata de eso, de pasar toda la noche en esa discoteca y salir de ella diciendo que hemos pasado la mejor noche de nuestras vidas en una de las veinte mejores discotecas del mundo, sin importar lo que haya ocurrido dentro o fuera de ella.

Ilya estaba en el lado oriental de la pista con sus compañeros de la escuela de oficiales, todo con sus manos colocadas en las pistolas, diciéndoles que de qué había servido hasta ahora hacer todo lo que le había dicho su entrenador. Él no quería una pelea limpia, como se había visto durante esos seis minutos en los que había buscado con su marrullería el desgaste en su oponente, generándole dolor con golpes bien estudiados. Aunque las peleas en las discotecas se regían por un reglamento aprobado por la Federación Internacional de Lucha Greco-romana de Discotecas (FILGD) basado en las reglas de la deportividad, todo el mundo era consciente que en las discotecas se sabía cómo empezaban las peleas, pero no como terminaban y aquello era lucha de competición, no una partida de cartas en la cafetería de la escuela de oficiales o de cualquier facultad universitaria del mundo, en la que cuando perdías podías volver a jugar hasta ganar o hasta cansarte de perder. Aquel combate no tenía vuelta atrás, no se podía repetir y mucho menos.

evitar que por todas las pantallas de la discoteca dejaran de poner los últimos segundos que terminaron dando una victoria imposible a Mykola y se escribiera en el acta del combate su nombre como perdedor de la Segunda Gran Pelea. Fue en ese momento, cuando se estaba redactando el acta, cuando Ilya lleno de rabia se fue hasta la barra del bar donde Natalia y Dmitri la estaban preparando para que el director de la discoteca la firmara y terminara certificando su derrota. Se puso delante de su novia y de su padre y comenzó a gritar que no estaba de acuerdo con el resultado, que había que repetir los últimos segundos de la pelea. Él sabía que eso nunca se había hecho, pero él estaba en una discoteca, no en unos juegos olímpicos y allí se hacía lo que el director quería. Dmitri solo tenía que descolgar el teléfono de la barra, darle al botón rojo y explicarle la propuesta para que lo autorizara. En todos los años que llevaba abierta la discoteca Propaganda era la primera vez que se hacía una propuesta de esas características, quizás porque nunca se había llegado a esta circunstancia en la que ni luchador ni entrenador habían rechazado sobornos y coacciones para dejarse ganar. Una pelea que además había producido grandes pérdidas a la discoteca porque muchos discotequeros habían apostado una suma importante a la victoria de Mykola, que estaba veinte a uno en las apuestas, una circunstancia de la que si pudieron beneficiar todos los que apostaron por él y que nada más terminar se fueron a la barra a pedir vasos nuevos llenos del mejor refresco de naranja con hielo de la discoteca. Pero lo que menos importaba a la discoteca de esta pelea era el dinero, porque al final la gente siempre terminaba gastándose allí, era un ciclo cerrado, una estrategia más para que nadie saliera con dinero en los bolsillos. Mientras Ilya no dejaba de decirles al juez de pista y a la árbitra que repetirían la pelea, ellos seguían rellenando un acta que terminaría saliendo de la barra para el despacho del director si Ilya no lo impedía. Mientras, en la otra punta de la barra, Mykola se recuperaba de la pelea y recibía las felicitaciones de todos los estudiantes que habían apostado por él.

A Irene aquella actitud de Ilya le recordaba a esos días de reclamaciones de exámenes de la que era testigo en el departamento donde colaboraba como alumna en un proyecto de investigación en el departamento de Literatura Griega, en el que el profesor y director era el entrenador de Mykola. Ella había visto entrar en el despacho a muchos como Ilya a los que le faltaban unas décimas para aprobar, que empezaban la revisión receptivos, amables y comprensivos con las explicaciones del profesor y a medida que iba transcurriendo la revisión terminaban viendo que habían hecho un examen de mierda, que sus ejercicios estaban sobrevalorados y que la única solución era llevarse todo el verano estudiando otra vez textos de escritores griegos y salir de allí dando las gracias. Con esa actitud fue con la que Ilya abandonó la barra de la discoteca cuando Natalia y Dmitri firmaron el acta, gritando que aquello no se iba a quedar así, que iba a poner una reclamación a la Federación Internacional de Lucha

eGrecorromana de Discotecas (FILGD), para que aplicaran dos artículos, el número 21 con el que conseguir primero la penalización del cuerpo arbitral acusándolos de una falta disciplinaria y eliminarlos de cualquier futura competición; y lo segundo acusar a Mykola de dopaje y pedir la ejecución del artículo 56 para exigirle que se sometiera a una prueba, a la que en ningún caso ni los competidores o los jueces y árbitros podrían oponerse sin ameritar las sanciones previstas en el reglamento antidopaje, una muestra que en este caso sería tomada por uno de los camareros que se encontraban en la discoteca y en presencia de su entrenador. En caso de un resultado positivo, se aplicaría la sanción prevista por el reglamento antidopaje, algo que podría implicar la anulación del combate, una fuerte sanción económica y una prohibición de pelear durante un periodo de tiempo, algo que dependería de la cantidad y del tipo de sustancias.

^e La estrategia de Ilya fue un golpe de efecto que sorprendió a todo el mundo y que volvía a cambiar las reglas del juego que ahora se trasladaban de la pista de baile a la barra del bar donde se tomarían las muestras de sangre y se recogería en un bote la orina de Mykola. Con su petición había conseguido no solo paralizar el traslado del acta al despacho del director, sino algo más importante, crear la duda razonable de que la victoria de Mykola estaba manchada por el uso de una sustancia no autorizada. Esa era la primera consecuencia de su bulo y el principio de este proceso que debía terminar con la construcción minuciosa de su propia verdad que tenía como objetivo hacer creer a toda la discoteca que se debían repetir los últimos segundos del combate. En el equipo de Mykola se impuso la desolación por unos segundos, no podían creer que Ilya estuviera retorciendo el reglamento para conseguir lo que no había logrado en la pista de baile.

^l Intoxicar, ese era el objetivo de Ilya, «el niño del amo» como lo llamaban en la discoteca sembrando la duda sobre la victoria de Mykola como parte de su plan para desacreditar en todos los frentes posibles a su verdugo, antes incluso de llevarse a cabo el proceso de extracción de sangre y la recogida de orina con las que se pretendía demostrar que se había dopado para ganar la pelea. Un plan que contemplaba también desacreditar la actuación de su novia, de la que no le importaba que la Federación Internacional de Lucha Grecorromana de Discotecas (FILGD) la suspendiera como árbitra para toda la temporada, porque lo que le importaba de verdad era salvar su pelea y hacer ver a toda la discoteca que aquello que habían visto era producto de una farsa perfectamente orquestada por el ganador y el cuerpo arbitral y, si para ello tenía que llevarse por delante a su padre y a su novia, lo haría, porque lo único que le importaba ahora era su pelea, su ego y su propia idea del mundo. Su actitud no gustó a Natalia que no veía su sacrificio como un bien para la discoteca, porque esta seguiría conservando su reputación a pesar de que uno de sus luchadores hubiera perdido por primera vez allí, de hecho, incluso podría beneficiarle con la celebración de un nuevo combate entre ellos dos. Las empresas de discotecas no son personas, no tienen emociones y sentimientos, solo entienden de resultados de explotación y esa nueva

esituación cuando se conociera en el mundo de las discotecas iba a atraer nuevos luchadores: mejores preparados y de otros países, algo que implicaría la llegada de más grupos de estudiantes de viaje de fin de curso que vendrían hasta aquí a disfrutar de estos espectáculos y dejar allí todo su dinero. Tampoco su padre veía bien el descrédito al que lo había sometido la actitud de su hijo para salvarse él solo, pero un jefe de sala no, pero un padre lo aguanta todo. En las peleas de la Federación Internacional de Lucha Greco-romana de Discotecas (FILGD), solo estaban permitidas algunas drogas: las excitantes, que tenían el objetivo de estimularte para mantenerte despierto, excitado, ansioso o paranoico; las depresivas que ayudaban a ralentizar el sistema nervioso; y las alucinógenas que producían visiones que afectaban a la capacidad de pensar, sentir, juzgar y actuar, provocando dificultad para saber qué es real y qué no. Entre la lista de drogas permitidas y ordenadas por el grado de preferencia de mayor a menor que aparecían en la carta especial de la discoteca estaban el alcohol, el tabaco, el cannabis, los hipnosedantes como tranquilizantes, sedantes, somníferos, analgésicos opioides, la cocaína en polvo, la cocaína base, el éxtasis, las anfetaminas o *speed*, los alucinógenos, la heroína, los productos inhalables volátiles como las colas, pegamentos, disolventes, *poppers*, nitritos o la gasolina. También aparecían en esta lista el GHB, la metanfetamina, las setas mágicas, la *ketamina*, el *spice* y la mefedrona. Fuera de la carta, en una pizarra que estaba colocada detrás de la barra, donde además se especificaba la forma de presentación en forma de hierbas, pastillas, polvos, líquidos e inciensos de estas drogas, se podían leer algunas de las nuevas sustancias incorporadas a esta oferta, como el *miau*, el *flakka*, el supermán, la *salvia divinorum* o la ayahuasca, esta última, una sustancia tradicional utilizada por los chamanes del Amazonas desde tiempos ancestrales y que era una de las nuevas tendencias en las discotecas de todo el mundo por su origen natural, sobre todo en aquellos estudiantes sensibilizados con la preservación del medio ambiente y la lucha contra el cambio climático.

Dentro de esta lista, las más conocidas y utilizadas en nuestra facultad y, supongo que en el resto de la universidad para aumentar el rendimiento académico, estaban la cocaína, el Metilfenidato (Concerta, Rubifen, Medikinet, Equasym, Medicebran, Ritalín), las anfetaminas o *speed* (anfetam, metanfetamina, *ice*), el Piracetam (Nootropil, Ciclofalina, Anacervix), el Aniracetam, Elvanse, Adderall, Donepezilo (aricept, donebrain), Durvitan o Modafinil (Modiodal, Provigil). Pero si había algo que se consumía sin control en el bar El Ruso, eso eran los refrescos de cola, café, té, complejos vitamínicos, bebidas energéticas y sus bebidas especiales que contenían *Ginkgo Biloba*, guaraná, ácidos grasos omega-3, jalea real, Acetil L-carnitina (ALC), fosfatidilserina..., y de eso sí que en cualquiera de nosotros incluso por Mykola corría por nuestra sangre porque solo había transcurrido un día desde que finalizaron los exámenes de primer cuatrimestre.

s Ilya había construido su propio relato de las causas que provocaron la victoria de Mykola, una realidad basada en la injusticia y el dopaje, que creaba una duda razonable en lo que hasta ahora había sido una evidente derrota, una duda que se sostenía con dos pilares fundamentales. El primero, el de la incompetencia de su novia y de su padre, que a dos segundos de terminar la pelea hicieron subir al marcador los puntos que consumaron su derrota. ¿Qué tipo de padre podría hacerle a un hijo algo así? La gente que va a la discoteca sabe que la segunda persona más temida y poderosa de una discoteca después de su director, es el jefe de sala, ese que puede echar a los camareros en mitad de la noche, invitar a la gente que no le gusta a que salga a la calle, ordenar al equipo de seguridad que utilice la violencia con quien se resista a cumplir las normas, cortar el agua en los aseos o incluso el cierre temporal de los mismos, subir los precios de los productos más demandados sin previo aviso, cambiar la forma de pago, dejarte entrar en pantalones cortos, decidir las proporciones de refresco de naranja en los cócteles, parar o poner en marcha el sistema de ventilación... Solo había una cosa para la que necesitaba la autorización del director de la discoteca, la de parar la música. La rabieta de Ilya arrastró también a su novia que veía tambalear su relación con él, con quien compartía piso de estudiantes en Moscú desde que comenzó el curso.

El segundo pilar era el de los resultados que saldrían de las pruebas antidopaje que le habían hecho a Mykola en la barra de la discoteca, donde uno de los camareros le extrajo sangre haciéndole un pinchazo en uno de los dedos de la mano con el punzón de hielo con el que abría las bolsas de pastillas y cocaína, para luego echarla en un tapón de una botella de vodka en el que previamente habían vertido un catalizador, de esta prueba obtendría los resultados en sangre de posibles sustancias dopantes, mientras que para obtener la muestra de orina este le facilitó en la barra una botella vacía de refresco de naranja que habían utilizado algunos camareros drogados para escupir dentro. Las muestras se llevaron al almacén para ser analizadas, pero a la espera de la confirmación de los resultados todos sabíamos que los análisis iban a dar positivo, hacía solo veinticuatro horas que habían terminado los exámenes del primer cuatrimestre de cuarto curso del Doble Grado en Filología Clásica y Filología Hispánica y posiblemente Mykola se habría tomado algún café en el bar El Ruso, aunque a esta hora lo que menos le importaba a Ilya eran los resultados de esos análisis, porque él ya había comenzado la construcción de su propio relato de la verdad que necesitaba para proclamarse vencedor de la pelea y comenzar a reescribir su propia historia en la discoteca.

a

a

l

M

a
a
l
a
e
s
r
,
,
s
l
r
l
,
e

l
e
a
e
e
a
s
e
o
o
a
l
o
l

..

Al Sr. Vladímir

Estimado Sr. Vladímir, director de la discoteca Propaganda:

La gestión de una discoteca no consiste en clasificar a las personas que están dentro, entre buenos o malos estudiantes, bebedores o no bebedores, altos o bajos, sosos o bailones, ricos o pobres, guapos o feos, putas o castas, maricones o machos, valientes o cobardes, luchadores o gallinas, vencedores o vencidos, vivos o muertos. Una discoteca que quiere estar entre las veinte mejores del mundo no puede seguir este modelo de gestión, porque para ser número uno alcanzar el éxito y ser una referencia en el mundo de las discotecas, usted tiene que hacer una gestión que tenga en cuenta la diversidad y huir de esa polarización autocrática absurda en la que o eres de occidente o de oriente, del norte o del sur. Puede que lo fácil para un director de una discoteca sea separar por colores los abrigos en el guardarropa, los vasos limpios por un lado y los sucios por otro, refresco de naranja en la parte derecha del botellero y de cola en la izquierda pero si usted quiere aspirar a convertirse en el mejor director del mundo, tiene que abandonar la simpleza y abrazar la diversidad, escucharla, intentar dar respuesta, modular su gestión, tener en cuenta cada opinión, compartir recursos, ser generoso, debe dejar el reduccionismo discotequero y trabajar para construir una identidad colectiva basada en su intrínseca complejidad, ya verá cómo le irá mejor y dará lo mismo quien gane las peleas, porque la gente habrá aprendido que la peleas siempre las gana el que mejor lucha.

Evidentemente, Ilya había perdido la objetividad, porque había asumido su discurso como la única realidad posible, había emprendido un camino sin retorno en el que o estabas con él o contra él. Solo había dos opciones: o pensabas que los últimos segundos habían sido parte de un plan para evitar que él ganara y que la pelea debía volver a repetirse, aunque fuera con los mismos jueces; o pensabas que Mykola había ganado el combate limpia y deportivamente sin la colaboración de los árbitros y la ayuda de alguna sustancia dopante no autorizada por la discoteca. Repetir la pelea no iba a ser fácil, para hacerlo no bastaba con haber construido una realidad propia, ahora debía conseguir imponerla al mayor número de personas hasta lograr una masa crítica capaz de movilizarse y emplear todos los medios posibles para someter al resto aunque su relato creara una duda razonable o pareciera tan cristalina, transparente, burbujeante y amarga como la tónica. Él tendría que emplear todos los métodos de persuasión posibles para lograrlo y para ello tenía un plan sencillo. Primero descartar aquellos estudiantes que tenían claro que su verdad solo tenía por objeto intoxicar una pelea de la que había sido el justo vencido

Mykola, dentro de este grupo estaba el propio vencedor y el grupo de los latinos, que se podía decir que eran el núcleo duro que rodeaba a Mykola, formado por Wislawa, Irene, James Nelson, Hilary y yo y en el otro polo estaban los estudiantes de la escuela de oficiales, y el grupo de los griegos con su hermano Dmitri, uno de los dos rusitos Iósif, el turco Burak y el chino Jinping. Ellos representaban el núcleo duro y fiel a Ilya, convertidos ahora en embajadores de la doctrina del relato de Ilya, que sabía perfectamente que de nada serviría su relato si no conseguía inocularlo al mayor número de estudiantes posibles, aunque tuviera en estos momentos de su lado al director, a su novia, a su padre y a toda la organización de la discoteca en la que se sabía que también había algunos camareros disidentes. Lo importante ahora era polarizar con su discurso al mayor número de estudiantes, solo así inculcando uno a uno su verdad y viendo el otro polo como iba ganando peso su verdad, terminaría adquiriendo el suficiente empuje como para imponerse a la actual realidad. Pero esto no iba a ser tan fácil como hablar con cada uno de ellos y dejarse intimidar por el discurso de Ilya, porque enfrente tenían a los latinos que estaban dispuestos a convencer al mayor número de estudiantes de que el justo vencedor de una de las peleas más deportivas que se habían hecho en la discoteca hasta ahora era la de Ilya y Mykola y unos resultados además avalados por el acta del cuerpo arbitral de la Federación Internacional de Lucha Greco-romana de Discotecas (FILGD).

En el lado occidental de la pista de baile se habían colocado los latinos, mientras que en el lado oriental los griegos. Muchos de los estudiantes ya se habían colocado en un lado u otro de la pista, mientras que en el centro de la pista bailando al ritmo de la música de Revolución 1917 quedaban los indecisos, muchos de ellos tenían dudas razonables para colocarse en el lado occidental u oriental, mientras otros mostraban una neutralidad de un conflicto en el que no veían necesario participar ya fuera por un desinterés sistémico o una necesidad de conservar ese estado de neutralidad que podía terminar beneficiando a ambos luchadores. En el lado occidental de la pista se habían colocado desde el primer momento los estudiantes de ingeniería, historia, biología y los dentistas a los que los latinos no habían hecho ninguna concesión, quizás por la cercanía de sus facultades que compartían biblioteca y cafetería, muchos de ellos habían incluso participado en fiestas organizadas en las discotecas para recaudar dinero para este viaje de fin de curso o incluso coincidían en algunas clases de asignaturas optativas, habían hecho el viaje juntos en el mismo avión e incluso compartían hotel. En el lado opuesto estaban los estudiantes de matemáticas, los economistas, los traductores y los arquitectos que no solo no tenían ninguna vinculación con los filólogos, sino que odiaban todo lo que oliera a estudios clásicos o géneros literarios, aunque en este caso, la excepción era el caso de los traductores para los que era más un tema de competencia profesional que de odio al griego o al latín, posiblemente muchos traductores tendrían que competir en un futuro por una plaza de profesor en algún instituto con

a alguno de los filólogos que tenían enfrente y eso era una razón poderosa para ponerse desde un principio del lado oriental. De los estudiantes que más le costaron movilizarse al lado occidental fueron los informáticos a los que Irene tuvo que prometer que haría todo lo posible para meter a algunos alumnos de prácticas de informática en el departamento en el que colaboraba y a los estudiantes de química a los que les pasaría los exámenes de las asignaturas optativas que impartiera el departamento. Pero si hubo un grupo de estudiantes a los que les costó convencer y de eso se encargó Wislawa, fue a los estudiantes de Filosofía, posiblemente los más raros y especiales de toda la universidad, son buena gente, pero cuando tienen que decidir algo, antes de hacerlo se ahogan en su discurso y su propia retórica, menos mal que Wislawa tenía una paciencia infinita para escuchar sus tonterías y divagaciones filosóficas y termino convenciéndolos con la idea de invitarlos a una fiesta en su piso cuando volvieran del viaje de fin de curso, en el fondo los filósofos son buena gente aunque aburren siempre hablando de pensamiento. En el lado de oriente se terminaron plegando gracias a la destreza coercitiva y negociadora de Ilya los estudiantes de periodismo, los de psicología, los publicistas y los farmacéuticos, a los que prometió alcohol y drogas hasta que terminara la fiesta en la discoteca. Ningún estudiante hubiera rechazado esta oferta, el último día del viaje de fin de curso, en el que muchos habían pedido dinero prestado ya tres veces y que habían visto en esa compensación una forma de revender los refrescos de naranja y las drogas para pagar las deudas adquiridas. En el medio de la pista se colocaron en la más absoluta neutralidad los estudiantes de medicina y los veterinarios. Alguien tendría que contar los heridos y los muertos en el caso de que se terminara reeditando la pelea, aunque en estos momentos la discoteca se encontraba en una equidistancia perversa entre los que estaban con la verdad de Ilya y los que seguían viendo a Mykola como el único ganador de la pelea. Una situación tensa que ayudaba a mantener un equilibrio que solo se podría romper si uno de los dos tomaba la iniciativa de cambiar ese *status quo* que de momento iba a evitar cualquier reedición de la pelea, una fragilidad temporal que solo se podría comenzar a romper si uno de los dos amenazaba con hacerlo, mientras tanto se podía decir que la discoteca estaba en un punto muerto canción sobre canción.

En Ilya se encontraba en el lado oriental de la pista acompañado de su equipo y de todos los estudiantes que habían terminado sucumbiendo a su relato. Se colocó en una posición desafiante y llamó a uno de los estudiantes de psicología que conocía el lenguaje de signos para que le alcanzara una advertencia clara al lado occidental. La advertencia de que si no se repetía la pelea ocuparían su espacio de baile en la pista, empujarían poco a poco nuestros cuerpos mientras saltábamos y levantábamos los brazos al ritmo de la música de Revolución 1917 hasta relegarnos fuera de la pista de la discoteca, junto a la puerta de la entrada. Allí no podríamos escuchar la música, no tendríamos espacio para podernos mover y serían las primeras víctimas en caso de

que se produjera una estampida. En lado occidental, Wislawa que era experta en lenguaje de signos, trasladó la amenaza a María que se quedó pensativa, porque sabía que Ilya iba en serio y no quería decir que aquella advertencia pudiera ir a más, pero lo que estaba claro es que esto sería un comienzo que podía desembocar en un imprevisible escenario de caos discotequero. Para que no fuera a más solo había una solución: aceptar su exigencia o proponer una alternativa. Si aceptaba eso, implicaría que los árbitros habían contribuido a la victoria y que en el momento en el que consiguieron los dos puntos que le dieron la victoria Mykola iba hasta arriba de droga y nadie allí estaba dispuesto a asumir ese discurso que era lo más parecido a una rendición. Pero al mismo tiempo pensaban que si no se repetía el combate, la seguridad de todos los estudiantes de lado occidental y de ellos también se pondría en riesgo y no podríamos embarcar el vuelo de vuelta de las doce de la mañana. Así que María como entrenadora junto con Mykola decidieron que sí repetirían el combate, pero con la condición de que aceptaran que el combate lo habían ganado limpiamente y que esta sería la pelea de vuelta de la que saldría el vencedor, que sería aquel que sumara más puntos en los dos combates. Wislawa trasladó la propuesta a Ilya mediante lenguaje de signos y cuando terminó de escucharla, reunió a su equipo, deliberaron y la rechazaron abriendo un nuevo tiempo, el de la intransigencia.

a

l

s

a

a

l

e

o

r

a

s

e

e

a

s

s

a

e

M

que se produjera una estampida. En lado occidental, Wislawwa que era experta en lenguaje de signos, trasladó la amenaza a María que se quedó pensativa, porque sabía que Ilya iba en serio, eso no quería decir que aquella advertencia pudiera ir a más, pero lo que estaba claro es que esto era un comienzo que podía desembocar en un imprevisible escenario de caos discotequero. Para que no fuera a más solo había una solución: aceptar su exigencia o proponer una alternativa. Si aceptaba eso, implicaría que los árbitros habían contribuido a la victoria y que en el momento en el que consiguieron los dos puntos que le dieron la victoria Mykola iba hasta arriba de droga, nadie allí estaba dispuesto a asumir ese discurso que era lo más parecido a una rendición. Pero al mismo tiempo pensaban que si no se repetía el combate, la seguridad de todos los estudiantes del lado occidental y de ellos también se pondría en riesgo y no podríamos embarcar el vuelo de vuelta de las doce de la mañana. Así que María como entrenadora junto con Mykola decidieron que sí repetirían el combate, pero con la condición de que aceptaran que el combate lo habían ganado limpiamente y que esta sería la pelea de vuelta de la que saldría el vencedor, que sería aquel que sumara más puntos en los dos combates. Wislawwa trasladó la propuesta a Ilya mediante lenguaje de signos y cuando terminó de escucharla, reunió a su equipo, deliberaron y la rechazaron abriendo un nuevo tiempo, el de la intransigencia.

M.

Al Sr. Vladímir

Estimado Sr. Vladímir, director de la discoteca Propaganda:

Las excusas, la intransigencia, la sumisión, la coerción, la violencia y la guerra solo conducirán al cierre de la discoteca y su destitución. No es lo mismo organizar una pelea de lucha grecorromana siguiendo las reglas de la Federación Internacional de Lucha Grecorromana en Discotecas (FILGD), que dejar que el caos se apodere de su local y eso es lo que va a conseguir si su nieto sigue sin aceptar que no siempre se puede ganar. No conozco a nadie que le guste perder, que le guste vivir el drama que lleva consigo la derrota, no debería de ser así, la guerra debería ser deporte, encuentro, juego, victoria y consolación, pero la guerra es todo lo contrario, desencuentro, batalla, victoria y humillación, circunstancias que marcan la diferencia entre la mejor discoteca del mundo y la suya si sigue por ese camino. No abandone la deportividad por la que ha luchado desde que es director de la discoteca y no mire hacia un futuro incierto solo porque su nieto se tenga que enfrentar a la derrota por primera vez. Siempre hay una primera vez para todo, para llorar en tu primer suspenso en la universidad, repetir curso tomar drogas, estar toda la noche bailando, caer vomitando al suelo de tu piso y quedarte tumbado todo el domingo en el sofá sin ganas de nada, como si hubiera pasado un camión de basura por encima de ti. Así que siga buscando el abrazo de la deportividad, es un camino difícil lleno de derrotas, pero pregúntese dónde le lleva la humillación y dónde le deja la consolación.

Ilya tenía claro el camino que tenía que tomar, el más fácil, el de la rendición de Mykola quería escucharlo decir que había perdido el combate, que había saludado a los jueces antes de empezar a la pelea, que conocía a la árbitra desde hace años cuando coincidió con ella en el campamento de verano, donde solo eran unos niños y él era el único niño negro de toda la colonia. Quería oír que el suero fisiológico que llevaba todo el día tomando para la gastroenteritis era una farsa y que dentro de ese líquido con sabor a limón había un cóctel milagroso de sustancias dopantes. A Ilya ya tampoco le valía repetir la pelea, porque eso suponía no solo volver a exponerse a perder, sino volver a sufrir, algo que no le hacía falta teniendo un ejército de estudiantes detrás de él dispuestos a defender su discurso. Él quería ganar imponiendo el imperio de su fuerza, había abandonado el deporte para abrazar la confrontación directa que le garantizara la victoria. Para qué volver a luchar cuando sin esfuerzo podría tener la victoria y a Mykola rendido a sus pies, ya no buscaba la victoria, ahora también la sumisión de María y de todos estudiantes que estaban en el lado occidental, ahora quería el control de toda la discoteca.

para imponer el imperio de su verdad allí y en todas las discotecas del mundo que abrazaran su ideología. María era consciente como entrenadora que debía abrir urgentemente un proceso de negociación donde todo el mundo cediera, para ganar y perder algo, porque Ilya ya no buscaba la equidistancia entre dos opciones, sino conseguir mediante la coerción, transitar por la distancia más corta hasta la sumisión. Por esa razón, María no dudó en hacer una última propuesta para que no pudiera rechazarla y evitar que se proclamara vencedor de la pelea sin combatir. La propuesta era sencilla, el combate se repetiría, pero solo los últimos dos segundos, que fue el momento en el Mykola consiguió los dos puntos que le dieron la victoria, pero con una diferencia, Mykola llevaría uno de los brazos atados por delante y la suma global de los puntos de las dos peleas decidirían el ganador. Aquello era una locura, era imposible que en esas condiciones y con uno de los futuros luchadores del mundo delante de Mykola este volviera a ganar. María había hecho una propuesta que garantizaba una victoria segura de Ilya y él lo sabía pero también sabía que eso implicaba que la suma de los puntos de los dos combates daría como resultado un empate técnico global, siempre que Ilya no consiguiera algún punto más, algo que no iba a ser tan fácil con tan poco tiempo y teniendo su contrincante un brazo aún disponible. María había hecho esta propuesta por una simple razón, no quería convertir la discoteca en un campo de batalla, prefería recuperar el frágil equilibrio que había hasta ahora con un empate técnico, aunque ella tuviera que claudicar delante de Ilya y tuviera que volver a revivir todo de nuevo.

A Ilya aquella propuesta le pareció una buena opción para empezar porque pensaba que tenía más recorrido, así que le comunicó a María que sí aceptaba su propuesta, pero con otra condición, que tuviera no un brazo atado a la espalda, sino los dos, pero atados por delante como Jesucristo. Yo creo que, si le hubiera pedido a Mykola que luchara con una sola pierna, hubiera sido lo mismo, las nuevas exigencias no solo rompían las leyes de la deportividad, sino que imponía la ley de la humillación. María miró a Mykola, él tenía ahora que decidir, sabiendo que estaba ante la última opción para evitar un mayor derramamiento de sudor y mientras el lado occidental guardaba silencio él pensaba que aceptar las nuevas condiciones cerraba definitivamente las puertas a una victoria imposible, hasta que susurró su decisión al oído de María y ella se la trasladó a Ilya, que no pudo rechazarla y se quedó inmóvil y pensativo, no podía creerlo, había empezado pidiendo el cambio del acta arbitral donde se reflejara su victoria y terminado pidiendo que se repitieran los últimos dos segundos del combate y con las manos de Mykola atadas por delante. Debía de estar contento, le habían concedido todo lo que había pedido, pero a pesar de ello, el callejón sin salida donde se había metido, no solo no le gustó sino que lo enfadó, no lo podía creer y tampoco entendía el mensaje que le había enviado todo los discotequeros de occidente que preferían ceder, aceptar la humillación de nuestro fracaso y

trabajar para que la próxima pelea en la discoteca, fuera una pelea limpia y deportiva y bajo el auspicio del reglamento de la Federación Internacional de Lucha Greco-romana de Discoteca (FILGD).

Ya no había vuelta atrás, todas las partes implicadas habían aceptado la repetición de combate, que comenzaría en el centro de la pista a la que se desplazó la árbitra bajo la atenta mirada del jefe de pista, que se quedó junto a los estudiantes que se habían mantenido hasta ahora neutrales. Natalia llamó a Mykola y a Ilya al centro para que este le amarrara las manos por delante como hicieron con Jesucristo. Ilya se quitó el cinturón de su uniforme, Mykola con calma le dio las manos, metió el cuero en la hebilla y tiró fuerte hasta embridar sus manos como si fuera a seccionárselas, luego se aseguró tirando con todas sus fuerzas de las manos que no se podrían separar ni unos milímetros, quedando así cautivo. Cuando terminó, Natalia se colocó en medio, se echó atrás y los dos quedaron enfrentados nuevamente, Mykola con las piernas flexionadas y las manos atadas e Ilya también con las piernas flexionadas, los brazos extendidos y las manos abiertas, viendo cómo Mykola movía las manos sumido en un intenso dolor.

El tiempo se congeló cuando la árbitra dio dos pasos para atrás y dejó a Ilya y Mykola frente a frente, inmóviles y mirándose fijamente, hasta que pitó para reanudar la pelea cuando solo quedaban dos segundos. La estrategia de los dos estaba clara, Ilya quería ganar e iba a hacer todo lo que pudiera para conseguirlo, porque no le bastaba el empate que Mykola buscaba, para quien era el mejor escenario de todos. Cuando en una pelea no hay un claro ganador y además estás ensombrecida por lo que ha sucedido antes y después de ella, lo mejor es detener la maquinaria del odio y enfriarla hasta otra futura pelea. Alimentar una pelea con una victoria momentánea podía suponer ganar hoy para encender el fuego de la revancha de mañana para un Ilya que estaba cegado por la ambición de su discurso y de su propia verdad. Y, como si se tratara de una escena en cámara lenta de una película de anime, Ilya se abalanzó sobre Mykola para tumbarlo y colocarle los omoplatos sobre la pista de baile, pero enfrente se encontró 87 kilos de roca humana inmóvil, con los brazos amarrados por delante por las muñecas y los pies anclados a la pista, un cuerpo impertérrito que podía escuchar cómo los estudiantes de la parte oriental y occidental no dejaban de jalearlos al ritmo de la música de Revolución 1917. Un muro de hormigón humano sobre el que Ilya se golpeó la nariz cayendo al suelo, se levantó, se colocó erguido, se llevó la mano a la cara, vio que estaba sangrando y un instante antes de que sonara el final del combate, a las ocho de la mañana, declaró su *casus belli* sacando la pistola de su cartuchera. El ritmo de la música cambió haciéndose un momentáneo silencio de transición entre los temas, le apuntó a la cara, luego la bajó y diciéndole cómo se había atrevido a golpearle, le pegó un tiro en el dorso de una de las manos atravesando también la otra. La bala golpeó en el suelo, rebotó e impactó en el cristal blindado ahumado de la ventana del despacho del director de

lla discoteca desde donde estaría observando la pelea, para luego atravesar el pecho de María, que
scayó sobre mis brazos en el mismo momento que Natalia pitó, subiendo los dos puntos a
marcador y produciéndose un empate técnico. Nadie había vencido, pero había comenzado a la
ocho de la mañana la Tercera Gran Pelea en la discoteca Propaganda.

a

a

M

s

n

o

e

n

s

s

a

o

o

n

á

a

a

e

a

y

a

a

y

e

ó

l

l

e

e

l

e

la discoteca desde donde estaría observando la pelea, para luego atravesar el pecho de María, que cayó sobre mis brazos en el mismo momento que Natalia pitó, subiendo los dos puntos al marcador y produciéndose un empate técnico. Nadie había vencido, pero había comenzado a las ocho de la mañana la Tercera Gran Pelea en la discoteca Propaganda.

M.



GUERRA

Al Sr. Vladímir

Estimado Sr. Vladímir, director de la discoteca Propaganda:

Reconozca que se ha equivocado, no ahora, sino desde hace un rato, así que empiece por no decírselo a nadie y deshaga el nudo gordiano que ha formado. Nadie en su discoteca, excepto usted, tiene entidad moral para poner en peligro la vuelta a casa de todos los estudiantes de la discoteca que a las doce de la mañana tendrán que coger el vuelo para volver a la rutina estudiantil, a las clases en sus facultades, al ritmo de la indómita mañana de lunes después de un viaje de fin de curso agotador y la infinita y mejor fiesta de discoteca que han vivido. Ahora no es el momento de pensar en lo que ha sucedido, piense en el futuro de su discoteca y en los miles de estudiantes que quieren seguir viniendo a ella. Sé que no es fácil parar este estruendo que llevaba toda la noche gestándose, aunque usted, igual que yo, sabe cómo se para una espiral de violencia en una discoteca. Lo que también sabemos es, que parar ahora sería lo mismo que asumir una derrota dentro de unas horas, pero con una diferencia estadística, el número de estudiantes lisiados y muertos. No me gustaría pensar que todo lo que está sucediendo y va a suceder es parte de un plan en el que ya tiene escrito en el libro de contabilidad el impacto económico y el número de estudiantes que no saldrán vivos de la discoteca. Pensar que ha evaluado los riesgos y que va a exponer toda su discoteca a un futuro incierto, solo por el hecho de convertirla en la mejor discoteca del mundo y que para ello haya organizado la Tercera Gran Pelea, no sabría cómo calificarlo, si como un acto de inteligencia suprema del director de una discoteca o uno de locura mesiánica de un director enfermo de rabia después de haberle mordido un oso en el brazo izquierdo.

Fuera una cosa u otra, una nueva realidad se había instalado con aquella bala infinita rebotando por toda la discoteca llamada pánico. Aquel silbar se había mezclado con la música de Revolución1917 que no había dejado en ningún momento de pinchar las canciones que había preparado para esta sesión que se había convertido en la banda sonora de unos individuos abducidos por el miedo que no dejaban de saltar y bailar como si fueran demonios, la gente había perdido el control y la discoteca se había convertido en caos. El primer charco de sangre de la noche ya se podía ver en el suelo, era el que brotaba de las manos de Mykola, que nada más pita el final de la pelea pidió a Wislawa que le soltara las manos en las que se le veía los agujeros que le había provocado el disparo, luego se dirigió hasta donde estaba María que yacía tendida y herida rodeada de todos los estudiantes del lado occidental, que se incorporó diciendo, esto

bien. Si la bala le hubiera alcanzado un órgano vital ella habría muerto fulminantemente, pero aquel orificio de entrada y salida se veía limpio, incluso ya apenas sangraba y sentía dolor, la bala posiblemente solo había afectado al tejido muscular y no había roto ningún hueso o arteria. Mykola llamó a uno de los camareros que estaban recogiendo vasos vacíos, se acercó a él y le habló al oído, incorporó a María y el único camarero negro que había en la discoteca se la llevó de allí. Dejar a María en esa pista de baile sucia y mugrienta era exponerla a una infección que podía complicar su pronóstico, había que llevarla a un lugar seguro, y ese era el reservado en el que habíamos estado toda la noche. Allí se podría tender en el sofá para que pudiera visitarla lo antes posible uno de los estudiantes de medicina y ver el verdadero alcance de la herida. Porque todos los que estábamos allí sabíamos que esto solo era el comienzo y que el nieto del director de la discoteca no pararía de pegar tiros hasta que el terror se apoderara de todo el mundo y eso solo iba a ocurrir cuando Ilya terminara de descargar completamente los cargadores y viera a todos los estudiantes del lado occidental de la discoteca como silbaban las balas por encima de sus cabezas. Él y sus compañeros de la academia de oficiales militares habían traído suficiente munición para empapelar de agujeros toda la discoteca. Mientras Ilya y sus secuaces se entretenían pegando tiros y se divertían sembrando el terror entre los estudiantes occidentales, María ya había sido trasladada entre la multitud sin que Ilya se diera cuenta de ello, que seguía sumido en una ira que lo tenía cegado en su propia realidad, esa que quería imponer empleando el miedo y la violencia necesaria para someter a todos los estudiantes de la discoteca a su plan. Pero para ello, antes tenía que crear un clima de pánico y preparar la discoteca para el nuevo orden discotequero impuesto por la violencia de sus balas.

Muchos de los estudiantes tenían miedo de que alguna de las balas que no dejaban de rebotar por el cielo de luces de la discoteca llevara su nombre y huían hacia lugares más seguros porque la pista se había convertido en una zona peligrosa para seguir bailando. Muchos de ellos huyeron a resguardarse al lateral de la barra más alejado de la pista, a la entrada del guardarropa, a vestíbulo del baño y las zonas cercanas a los reservados que se habían convertido en refugio. Los más seguros a los que no dejaban de llegar muchos de los estudiantes occidentales que huían del estruendo de las balas que se mezclaba con los sonidos de los bajos que salían de las columnas de sonido haciendo vibrar toda la discoteca. Pero otros muchos estudiantes occidentales se quedaron allí en la pista bailando alrededor de Mykola, del que ya no goteaba sangre de la manos, después de que Irene cogiera la cinta de la acreditación que le dieron en la entrada, la partiera en dos y envolviera en ambas heridas dos posavasos que lograron parar la hemorragia. A pesar de que los estudiantes seguían bailando como si no hubiera un mañana, en sus rostros se podía leer la palabra miedo, nadie se esperaba aquella violenta reacción de Ilya y sus amigos que seguía disparando al techo sin control. El objetivo estaba claro utilizar el terror para imponer y

del imperio de su propia verdad, esa que había fabricado desde que perdió el combate de la Segunda Gran Pelea. Nadie allí sabía cuándo terminarían de pegar tiros, muchos estaban esperando que lo hiciera para ir a la barra a pedir un refresco. Empezaba a hacer calor con todas las puertas y respiraderos cerrados y un sistema de ventilación que había dejado de funcionar repentinamente por primera vez en toda la noche. En el lado oriental donde estaban situados todos los estudiantes que habían apoyado a Ilya también se había instalado el miedo, las balas cuando salen del cargador no tienen nombre y muchos de ellos sabían que podían ser víctimas del fuego amigo, aunque los pistoleros discotequeros hubieran puesto toda su tenacidad disparando para orientar sus pistolas para que ninguna bala llegara a ellos. Muchos de aquellos estudiantes se mostraban eufóricos cuando observaban a sus compañeros agacharse cuando alguna de las balas volaba por encima de sus cabezas, mientras en el lado oriental todos bailaban con la abundancia de la euforia, los estudiantes del lado occidental lo hacían ahogados en el miedo del silbido de las balas.

^e En los minutos que duró el espectáculo suicida de Ilya y sus pistoleros lograron una cosa fundamental en esta Tercera Gran Pelea que acababa de comenzar, que era instalar el pánico en toda la discoteca en la que se escuchaba en todos sus rincones las detonaciones de la pistola. Nadie estaba a salvo allí, porque ningún fabricante de munición en el mundo podía garantizar que las balas que te habían vendido llevaran el nombre de sus destinatarios y eso también le sabía toda la organización de la discoteca que tomó medidas de seguridad con sus trabajadores: los que les suministró un casco y un chaleco antibalas. También colocaron mamparas de seguridad de cristal blindado en la barra del bar, cerraron las puertas de los almacenes y el guardarropa con llave para que nadie se resguardara y solo pudiera entrar personal autorizado, al mismo tiempo que doblaban la seguridad en todos los accesos, especialmente en la escalera a la que se accedía al despacho del director. El fuego incesante cambió la fisonomía y la distribución de una discoteca llena de estudiantes sumidos en el pánico, una tensión que cesó cuando Ilya y sus pistoleros discotequeros dejaron de disparar y una calma tensa se instaló en la discoteca y el ritmo frenético de la música se vino a menos. Eso no quería decir que la Tercera Gran Pelea había terminado, ni que habían firmado una tregua, eso lo único que significaba es que se habían terminado las balas del cargador y que había que volver a colocar uno nuevo, un momento que utilizaron muchos estudiantes para tomar aire y pedir agua y refrescos en la barra.

^a Ilya tenía a todo el mundo donde él quería, instalados en el angustioso comienzo de una nueva guerra discotequera, en la que se había declarado un estado de violencia inhumana generalizada y sin control que tenía sus propias reglas, unas reglas que emanan de las fuentes de totalitarismo humano, un *impasse* que aprovechó Ilya para declarar las reglas que regirían la Tercera Gran Pelea de la discoteca de la que saldría un ganador absoluto de los treinta y dos finalistas que

adisputarían la pelea de todas las peleas nunca vistas en esta discoteca. Una fase final de lucha grecorromana en la que participarían todos los filólogos del grupo de los latinos y los griegos, un representante seleccionado por sus compañeros de cada una de las facultades que estaban representadas en la fiesta de fin de curso de esa noche, oficiales de la escuela militar y algunos de los camareros disidentes de la discoteca, todos los participantes se verían obligados a luchar, no importaba la facultad de la que vinieran su condición socioeconómica y la precariedad en la que vivían en sus pisos de estudiantes, las notas de acceso a la universidad, las matrículas de honor que hubieran obtenido en el último cuatrimestre, los conocimientos que tuvieran de lucha grecorromana, daba igual que no hubieran luchado nunca, porque quisieran o no inevitablemente ya eran parte de la maquinaria de lucha grecorromana en una de las veinte mejores discotecas del mundo, de esta infame Tercera Gran Pelea que acaba de empezar.

o

M

a

n

l.

r

o

a

e

l

l

a

n

y

l

a

n

e

a

y

o

n

e

disputarían la pelea de todas las peleas nunca vistas en esta discoteca. Una fase final de lucha grecorromana en la que participarían todos los filólogos del grupo de los latinos y los griegos, un representante seleccionado por sus compañeros de cada una de las facultades que estaban representadas en la fiesta de fin de curso de esa noche, oficiales de la escuela militar y algunos de los camareros disidentes de la discoteca, todos los participantes se verían obligados a luchar, no importaba la facultad de la que vinieran su condición socioeconómica y la precariedad en la que vivían en sus pisos de estudiantes, las nota de acceso a la universidad, las matrículas de honor que hubieran obtenido en el último cuatrimestre, los conocimientos que tuvieran de lucha grecorromana, daba igual que no hubieran luchado nunca, porque quisieran o no, inevitablemente ya eran parte de la maquinaria de lucha grecorromana en una de las veinte mejores discotecas del mundo, de esta infame Tercera Gran Pelea que acaba de empezar.

M.

Al Sr. Vladímir

Estimado Sr. Vladímir, director de la discoteca Propaganda:

Espero que conozca el significado de alguna de las acepciones de la palabra vacío. Pero sobre todo una, la de empujar a alguien al vacío, porque eso es lo que ha hecho su discoteca, empujar a todos los discotequeros al vacío, que se estarán preguntando por qué tienen que verse obligados a participar en esta Tercera Gran Pelea si ellos habían venido a un viaje de fin de curso de espectadores, a jalearse, participar del espectáculo y no a ser parte de él. Con su decisión está violando todas las leyes de las discotecas, está obligando a hacer algo que no quieren hacer a estudiantes que no están preparados para la lucha y poniendo en peligro sus vidas. Sr. Vladímir ¿quién va a llamar a sus padres, familiares y amigos si en una de las peleas uno de los estudiantes se parte un brazo? ¿Quién va a estar con ellos en el hospital? ¿Quién va a firmar los consentimientos si lo tienen que operar a vida o muerte? ¿Quién se va a hacer responsable de dar la noticia de que no han tenido otra opción que cortarle el brazo derecho? ¿Quién va a hacer ahora los exámenes por él mientras aprende a escribir con la mano izquierda? No se puede lanzar a una persona a la pista de baile a luchar y dejar que el vacío termine llevándolo a un depósito de cadáveres y esperar a que una madre pregunte por su hijo para enviarlo a su casa en un ataúd de roble dentro de una bolsa de plástico y envuelto en la bandera de la discoteca Propaganda.

Ya daba lo mismo, el abismo se había abierto delante de todos los estudiantes, después de que Ilya hiciera público los emparejamientos de la primera fase de la pelea, en la que dieciséis combates simultáneos durante seis minutos llenarían la pista de baile de sudor y miedo. En cinco minutos darían comienzo las peleas que se regirían por el reglamento de la Federación Internacional de Lucha Greco-romana de Discotecas (FILGD), un reglamento que muy pocos conocían y que debían aprender en esos cinco minutos en los que también debían practicar algunas de las técnicas básicas de lucha. Para la mayoría de los estudiantes, el único contacto que habían tenido con la lucha era la Segunda Gran Pelea, aunque muchos de ellos ni siquiera habían estado atentos a ella porque habían estado bailando con los ojos cerrados al ritmo de la música. Además, no estaban preparados, llevaban semanas estudiando y sin hacer ejercicio, habían ido del piso a la biblioteca, de allí al bar a tomar algo y después para casa a dormir hasta el día siguiente, para todos era el primer cuatrimestre de un último año académico decisivo, habían perdido masa muscular, estaban pálidos y débiles, pero daba lo mismo el estado en el que se encontraran, cada facultad tenía que elegir a un representante para cada uno de los

emparejamientos. Para motivar a los posibles luchadores, el comité organizador de la Tercera Gran Pelea no dudó en anunciar, que todos aquellos estudiantes que participaran en la pelea podrían tomar todos los refrescos que quisieran durante el resto de la noche, saldrían de allí con una medalla oficial que certificaría su participación y regresarían en el vuelo de vuelta en primera clase o en la bodega de carga del avión, cubiertos por una bandera de su universidad. Cada grupo de estudiantes de cada facultad se reunió para elegir al luchador de su facultad, algo que no iba a ser fácil a pesar de los incentivos ofrecidos por la dirección de la discoteca. De ese conclave de estudiantes de cada facultad tendría que salir el luchador que tendría que aprender en cinco minutos lo suficiente para atacar, defenderse y no derrumbarse antes de empezar. Todo el mundo nace sabiendo luchar, pero no todo el mundo sabe trasladar esa querencia de supervivencia a la lucha grecorromana. Muchos de los que iban a ser elegidos posiblemente serían los mejores estudiantes de su facultad, capaces de estar horas sentados en la biblioteca estudiando, viendo como muchos de sus compañeros se levantaban de sus asientos exhaustos, mientras ellos permanecían allí inmóviles, subrayando, memorizando, haciendo esquemas sin apenas perder la concentración, pero no sabían nada de lucha, estaban allí por la música y el baile, lo demás para ellos era accesorio, porque habían venido allí a disfrutar del mejor pinchadiscos del momento: Revolución1917.

Cada grupo de estudiantes debía utilizar alguno de los métodos de selección autorizados por la organización para elegir a su luchador. Ninguno de los luchadores debía cumplir ninguna condición especial, podía ser hombre o mujer, no importaba su peso, su estatura, ni los años que llevaban estudiando, los cursos que había hecho durante los últimos años, las conferencias y seminarios en los que había participado, las fiestas a las que había ido, los campeonatos de cartas que había ganado en la cafetería de la facultad, ni tampoco si tenía o no pareja. El proceso de selección estaba abierto a todo el mundo, cualquier estudiante podía ser un luchador en este campeonato, solo tenía que presentarse voluntario o ser elegido por el resto de los compañeros delante de los cuales, antes de comenzar debían firmar el documento en el que eximía de la responsabilidad al director de la discoteca de cualquier lesión o daño mortal que se pudiera producir durante el combate. El proceso de selección iba a ser coordinado y supervisado por el delegado de cada facultad elegido por votación a principio del curso y que además de representar a los estudiantes en muchos de los órganos de gobierno de la universidad —como consejos de departamentos, comisiones y claustros—, también había sido el que había coordinado el viaje de fin de curso, había hecho de intermediario, tesorero e incluso ratificado, junto con el resto de delegados de las otras facultades, la discoteca donde se iba a celebrar la fiesta del viaje de fin de curso. Ser delegado de facultad no era un cargo remunerado, pero te permitía conocer la estructura organizativa de la facultad, mantener una estrecha relación con los profesores y tener

El acceso a mucha información importante. Unas razones que no eran suficientes como para motivar la asunción de una representación estudiantil que muy poca gente quería ostentar, de hecho, todos los años algunas facultades tenían dificultades para cubrir unos puestos que debían de ser obligatoriamente ocupados en muchos de los órganos de gobiernos de la facultad, donde se tomaban decisiones tan importantes como autorizar o no fiestas en el campus, aprobar nuevos planes de estudios, tramitar expedientes disciplinarios de profesores o estudiantes, aprobar convocatorias de gracia para estudiantes que no habían superado alguna asignatura o algo tan importante como decidir si el seguro de la universidad debía de asumir las contingencias que se le pudieran producir durante el viaje de fin de curso. A delegados de estudiantes se solían presentar básicamente dos tipos de personas: los interesados y los utópicos como yo. Los primeros solían ser estudiantes cercanos a miembros de algunos de los órganos de gestión de la facultad como vicedirectores de departamento o directores de la facultad, también había estudiantes afiliados a las juventudes de los partidos políticos que buscaban participar e influir ideológicamente todo lo posible en las decisiones que se tomaban en los órganos de gobierno. Muchos de estos delegados después de estudiar terminaban ingresando en las estructuras de la facultad, los más inteligentes y productivos empezaban de becarios en un departamento y terminaban de doctores y docentes en la propia facultad. Otros, los políticos, terminaban ocupando cargos de representación en sus partidos, el grado de responsabilidad de sus cargos dependía principalmente no solo de las notas sino de las habilidades sociales que iban adquiriendo a medida que asumían los dogmas de su partido, de hecho, en la universidad había casos de estudiantes que habían terminado de vicedirectores de la facultad de la que fueron alumnos, concejales del ayuntamiento de la ciudad a la que pertenecía la Universidad o presidentes de la asociación de antiguos alumnos.

Después de esto estaban los utópicos, aquellos delegados de facultad independientes que querían cambiar el mundo desde dentro del sistema, conseguir una facultad más participativa, aumentar el número de becas, luchar por derechos de los estudiantes, enfrentarse a profesores que abusaban de su posición de poder, motivar a los estudiantes a que fueran a actividades universitarias, participar en los órganos de gobierno en los que los estudiantes tenían representación y organizar las mejores fiestas de la facultad, algo que no podía hacer una sola persona, sino un equipo. En la Facultad de Filología Clásica esta representación estudiantil recaía en el grupo de los latinos al que yo representaba como delegado y Wislawa como subdelegada e Irene como secretaria, Mykola como tesorero y James, Nelson y Hilary como vocales y responsables de las áreas de participación social, derechos estudiantiles y relaciones internacionales. Un equipo que les había ganado las elecciones al grupo de los griegos durante los últimos cuatro años. Nunca hicimos cuentas de las horas que dedicábamos a ello, porque fueron muchas y a un alto precio, sobre todo yo, que las vi reflejadas en mi expediente de notas

alleno de suficientes. Tampoco hicimos un recuento de todos nuestros éxitos, cuyo trabajo contribuyó a hacer planes de estudios más reales, aumentar las plazas de las bibliotecas, abrir un programa de becas en el departamento, permitir el fraccionamiento de la matrícula en dos pagos anuales, expedientar a dos profesores, de los que uno de ellos terminó con la expulsión de la facultad por intentar abusar de Wislawa en su despacho y que terminó regresando a Moscú a la escuela de oficiales militares de la que nunca debió de salir. Un proceso en el que me jugué toda la carrera en este último año, con amenazas de muerte incluida de aquel violador y la mayor pérdida que sufrí, la emocional, que se produjo con el enfrentamiento con el que hasta ese momento había sido el mejor profesor aliado y amigo desde que comencé los estudios, el director del departamento de Literatura Griega y padre de una de mis mejores amigas, Irene, que era amigo personal de la infancia del profesor expulsado. Aquello marcó una antes y un después en mis estudios y también consolidó la visión endogámica que tenía de la universidad y las consecuencias que podía tener en mi vida como estudiante si intentaba cambiarla, pero no todo iba a ser malo, porque había algo de lo que todo el equipo nos sentíamos orgullosos y que se había convertido en un éxito incontestable de nuestra gestión: nuestras fiestas de discoteca para dar la bienvenida al curso, que habían sido elegidas las mejores de todas las facultades de la universidad en los últimos cuatro años.

,
l
e
a

M

l
r
e
s
l
a
a
,
y
s
e
e
,

lleno de suficientes. Tampoco hicimos un recuento de todos nuestros éxitos, cuyo trabajo contribuyó a hacer planes de estudios más reales, aumentar las plazas de las bibliotecas, abrir un programa de becas en el departamento, permitir el fraccionamiento de la matrícula en dos pagos anuales, expedientar a dos profesores, de los que uno de ellos terminó con la expulsión de la facultad por intentar abusar de Wislawa en su despacho y que terminó regresando a Moscú a la escuela de oficiales militares de la que nunca debió de salir. Un proceso en el que me jugué toda la carrera en este último año, con amenazas de muerte incluida de aquel violador y la mayor pérdida que sufrí, la emocional, que se produjo con el enfrentamiento con el que hasta ese momento había sido el mejor profesor aliado y amigo desde que comencé los estudios, el director del departamento de Literatura Griega y padre de una de mis mejores amigas, Irene, que era amigo personal de la infancia del profesor expulsado. Aquello marcó una antes y un después en mis estudios y también consolidó la visión endogámica que tenía de la universidad y las consecuencias que podía tener en mi vida como estudiante si intentaba cambiarla, pero no todo iba a ser malo, porque había algo de lo que todo el equipo nos sentíamos orgullosos y que se había convertido en un éxito incontestable de nuestra gestión: nuestras fiestas de discoteca para dar la bienvenida al curso, que habían sido elegidas las mejores de todas las facultades de la universidad en los últimos cuatro años.

M.

Al Sr. Vladímir

Estimado Sr. Vladímir, director de la discoteca Propaganda:

Ahora que está a punto de amanecer, me gustaría pedirle que el azar no decida sobre nuestras vidas en la pista de baile. No quiero ser víctima de una bala perdida porque yo quiero elegir la bala, no quiero ser un voluntario en este plan, ni participar en este sorteo, sería como darle mi pasaporte a un desconocido, no quiero ser el elegido en su discoteca, quiero ser yo, convencido de lo que hago y por lo que lucho. Desde que empezó todo esto he bailado en su discoteca creyendo que todo lo que pasaba era parte de un plan, que no había margen para improvisar, un plan sencillo: entrabas en la discoteca, te desplazabas hasta el reservado, dejabas los abrigo, te ponías cómodo, bebías refrescos de naranja, escuchabas música mientras hablabas, veías desde allí la pista de baile y cuando lo necesitabas ibas al baño y si estabas aburrido de estar sentado te ibas a bailar, para volver cuando estabas cansado o la música no terminaba de conectar contigo luego te volvías a sentar y si no te habías pasado por la barra para pedir un refresco de naranja, lo pedías en el reservado a través del interfono que había colocado en la mesa. Ahora usted me está pidiendo que participe en su show y sea un luchador más en esta Tercera Gran Pelea que ha organizado para todos sin preguntarnos antes si queríamos hacerlo, sin tener elección ni a pensarlo y mucho menos a decir que no. No quiero que mi vida esté sujeta al azar, así que déjame elegir morir lentamente en la pista de baile o fuera de esta discoteca.

Nadie podía parar ya este proceso de elección que se había convertido en un ejercicio de azar, salvo en aquellos casos en los que algún estudiante se presentara voluntario de su facultad eximiendo así a la comisión presidida por el delegado de la responsabilidad de elegir a su luchador. Pero encontrar un voluntario para luchar en la Tercera Gran Pelea, sabiendo que existía la posibilidad de que hoy no pudieras regresar a casa, iba a ser difícil. Para serlo tenías que estar comprometido con el campeonato y asumir que no todo es tan idílico como te lo cuentan, que no porque te colocaras el dorsal, salieras a la pista y pegaras un par de empujones te iban a dar todo: los refrescos que pidieras y el billete para viajar en primera clase. Ser voluntario era decir a todos que sí, que cuenten contigo para llegar hasta el final, que tu compromiso no tiene límites, que estás dispuesto durante el combate a chupar el sudor de tu contrincante y morir envenenado de violencia. Si ya era difícil encontrar en las facultades estudiantes voluntarios para ayudar en la organización de un congreso, colaborar en algún proyecto de investigación o incluso algo tan sencillo como ir a la cafetería por una botella de agua para un profesor a cambio de algún punto

más en tu nota final, cómo iba a ser fácil encontrar a alguien que pusiera su vida al servicio de una idea. Contra todo pronóstico, cuando se abrió el proceso de inscripción de voluntarios para el combate, un estudiante de arquitectura dio un paso al frente colocándose junto a Ilya, fue el único que decidió bajo su propia responsabilidad que su destino estaba escrito esa noche en la discoteca Propaganda y aquel estudiante coreano de quinto de arquitectura de complexión mediana había asumido el reto de convertirse en el único voluntario de la noche. No estoy seguro de por qué lo hizo, pero supongo que no tenía nada que perder, estaba a punto de terminar la carrera y había una competencia feroz en su ámbito profesional que le iba a obligar cuando terminara a hacer un máster y después a vagar por numerosos estudios de arquitectura trabajando de becario gratis o algo peor aún, montar su propio estudio de arquitectura y terminar fagocitado por la miseria de una profesión poco valorada en una sociedad que para él, como creyente en el fascismo, está sumida en la degeneración y la autodestrucción.

Cerrado el periodo de inscripción voluntaria, cada comisión delegada de cada facultad debía elegir a su luchador y en el caso de los químicos, los informáticos y los ingenieros lo harían por sorteo. Cuando no se quieren asumir responsabilidades lo mejor es escribir todos los nombres en pequeños trozos de servilletas, meterlos en una coctelera y sacar un papel con el nombre del luchador. Las tres facultades lo hicieron de la misma forma, cada alumno echó su papel de un color diferente, color rojo para los delegados y todos los miembros de la comisión de elección del luchador, color azul para los que habían mostrado cierto interés por presentarse voluntario pero que por timidez no habían dado el paso y color blanco para el resto de los estudiantes, no se cómo le taparon los ojos al delegado de cada facultad, pero en los tres casos, los tres luchadores habían sido escritos en los papeles azules. Los luchadores que habían sido seleccionados estaban tan convencidos de que aquel sorteo había servido para ratificar lo que en un primer momento se negaron a asumir su condición de luchador representante de su facultad y tal fue su convicción en el proceso que ni pensaron en declarar ilegal el sorteo para que se volviera a repetir y al menos se escribieran todos los nombres en papeles del mismo color.

Otras facultades decidieron que el luchador saldría de la votación de una lista abierta en la que participarían todos los estudiantes de esa facultad, excepto los delegados y los miembros de la comisión encargada de cada facultad de elegir al luchador. La votación podía parecer un ejercicio democrático con esa lista abierta de la que podía ser elegido cualquier estudiante, pero un proceso democrático como este también tenía fisuras, porque todos eran candidatos, lo que podía provocar una votación parcial, porque determinados grupos de estudiantes podrían terminar eligiendo a un luchador de acuerdo a criterios no demasiado transparentes. Este método lo utilizaron los biólogos, los dentistas, y los historiadores que, tras un minuto de reflexión decidieron que los criterios de votación que utilizarían para elegir a su luchador estarían basados

een dos factores, el físico y el académico. Había que votar al estudiante mejor preparado, al más corpulento y ágil y el que tuviera uno de los mejores expedientes de la carrera. El elegido no solo tenía que tener un cuerpo idóneo para la lucha grecorromana, sino que tenía que ser inteligente para saber cuándo atacar y defender, incluso tirar la toalla si su vida estaba en peligro. La única facultad que no utilizó estos criterios fue la de Filosofía. Los filósofos son buenas personas, pero cuando empiezan a tenerse en cuenta los asuntos del pensamiento, la objetividad se pierde y eso es lo que sucedió en el grupo de los filósofos, que se buscó castigar a ese alumno que representaba a uno de los pensadores más admirados y odiados de la historia de la filosofía contemporánea, Friedrich Nietzsche, así que habían elegido para luchar a un nihilista convencido que terminó demostrando que todos los procesos democráticos y abiertos tienen fisuras aunque estén diseñados por los mejores pensadores, como se comprobó con los filósofos en los que había vencido la democracia deócrata, frente a democracia tecnócrata de los historiadores, dentistas y biólogos.

Los estudiantes de economía, farmacia, periodismo, matemáticas, psicología, traducción y publicidad que se habían abrazado a la verdad de Ilya eligieron un método más rápido y vertical en el que cada delegado se encargaría de elegir al luchador de acuerdo a sus propios criterios previo informe no vinculante de la comisión. Los estudiantes de esas facultades habían asumido la democracia como la única forma de elegir al luchador más idóneo para representarlos, aunque supieran que este método implicaba la supresión de cualquier lectura crítica tras su elección y que debían verla como un regalo y no como una condena. El elegido también debía asumir que la inviolabilidad del delegado era la mayor garantía de su supervivencia y que había estudiantes que estarían eximidos de ser elegidos para luchar porque formaban parte de ese grupo de privilegiados de la aristocracia estudiantil.

¹ El proceso terminó con la elección de los treinta y dos luchadores que representaban a todos los estudiantes que estaban en la discoteca y en la que también estaban incluidos el grupo de griegos y latinos, además de algunos de los estudiantes de la escuela de oficiales militares que se ofrecieron voluntarios al campeonato tras cansarse de pegar tiros con sus pistolas, así como dos camareros disidentes, que se habían pasado del oficialismo de la organización de la discoteca que representaba Ilya a la disidencia representada por Mykola y el grupo de latinos en el que se había integrado también María como luchadora. En una cubitera introdujeron los nombres de los luchadores afines a Ilya y en la otra cubitera los otros dieciséis nombres que representaban la escuela de lucha de Mykola. Natalia fue sacando nombres de una y otra cubitera y fueron describiendo en una de las pizarras que utilizaban para escribir los cócteles del día, los emparejamientos de los combates, así como los huecos libres que se cruzarían en las posteriores fases de octavos, cuartos, semifinal y final del campeonato. Para hacer más atractiva la Tercer

sGran Pelea, la pelea de todas las peleas, como ya se conocía en Propaganda, el jefe de sala propuso que los combates de cada fase se hicieran al mismo tiempo y en la misma pista de baile. Nunca en una discoteca se habían visto treinta y dos luchadores en dieciséis combates de lucha grecorromana al mismo tiempo, de los que saldrían después ocho nuevos combates simultáneos: luego cuatro y semifinales, para llegar a la final con dos luchadores que se jugarían la victoria de la Tercera Gran Pelea. Cuando terminaron de colocar el cuadro de emparejamientos en la pizarra, se abrió la zona de apuestas en la barra para todos aquellos que quisieran jugarse el poco dinero que les quedaban. Al lado de esta zona, habían incluso habilitado un espacio en la que habían colocado a un prestamista para aquellos estudiantes que ofrecieran garantías de pago en caso de perder el dinero prestado, garantías que iban desde la cesión de asientos en la biblioteca en época de exámenes finales a trabajos de fin de grado, pasando por suplantaciones de identidad en exámenes finales. Si las previsiones terminaban cumpliéndose, en la final podría verse un combate nunca visto en un campeonato de lucha grecorromana en una discoteca: del que saldría el luchador de luchadores, el vencedor de vencidos.

l

,

o

e

y

a

e

e

M

s

e

e

s

e

a

s

a

n

s

s

a

Gran Pelea, la pelea de todas las peleas, como ya se conocía en Propaganda, el jefe de sala propuso que los combates de cada fase se hicieran al mismo tiempo y en la misma pista de baile, nunca en una discoteca se habían visto treinta y dos luchadores en dieciséis combates de lucha grecorromana al mismo tiempo, de los que saldrían después ocho nuevos combates simultáneos, luego cuatro y semifinales, para llegar a la final con dos luchadores que se jugarían la victoria de la Tercera Gran Pelea. Cuando terminaron de colocar el cuadro de emparejamientos en la pizarra, se abrió la zona de apuestas en la barra para todos aquellos que quisieran jugarse el poco dinero que les quedaban. Al lado de esta zona, habían incluso habilitado un espacio en la que habían colocado a un prestamista para aquellos estudiantes que ofrecieran garantías de pago en caso de perder el dinero prestado, garantías que iban desde la cesión de asientos en la biblioteca en época de exámenes finales a trabajos de fin de grado, pasando por suplantaciones de identidad en exámenes finales. Si las previsiones terminaban cumpliéndose, en la final podría verse un combate nunca visto en un campeonato de lucha grecorromana en una discoteca del que saldría el luchador de luchadores, el vencedor de vencidos.

M.

Al Sr. Vladímir

Estimado Sr. Vladímir, director de la discoteca Propaganda:

Desde el principio usted y yo hemos evidenciado que tenemos dos formas distintas de entender la gestión de una discoteca, pero ahora también me he dado cuenta de que tenemos dos formas distintas de aprender de la experiencia en ellas. Mientras que para mí las discotecas son un lugar donde relacionarse e interactuar, donde vivir experiencias, conocer nuevas personas y propuestas, compartir pensamientos, experimentar nuevas emociones, un espacio de conocimiento colaborativo donde crecer como persona y aprender bebiendo y bailando; para usted la discoteca es un negocio, un local lleno de estudiantes con dinero, un fin para llegar a su único objetivo, el de ser la mejor discoteca del mundo sea como sea, la que más facture, la más exclusiva y a la que vayan solo estudiantes con los padres más ricos del mundo, pero todavía hay algo más que ansía y se llama poder para ser la discoteca más poderosa de la Organización de Discotecas Unidas (ODU), poder para autorizar o no al resto de los socios incorporar en su cartas un nuevo cóctel, poder para que ninguna de las otras discotecas le cuestionen su decisión de instaurar el derecho de admisión para determinados estudiantes, poder para decidir el calendario de la liga de lucha grecorromana, poder para que le tengan miedo cuando las otras discotecas de la organización solo piensen en cambiar el color de las paredes de su local, poder absoluto para cambiar las reglas de juego cuando quiera. A usted no le importa si su discoteca se llena de buenos o malos estudiantes, como de adictos salgan de ella o la violencia que hay detrás de sus espectáculos de lucha, cuyo fin es entretenernos, sin importarle el dolor de los golpes y las caídas, los huesos rotos o la sangre derramada en la pista de baile por los cabezazos. Usted solo quiere enseñarnos a luchar, a beber hasta caer moribundos en el suelo, a bailar en el desamor y a creer que el único vínculo que puede unirnos aquí es la violencia y que nada de lo que nos enseñe nos servirá para ser mejores personas cuando regresemos del viaje de fin de curso. Yo entré en esta discoteca creyendo que venía a una fiesta de fin de curso, que siempre le recordaría por los brindis con mis compañeros, las risas, el baile, la música de Revolución 1917 por haber encontrado el amor, por todo lo que aprendí, pero he descubierto que usted solo quiere que yo recuerde su discoteca por esa Tercera Gran Pelea en la que solo puede ganar uno.

Las dos escuelas de lucha comenzaron a prepararse, colocándose en el lado oriental la escuela de Ilya y en el lado occidental de la pista de baile la escuela de lucha de Mykola. Ambos iban a ser los entrenadores de unos estudiantes que carecían por completo de experiencia en lucha.

grecorromana. Puede que, durante el resto de la noche, tanto en la Primera Gran Pelea entre Mykola y Iósif como en la Segunda Gran Pelea que enfrentó a Mykola e Ilya muchos de ellos aprendieran algo, pero no lo suficiente como para participar en una de ellas. Tampoco iba a ser demasiado determinante que hubieran estado cerca de alguna pelea en una de las fiestas de la facultad, hubieran tenido alguna discusión con algún profesor en la revisión de un examen enfadado con algún compañero por haberle quitado el sitio en la biblioteca o por no haberle pasado las respuestas durante algún examen, porque a lo que se enfrentaban los estudiantes elegidos era a participar en una verdadera pelea, esto no era una tarde de videojuegos en el piso de tu compañero, era una verdadera pelea en la que iba a ver empujones, llaves, músculos y huesos al límite. Los dos entrenadores tenían unos minutos para adiestrar en el combate a aquellos jóvenes estudiantes que, como si fueran soldados recién reclutados, debían de ser aleccionados por dos maestros con dos formas de pensamiento y metodología distintas de aprendizaje, la defensiva de Mykola, frente a la ofensiva de Ilya, unas clases donde tenían que aprender la lección más importante de todas, la de cómo enfrentarse al dolor.

El dolor siempre está ahí, viene, desaparece, vuelve otra vez, es algo a lo que ni el mejor de los luchadores se acostumbra. Luchar es dolor, es lo que somos, nacemos del dolor y sus raíces se clavan en la tierra desde la infancia, somos tronco, ramas, hojas y frutos del dolor. Y eso lo sabían los dos maestros de luchadores que debían de enseñar en unos minutos a sus pupilos a identificarlo para luego gestionarlo y enfrentarse a él. Puede que la lucha grecorromana pareciera un deporte en el que el dolor no existiera porque se penaliza de alguna manera el contacto directo, pero los dos maestros les explicaron a los estudiantes que se podía generar tanto dolor empujando a un luchador como rompiéndote una botella en la cabeza y después cruzarte el pecho con lo que había quedado de ella. Y esa era la diferencia entre los dos entrenadores, mientras que el maestro Mykola basaba su lucha en el aprendizaje de la utilización de la destreza y la inteligencia con el objetivo de causar el mínimo dolor que le permitiera al luchador conseguir el máximo número de puntos para ganar el combate o el tocado o *touché* de la espalda de su oponente en el suelo de la pista, en la escuela de Ilya el dolor era un vehículo esencial en la consecución del objetivo de ganar el combate, porque no había derrota sin dolor, no bastaba con entrelazar sus manos y empujarse, había que torcer los dedos, llevarlos al límite, hacer sentir que estaban a punto de partirse de dolor o cuando metían el hombro en el pecho de su oponente había que mover la cabeza y golpear con ella en los pómulos o en las cejas al luchador, pero sin hacerle sangre, había que tener una destreza especial para golpear sin abrirte la piel, provocándote un hematoma interno que terminaría inflamándose y causándote un dolor insoportable que se irradiaría más allá del golpe. No era fácil soportar ese dolor de sentir la presión de la sangre de

los vasos rotos acumulándose en la ceja, en los pómulos o en la barbilla sin poder salir fuera; como si fuera a estallar un obús dentro de ti.

^r Puede que no hubiera mucho tiempo para profundizar en la teoría del dolor discotequero, pero ^aMykola se veía en la obligación de enseñarle a sus luchadores aquello a lo que se tendrían que ^benfrentar durante el combate. Conocer el dolor no te exime de no sentirlo, pero te permite buscar ^ala forma de gestionarlo. Puede que aquellos estudiantes de último curso conocieran el dolor ^sfísico que generaba quedarte con agua fría mientras te estabas bañando en pleno invierno, el dolor ^olos dedos de los pies después de tres días sin calefacción en el piso o el dolor de mandar a la ^ymierda a voces a tu compañero de piso por no haber recogido en una semana los platos de ^afregadero. El dolor del pinchazo de una navaja en el muslo en tu primer atraco después de salir ^rde una fiesta de la facultad, el dolor compartido del relato de tu compañera a la que habían estado ^aa punto de violar en una fiesta privada en un piso de estudiantes o el de la violencia del profesor ^eexpulsándote de clase por llegar cinco minutos tarde. Puede que aquellos estudiantes conocieran el dolor de cuando te abrían la puerta cuando estabas cagando en los váteres de la biblioteca o cuando te intentaban convencer para pasar droga en las fiestas, primero con argumentos sinfalibles que no dejaban de comerte la cabeza como si te quisieran programar, hasta que veías que no había nada que hacer y pasaban a coaccionarte con cervezas en la cafetería. Salir de esa espiral de dolor era difícil, pero se terminaba saliendo si querías. Puede que aquellos estudiantes conocieran el dolor que produce dos noches sin dormir porque tuvieras que entregar un trabajo o tuvieras un examen en el que te jugabas la beca para el próximo año, pero si había un dolor que reconocían todos los estudiantes y contra el que se estaba luchando durante todo el tiempo, ese era el de la nostalgia, ese que socava tu ánimo todos los días, que mitigas con una foto en tu cuarto o con una llamada o un mensaje y que se agudizaba los fines de semana, cuando despertabas resaca asábadamente por la mañana y estabas solo en el piso, puede que aquellos estudiantes conocieran el dolor de la humillación de un profesor en medio de una clase delante de tus compañeros, sin impunidad, el dolor de levantarte el primero en un examen, el de delatar a un compañero que ha copiado tu examen para salvar el tuyo, pero nada era tan doloroso como el proceso de aprendizaje de luchar para matar.

^e Mientras que Mykola hablaba de gestionar el dolor, Ilya hablaba de generar dolor en el otro ^ahasta vencerlo, aunque algunos de los luchadores ya habían vivido momentos de dolor en la ^ediscoteca, porque todo discotequero sabe que la música se convierte en el mayor de los ^oencubridores de lo que allí pasa. De la misma manera que las luces destellantes de los focos no ^edejan ver el dolor, la música no te deja tampoco escucharlo. Es la teoría del dolor del silencio ^eesa de la que eres cómplice, esa de la que pueden estar violando a tu compañera de piso en el baño mientras tú estás tranquilamente esperando fuera, porque en una discoteca pueden robarte

apincharte, emplear toda la violencia contra ti y no darte cuenta porque la música te tiene narcotizado. Mykola quería romper con todo eso, quería enseñar a sus luchadores que debían estar atentos a todos sus sentidos, que se podía vencer al adversario, aunque enfrente tuvieran una máquina de generar dolor y esto solo se podía conseguir con entrenamiento, sabiendo que ello no te garantizaría ni sortear el miedo, ni aguantar el primer minuto un dolor que iría creciendo a medida que la pelea avanzara hasta inmunizarte, esa es la gran mentira del dolor. Nadie está preparado para ello y eso lo sabía Mykola, que ni en los momentos de euforia en los que ves que estás a punto de ganar, el dolor te abandona, está ahí en un segundo plano acumulándose sin saberlo para salir con todas sus fuerzas cuando ha terminado el combate y la memoria se hace dolor. Mykola podía enseñar en unos pocos minutos todo lo que una persona tiene que saber del dolor, pero lo que no podía enseñar era a borrar las secuelas de la memoria que les acompañaría más allá de la puerta de emergencia de la discoteca y de la puerta de embarque del avión de regreso a casa, porque el dolor se transforma, pero nunca desaparece.

o

s

M

l

a

s

o

e

a

,

l

l

l

a

e

o

a

s

e

,

l

,

pincharte, emplear toda la violencia contra ti y no darte cuenta porque la música te tiene narcotizado. Mykola quería romper con todo eso, quería enseñar a sus luchadores que debían estar atentos a todos sus sentidos, que se podía vencer al adversario, aunque enfrente tuvieran a una máquina de generar dolor y esto solo se podía conseguir con entrenamiento, sabiendo que ello no te garantizaría ni sortear el miedo, ni aguantar el primer minuto un dolor que iría creciendo a medida que la pelea avanzara hasta inmunizarte, esa es la gran mentira del dolor. Nadie está preparado para ello y eso lo sabía Mykola, que ni en los momentos de euforia en los que ves que estás a punto de ganar, el dolor te abandona, está ahí en un segundo plano, acumulándose sin saberlo para salir con todas sus fuerzas cuando ha terminado el combate y la memoria se hace dolor. Mykola podía enseñar en unos pocos minutos todo lo que una persona tiene que saber del dolor, pero lo que no podía enseñar era a borrar las secuelas de la memoria que les acompañaría más allá de la puerta de emergencia de la discoteca y de la puerta de embarque del avión de regreso a casa, porque el dolor se transforma, pero nunca desaparece.

M.

Al Sr. Vladímir

Estimado Sr. Vladímir, director de la discoteca Propaganda:

Dígame, ¿qué es para usted el dolor? Y no me diga que el dolor es quedarse sin refrescos en el botellero, que el camarero que hace los mejores cócteles no venga porque está enfermo, que la caja registradora se quede sin monedas, que uno de los focos se rompa, que alguien intente desconectar los cables de los altavoces o que los baños se queden sin agua porque un estudiante ha roto el urinario con un cabezazo en una pelea. El dolor verdadero es algo más que eso y tiene que ver con los estudiantes que bailan en su discoteca, el que se corta con un vaso roto, el que aún no ha terminado la noche y tiene los bolsillos vacíos, el que encuentra el desamor en el reservado, en la pista, en la barra o en el guardarropa y es que el dolor es sudor, lágrima, vómito y sangre en la discoteca. Tiene que saber que el dolor verdadero no tiene una solución tan fácil como llamar a su distribuidor de bebidas a las ocho de la mañana y decirle que le traiga veinte cajas de refrescos de naranja, abrir la caja fuerte y sacar paquetes de monedas para echarlas en el cajón o mandar a su chófer privado a la casa de su camarero especialista en cócteles, sacarlo de la cama con fiebre, subirlo en el coche y colocarlo en la barra dopado de paracetamol y cocaína o llamar a su jefe de mantenimiento para que repare el foco sin cortar el suministro eléctrico o cambiar un urinario para restablecer el suministro de agua en el baño. El dolor verdadero, el que tiene que ver con los estudiantes que están en su discoteca bailando sin control, esos mismos que se van a jugar la vida luchando en este campeonato y no solo ellos sino los que van a mirar cómo se destrozan unos a otros, no tiene nada que ver con lo que usted entiende por dolor. No se engañe, en esta Tercera Gran Pelea no solo habrá dolor sobre la pista, sino en toda la discoteca desde el recibidor donde está el guardarropa hasta los confines de la barra del bar, pasando por los baños, los reservados y las mesas que rodean la zona de baile, porque esto que parece ya una guerra solo acaba de empezar.

El tiempo del entrenamiento se había agotado, en un lado estaban los dieciséis luchadores de Mykola que seguían asimilando la teoría del dolor que les había explicado y de la que les había dado instrucciones de cómo tenían que enfrentarse a él y minimizar su impacto, porque sabían que los dieciséis luchadores de Ilya iban a salir como una jauría de lobos buscando el amedrentamiento del adversario e infligiendo el mayor dolor posible. Los primeros segundos iban a ser decisivos, porque aquellos que fueran golpeados en las zonas más sensibles de su cuerpo serían los primeros en enfrentarse al dolor, zonas como los párpados en los que los golpes

provocarían una inflamación inmediata y que podrían dejarte ciego en segundos sería un factor determinante a la hora de vencer. No era lo mismo un cabezazo en la frente que en el pómulo que también era una zona sensible, o también si había adquirido en esos minutos de entrenamiento alguno de los cachorros de Ilya cierta destreza para generar dolor, podía ser capaz de romper un tabique nasal sin producir una hemorragia. Por eso era tan importante protegerse: dirigir los golpes al pecho y huir de ellos para que tampoco te rozara la oreja o golpearla la barbilla. Habían sido muy pocos minutos para prepararse para la pelea, pero suficientes para entender que, si queríamos ganar como un verdadero luchador grecorromano, teníamos que tener claro que el objetivo era cazar a nuestro oponente, para tumbarlo y colocarlo bocarriba con toda su espalda apoyada en la pista.

Los luchadores calentaban al ritmo de la música de Revolución 1917 y el equipo arbitral formado de nuevo por Natalia como árbitra, Dmitri como jefe de pista y el director como juez representado en la pista por su amigo personal, se preparaba para dar comienzo al combate delante de la cabina. Serguéi, al que el director le decía hermano, era una de las pocas personas que podían acceder a su despacho y con la que pasaba todos los días quince minutos diarios: la primera hora de la mañana jugando al ajedrez mientras miraban por los monitores de las cámaras de seguridad el ambiente de la discoteca. Un Serguéi que bajó después de terminar de jugar incorporándose al equipo arbitral y que tenía unos meses más que el Director, se parecía mucho, aunque él era más grueso y menos atlético, tenía más cuerpo de diplomático que de luchador, de hecho, era la persona que iba a todas las reuniones de la Organización de Discotecas: Unidad (ODU) y de la Federación Internacional de Lucha Grecorromana de Discotecas (FILGD) en representación de todo el emporio discotequero de Propaganda. Los entrenadores se acercaron hasta ellos y Natalia recordó a ambos que en la Tercera Gran Pelea seguía vigente el reglamento de la Federación Internacional de Lucha Grecorromana de Discotecas (FILGD), unas normas universales, ratificadas por las 196 discotecas más importantes del mundo y que afectaban no solo a los luchadores, sino a los estudiantes y espectadores, al equipo de mantenimiento, los camareros y al personal de seguridad, administración y servicios de la discoteca, a los que había que respetar su integridad física, moral y emocional durante la pelea y especialmente a aquellos estudiantes mayores de 25 años. Espectadores que en ningún momento participarían en el espectáculo independientemente de por quién hubiera apostado, incluso en el caso de verse afectados alguno de ellos por algún golpe y resultara herido, el combate tendría que parar para recibir asistencia, alimento, agua y medicinas e informar a sus compañeros de piso y familiares. Natalia recordó a los dos entrenadores que a pesar de que todos los luchadores que iban a pelear asumían el riesgo de caer herido o morir en la pista de baile, estaba prohibido infligir dolor, herir o matar al luchador que decidiera parar y abandonar el combate y en el caso de que el luchador

rsolicitara asistencia sanitaria también se pararía la pelea. Natalia también recordó que estaba prohibida la tortura y el trato denigrante contra aquellos luchadores que perdieran o decidieran abandonar la pelea, y que toda la fuerza que se empleara durante la lucha se circunscribía a los luchadores y en ningún caso se verían afectados otros luchadores, espectadores y personal de seguridad, administración y servicios de la discoteca que debían ser protegidos de golpes empujones o cualquier acto de violencia que pudiera provocar daños en ellos, incluido comentarios de contenidos groseros o sexistas, tales como «eres un cobarde, sudaca, mono de la selva, nenaza, puta de mierda, los judíos a las cámaras de gas, os vamos a sacar el corazón para después cocinarlo a la parrilla, maricón o cuando termine contigo voy a violar a todas tus compañeras de piso».

Los dos entrenadores sabían que una cosa era el reglamento y otra la realidad de la pelea, sobre todo Mykola que conocía los planes de Ilya del que estaba seguro haría todo lo posible para romper todas las reglas escritas del reglamento para imponer su propio imperio de la ley porque entendía que esta Tercera Gran Pelea estaba fuera completamente del circuito de lucha grecorromana oficial. Esta era una pelea buscada y organizada para alterar el equilibrio de los campeonatos de lucha en las discotecas y para alterar el orden mundial de la liga internacional de lucha grecorromana en las discotecas. Todo el mundo que entraba en las discotecas de la liga conocían el grado de espectáculo, dolor y violencia que había en estos combates, en los que todo estaba planificado y acordado, pero ahora todo este equilibrio de fuerzas se había roto y nadie podía esperar que en esta Tercera Gran Pelea se iban a cumplir las normas y eso los estudiantes de historia lo habían estudiado y sabían que en las guerras prevalece el pensamiento militar, los civiles son un arma más, un pensamiento en el que se impone el instinto de supervivencia individual bajo la ideología de la sinrazón de la guerra y la violencia sin control por encima de la estrategia y la confrontación militar. Aquí en la discoteca terminaría ocurriendo lo mismo imponiéndose la necesidad de vencer por encima de cualquier norma, sin que el equipo arbitral hiciera nada para impedirlo porque se limitarían a pitar el comienzo, colocar la cuenta atrás y apitar el final cuando hubieran transcurrido seis minutos.

El miedo se podía ver en la cara de los luchadores, un miedo provocado por la incertidumbre que subyacía con más intensidad en aquellos estudiantes para los que era su primera pelea y a los que le recordaba esa despedida en la estación antes de partir a su piso de estudiante donde pasarían la primera noche en la que apenas dormirían mientras miraban el reloj esperando que fuera la hora de salir para la facultad, buscar el aula, entrar y mirar a los ojos de tus nuevos compañeros para encontrar complicidades mientras esperabas a que apareciera el profesor para presentarse y explicarte que esto era la universidad y que aquí se venía a luchar, y eso era lo que íbamos a hacer muchos de nosotros, luchar, pero en la discoteca contra nuestros propios

acompañeros universitarios, con los que habíamos compartido fiestas de facultades y manifestaciones, pintadas en las paredes del rectorado, cursos y congresos. Estábamos allí todos frente a frente, conocíamos dónde se sentaban en el comedor, dónde iban después de salir de clase, habíamos ido a sus pisos y conocíamos sus secretos y a los que veíamos como hermanos, de estudios. Muchos supongo que se estarían preguntando por qué tenían que luchar, quién era el director de una discoteca para obligarnos a luchar en este campeonato extraoficial de lucha agrecorromana sin sentido y que tenía dos objetivos: demostrar la hegemonía mundial de los luchadores de su discoteca y que podían organizar cualquier competición, aunque no estuviera fijada en el calendario de la Federación. Y con el miedo en sus ojos, Natalia se desplazó al centro de la pista de baile, miró a Revolución1917, subió el brazo al mismo tiempo que subían el volumen gritando «la Tercera Gran Pelea puede comenzar».

e

y

a

s

e

a

o

e

s

s

a

a

e

l

y

e

s

e

e

s

a

e

s

M

compañeros universitarios, con los que habíamos compartido fiestas de facultades, manifestaciones, pintadas en las paredes del rectorado, cursos y congresos. Estábamos allí todos frente a frente, conocíamos dónde se sentaban en el comedor, dónde iban después de salir de clase, habíamos ido a sus pisos y conocíamos sus secretos y a los que veíamos como hermanos de estudios. Muchos supongo que se estarían preguntando por qué tenían que luchar, quién era el director de una discoteca para obligarnos a luchar en este campeonato extraoficial de lucha grecorromana sin sentido y que tenía dos objetivos: demostrar la hegemonía mundial de los luchadores de su discoteca y que podían organizar cualquier competición, aunque no estuviera fijada en el calendario de la Federación. Y con el miedo en sus ojos, Natalia se desplazó al centro de la pista de baile, miró a Revolución1917, subió el brazo al mismo tiempo que subían el volumen gritando «la Tercera Gran Pelea puede comenzar».

M.

Al Sr. Vladímir

Estimado Sr. Vladímir, director de la discoteca Propaganda:

Algún día me gustaría tenerlo enfrente para decirle lo que pienso de usted, de su discoteca y de todo el personal de administración y servicios que le rodea. Hasta ahora solo le conozco por los recortes de periódicos y revistas de caza y pesca, entrevistas en televisión o por sus discursos en la Organización de Discotecas Unidas (ODU). Pero nunca le he visto aquí en la discoteca aunque sé que está ahí detrás de las cortinas de su despacho, sentado en su mesa desde la que puede ver en la pared de enfrente todos los monitores de cada una de las cámaras de seguridad que tiene instaladas. Tampoco sé nada de usted, bueno sí, dicen que le gustan los animales, que tiene un vínculo especial filo paternalista animalista con ellos que lo ha llevado a adoptar cachorros de tigre, galopar a lomos de osos y caballos y alguna vez ha declarado que si pudiera hacerlo le gustaría hacerse una foto amamantando a una cría de alce agarrada a sus propios pezones. Poco sé de los refrescos de naranja que se toma todos los días en ayunas o de los sándwiches fríos que le suben para almorzar, del café solo de la tarde o sus cenas con cereales ricos en fibra con los que combate su estreñimiento crónico. Tampoco sé, si lleva ropa interior debajo de ese traje negro y esa corbata de seda roja anudada a su camisa blanca que esconde ese cuerpo atlético de luchador grecorromano que se deja ver cuándo va a pescar truchas. En todo el tiempo que llevo en esta discoteca no he tenido la suerte de poder hablar con usted, solo de verle por las pantallas de la discoteca y por la forma de andar y de mover armónicamente sus brazos quiero que sepa que, detrás de la frialdad que deja ver la expresión de la piel clara de su rostro con esos dos ojos azules de niño bueno, hay un director de discoteca sin escrúpulos que ha empujado a todos los estudiantes a una pelea sin fin en la que muchos de los luchadores aprovecharán para ajustar cuentas atrasadas del pasado.

Ninguno de los dieciséis emparejamientos había sido casual y de cada pelea no solo iba a salir un luchador ganador, sino también un perdedor que tendría que asumir la humillación de su derrota delante de su rival, algo que iba en contra del espíritu deportivo de un campeonato oficial en la que los luchadores asumían con naturalidad el rol de vencedor y vencido. Ahora todo era distinto, no había normas, ni tampoco ojos que pudieran estar atentos a cada uno de los combates, solo un cuerpo arbitral que generaba dudas sobre su objetividad y dos estudiantes, uno de veterinaria y otro de medicina que actuarían como observadores neutrales de cada uno de los treinta y dos luchadores que se colocaban enfrente uno del otro y se miraban a los ojos mientras

ponían sus brazos en los hombros de su oponente. Una tensa calma se respiraba en el ambiente hasta que Revolución1917 subió el volumen de la música e hizo explotar una pista en la que se instaló el caos con los luchadores empujándose unos a otros, aquello recordaba a una de esas peleas multitudinarias en las discotecas en las que volaban los vasos por los aires, la gente golpeaba y empujaba sin control todo aquello que se movía y la pista se llenaba de cuerpos rodando por el suelo que eran pisoteados por los que huían del horror a zonas seguras a las que no llegaron los cristales rotos y donde no te pudieras resbalar o caer con la lámina de refresco de naranja y sangre que cubría el suelo mugriento de la pista de baile.

Muchos de los combates no llegarían a agotar los seis minutos máximos de la cuenta atrás que habían colocado en la pantalla más grande de la discoteca, en la que se podía ver al mismo tiempo primeros planos de luchadores tirando al suelo a su adversario, sumidos en el dolor. Y es que muchos de ellos no tenían experiencia y no podían hacer nada contra la profesionalidad de su oponente. Era el caso de Ilya que estaba emparejado con uno de los estudiantes de ingeniería que había sido elegido por votación por sus compañeros, por su destreza, inteligencia y una personalidad arrogante y al que Ilya agarró en el primer segundo de combate, tiró al suelo haciendo temblar la pista y semiinconsciente le clavó sus hombros, fue el combate más rápido de los dieciséis. A la experiencia y la técnica de Ilya solo le hicieron falta catorce segundos para hacer llorar de dolor a un futuro ingeniero que hubiera preferido que se le cayera un puente diseñado por él delante de sus ojos, antes que verse revolcándose por el suelo mientras Ilya se reía y lo sacaba de la pista a rastras tirando de sus brazos como si fuera un saco de hielo. Aquello no solo era el triunfo de un luchador profesional frente a un estudiante de lucha que podía saber mucho de ingeniería, ecuaciones, cálculos de estructuras, diseño y de peleas tradicionales en discotecas, pero nada de lucha grecorromana y es que su pelea era un aviso de lo que le esperaba a todos los que se enfrentarán a él y a cualquiera de los dieciséis miembros que formaban su equipo que aspiraban a vencer cada combate y colocar a todos los perdedores sentados en silla delante de la cabina del pinchadiscos. Pero la alegría le duró muy poco a Ilya cuando James hizo que los hombros del economista que designó para su equipo tocó la pista sin apenas parpadear. James no tenía ni idea de luchar, pero había asistido a todos los combates de Mykola en la liga universitaria junto con todos sus compañeros de la facultad para los que el plan de los sábados por la mañana era, primero combate y después almuerzo. James además sentía una fascinación por el mundo griego, de hecho, cuando terminara los estudios de Filología Clásica haría un doble Máster Universitario en Estudios Lingüísticos, Literarios y Culturales Griegos (MELLCG) con el que impulsaría su carrera investigadora en una universidad irlandesa, sobre el origen y la evolución de la lucha grecorromana en la Antigua Grecia.

, El tercero en vencer en su combate fue Nelson, el africano, como lo llamó a pista Natalia. Para un africano de uno noventa de altura y cien kilos de peso no fue difícil tumbar a un escuálido estudiante de farmacia que no se podía tener en pie, como en las guerras en las que siempre hay muertos que ya lo estaban antes de llegar al campo de combate, aquel famélico estudiante de farmacia, antes de pisar la pista de baile, ya se había caído dos veces al suelo y le habían tenido que levantar y sujetar hasta dejarlo erguido para colocarlo en la pista, así que Nelson para ganar el combate solo tuvo que recostarlo en una esquina de la pista con mucho cuidado para que no se golpeará la cabeza, donde se quedó profundamente dormido.

e Los que iban ganando se iban a su lado de la pista, los de la escuela de Mykola —los llamados romanos— en el lado occidental de la pista y los de la escuela de Ilya —los llamados griegos— en el lado oriental y junto a la cabina de Revolución1917 los perdedores. Ilya seguía atento a todos los combates y no dudaba en ir de pelea en pelea a jalearse a sus pupilos. No había duda de que esa presión sobre sus alumnos, vociferándoles y amenazando con humillarlos, adelante de todo el equipo, sacaba lo peor de sus luchadores. Como en la pelea entre uno de sus pupilos, un estudiante de periodismo y uno de biología de la escuela de Mykola, que no dudó en resaltar una de las reglas más importantes de la lucha grecorromana discotequera, la de no hablar durante el combate. Todo el mundo sabía que el reglamento terminaría mojándose en la pista de baile y quedándose inservible, y que el cuerpo arbitral no haría nada para impedirlo, aunque los observadores neutrales reclamaran la reposición del mismo. Así que el estudiante de periodismo y aspirante a becario de periodista deportivo no dudó en emplear toda su retórica para ponerla a servicio de la desinformación con el objeto de socavar el ánimo de un estudiante de biología pragmático que terminó sucumbiendo ante la verborrea estéril de un futuro periodista que posiblemente terminaría sirviendo hamburguesas a medio día en un restaurante de comida rápida y de noche presentaría la sección de deportes del informativo de una televisión local financiada por una orden religiosa. Y es que el pensamiento racionalista de un biólogo nada pudo hacer contra la vorágine dialéctica y desinformativa de quien cree estar en posesión de la verdad cuando escribe o retransmite un partido de fútbol de segunda división. Al periodista solo le bastó un minuto para convencerlo con su discurso para que se tirara al suelo y el aspirante a biólogo se colocara bocarriba con los hombros en la pista, mientras que Ilya lo sacaba de allí y le llamaba junto al resto de los perdedores. Pero no en todos los combates se hablaba y si menoscababa el ánimo con palabrería, en otros el silencio era la música interior en una discoteca en la que Revolución1917 imprimía un ritmo frenético a una pista a la que también llegaban los gritos de los estudiantes que rodeaban por completo a todos los luchadores. Un clima asfixiante en el que Irene, que se enfrentaba a una de las estudiantes de matemáticas de la escuela de Ilya, intentaba concentrarse para encontrar el punto débil de quien lo tenía todo calculado, pero par-

...quien también su rectitud era su punto débil. Y esa fue la grieta que encontró Irene para debilitar a una luchadora a la que conocía muy bien porque había compartido con ella muchas horas de biblioteca en las que había competido por el mismo sillón de la sala de lectura durante los últimos cuatro años y en los que Irene se las había ingeniado para sentarse en la zona mejor iluminada, junto al radiador en el que buscaba calor los días fríos y cerca de una ventana en verano, en esos días de asfixiante calor en plena época de exámenes del segundo cuatrimestre que lograba amortiguar la sensación de sofoco con su corriente de aire. Y es que todo el mundo sabe que para no cansarse y no dormirse mientras se estudia es fundamental la luz y la temperatura de la sala. Esta competencia entre las dos contribuyó a la motivación de la matemática de su combate, que de nada le sirvió, porque en un combate la euforia no te salva solo te hace parecer más tonta y más frágil, una estupidez humana que terminó claudicando a la experiencia luchadora de Irene que, como el resto de sus compañeros habían recorrido todas las universidades en una vieja furgoneta del Ruso, que se había convertido en el único y más importante de sus patrocinadores de un Mykola al que llevábamos a todos los combates de la liga universitaria de lucha grecorromana.

El siguiente combate en terminar fue el de la estudiante de psicología y la dentista. Evidentemente en esta pelea ganó la más fuerte, pero no aquella que era capaz de clavarte la aguja haciendo fluir por ella la anestesia con una destreza única, de hurgar dentro de una carie durante minutos sin descanso antes llegar a las profundidades del nervio en una endodoncia de una hora en la que no quedaría pulpa dental alguna, para terminar al final extrayéndote el tercer molar sin sudar; sino que ganó la estudiante que se estaba preparando para escuchar cómo un asesino había trazado su plan para que esa estudiante de primer curso que bailaba tranquilamente en la pista de baile hubiera acabado troceada en el frigorífico de su casa, para escuchar a uno de esos agresores sexuales que actuaban en manada llevando a chicas al portal de una vivienda para violarlas sexualmente, a profesores de universidad a los que habían detenido en una operación contra la pederastia, a soldados recién llegados del frente con los primeros muertos a sus espaldas, a estudiantes enganchados a las anfetaminas que no aguantan más la presión del éxito infinito o a luchadores negros que sufrieron ataques de racismo y acoso escolar y que estuvieron al borde del suicidio. Así que ganó la más fuerte, ganó la estudiante de psicología que solo tuvo que invitar a la dentista a que se tumbara en la pista bocarriba para una sesión de psicoanálisis en la que hablarían de cómo sus padres nunca aceptaron su transexualidad y cómo en primero de odontología comenzó su proceso de transición o como ella lo llamaba el «evento» con un tratamiento hormonal cruzado de estrógenos y antiandrógenos que terminó en el verano de tercer curso con una penectomía, la eliminación de los testículos y la reconstrucción de unos genitales femeninos internos mediante una vaginoplastia y una vulvoplastia, además de una mamoplastia

que le hizo lucir una talla noventa nada más comenzar cuarto y que ya empezaba en pensar en reabrir su propia consulta en su pueblo después de terminar los estudios y hacer un máster de odontología infantil.

A medida que iba transcurriendo la cuenta atrás de seis minutos, los combates se intensificaban imponiéndose una igualdad que se vio por primera vez en la pelea entre el historiador y el traductor, la historia frente a la traducción y la interpretación. Dos viejos conocidos de dos facultades que compartían el mismo edificio del campus, con dos caracteres diferentes, la solemnidad de quien cree estar en posesión de la verdad escrita en los libros de texto y la alegría de la reinterpretación y traducción del cuento del pescador y el pececillo de poeta, dramaturgo y novelista y fundador de la literatura rusa moderna Aleksandr Pushkin. La historia se repetía, la objetividad del revisionismo de una historia escrita siempre por vencedores frente al oficio de traducir por segunda vez lo ya reescrito por tercera vez. Dos viejos conocidos que se volvían a ver las caras y que se tiraban los brazos y se empujaban para ver quién era el primero que tumbaba al otro bocarriba en la pista. Algo que no iba a ser fácil, porque no era la primera vez que coincidían en una pelea en una discoteca, aquella no había sido oficial, pero ésta había terminado con un mordisco en la oreja del traductor por escupirle dentro de su vaso. Y es que los historiadores eran conocidos por sus manifestaciones antibelicistas, la reivindicación continua del anarquismo como única salida frente al capitalismo depredador de la cafetería, pero sobre todo por su rectitud a la hora de contar la historia de la edad media. Pero cuando empezaba a hablar con ellos de historia, de lo que ha sucedido en los últimos veinte años en el mundo comienza en ellos a imponerse el revisionismo y la reinterpretación de los hechos que termina en una reescritura y en una refundación de la historia reciente. Así que cuando en una charla informal de discoteca el traductor le dijo al historiador que los últimos veinte años de historia habían sido escritos por los periodistas en los periódicos, entró en cólera y la fiesta de Navidad en el campus terminó en una pelea en la que tuvo que intervenir la policía y con el historiador en el hospital con cinco puntos en la oreja. Así que esta vez la historia se volvió a repetir, el traductor le sopló en la oreja al historiador, este recordó la sutura de la estudiante de enfermería esa noche en urgencias y el historiador se tiró al suelo y se hizo el muerto demostrando la debilidad de la historia en todas sus dimensiones.

1

e

1

r

s

,

M

l
e

e
l
s
s
e
l
a
,
s
l
a
l
s
n
o
s
,
n
a
a
l
l
r
e
a

..

Al Sr. Vladímir

Estimado Sr. Vladímir, director de la discoteca Propaganda:

Sé que hoy es su cumpleaños y quiero que sepa que si muere alguno de los luchadores usted será el máximo responsable, además no creo que este sea el mejor regalo para alguien que va a cumplir setenta años y lleva veintidós años al frente de este negocio, una circunstancia que no le exime de esa responsabilidad, porque una cosa es la violencia y todo su ecosistema de amenaza, castigo, coerción, aislamiento social, represión, que termina construyendo e imponiendo una realidad que la normaliza; y otra muy distinta es promover y participar directa o indirectamente en la muerte de un luchador. Y de nada me sirve la excusa de que todo esto lo hace por su gran discoteca, por sus trabajadores, sus familiares y los hijos que aún no han nacido, porque un luchador muerto es un muerto aquí y en Pekín. Pero más allá de la responsabilidad en esta pelea feroz que parece no tener fin, lo que no entiendo es por qué ha tenido que elegir un día tan especial de confeti y purpurina, soy consciente de que a medida que vamos envejeciendo y empezamos a darnos cuenta de que ni hemos salvado el mundo, ni tampoco lo hemos destruido, nos volvemos lo suficientemente mesiánicos como para pensar que todavía tenemos tiempo de salir en los libros de historia y ser portada de una revista de caza y pesca. Pero por muy bien que le quede el maquillaje y lo feliz que se sienta por la operación de alargamiento de pene que se ha hecho, eso no justifica la muerte de nadie, porque ninguna vida pertenece a nadie, ni el día de su setenta cumpleaños y mucho menos la de su hija María.

Hoy día de su cumpleaños y de esta Tercera Gran Pelea, los luchadores ganarán o perderán pero la memoria del horror de sus combates siempre permanecerá en ellos y en los espectadores. Ninguna de las personas que están en esta discoteca olvidarán su última noche aquí porque el dolor no distingue de vencedores y vencidos. La lucha es un deporte en el que hay reglas, árbitros, jueces, un sistema de competición que garantiza la justicia, luchadores que buscan el espectáculo para hacer disfrutar a los espectadores, poner en práctica lo aprendido en los interminables entrenamientos y la ejecución perfecta de la técnica que lo lleve al olimpo donde no hay victoriosos ni vencidos, solo hay deporte y competición, no redención, por eso los luchadores se dan la mano al principio y al final del combate, ganar hoy no significa que ganará el próximo combate, porque en una competición deportiva siempre hay una mañana hasta que las lesiones, o una depresión, terminan venciéndote. Pero en esta Tercera Gran Pelea no hay reglas, no hay un árbitro que garantice la equidad de una competición en la que solo puede ganar uno

mientras el otro luchador yace en el suelo sumido en el dolor y la humillación. Por eso nadie saldrá indemne de aquí, ni usted mismo el día de su cumpleaños, que tendrá que escribir en sus diarios de discoteca los refrescos de naranja que vendió, las veces que tuvo que limpiar los baños, el hielo que necesitó para calmar las fracturas de los huesos, la lejía que utilizó para quitar las manchas de sangre de la pista, los dientes que recogió del suelo como si fueran casquillos de bala y del dolor de la memoria. El dolor físico desaparece, termina curándose y dejando cicatrices, pero la memoria, la historia de los horrores de los combates de estas peleas perdurarán siempre, no solo en sus libros de discoteca, sino en la memoria colectiva de todos los que lo hayan vivido y de los hijos de los que lo vivieron, fueran vencedores o vencidos.

María antes de pitar el comienzo de los combates apareció de la nada, más guapa que nunca, se había recogido el pelo, lavado la cara, maquillado y pintado los labios de rojo, incluso se había puesto una camisa limpia, después que en el reservado le hubieran limpiado la herida con un refresco de naranja y se la hubiera cosido uno de los estudiantes de medicina tras comprobar que la bala había entrado y salido por el abdomen para terminar posiblemente en la pierna de otro estudiante. Tenía el mismo aspecto que el día que la conocí y me enamoré de ella en este viaje de fin de curso, se la veía recuperada y con ganas de luchar para venirse conmigo y vivir juntos en mi piso de estudiantes con Irene y Mykola. Estaba allí impertérrita, delante de uno de los mejores luchadores aficionados de la discoteca, un estudiante de publicidad que se había convertido en unos minutos en el mejor pupilo de la escuela del maestro Ilya. Todos los universitarios sabían que los publicistas eran gente luchadora, competitiva y creativa, capaces de comunicar y hacer publicidad de la poesía, un factor que podría ser determinante en el combate. María podía tener una técnica depurada, moverse ágil como una serpiente, tener la mejor navaja en las manos, pero si delante tenía a un ilusionista de la palabra, un vendedor de humo y un maestro de la propaganda, la realidad cambiaba radicalmente, aunque enfrente tuviera a María la campeona rusa de lucha grecorromana femenina de discotecas más joven de todos los tiempos.

La experiencia frente a la juventud, la verdad frente a la publicidad, el mensaje frente a la propaganda, dos luchadores, dos estilos, sesenta kilos de una estudiante experta en relaciones internacionales, frente a sesenta kilos de un estudiante de publicidad de un metro cincuenta y cinco centímetros de altura, rechoncho que se movía con la agilidad sorprendente de un enano saltarín capaz de girar el cuello ciento ochenta grados. Aquel rudo publicista no dudó en poner al servicio del combate todo su ingenio, su chispa y su palabrería para llevarse a María al suelo y retorcerla de dolor, pero nada pudo hacer frente a la fuerza y la destreza de ella a la que le bastó una de sus llaves para llevarlo al suelo y empujarlo con todas sus fuerzas sobre la pista de baile hasta hacerle colocar los hombros en el suelo mientras Ilya le gritaba «eres un maldito enano e ilusionista de la palabra y la poesía», al mismo tiempo que no dejaba de pegarle patadas para que abandonara la

epista arrastrándose, mientras María nos miraba con gesto de dolor y con la mano en la herida: viendo cómo luchábamos cada uno de los miembros de la escuela de Mykola. Aquella mirada supuso para mí un recuento que me recordó el beso que nos dimos en la pista de baile antes de que la Primera Gran Pelea empezara a derrumbar mi sueño discotequero de la última noche de este viaje de fin de curso.

La cuenta atrás había llegado al ecuador cuando terminó uno de los combates más duros hasta el momento, el de Iósif y el camarero que auxilió a María, uno de los pocos trabajadores disidentes de la discoteca que se habían pasado al lado occidental de la pista, aun sabiendo que nada iba a poder hacer contra el luchador que fue el precursor de esta guerra de luchadores que se estaba viviendo en una discoteca por primera vez en el mundo, un implacable Iósif que llevaba tiempo queriendo rendir cuentas conmigo y que para conseguirlo tenía que destruir a todos sus oponentes. Una violencia nunca vista hasta ahora en la pista y que hizo trizas a aquel camarero negro al que Mykola llamó hermano, empleando por primera vez en la pista de baile una de las técnicas de lucha no permitidas por el reglamento de la que Iósif fue consciente en todo momento. Una acción que acabó con su adversario inconsciente y un exultante ganador que estaba dispuesto a todo para seguir adelante con el beneplácito de un equipo arbitral que miró al otro lado y que ni siquiera escuchó las reclamaciones de uno de los observadores neutrales que se acercó como médico a comprobar el estado del hermano de Mykola al mismo tiempo que pedía su descalificación, porque no solo estaba estrictamente prohibido agarrar al oponente por debajo de la línea de la cintura, aplicarle zancadillas o usar las piernas activamente para realizar cualquier acción técnica, sino empujar al oponente sobre los pilares de acero que sustentaban las grandes columnas de sonido que hacía retumbar toda la discoteca y junto a la que acabó el hermano de Mykola que tras unos segundos inconsciente despertó y volvió en sí, sin acordarse nada de lo que había pasado, convirtiéndose en el primer luchador en vagar desorientado por la pista de una discoteca que definitivamente había entrado en una imparable espiral de guerra sin control.

La Tercera Gran Pelea ya tenía a su primer lisiado, un joven negro mudo y sin memoria que yacía en el lado occidental sentado en una silla y con la mirada perdida puesta en la pelea de Wislawa con uno de los oficiales de la escuela militar y compañero de habitación de Ilya. Ambos tenían cuerpos y pesos similares, ella con la cabeza rapada y vestida con un pantalón y una camisa blanca con estampados de rayas diplomáticas negras anchas que llevaba desde que cruzó el arco de seguridad del aeropuerto de Moscú y él vestido con un mono unicolor verde caqui de aviador. Los dos parecían salidos de una película de guerra, la única diferencia sustancial estaba en los zapatos, ella llevaba unos tacones altos con los que se movía como una garza por la pista de baile y él unas pesadas botas negras cuyas pisadas hacían temblar el suelo de terrazo. Los do-

ano dejaban de mirarse mientras se movían, ella como si tuviera a un violador enfrente y él como si fuera un lobo baboso que estaba a punto de comerse a una oveja. Pero Wislawa no era precisamente un corderito, debajo de ese traje de presidiaria estaba la presidenta de la Coordinadora nacional de la Asamblea Universitaria Medioambiental y de Derechos Humanos y Animales (AUMAYDHA), una de las asociaciones más activas del campus, lo mismo que organizaba una marcha para frenar el cambio climático, que se encadenaba una mañana en el despacho del rector para protestar por el desahucio de unos estudiantes que vivían en un edificio que una constructora quería transformar en apartamentos de lujo para estudiantes, o se desnudaba delante de una de las peleterías más famosas de la ciudad. Wislawa había demostrado durante los años de estudio que tenía una cualidad innata para la lucha, había pasado por situaciones en las que la ansiedad, producto de la permanente autoexigencia en la que vivía y estudiaba, la había llevado al borde del precipicio, pero siempre había salido indemne de todas ellas y lo hizo transformando la rabia de su oponente en tropiezos, la desesperación en agotamiento. Ella esperaba agazapada y concentrada, esquivando sus brazos, viendo cómo se rendía solo y caía preso de su propio peso y de la impulsividad de su violencia. Wislawa lo tenía ahora donde ella podía abalanzarse sobre él, agarrarlo del pecho y tirarlo al suelo sin esfuerzo alguno. El lobo había sido fagocitado por su propia leyenda, como el atún que está atado al anzuelo y se ahoga en su propio océano, el zorro perseguido a caballo hasta la extenuación o el oso asfixiado por una jauría de mastines. Wislawa había dado una lección a todos los luchadores, que puede vencer el más débil y, cuando eso ocurre, las luces de los focos de la discoteca brillan de otra forma y la música pone banda sonora a esta historia épica de la oveja que se había comido al lobo. Esta vez había sido así, pero no ocurrió lo mismo en el enfrentamiento del estudiante de informática y otro de los oficiales de la escuela militar y vicepresidente de la Banda de los Lobos de la Noche de Ilya, que se había convertido en el presidente más joven desde su fundación y que después de tumbarlo en la pista lo tuvo más de un minuto agarrado como una serpiente hasta que se quedó sin aire y colocó los hombros sobre la pista. Aquel luchador de la banda de moteros más temida de Moscú se levantó, alzó sus brazos de gimnasio y anabolizantes mostrándose como el luchador sobrenatural que se vería las caras en la siguiente ronda con el vencedor del combate entre Bural y Mykola.

Las relaciones de las personas que conviven en un piso de estudiante nunca son fáciles. Todo el que ha compartido piso lo sabe y Mykola y Burak no iban a ser una excepción en este juego de equilibrios que es la convivencia del día a día, en la que no es fácil que cuatro personas, que no se conocen de nada, construyan un hogar estudiantil en setenta metros cuadrados en los que cada inquilino entiende el compromiso de una forma. El año que compartieron piso Mykola, Iósif Burak y Jinping pasaron los primeros meses de ser una comuna que muchas noches comía junta.

y recogían la cocina y el salón de acuerdo a un cuadrante básico de limpieza de zonas comunes: aquel que había pegado en el frigorífico con un imán, a un segundo cuatrimestre en el que las cuatro habitaciones en los que cada uno dormían se convirtieron en un búnker donde estudiaban y comían, escondían la comida no percedera y guardaban los platos sucios de macarrones con tomates durante días. La vida comunera del primer mes, dio paso al liberalismo del segundo, e al anarquismo del tercero y a la vida monegasca del cuarto en la que cada uno había convertido su cuarto en un trastero cerrado con llave durante todo el día. El punto de inflexión de esta comunidad llegó cuando el cuarto de baño estuvo tres semanas sin limpiarse con una papelera llena de papeles con mierda reseca que originó una situación tan insostenible que tuvieron que llegar a un acuerdo para limpiar las zonas comunes y especialmente la cocina y los baños. El acuerdo consistió en pagar a Nelson para que ordenara y limpiara una vez a la semana las zonas comunes con un gasto extra que podían asumir perfectamente Iósif, Jinping y Burak que no tenían problemas para pagar el piso a final de mes, comprar comida, almorzar en el bar El Ruso todos los días y montar fiestas en el piso un jueves al mes; mientras que en otro extremo estaba Mykola, quien tenía que exprimir la beca como luchador de lucha grecorromana de la Facultad de Filología Clásica y que los últimos días del mes tenía que comerse las sobras que se habían congelado. A pesar de todo, el clima social en el piso era bueno, aunque detrás de ese aparente equilibrio hubiera un gran conflicto entre dos de sus inquilinos a los que el sorteo les había deparado enfrentarse entre sí para una plaza en los octavos de final.

^e Desde que Burak le abrió el primer día la puerta del piso a Mykola por recomendación expresa del Director de Literatura Griega, antes de preguntarle su nombre, lo llamó negro ^smientras que lo acompañaba a su habitación. No fue la mejor tarjeta de presentación para quien iba a ser el compañero que iba a ocupar la habitación zulo del piso. Con el paso de los días, la ⁿtensión entre ellos dos fue disminuyendo porque Mykola, sabía gestionar este tipo de situaciones: ^ydejándose querer, siendo afable, extrovertido y generoso, incluso demasiado algunas veces, e ^ílas que no dudaba en recoger el piso los días que no venía Nelson. Aunque todo esto cambió e ^rdía que vio a él y a su mejor amigo y compañero de piso besarse allí, delante de todo el mundo ^κen una de las fiestas que se organizaban los jueves por la noche en el piso. Lo que empezó siendo un beso de buenas noches terminó en una relación estable que no tenía espacio en la religión de Burak, ni en la familia eslava de Iósif, al que habían presentado a Mykola como el amigo que le salvó la vida en un atraco en el que le pincharon con una navaja en la pierna y en el que hubieron muerto desangrado si no hubiera estado allí. Pero en la facultad todo el mundo sabía lo de ellos: los besos y también la animadversión de Burak por Mykola, y en la discoteca todo el mundo sabía que Burak lo había planeado todo desde el principio para que comenzara en la discoteca el último día del viaje de fin de curso la Primera Gran Pelea entre Iósif y Mykola. Aquella tensión se podía ve

sen ese combate entre un lesionado Mykola y un Burak que odiaba la lucha grecorromana y todo lo que le rodeaba, pero que hacía todo lo posible para infligir todo el dolor que podía, antes de que Mykola con la elegancia que le caracterizaba luchando le devolviera en forma de llave todo el resentimiento guardado y lo dejara tumbado en la pista de baile hasta que Natalia certificó su victoria y se acercó a él, le dio la mano, lo levantó de la pista y le pidió perdón por si le había hecho daño, porque Mykola no estaba allí para vencer, para humillar, para matar, estaba para demostrar los principios sobre los que se asentaba la verdadera lucha grecorromana, el entretenimiento, el espectáculo y la deportividad.

¹ Unos principios que nada tenían que ver con lo que se estaba viendo en el combate entre Hilary y otro de los estudiantes de la escuela de oficiales militares en una de las esquinas de la pista de baile junto a una mesa llena de vasos vacíos. Una combativa y organizada Hilary que terminó doblegando a un oficial que le sacaba una cabeza, pero que había visto en la ceguera parcial de su ojo una ventaja estratégica para lanzar todos sus ataques por el lado izquierdo de aquel veinteañero tuerto que podría ser un buen pistolero, pero que en el combate cuerpo a cuerpo tenía pocas posibilidades frente a una Hilary que había asistido a todos los combates de Mykola de la Liga Oficial Interuniversitaria de Lucha Grecorromana. Un aspirante a militar que terminó tirado junto a Dmitri que tropezó y cayó al suelo cuando estaba a punto de vencer a un estudiante de química con el que se jugaba el pase a los octavos de final. La maniobra de Hilary casi lo saca de la pista y lo elimina, pero Dmitri se levantó rápido y emprendió un nuevo ataque con el que eliminó el primer obstáculo para cumplir lo que le había prometido a Ilya, que irían juntos hasta la final de este campeonato como dos hermanos de sangre que llevaban cuatro años sin verse, eligiendo meses de verano distintos para volver a casa en vacaciones y sin llamarse nunca cuando murió su abuela o atropellaron al último perro de la familia, un Ovcharka de color crema. Dmitri nunca perdonó que un día Ilya utilizara a este pastor caucásico que se había encontrado abandonado en la puerta de una discoteca, como perro de pelea. Ese día comenzó a deteriorarse la relación entre dos hermanos gemelos muy competitivos e indivisibles que terminaron separándose definitivamente el día que Ilya decidió ingresar en la escuela de oficiales militares y Dmitri en una Facultad de Filología Clásica a más de cuatro mil kilómetros de casa. Desde ese día no habían vuelto tampoco a verse, hasta que se cruzaron en la discoteca y la sangre volvió a unirlos, porque si había algo que Dmitri tenía claro es que él no iba a ser ese hermano que peleara contra su propio hermano y mucho menos en una discoteca, porque su padre le había enseñado un día en la nieve a los dos cuando aún eran unos niños que no hay vínculo más fuerte entre dos hermanos que el de la propia sangre que nace de la primera paliza de tu padre.

a

r

M

o
e
o
l
a
a
l

e
a
e
a
e
a
e
e
l
y
e
n
s
i
r
n
a
e
s
l.
e
o
a
e

..

Al Sr. Vladímir

Estimado Sr. Vladímir, director de la discoteca Propaganda:

No sé cuánto va a durar esta pelea, lo mismo usted lo sabe y podría decírmelo. Lo que sí me gustaría saber es si su discoteca le interesa que sea interminable y si no le preocupa para su espectáculo que los estudiantes no vuelvan a levantarse para asistir mañana a clase, deambular de silla en silla por las salas de lectura de la facultad, realizar trabajos interminables que entregar de un día para otro, almorzar durante tres días seguidos bocadillos o estudiar sin descanso toda la noche antes de un examen. Espero que tenga una razón muy poderosa para convertir esta discoteca en lo que sería lo más parecido a una zona de guerra. Con este estúpido campeonato estoy seguro de que, por muchos golpes, sangre, sudor y lágrimas que se derrame por el suelo usted estará bien sentado en su despacho, viéndolo a través de las cámaras de seguridad cómo se llena de dinero su caja registradora y cómo el servicio de mantenimiento limpia con lejía la pista una y otra vez. Pero aquí abajo no estamos bien, esto no es una pelea de discoteca de dos empujones, en la que antes de que vayas a pegar el tercero, tienes al supervisor de seguridad de la discoteca a tu lado para llevarte fuera a que te enfríes con el aire fresco de la calle, aquí tiene al personal de seguridad de su discoteca azuzando para que no cese el espectáculo, un cuerpo arbitral corrupto, unos camareros subiendo el precio de los refrescos y cortando el suministro de agua en los aseos. Esta no es la idílica competición que se anunciaba en las pantallas cuando entramos y que iba a convertir a su discoteca en la mejor del mundo, este es su proyecto personal, el ambicioso sueño de su propia locura de una competición que ha diseñado usted para que solo quede uno.

Para terminar la primera fase solo quedaban dos combates. La pista se había quedado casi vacía y sus márgenes se habían llenado de vencedores y vencidos, y cada uno marcados por hematomas, suturas, cabestrillos, vendajes poco ortodoxos que cubrían la cabeza, ojos tapados, labios rotos, hombros dislocados, cojeras, pero todos con el horror escrito en su memoria de lo que habían vivido en las peleas. En una esquina estaba Jinping y el estudiante de filosofía quieto y pensativo y en la otra yo con mis dos orejas de burro y mi elegante crotal colocado en el aeropuerto frente a un estudiante de arquitectura exultante que no dejaba de saltar y mover los brazos. Los cinco minutos que habían transcurrido, Jinping los había agotado observando impasible a un filósofo que no dejaba de dar vueltas por la pista de baile con las manos entrelazadas en la espalda y mirando al suelo hablando solo. Jinping representaba la constancia.

y, el filósofo de enfrente, la duda y la indeterminación del pensamiento. Puede que Jinping no fuera el mejor estudiante de la discoteca, pero si era el más inteligente de sus tres hermanos, no era tampoco ni guapo, ni alto, ni gordo, pero se movía con agilidad, trabajador, constante y muy autoexigente, lo que era muchas veces un lastre. Tampoco destacaba en algo especialmente, pero tenía un humor amarillo único y una sonrisa permanente que no le servía para doblegar a un filósofo que se mantenía firme y pensativo frente a él. Para un filólogo de compleción asiática estándar, intentar tumbar a un vikingo de metro noventa y cien kilos no iba a ser fácil, pero Jinping sabía que todo filósofo tiene un pensamiento débil y no iba a descansar hasta que lo hiciera caer de espaldas. Para conseguirlo solo tenía que pasar una cosa, que su pragmatismo terminaría venciendo a su teoría del pensamiento. Todo el mundo que observaba el desenlace de esta pelea sabía que Jinping solo tenía que encontrar el momento para consolidar su hegemonía: posición en la pista lanzándose a la cintura del filósofo y rodearlo con sus brazos con las manos por la espalda. Si su habilidad técnica lo conseguía, desactivaría a un filósofo a quien su pensamiento lo llevaría a su propia derrota. Y, como si fuera ese teatro griego propagandístico que exaltaba las gestas de las polis, las victorias militares, así como sus virtudes morales, Jinping logró atrapar al pensador para tirarlo al suelo con todas sus fuerzas. El estruendo del golpe de filósofo en la pista se escuchó en toda la discoteca, demostrando que puedes ser el luchador con los pensamientos más sólidos, pero si tus pies son de barro, hasta una hormiga pequeña puede tumbarte fácilmente. Una vez más el pragmatismo de Jinping, con un hígado de acero capaz de estar toda la noche bebiendo sin parar y sin perder la sonrisa, venció al teórico del sabor de los refrescos de naranja, la geometría de los cubitos de hielo y el diseño del continente. Una vez más la inteligencia del escorpión venció a la confiada rana.

o Cuando el filósofo cayó a mis pies, el arquitecto, el hombre del lápiz y la línea recta ya habían intentado en varias veces atrapar me por las orejas para lanzarme contra el suelo y es que era la primera vez que se veía en una pista a un hombre con las orejas tan largas y puntiagudas. Pero yo no me iba a dejar tan fácilmente atrapar y tumbar por alguien que se creía el mejor luchador del mundo y que solo buscaba el reconocimiento personal de su propia pelea sumido en su propia vanidad. Nunca imaginé cuando empezó este viaje de fin de curso, que comenzó pareciendo una anodina salida por un turístico Moscú, terminaría dándome un motivo para luchar y es que, desde la distancia, por muy bien que te lo muestren en una presentación en clase con cientos de imágenes y textos no es lo mismo que descubrirlo, que vivirlo en un viaje al que estuve a punto de renunciar cuando vi la nota publicada de Literatura Griega. La venganza se había consumado y la persona que más me había ayudado todos estos años se había convertido en mi verdugo. Si no hubiera sido por mis compañeros de piso que me arrojaron esa noche y me invitaron a olvidarlo todo hasta que volviera del viaje de fin de curso que llevábamos cuatro años.

preparando, hubiera vuelto a casa esa semana para prepararme la revisión del examen. Así que allí estaba yo, delante de su sobrino coreano, peleando por lo único que se puede pelear en este mundo: por ese amor de viaje de fin de curso.

Todo el que lucha sabe que terminará ganando el amor y será el amor el que parará los empujones y los golpes, el que coserá las heridas, el que hará posible que cicatrice y que el odio no las reabra. El amor te hará sordo frente a la música que te empuja a no parar de pelear, a no escuchar el zumbido de la muchedumbre a tu alrededor acosándote. El amor te guiará siempre a la victoria. Vivas o mueras, el amor quedará en la memoria de todo, en los golpes que diste, en el sudor y en las lágrimas que resbalaron por tu piel, en la mirada del sufrimiento, ganes o pierdas el amor vencerá. Todos luchábamos por el amor, aunque cada uno tuviera su propia visión de él pero allí en la pista de baile todos peleábamos por ese ideal del amor y justicia en el que cada uno estaba inmerso en la individualidad de su pelea, porque todos sabíamos en esa discoteca que solo podía amar quien vivía y, quien moría, viviría en el limbo de la memoria. Los muertos no aman, por eso se llaman muertos. Todo el mundo allí luchaba por amor, ese amor que nada tenía que ver con las secuelas que quedarían en cada uno de los luchadores que sabían que solo pueden odiar y amar quien vive, perdiera o ganase ese combate, y que los muertos solo se tendrían que conformar con ser recordados. Todo el mundo que estaba en la discoteca sabía que, si quería seguir viviendo, seguir amando, tenían que vencer, luego vendría la consolidación de un nuevo orden, con nuevas reglas sobre el amor y nuevas formas de amar odiando, como la redención, la represión, la humillación, la exaltación de la victoria, la construcción de la memoria de los vencedores y otras formas de amor tóxico. Yo quería vivir, quería amar a María, quería verla en mi facultad, quería que me contara, cuando nos viéramos en el piso de noche, cómo le había ido el día mientras cenábamos antes de seguir estudiando, quería que existiera un mañana para nosotros. Y para que sucediera eso, yo tenía que vencer ahora a ese arquitecto que también quería amar, vivir y ganar. En aquella discoteca estaba en juego un nuevo orden del amor basado en las reglas de quien venciera en el campeonato y en la cosmovisión de lo que entendiera por él porque, ganara quien ganara, vencerían el amor y la vida contruidos bajo un amanto de sudor, golpes y muerte.

Doblegar al arquitecto estaba siendo más difícil que enderezar una línea curva, pero el tiempo se acababa y tenía que tomar decisiones, porque sabía que, si no conseguía que sus hombros tocaran el suelo, el corrupto cuerpo arbitral lo proclamaría vencedor. Se podría decir que técnicamente iba perdiendo el combate, estaba siendo demasiado conservador porque el miedo a perderlo todo me tenía paralizado. Hasta que María y Mykola se pusieron tan cerca como para escucharlos decir que ahora era mi momento que quien no arriesga no gana. Me reconocí en aquellas palabras y recordé todos esos momentos en los que me he dicho todo o nada desde que

comencé por error los estudios universitarios de Filología Clásica y tomé la decisión de dejar mi casa, la comodidad del plato de comida por delante para almorzar, la ropa planchada y lavada en el cajón o el transporte gratuito y aposté por mirar por mi futuro, aun sabiendo que mi padre si quedaba solo en la librería y yo partía sabiendo que ya no volvería. Tomé la decisión de irme sin tener piso aún, de elegir unos estudios que nada tenía que ver con la tecnocracia que se había instaurado en el mercado laboral, presentarme a delegado de la facultad sabiendo que eso alastraría mis estudios o hacer este viaje de fin de curso que llevamos mucho tiempo organizando y que representaba un punto de inflexión. Tenía que decidir si quería ganar o quería perder, así que me lancé hacia él como quien tiene mucho que ganar y poco que perder, lo tiré al suelo y antes de que se repusiera hice colocar sus hombros sobre la pista. Había ganado el combate, había ganado el amor.

e

o

M

a

e

e

a

o

a

s

l

o

l

l

;

e

l

o

s

e

a

a

l

e

comencé por error los estudios universitarios de Filología Clásica y tomé la decisión de dejar mi casa, la comodidad del plato de comida por delante para almorzar, la ropa planchada y lavada en el cajón o el transporte gratuito y aposté por mirar por mi futuro, aun sabiendo que mi padre se quedaba solo en la librería y yo partía sabiendo que ya no volvería. Tomé la decisión de irme sin tener piso aún, de elegir unos estudios que nada tenía que ver con la tecnocracia que se había instaurado en el mercado laboral, presentarme a delegado de la facultad sabiendo que eso lastraría mis estudios o hacer este viaje de fin de curso que llevamos mucho tiempo organizando y que representaba un punto de inflexión. Tenía que decidir si quería ganar o quería perder, así que me lancé hacia él como quien tiene mucho que ganar y poco que perder, lo tiré al suelo y antes de que se repusiera hice colocar sus hombros sobre la pista. Había ganado el combate, había ganado el amor.

M.

Al Sr. Vladímir

Estimado Sr. Vladímir, director de la discoteca Propaganda:

Usted ya nos tiene donde quería, ¿y ahora qué? Porque esto solo han sido los dieciseisavos de una pelea a la que le quedan para llegar para la final cuatro fases más. ¿Qué más quiere que aprendamos? Hemos conocido la humillación, el dolor, la violencia, el llanto, la hiel de la victoria y las lágrimas de la derrota, pero si hay algo que he aprendido por encima de todo esto es que no veo final ninguno. Tengo la percepción que este estado de catarsis no desaparecerá en muchos minutos, que la música seguirá hasta que usted decida apagarla y eche a la gente de su discoteca para que vuelvan a sus casas donde cuenten y revivan una y otra vez esta pelea infinita. Soy consciente de que estamos en un punto irreversible, que aún queda lo peor por venir, así que me gustaría pedirle que no quite la calefacción porque no quiero morir congelado, que reponga los botelleros para que podamos seguir hidratándonos, que Revolución1917 no deje de pinchar música y que si algunos de los focos que alumbran nuestros hematomas se apagan, los repare. No deje de limpiar sus letrinas, ni deje que los vasos vacíos se acumulen en las mesas y si alguno de los camareros que están haciendo de paramédicos se pone enfermo, ponga a otro en su lugar porque si tenemos que luchar que sea disfrutando, sabiendo que, aunque nuestra integridad física está en peligro, no sufriremos una hipotermia, ni caeremos desfallecidos en la pista y podremos ir al baño descalzos sabiendo que nuestros pies no se van a llenar de orina.

Los octavos de final de esta Tercera Gran Pelea comenzaron con la llamada alta y clara de Natalia, para que todos los ganadores se acercaran al centro de la pista de baile, aun sabiendo que estaba incumpliendo el artículo 23 del reglamento de la Federación Internacional de Lucha Greco-romana de Discotecas (FILGD), en el que se dice que un luchador no puede ser llamado a competir en un nuevo combate hasta que no hubiera transcurrido un período de descanso de veinte minutos a partir de la finalización de su combate previo, pero allí lo que menos importaba ya era el reglamento, que se había convertido en un documento sin valor, de un campeonato donde imperaba la ley marcial discotequera y lo que importaba era seguir y luchar hasta el final. En el lado occidental se colocaron los latinos que vencieron en la anterior fase y que aún jadeaban y se recuperaban de la fatiga de los combates. Allí estábamos James, Nelson, Irene María, Wislawa, Mykola, Hilary y yo; y en el lado oriental Ilya, el estudiante de periodismo, e de psicología, el traductor, Iósif, uno de los estudiantes de la escuela de oficiales militares Dmitri y Jinping; y en medio todavía algunos de los cuerpos de los vencidos tumbados y

esparcidos por toda la pista, los cuales los camareros iban apilando alrededor de la misma para después atiborrarlos de refresco de naranja y llenarles los estómagos para que no se pudieran mover y formaran una trinchera infranqueable de cuerpos inertes y lisiados de la que no pudieran escapar ninguno de nosotros. Natalia se colocó entre ambos bloques y volvió a recordar la regla más importante del reglamento de lucha grecorromana, que si querían ganar solo había un camino el *touché* o «tocado», porque a partir de ahora el sistema de puntos había quedado invalidado y en la nueva ronda de peleas solo había una opción para ganar a tu contrincante: colocar su espalda sobre la pista de baile y, lo que antes estaba prohibido, ahora se había convertido en un dogma de la pelea, como lo de agarrar al oponente por debajo de la línea de cinturón, aplicarle zancadillas o usar las piernas activamente para realizar cualquier acción técnica. Aún no había terminado de explicarla cuando Ilya comenzó a reírse con una malicia que terminó contagiando a todo el lado oriental, mientras que en el occidental observábamos imposibles, agarrados de las manos, aquella demostración antideportiva que nunca se había visto hasta ahora en ninguna competición de ninguna discoteca del mundo. Natalia pidió silencio, para que solo se escuchara la música en toda la discoteca para nombrar a los dieciséis luchadores que se iban viendo en las todas las pantallas de la discoteca, que se habían convertido en el único canal oficial de esta Tercera Gran Pelea y en las que se iban viendo también las maniobras técnicas más espectaculares, los golpes, los hematomas y las entrevistas que iban haciendo a los luchadores antes y después del combate, pero en la que no se veía nada ilegal que pudiera comprometer a los luchadores, mientras que en la pizarra, donde hasta ahora habían estado anotados los cócteles del día, estaban apuntados con tiza en un lado el nombre de los treinta y dos luchadores y las cuotas de las apuestas, ordenadas de menor a mayor. En lo más alto de la tabla y en primera posición, Ilya, y en la parte baja y sin casi opciones de ganar, yo.

Natalia hizo el primer llamado uno a uno y, a medida que iba diciendo sus nombres, se iban colocando en el centro de la pista frente a su oponente, hasta que nombró a James y no apareció. Cualquier luchador tenía garantizado —si no respondía al primer llamamiento—, ser llamado tres veces, en intervalos de treinta segundos en francés, en inglés y en ruso, pero James no se presentó, lo que significaba que Ilya había ganado el combate por *forfait*. Cuando Natalia terminó de nombrar a todos los luchadores y comprobó que James había desertado, proclamó vencedor a Ilya que en ese momento enfureció. James había aprovechado un permiso para ir al baño para desaparecer y abandonar la competición, había decidido que no iba a luchar más, que no quería formar parte de esta pelea, aunque tuviera que convertirse en un proscrito y no poder pisar nunca más las mejores discotecas del mundo. Ilya encolerizado mandó a sus compañeros a buscarlo pistolas en mano, pero llegaron al baño y ya no estaba, y nadie de los que estaba allí delante del espejo tomando drogas, ni los dos que estaban encerrados en los baños haciendo un

afelación y tampoco el solitario borracho que se encontraba en una esquina meando fuera de orinal casi sin tenerse en pie, lo habían visto. James era un maldito irlandés pacifista que había decidido cursar los estudios de Filología Clásica para entender por qué las democracias tienen como instrumento las guerras y la represión para imponer un nuevo orden de las cosas y no para luchar y morir en una discoteca por un director que cree estar en posesión de la verdad, por eso había desaparecido y ni los camareros, ni la chica del guardarropa, ni sus compañeros sabían dónde se había escondido. Cuando los compañeros de Ilya volvieron a la pista para informarle de que al desertor de James se lo había tragado la discoteca, en un ejercicio de rabia se fue hasta el estudiante de veterinaria y lo empujó a la pista para que lo sustituyera. No importaba que fuera uno de los observadores neutrales, lo que importaba era seguir adelante con la pelea y no dejar duda de que a él no le iban a regalar ninguna victoria. Antes de pitar el comienzo de los ocho combates al mismo tiempo, Natalia informó al resto del equipo arbitral sobre el nuevo contrincante, ninguno de ellos puso objeción y asintieron con la cabeza y ella procedió a examinar la vestimenta de todos ellos para comprobar que no estaban cubiertos con alguna sustancia grasa o resbaladiza, verificar que no estuvieran sudados y revisar que las manos de todos los luchadores estuvieran limpias y no ocultaran entre sus dedos algún trozo de cristal de un vaso roto. A continuación, los luchadores se saludaron entre sí, estrecharon sus manos y cuando Natalia hizo sonar su silbato comenzaron los ocho combates.

^a El primero de los combates que terminó fue el Ilya contra el estudiante de veterinaria, al que nada le sirvieron los veranos en el zoológico cuidando a los animales más grandes y salvajes del planeta, él podía quitarle una astilla a la pata de un elefante, inspeccionar el cuerno de un rinoceronte o entrar en la jaula de los gorilas a limpiarla, pero nunca se había enfrentado a alguien con tanta sed de venganza. Un oso malherido y sin anestesia hubiera sido más fácil de curar que agarrar a Ilya, que se abalanzó sobre él y lo estampó contra el suelo, dejándolo inconsciente y haciendo ver al resto de sus compañeros de equipo el camino que debían de tomar. Aquella demostración de inhumanidad era la máxima expresión de lo que representaba aquella Tercera Gran Pelea convertida ahora en una irreversible huida hacia delante. Y es que como en las guerras, el primer soldado que ves morir no se olvida, da lo mismo quien haya disparado antes o de que bando sea, convirtiéndose en la primera lección de la guerra, la de tú eliges si quieres ser el siguiente o no, si tú quieres pasar a la siguiente fase o quieres acabar en la trinchera infinita de la pista de baile, tú eliges si quieres sobrevivir y volver del viaje de fin de curso o morir y quedarte vagando por las calles de Moscú. Si no hubiera sido por la rápida intervención del estudiante de medicina que trepanó con un sacacorchos la cabeza del estudiante de veterinaria, este se habría quedado tonto para toda la vida o hubiera muerto. Nadie, como en las guerras, tenía claro que, en aquella discoteca, lo mejor que te podría pasar era volver a casa.

llisiado, con el cuerpo lleno de metralla, paralizado, sin poder hablar y con una mísera pensión de la aseguradora de la discoteca para toda la vida o morir y que te colocasen un cheque en el bolsillo de la chaqueta del uniforme dentro del ataúd para que tu familia pudiera enterrarte en un apanteón y evitar así hacerlo en la fosa común de los caídos.

Lo que comenzó siendo un desamor de dos estudiantes homosexuales en la primera pelea se había convertido en la demostración de que la violencia y la deshumanización del hombre no tienen límites. El siguiente en vencer fue Nelson, que dobló al estudiante de periodismo doblando así la honestidad negra a la palabrería racista de quien cree tener el poder de la palabra para hacer el bien o el mal. En poco menos de dos minutos cayeron también del equipo de Ilya el psicólogo al que Irene no dio opción a que hurgara en sus heridas y el estudiante de traducción que se enfrentó a una María que estaba dispuesta a darlo todo por marcharse de Moscú, instalarse en nuestro piso y hacer un Máster Interuniversitario en Diplomacia y Relaciones Internacionales. En el cuadro de clasificación de la derecha, el equipo oriental se había quedado solo con un representante de los ocho que habían comenzado la Tercera Gran Pelea. Solo quedaba el favorito de todas las apuestas para ganarla, el nieto del director. Mientras en el equipo occidental, de los ocho habían quedado tres. Nelson se enfrentaría al *nietísimo* y María e Irene se enfrentarían la una contra la otra en la próxima ronda, una vez que concluyeran todas las peleas, haciendo que la crueldad extrema llegara a los combates. Una pelea entre dos amigos que cuando regresaran de este viaje de curso tendrían que seguir compartiendo el piso de los estudiantes en el barrio de la judería que estaba junto a la facultad de la universidad.

1

a

e

o

e

a

e

a

í

a

e

a

e

1

a

M

lisiado, con el cuerpo lleno de metralla, paralizado, sin poder hablar y con una mísera pensión de la aseguradora de la discoteca para toda la vida o morir y que te colocasen un cheque en el bolsillo de la chaqueta del uniforme dentro del ataúd para que tu familia pudiera enterrarte en un panteón y evitar así hacerlo en la fosa común de los caídos.

Lo que comenzó siendo un desamor de dos estudiantes homosexuales en la primera pelea se había convertido en la demostración de que la violencia y la deshumanización del hombre no tienen límites. El siguiente en vencer fue Nelson, que doblegó al estudiante de periodismo, doblegando así la honestidad negra a la palabrería racista de quien cree tener el poder de la palabra para hacer el bien o el mal. En poco menos de dos minutos cayeron también del equipo de Ilya el psicólogo al que Irene no dio opción a que hurgara en sus heridas y el estudiante de traducción que se enfrentó a una María que estaba dispuesta a darlo todo por marcharse de Moscú, instalarse en nuestro piso y hacer un Máster Interuniversitario en Diplomacia y Relaciones Internacionales. En el cuadro de clasificación de la derecha, el equipo oriental se había quedado solo con un representante de los ocho que habían comenzado la Tercera Gran Pelea. Solo quedaba el favorito de todas las apuestas para ganarla, el nieto del director. Mientras, en el equipo occidental, de los ocho habían quedado tres. Nelson se enfrentaría al *nietísimo* y María e Irene se enfrentarían la una contra la otra en la próxima ronda, una vez que concluyeran todas las peleas, haciendo que la crueldad extrema llegara a los combates. Una pelea entre dos amigas que cuando regresaran de este viaje de curso tendrían que seguir compartiendo el piso de estudiantes en el barrio de la judería que estaba junto a la facultad de la universidad.

M.

Al Sr. Vladímir

Estimado Sr. Vladímir, director de la discoteca Propaganda:

Por muy alto que ponga la música, el odio no dejará de escucharse. El odio no es un cubito de hielo que termina derritiéndose en un vaso, ni una mancha en la barra que pueda limpiarse simplemente con una bayeta. El odio es más ese olor a vómito en un baño que por mucho que friegues con lejía el suelo sobre el que ha caído y las paredes que ha salpicado se quedan impregnado en la atmósfera. El odio son las marcas de las pisadas de los discotequeros que saltan sin parar en la pista de baile al ritmo infernal de la música, los arañazos de las monedas en la barra cuando pagas, las huellas de las manos en los bastidores de las puertas, las marcas de la orina debajo de la tapa del váter, la niebla de la máquina de humo impregnándolo todo y el olor de la ropa de la discoteca que ha quedado después de lavarla. El odio es la cicatriz que no quedará cuando salgamos de aquí y sobre la que tendremos que echarnos protector solar toda la vida. No alimente más el odio, ponga fin a esta pelea y podremos volver a casa con la sensación de que ha sido una alucinación del éxtasis que su jefe de sala echaba en los refrescos de naranja no deje que este dolor no tenga punto de retorno. Aún está a tiempo de hacernos ver que había reglas, que toda esta pelea estaba basada en las leyes de la deportividad, porque el deporte es eso una competición y el cumplimiento de un reglamento hasta el pitido final que termina con la firma de las actas arbitrales, las ruedas de prensa, la reflexión y después el olvido hasta el próximo combate. Aún está a tiempo de pararlo todo, de decirle a Revolución1917 que baje el volumen y ponga música para bailar, no para destrozar nuestros cuerpos, párelo todo, porque quien siembra odio en una discoteca recoge vasos rotos.

Los niveles de odio en los combates iban subiendo y muchos se aproximaban al punto de no retorno, a ese momento en el que has decidido que cuando termine no habrá abrazo, un apretón de manos o una simple enhorabuena, porque lo que se estaba gestando eran miradas y gestos antideportivos como los que se podían ver en la pelea entre Iósif y Wislawa, el rusito de Georgi, contra la polaca rubia rapada en el aeropuerto que terminaron haciendo de esta Tercera Gran Pelea un asunto personal de la universidad que llevaba tiempo pendiente. Si una pelea ilegal fuera de todo circuito mundial de discoteca era un acto de injusticia social que solo el ser humano puede hacer contra su propia especie, el hecho de utilizar esta pelea como excusa para arreglar todos los conflictos que habían tenido en la universidad desde que los dos se conocieron la hacía aún más inhumana. Pero el destino había querido que los dos se volvieran a ver las caras.

meses después de que la universidad echara a quien iba a ser el director del proyecto de fin de grado de Iósif, por intentar abusar sexualmente de ella en su despacho durante la revisión de un examen. Aunque ninguno de los dos quería admitir que todo venía de tiempo atrás, que Iósi había pensado muchas veces cómo devolverle a Wislawa lo que le hizo en la manifestación contra la homofobia universitaria que se había instaurado en algunos estudios en los que la homosexualidad no estaba bien vista, sobre todo en las ingenierías, en informática, geología, en las que no se podía mostrar en público tu orientación sexual; todo lo contrario que en la Facultad de Filología Clásica donde estaba instaurado el liberalismo emocional desde hacía mucho tiempo. Para esa manifestación a Wislawa no se le ocurrió otra cosa que poner en el cartel de la convocatoria una foto de Mykola y Iósif besándose en una fiesta al estilo de uno de los besos más famosos de la historia, el que tuvo lugar entre los líderes comunistas Erich Honecker de Alemania Oriental y Leónidas Brézhnev de la Unión Soviética durante el 30 Aniversario de la República Democrática Alemana en junio de 1979 y el que la historia se refirió a él como el beso fraterno socialista, un ritual con el que los líderes de los estados comunistas escenificaban su alianza y hermanamiento. Aquel beso entre Mykola y Iósif al estilo triple Brézhnev, primero un abrazo y tres besos en las mejillas —primero en la izquierda, después en la derecha y, por último en los labios— se mostró en un cartel que enfureció a Iósif quien amenazó a Wislawa con un ultimátum de que si no los del campus haría público todos los sabotajes con sus amigos de los grupos antisistema de la facultad de historia. Wislawa no se achicó y no retiró los carteles y Iósi filtró imágenes de ella saboteando las cerraduras y pintando en las puertas de la sala donde iba a producirse la conferencia del líder del partido de ultraderecha la frase «no queremos vuestro magisterio de pajas mentales malditos fascistas». Aquello hizo que el rectorado abriera una investigación que terminó con un expediente disciplinario, una amonestación privada por una falta leve y la restitución de la puerta a su estado anterior. Desde ese día Wislawa quedó señalada en la Universidad y todo lo que hacía era vigilado por la comisión disciplinaria, algo que no impidió que la presidenta de la coordinadora nacional de la asamblea universitaria de Medioambiental y de Derechos Humanos y Animales (AUMAYDHA) cesara su activismo y emprendiera una cruzada contra Iósif, al que ahora tenía enfrente buscando la forma para tumbarla, hasta que lo consiguió, en gran parte por la delgadez de Wislawa y esa pequeña cojera en la pierna derecha que tenía de nacimiento de la que nadie se había dado cuenta. Solo el odio de Iósif vio hacia dónde tenía que orientar el cuerpo para tumbarla bocarriba y hacer que sus hombros tocaran la pista de baile al mismo tiempo que le golpeaba la cabeza, la dejaba inconsciente y la sacaba a rastras de la pista, tirando del único mechón de pelo rubio que le quedaba en su cabeza rapada, para colocarla con el resto de los luchadores moribundos que yacían en los bordes de la pista.

e Mykola entró en cólera, no podía creer que su expareja humillara de esa forma a una de las personas que más había luchado por él anteponiendo su futuro académico, que lo había acompañado a todos los combates de la liga universitaria o incluso le había dejado en varias ocasiones que durmiera en su habitación los días en los que Iósif se iba solo de fiesta a la discoteca más exclusiva de la ciudad y sabía que vendría borracho y tendría que soportar su espectáculo de voces, sus cantos racistas y a los vecinos amenazando con llamar a la policía. Esos días era mejor irse en busca de refugio que enfrentarse a un homosexual reprimido ruso católico ultra ortodoxo. Todos nos vemos alguna vez sometidos al odio sin ser conscientes. El odio es una fuerza furibunda que entra como un rayo y a Mykola le atravesó como el foco de luz que estaba sobre su cabeza y que no dejaba de dar vueltas disparando sus haces e impactando en todos los luchadores sumiéndolos en la ira que se había oficializado en cada combate. El odio ayudó a un malherido Mykola a vencer a aquel estudiante de la escuela de oficiales al que no le dio tiempo ni sacar la cuchara imperial que le había dado Ilya para que hurgara con ella en su cicatriz y removiera sus tripas hasta que se arrodillara, para después empujarlo y que cayera de espaldas. Pero Mykola, que veía impotente cómo arrastraban a Wislawa, solo pudo hacer una cosa, coger a su oponente y lanzarlo hasta las trincheras de los vencidos para que hiciera del colchón de ella. Solo ganando pudo devolverle a Wislawa todo lo que había hecho por él hasta ahora, aunque le esperara en la próxima ronda el combate más duro de todas las peleas de la discoteca en las que había estado.

a Después de vencer Mykola y salir de la pista a despertar a Wislawa que iba recuperando la conciencia con un refresco de naranja que le había traído su hermano, ya solo quedaban en la pista dos combates, de los que iban a salir los dos últimos luchadores que pasarían a los cuartos de final. El primero saldría del combate de Dmitri y Hilary, que hasta el viaje de fin de curso habían sido amigos inseparables, tanto que en la facultad se escuchaba que él había pasado algunas noches del último cuatrimestre estudiando con ella en su piso sin tener examen al día siguiente. Nadie sabía si había sucedido algo entre ellos, pero la relación de Irene y Dmitri hacía tiempo que se había roto, y la de Hilary con Nelson no pasaba por el mejor momento. Irene después de ganar su pelea, vio a su exnovio y a su amante enfrentándose en la pista, lo que sembró en su cara una sonrisa maliciosa. Generalmente, cuando dos amantes se enfrentan siempre pierde el amante más débil y eso pasó, que venció Dmitri, queriendo demostrar a Irene que lo que había sucedido entre ellos no había sido nada, que seguía queriéndola y que quería volver a vivir con ella porque Hilary solo había sido el sueño de una noche de discoteca. Cuando terminó el combate entre Dmitri y Hilary, Irene se fue hasta los dos, los miró y le dio la mano a Hilary para que se levantara de la pista y se la llevó al lado occidental, mientras que Dmitri se iba

sal otro lado y se colocaba a la derecha de su padre y junto a su hermano Ilya, quedando solo en la pista Jinping y yo.

^s Yo no debería estar allí, debería de haber salido de la discoteca antes de que cerraran las ^apuertas para no formar parte de este espectáculo. Quedarme allí significó ser cómplice de los ^llisiados y los muertos que salieran por esa puerta y ahora ya solo quedaba una opción: huir ^eencontrar la forma de escapar de allí y dejar la barbarie antes de convertirme también en un ^overdugo con las manos manchadas de sudor. Yo había ido a muchas discotecas, en todas siempre ^lhabía habido una pelea, pero nunca había participado hasta ahora en ninguna, porque yo era de ^zesos que cuando veían que iban a empezar los vasos y los puños a cortar el aire, buscaba un lugar ^lseguro donde refugiarme hasta que el equipo de seguridad ponía orden dentro y mandaba a la ^ocalle a los luchadores a terminar de romperse los huesos. Pero esta vez no podía hacerlo, no ^epodía huir, aquello no era una pelea de dos estudiantes que discutían por un hueco en la pista de ^lbaile, porque uno de ellos le hubiera derramado a otro el refresco sobre la camisa recién ^eestrenada o habían mirado a la misma persona que estaba bailando en la pista. Aquello tenía que ^aver con el futuro de nuestro viaje fin de curso y el de María, estaban en juego los billetes de ^eavión de regreso a casa de todos los estudiantes que estábamos allí y que ahora mismo estaban en ^ala caja fuerte del despacho de director de la discoteca junto con nuestros pasaportes y el de ^eMaría. Nunca deberíamos haber llegado a este punto de no retorno, deberíamos haber intentado ^enegociar una salida, siempre hay margen para ceder, para acercar posiciones y hacer ^aconcesiones, aunque hubiéramos tenido que subir al despacho del director y no salir de allí hasta ^ono tener un acuerdo de mínimos que implicara grandes sacrificios de ambas partes. Pero aquello ^aera representaba el pasado, la pelea que no debía haber empezado y lo que había delante de mí era ^eel presente y se llamaba Jinping.

^o Cuando comenzó el combate yo pensé en un primer momento que quizás debería dejar que él ^ame cogiera por la cintura, me lanzara sin piedad al suelo y estampara mi espalda sobre la pista de ^abaile. Era la solución más fácil, como cuando piensas en no presentarte a un examen porque ^ehabías decidido dejar esa asignatura para después del verano y si no para el año que viene, pero ^eluego, después de mucho pensarlo y de unas cuantas vueltas alrededor de ti de un paciente ^lJinping, decidí que rendirme con la excusa de que esta no era mi pelea, era la forma sencilla de ^eratificar el nuevo orden en la discoteca Propaganda que afectaría también al equilibrio del grupo ^ade las veinte mejores discotecas del mundo a la que pertenecía. Si me rendía ahora, estoy seguro ^ode que no podríamos recuperar los billetes de avión, los pasaportes de todos los estudiantes y el ^ade María, que no podría dejar la discoteca y volver hoy. Así que no me quedó otra opción que ^aluchar y ponerme a la ofensiva para que los hombros de Jinping tocaran la pista de baile antes ^eque los míos, algo que él no me iba a poner fácil. Puede que Jinping no tuviera tanta experiencia

como yo en peleas de discoteca, pero su constancia, su capacidad de aprendizaje, su inteligencia y su orgullo no tenían límites. Yo tenía experiencia porque había entrenado muchas veces con Mykola en el gimnasio de la facultad, había ido también con mis compañeros a todos los combates del circuito universitario de lucha, visionado muchos videos de los luchadores a los que se tenía que enfrentar ese fin de semana y todas las peleas de los últimos juegos olímpicos en los que Mykola soñaba algún día participar con el equipo olímpico de Ucrania y ganar una medalla de oro, algo de lo que estoy seguro conseguirá algún día ese negro de 87 kilos. Jinping era el pragmatismo y yo la experiencia de un joven aprendiz de luchador que frente a su determinación y la seguridad de sus movimientos solo podía oponer resistencia con creatividad y atacar con la técnica eficaz de quien desde niño había sufrido numerosos episodios de acoso escolar. No sabría decir cuál de ellos había marcado mi vida, pero lo que sí sé es que de ellos aprendí a olvidar, a sonreír, a no magnificar, a resistir, pero también que podía vencer. Podía decir que yo estaba frente a uno de los mejores luchadores de los octavos de final, que estaba a punto de ganar por puntos, hasta que se equivocó en su estrategia de pensar que era invencible y que podía dividir en dos la discoteca solo clavando los pies en la pista. Fue en ese momento de vanidad suprema cuando vi el hueco para agarrarlo, tumbarlo y hacer que sus hombros tocaran el suelo. Y así fue como el canto del grillo venció al rugido del tigre operado de amigdalitis.

o

r

M

a

o

a

l

e

e

o

e

e

o

o

l

e

s

a

como yo en peleas de discoteca, pero su constancia, su capacidad de aprendizaje, su inteligencia y su orgullo no tenían límites. Yo tenía experiencia porque había entrenado muchas veces con Mykola en el gimnasio de la facultad, había ido también con mis compañeros a todos los combates del circuito universitario de lucha, visionado muchos videos de los luchadores a los que se tenía que enfrentar ese fin de semana y todas las peleas de los últimos juegos olímpicos en los que Mykola soñaba algún día participar con el equipo olímpico de Ucrania y ganar una medalla de oro, algo de lo que estoy seguro conseguirá algún día ese negro de 87 kilos. Jinping era el pragmatismo y yo la experiencia de un joven aprendiz de luchador que frente a su determinación y la seguridad de sus movimientos solo podía oponer resistencia con creatividad y atacar con la técnica eficaz de quien desde niño había sufrido numerosos episodios de acoso escolar. No sabría decir cuál de ellos había marcado mi vida, pero lo que sí sé es que de ellos aprendí a olvidar, a sonreír, a no magnificar, a resistir, pero también que podía vencer. Podía decir que yo estaba frente a uno de los mejores luchadores de los octavos de final, que estaba a punto de ganar por puntos, hasta que se equivocó en su estrategia de pensar que era invencible y que podía dividir en dos la discoteca solo clavando los pies en la pista. Fue en ese momento de vanidad suprema cuando vi el hueco para agarrarlo, tumbarlo y hacer que sus hombros tocaran el suelo. Y así fue como el canto del grillo venció al rugido del tigre operado de amigdalitis.

M.

Al Sr. Vladímir

Estimado Sr. Vladímir, director de la discoteca Propaganda:

Le voy a decir algo y no quiero que piense que es algo personal, aunque lo sería si fuera mi padre porque usted tiene la edad de él, aunque no se le parece en nada, al menos a la foto que hay suya en el centro de la barra, sobre ese pequeño altar con tres velas siempre encendidas entre dos botellas de refresco de naranja edición limitada. Mi padre no se parece a usted en nada porque él fue un hombre que persiguió la bondad y la honradez toda la vida y cuya única ambición fue trabajar sin descanso y sin mirar atrás para darles a sus cinco hijos una educación, amor, comida y estudios. Mi padre nunca ambicionó tener una discoteca, no sé si entró en alguna de ellas, pero me advirtió siempre de sus peligros por si yo entraba en alguna. Mi padre siempre creyó en la lucha grecorromana como deporte, no como un negocio de discoteca con el que ganar dinero y adquirir una posición de poder sobre los trabajadores, los discotequeros, los vecinos que tenían que soportar largas noches de ruidos y peleas, los proveedores que suministraban todo lo necesario para que estuviera abierta veinticuatro horas o sobre cualquiera que pasara por delante de su rótulo o simplemente escuchara el nombre de Propaganda. Todo lo contrario que usted, que ve en este campeonato una forma de expandir su imperio empresarial y de imponer un modelo de discoteca que rompe con todas las reglas de la Organización de Discotecas Unidas (ODU). Mi padre me dijo un día delante de la puerta de una discoteca algo que nunca se me olvidará, que si tenía que pelear alguna vez dentro, que lo hiciera con deportividad y siguiendo el reglamento de la Federación Internacional de Lucha Grecorromana de Discotecas (FILGD), solo así podrías reconocerte como un auténtico luchador capaz de liderar un equipo y hacer disfrutar con tu juego a los espectadores, así que si quiere otro día le hablo de mi madre, pero ahora seguro que lo que quiere usted es que continúe su Tercera Gran Pelea de la que ya solo quedan ocho luchadores.

La cuneta de la pista de baile se iba llenando de los cuerpos de los luchadores que habían perdido mientras los monitores no dejaban de poner imágenes humillantes de sus combates, a mismo tiempo que se iba actualizando la pizarra de las apuestas en la que Ilya seguía como favorito y en la que yo había pasado de un último puesto al séptimo. No sabría decir por qué había escalado una posición en esa absurda lista, supongo que porque nadie se esperaba que yo pudiera pasar a los cuartos de final. En esa lista aparecían también Ilya, Dmitri, Mykola, Iósif Nelson, María e Irene que completaban este cuadro de jugadores de los que no dejaban de poner imágenes en las pantallas repartidas por toda la discoteca, jugando un papel muy importante en la

guerra psicológica que también se libraba en el campeonato. Unos monitores en los que no dejaban de poner imágenes de hematomas, golpes, dientes volando, luchadores inconscientes gestos de dolor y caídas imposibles en cámara superlenta de los luchadores del lado occidental intercaladas con los del lado oriental, todas con gestos triunfalistas, asfixiando a sus contrincantes o empujándolos y golpeándolos mientras reían y miraban a cámara, incluso los lisiados y perdedores que yacían en los márgenes de la pista del lado oriental eran filmados como héroes luciendo una dulce sonrisa en sus rostros magullados. Unos trabajos audiovisuales que supervisaba personalmente la madre de María, la encargada de la comunicación y las relaciones exteriores de la discoteca que junto al equipo de seguridad, el arbitral, los camareros y todo el resto del personal auxiliar hacían posible que lo que se veía en cada una de las pantallas fuera una imagen de una realidad adulterada de la discoteca tan irreal como fotos de los platos combinados del menú del día que colgaban de las paredes del comedor universitario.

Las cámaras no dejaban de mostrar imágenes de un Ilya descansado y pletórico que no dejaba de saltar en el lado oriental de la pista de baile al ritmo frenético de la música de Revolución1917, esperando la llamada en voz alta, clara y fuerte de Natalia para que los ocho luchadores se acercaran al centro de la pista. Aunque lo normal era que los luchadores no fueran llamados a competir en un nuevo combate hasta que no hubiera transcurrido un período de descanso de veinte minutos a partir de la finalización de su combate previo, el equipo arbitral había decidido otra vez que el combate empezara seis minutos después de terminar el último. Aquella estrategia era otra treta más de la organización de esta Tercera Gran Pelea que decía buscar el espectáculo, cuando lo que realmente querían conseguir era la sumisión total al único luchador que debía quedar al final y para el que se había diseñado todo el cuadro de emparejamiento y todo el conjunto de normas que la regían. Natalia fue llamando a cada uno de los luchadores que se fueron colocando frente a frente: Ilya frente Nelson, Irene con María, Iósi y Mykola y Dmitri frente a mí. Todos estábamos preparados para comenzar en el momento que sonara el pitido de Natalia, a pesar de que habíamos tenido poco tiempo para ir al baño, secarnos el sudor y tomar un poco de agua del depósito de la cisterna. Antes de anunciar el comienzo no inspeccionó las manos para comprobar que no llevábamos pegados cristales en ellas y el estado de nuestras ropas en la que ya se podían ver algunos jirones en los pantalones y botones ausentes en la camisa. Natalia miró hacia la ventana del director y tras ver moverse las cortinas, levantó la mano para que Revolución1917 subiera la música y la gente comenzara a saltar como si un manto de odio y desolación estuviera a punto de caer encima de ellos esperando la muerte decibélica de sus oídos.

Ilya y Nelson estaban frente a frente como si fueran dos clones, el mismo peso y altura y también la misma complexión, si no fuera porque uno era un eslavo de piel blanca y ojos azules:

y el otro un senegalés de piel negra y ojos marrones, mucha gente podría decir que eran hermanos de sangre, aunque lo único que compartían eran las placas metálicas que colgaban de sus cuellos en las que se podían leer el mismo grupo sanguíneo y que los dos eran hemofílicos como Nicolás II, el último zar de Rusia y al que su padre puso en manos de Rasputín para que le tratara su enfermedad y por quien en esa época tenía fascinados a gran parte de la población rusa por su pene de 25 centímetros hoy expuesto en el Museo del Erotismo en San Petersburgo. Una actividad cultural a la que al final decidimos no ir en autobús, para no perder un día entero de viaje, había que elegir entre ir a ver el superpene de Rasputín que le arrancaron cuando fue asesinado en el año 1916 por el príncipe Félix Yusúpov o pasar la última noche en la discoteca Propaganda. Al final venció en una ajustada votación, la razón que nos empujaba a pasar toda la noche bailando a la emoción de ver un gran pene dentro de un bote de cristal flotando sobre una solución de formol.

a No sé cuál de los dos tendría el pene más grande. El de Ilya no la habíamos visto, pero viendo los pantalones ajustados de ambos diría que el de Nelson lo era más, además el de Nelson sí lo habíamos visto en una de las primeras fiestas que organizó Dmitri en su piso en la que le emborrachó y lo dejó desnudo durmiendo en los jardines de la facultad. Nelson podía tener un pene más grande, pero era un luchador sin técnica y sin experiencia y aunque algunas veces dudara de ello, él sabía que el tamaño del pene no era un factor decisivo en los combates de lucha grecorromana, siempre que se cumpliera el artículo 47 en el que se prohibía a los luchadores tirar del pelo, las orejas, los genitales, pellizcar la piel, morder, retorcer los dedos de las manos y de los pies y, en general, realizar cualquier acción, gesto o agarre con la intención de torturar al adversario o hacerlo sufrir para obligarlo a abandonar. También estaba prohibido patear, dar cabezazos, estrangular, empujar, aplicar técnicas que pusieran en peligro la vida del oponente o le causase una fractura o luxación de las extremidades, pisar los pies del adversario o tocarle la cara al mismo entre las cejas y la boca, acciones prohibidas que Ilya y todos los luchadores de la escuela oriental se habían saltado siempre que lo habían necesitado, aunque estuviera mirando el equipo arbitral. Y así fue como venció Ilya a Nelson, en solo treinta segundos, se abalanzó sobre él, lo rodeó con su brazo, bajó las dos manos por la espalda, cogió un testículo con cada mano y Nelson se quedó paralizado. En el punto en el que se encontraba esta Tercera Gran Pelea ya empezaba a estar permitido todo para ganar por la vía rápida, de la misma manera que en las guerras se utiliza la crueldad extrema, ya sea en civiles, soldados mutilados o sanitarios para someter al enemigo. Ni siquiera la vida de un luchador en ese momento en el que nos encontrábamos tenía valor ninguno, lo único que importaba era ganar, aunque viéramos cómo tiraban a Nelson al suelo sumido en un dolor infernal, con las lágrimas cayendo por sus mejillas mientras un impassible y sonriente Ilya lo tumbaba y colocaba su

hombros sobre la pista de baile con Nelson retorciéndose intentando deshacer el nudo de corbata que había hecho Ilya con sus manos y que tenía atrapados sus testículos como si fuera la mordida de un pitbull. Solo lo soltó un minuto después de que su amo, el jefe de sala, dio por finalizado el combate y lo proclamara primer semifinalista de la noche. Creo que en otros tiempos a Ilya no le habría importado arrancarle los testículos y colgárselos al cuello como trofeo para que todo el mundo supiera quién era el amo y señor de esta pista de baile, en esta guerra hecha a su medida y semejanza.

^e Irene y María no comenzaron a buscarse a empujones hasta que no terminaron de contemplar como Ilya tiraba a Nelson con una crueldad extrema fuera de la pista con el resto de los lisiados mutilados y muertos en vida que se amontonaban en el extrarradio. De las dos, María era la que se mostraba más reticente a luchar con quien iba a ser su compañera de piso si hoy lograba salir de la discoteca y también había sido su guía de viaje de fin de curso. Seis días y cinco noches no es suficiente para sellar una hermandad de sangre entre dos personas, pero sí para comenzar una amistad que se había forjado durante todas las visitas en las que María había recorrido con ella y sus compañeros de facultad todo Moscú, en una *matrioska* de emociones, que no solo los llevó a los lugares más turísticos como la Plaza Roja, las Galerías GUM, el Monumento a Minin y a Pozharski, la Puerta de la Resurrección, el Museo Estatal de Historia, la tumba del soldado desconocido, el Mausoleo de Lenin, la Necrópolis de la Muralla del Kremlin, los Jardines de Alejandro, el metro de Moscú, el Museo de los Cosmonautas, el de Pushkin, el Parque Zaryadye, el Teatro Bolshoi, el Mural Kobra o la Catedral de Cristo Salvador; sino que a medida que iban pasando los días en la ciudad, ella nos fue enseñando ese Moscú de barrio al que no llevaban a todos los estudiantes. María terminó su trabajo de guía con nosotros el día que aceptó como amiga a acompañarnos a la discoteca más conocida y exclusiva de la ciudad y una de las veinte mejores del mundo. Decir sí a nuestra invitación a la fiesta de la última noche del viaje terminó consolidando la amistad de una guía accidental que fue contratada urgentemente por la agencia de viajes, después de que le comunicaran que la que nos habían asignado había sido detenida la noche anterior en una marcha pacífica por el orgullo gay eslavo. María salvó el viaje de fin de curso de que cayera en el aburrimiento y se convirtió en la guía perfecta de nuestro viaje de fin de curso y de la noche en Propaganda que estaba cambiándolo todo.

^a La amistad en la universidad es una suma de vivencias que terminan convirtiéndose en una necesidad de revivir una y otra vez esas experiencias y emociones, y nosotros los del grupo de los filólogos clásicos, los latinos, los del edificio rojo, la segunda planta, los de la puerta A y E del barrio de los rusos en el que vivíamos, los de la delegación de alumnos, los del club de fans de Mykola, los que no se perdían ni un combate de lucha grecorromana, los de las manifestaciones por los derechos humanos, las actividades culturales, los conciertos del imitado

ade Bob Dylan en la pizzería los jueves por la noche, las fiestas de discotecas infinitas, los que se apasaban los exámenes, hacían trabajos en grupos, se guardaban los asientos en la biblioteca, se prestaban los apuntes los días que alguno de nosotros no iba a clase, los que reventaban actores fascistas en el salón de grados o los que organizaban recitales de poesía, habíamos conseguido en los últimos cuatro años vivir todas las experiencias necesarias para decir que éramos amigos y una amistad que se hizo incluso más fuerte después del violento suceso que ocurrió en la facultad el día antes de salir de viaje de fin de curso y que estuvo a punto de provocar que se suspendieran y devolvieran el dinero. Puede que Irene y María no hubieran compartido una vida universitaria juntas, pero ellas ya se habían llamado hermana y amiga desde que pisaron la discoteca, aunque no supieran aún que ellas eran hijas de la misma madre por fecundación heteropaterna, un fenómeno extremadamente raro que se produce cuando un segundo óvulo liberado durante el mismo ciclo menstrual es fertilizado por un espermatozoide de un hombre diferente en relaciones sexuales separadas, mientras que el primero, el de María, había sido implantado después de una fecundación in vitro, el segundo embarazo había sido producto del amor de su vida. Pero a pesar de no saberlo, no hay un lugar en el mundo donde se pueda forjar una amistad más sólida que en una discoteca, en la que puedes pasar en un momento de la euforia del baile en la pista de la discoteca a que te esté esperando en el baño tu exnovio para violarte. Si no hubiera sido por María, la que debía de ser la mejor noche del viaje se podía haber convertido en la peor noche de su vida. Porque fue María quien vio a Dmitri entrar en el baño nada más hacerlo Irene, y llegó justo cuando él se estaba bajando los pantalones mientras ella le decía que no y María tiraba de Irene mientras empujaba a Dmitri para que cayera al suelo con los pantalones por los tobillos sobre los charcos de orina. Desde ese momento Irene y María fueron inseparables en la discoteca, hasta el momento en el que estaban ahora, frente a frente, sabiendo que una de las dos terminaría en el suelo.

a Las dos tenían un pacto que sellaron durante el descanso en una esquina de la barra de la discoteca, antes de que comenzaran los cuartos de final y de subir a la pista de baile. No había mejor forma de adquirir un compromiso de hermana de sangre que brindando con un chupito de refresco de naranja en esa zona franca en la que se había convertido la barra, uno de los pocos lugares seguros de la discoteca. Las dos habían decidido cómo sería esa pantomima para que una pasara a semifinales sin que se viera comprometida la integridad física de ninguna de ellas. Si estuvieran en una guerra y tuvieran que luchar a muerte en un duelo a pistolas, las dos se habrían encargado de colocar balas de fogueo, de extraer sangre del último fusilado y de practicar una y otra vez cómo caer muerta al suelo. No sé cómo lo haría María, pero para Irene que, además de escritora y poeta, pertenecía al aula de teatro de la universidad iba a ser algo tan sencillo que pasaría desapercibido incluso para el mismísimo cuerpo arbitral que no dudaría en ningún

momento de que los empujones y las caídas al suelo una y otra vez eran una farsa, pero no para Ilya que era perfectamente consciente de que aquello era un teatro, porque se lo había dicho uno de los camareros de la barra que había oído todo el plan que habían diseñado para esta pantomima, en una discoteca que si fuera un estado represivo perfectamente estructurado con todo su engranaje de informantes y torturadores, los camareros serían la policía secreta. Ilya veía desde fuera cómo se hacían señales cuando se tiraban al suelo, cómo evitaban hacerlo donde había bebidas derramadas o cristales rotos, cómo contraían los músculos donde se golpeaban para evitar hematomas o la rotura de algún hueso. Había tanta complicidad entre ellas que todo aparecía tan real que nadie dejaba de jalear cada una de las maniobras que terminaron con los hombros de Irene en el suelo y los brazos levantados de una eufórica María que alzaba una y otra vez los puños para que Revolución subiera la música y nadie dejara de bailar como demonios, al mismo tiempo que Ilya se acercaba a María y le decía al oído «nos vemos en la semifinal y dile a tu hermana Irene que te haga una buena póliza de seguro de discoteca». María lo echó a un lado con sus manos y se fue hasta Irene, a quien le dio la mano, la levantó del suelo y la abrazó, no como la vencida de un combate amañado en el que estaba en juego, no solo la supervivencia de las dos como luchadoras de esta Tercera Gran Pelea, sino como las hermanas que se separaron cuando todavía eran dos adolescentes. Ya las dos levantadas en el centro de la pista y exhaustas, Natalia se colocó en medio de las dos y alzó el brazo de María proclamándola vencedora de este teatro ruso.

e

s

a

s

M

a

a

e

s

a

i

l

y

e

e

l

momento de que los empujones y las caídas al suelo una y otra vez eran una farsa, pero no para Ilya que era perfectamente consciente de que aquello era un teatro, porque se lo había dicho uno de los camareros de la barra que había oído todo el plan que habían diseñado para esta pantomima, en una discoteca que si fuera un estado represivo perfectamente estructurado con todo su engranaje de informantes y torturadores, los camareros serían la policía secreta. Ilya veía desde fuera cómo se hacían señales cuando se tiraban al suelo, cómo evitaban hacerlo donde había bebidas derramadas o cristales rotos, cómo contraían los músculos donde se golpeaban para evitar hematomas o la rotura de algún hueso. Había tanta complicidad entre ellas que todo parecía tan real que nadie dejaba de jalear cada una de las maniobras que terminaron con los hombros de Irene en el suelo y los brazos levantados de una eufórica María que alzaba una y otra vez los puños para que Revolución1917 subiera la música y nadie dejara de bailar como demonios, al mismo tiempo que Ilya se acercaba a María y le decía al oído «nos vemos en la semifinal y dile a tu hermana Irene que te haga una buena póliza de seguro de discoteca». María lo echó a un lado con sus manos y se fue hasta Irene, a quien le dio la mano, la levantó del suelo y la abrazó, no como la vencida de un combate amañado en el que estaba en juego, no solo la supervivencia de las dos como luchadoras de esta Tercera Gran Pelea, sino como las hermanas que se separaron cuando todavía eran dos adolescentes. Ya las dos levantadas en el centro de la pista y exhaustas, Natalia se colocó en medio de las dos y alzó el brazo de María proclamándola vencedora de este teatro ruso.

M.

Al Sr. Vladímir

Estimado Sr. Vladímir, director de la discoteca Propaganda:

Todo el mundo sabe que la vida en una discoteca no es eterna y que en ellas hay un ciclo natural que marca el tránsito de las personas que la conforman. Las discotecas se abren un día casi por accidente después de llevar años pasando por delante de aquel local disponible desde 1991 y que no te atreves a hacerte con él, hasta que un día de 1997 el propietario pone un cartel en el que se puede leer «se traspasa». Tienes experiencia porque llevas tiempo trabajando y formándote en la gestión empresarial de las discotecas, lo conoces todo sobre ellas, sus debilidades, sus amenazas, las fortalezas y sobre todo las oportunidades de un negocio que estaba abierto, pero que no funcionaba. Lo sabes porque vas todas las noches allí y te sientas en una esquina de la barra donde sientes pena de cómo tienen el local y el caos en el que está sumida una discoteca que podría pasar de ser un antro a estar entre las veinte mejores discotecas del mundo si tú fueras su director. Hasta que una noche de 1999 llega la oportunidad de tu vida: buscan un nuevo director para la discoteca, el director actual está cansado y alcoholizado y la discoteca está sumida en un proceso de autodestrucción. Y allí estás tú, en la barra, en el momento y en lugar adecuado para cumplir tu sueño, para ello solo tienes que pedir unos cuantos favores en forma de cartas de recomendación y hacer muchas concesiones futuras a gente que conoces, hasta que llega el día más feliz de tu vida, ¡ya eres el director!, y tomas tu primera decisión importante. ¡A partir de este momento la discoteca se llamará Propaganda! Esa misma noche además haces una reestructuración de los recursos humanos, ni siquiera necesitas de momento pintarla, ni redecorarla, está lista para entrar en ella con tu propio equipo de confianza y sentarte en el despacho del antiguo director diciendo: «¡el show debe continuar!» Ahora tienes tu propia discoteca, solo tienes que hacerla crecer y para ello no dudas en reinvertir en ella todo lo que vas ganando, al mismo tiempo que configuras el equipo a tu imagen y semejanza. Colocas a tu hijo como jefe de sala, a tu amante como directora de comunicación, no dejas que nadie toque el dinero de la caja, solo tu cajera de confianza e instalas la caja fuerte alemana más sofisticada y segura del mundo. Formas a los mejores camareros y guardarropas en las mejores discotecas del mundo y supervisas directamente la labor de cada uno de los miembros del equipo de seguridad más eficaz y duro de los últimos años. Nada te detiene y modernizas la discoteca con nuevos cócteles, una nueva carta, sesiones de música internacional europea muchas de las noches de la discoteca, al mismo tiempo que no dejas de invertir dinero en cambiar esa imagen de

pasado por una más moderna. Para ello no dudas en patrocinar equipos de fútbol, pagar a periodistas para que hablen de esa nueva Propaganda que ves cómo se llena y hacen cola todas las noches para bailar y tomar refrescos de naranja. Ingentes cantidades de dinero entran en la caja fuerte todos los días, ya no sabes qué hacer con tanto y no sientes vértigo ni cuando te nombran uno de los veinte mejores directores de discotecas del mundo. Tu ambición no tiene límites y un día, cuando estás sentado en el despacho, viendo que todo funciona, que no tienes nada siquiera que mirar por la ventana a tu jefe de sala para decirle que eche a todo el que no cumple las normas de tu autocracia discotequera y tu sueño se ahoga en tu nostalgia. Ese día decides que es el momento de expandirte, de abrir nuevas discotecas, de exportar tu autocracia a todos los rincones del mundo, solo así podrás ser no una de las veinte mejores discotecas del mundo, sino la mejor discoteca del mundo.

Las nuevas discotecas funcionan a la perfección, mismo programa de gestión de ventas, cartas de cócteles personalizadas, derecho de admisión, decoración, normas y misma política de recursos humanos y seguridad. Nada puede parar al oso de tu logotipo que lo inunda todo y que se ha hecho omnipresente e intocable. Hasta que llega un momento en el que incluso crees que has aniquilado a la competencia y tu sobrino, el hijo de tu hermanastro, te abre un local enfrentado con nuevas propuestas de sesiones de música más internacionales, una alternativa a los refrescos de naranja, una política de recursos humanos más transparente, la implantación de un sistema de calidad del cliente y, lo más importante, la realización de peleas y campeonatos de lucha grecorromana amparadas en el reglamento de la Organización de Discotecas Unidas (ODU) y de la Federación Internacional de Lucha Grecorromana de Discotecas (FILGD). En ese momento ves peligrar tu puesto de director y, aunque sabes que Propaganda nunca cerrará, ves cómo muchos de los estudiantes de fin de curso eligen la nueva discoteca, justo entonces sientes amenazada tu hegemonía en la ciudad y te das cuenta de que tu puesto de director no era para toda la vida, que hoy estás tan tranquilo jugando al ajedrez en el despacho y mañana está recogiendo tus efectos personales de la mesa de una de las veinte mejores discotecas del mundo y con ellos el sueño de ser la mejor discoteca del mundo.

Cuando llega ese momento, entras en cólera de la misma forma que lo hizo Iósif cuando se vio otra vez delante de Mykola en la Tercera Gran Pelea y estás dispuesto a hacer lo que sea para quedarte como director, como ordenar a uno de tus camareros de confianza que adúltere uno de los refrescos de naranja que se bebió Mykola antes de comenzar la pelea, sobornar a los árbitros para que facilite la victoria de Iósif o verter la bebida sobrante y el hielo en el lado de quien quieres que caiga al suelo y se reviente la cabeza. En ese momento estás dispuesto a hacer cualquier cosa para ver ganar a uno de tus mejores luchadores porque solo así podrás garantizar la supervivencia de tu discoteca. Puede que Mykola no pasara por el mejor momento, aún si

estaba recuperando físicamente de la Segunda Gran Pelea y emocionalmente de la Primera Gran Pelea de quien ahora tenía delante otra vez, alguien que no estaba dispuesto a perder ni a ceder ni aun solo punto. Iósif estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para que un debilitado Mykola mordiera el suelo de la discoteca, ya lo había hecho durante el sorteo de los cuartos de final en el que se las había ingeniado para hacer que los camareros que habían metido las bolas transparentes en aquellas cubiteras que habían colocado sobre la barra y en las que podían leer perfectamente sus nombres, sacara primero la bola con el nombre de Mykola y luego la suya. Pero esta vez todo hacía pensar que la pelea entre ellos dos iba a ser un ajuste de cuentas que debía terminar de forma agónica y violenta en una interminable muerte súbita.

³ Mykola era un luchador infinito, podía terminar un combate y empezar otro sin beber agua ni descansar, podía estar toda la mañana luchando en el campeonato interuniversitario y por la noche darlo todo en las peleas ilegales que organizaba la directora de la agencia de viajes en los aparcamientos junto a las discotecas y en las que participaba los meses en los que no tenía para el alquiler del piso, los pagos de matrícula que había financiado o las cuotas del viaje de fin de curso. Unas peleas de las que tuvo conocimiento Volodímir, su entrenador personal y director de departamento, la noche antes de salir de viaje de fin de curso y al que encontramos inconsciente con la cara ensangrentada, maniatado y amarrado a la silla de su despacho delante de una mesa llena de carpetas, donde habían dejado sobre los exámenes corregidos su dedo anular izquierdo dentro de un vaso de discoteca con hielo, pero sin su anillo de campeón mundial de lucha grecorromana. Los matones no se llevaron ni el dinero del último pago del viaje que guardaba en el primer cajón de la mesa, ni tampoco manipularon las actas, ni los exámenes del cuatrimestre que estaban corregidos sobre la mesa, porque quien lo hizo fue solo a llevarle un mensaje. Aquel incidente estuvo a punto de suspender el viaje de fin de curso, al que también iba a ir él, después de años sin hacerlo, a la discoteca Propaganda, pero cuando se llevaban a Volodímir en la ambulancia despertó y nos dijo «id al viaje, terminad lo que yo empecé y traerla a casa».⁴ Aquellas palabras no tenían ningún sentido, el viaje estaba cerrado, puede que no estuviera incluido el almuerzo, ni asegurada la última noche en la discoteca Propaganda, pero se había diseñado un viaje para disfrutar después de cuatro intensos cursos de esta montaña rusa académica y emocional que son los estudios de Filología Clásica. Unas palabras que Mykola entendió cuando Iósif se colocó el anillo de campeón de discotecas que llevaba siempre su entrenador personal y se lanzó sobre él con los ojos ensangrentados. «El hombre de acero»⁵ como lo conocían en la facultad, atrapó a Mykola con la doble Nelson, una de las maniobras de lucha más peligrosas y que aparecían en el reglamento como expresamente prohibidas y que logró inmovilizar a Mykola, trabándole el cuello, la muñeca, el otro brazo y colocándolo en una posición sin salida con el objetivo de causarle dolor para inducirlo a la rendición. Iósif había

acruzado una línea que nadie hasta ahora se había atrevido a hacer y que nadie pudo detener, ni siquiera Natalia, a la que habían invitado a que recogiera de la barra de la discoteca un refresco de naranja que le había preparado personalmente el jefe de sala, justo en el momento en el que Iósif se abalanzó sobre Mykola

^S Cuando Natalia llegó, Mykola yacía tendido bocarriba y respirando con dificultad y el jefe de sala que la había sustituido, había declarado ganador del combate a Iósif, al mismo tiempo que sus dos compañeras de piso, Irene y Wislawa, se fueron corriendo hasta él bajo mi atónita mirada. Yo había visto a Mykola muchas veces al límite, pero nunca como ahora, «el hombre de acero» había vencido al negro invencible. Ahora solo quedaba en la pista Dmitri, que no dejaba de buscarme y sobre el que colgaba la medalla que siempre llevaba el director del departamento con su grupo sanguíneo y un número de teléfono para llamar en caso de emergencia y yo.

^S Ahora todos sabíamos en esa discoteca quiénes fueron los mensajeros que habían entrado en el despacho de Volodímir sin forzar la puerta y lo habían torturado hasta que entendiera el mensaje. Puede que yo no tuviera una buena relación con él desde que le abrieran un expediente disciplinario del que yo fui responsable en gran medida, pero nos respetábamos y sentíamos admiración mutua. El día de la paliza yo fui el primero en llegar a su despacho para disculparme y el que escuchó balbuceante «tienes que parar esto y traerla a la universidad». Nunca supe a qué se refería hasta que en una de las visitas que hicimos por la ciudad, María me comentó que su sueño era salir de este país y volver a ver a su padre no biológico y a su hermana, a los que no veía desde que se marcharon de Moscú hace algunos años. De él sabía que ahora era el director de un departamento de una de las facultades de Filología Clásica más importantes del mundo, de ella no sabía nada porque se separaron cuando las dos eran unas adolescentes. Él fue como un padre para ella cuando su madre se llevaba toda la noche en la discoteca, su protector, y su maestro de lucha. Gracias a él, ella se convirtió en la campeona femenina de lucha grecorromana de discoteca.

^a Dmitri y yo teníamos una motivación personal en este combate, más allá de este espectáculo discotequero que solo buscaba subir puestos en el ranking de las veinte mejores discotecas del mundo. Él, la de vencer al delfín del director del departamento hasta el suceso que los separó y yo la de saber la razón y quién estaba detrás de la organización que había mandado a los rusos a pegarle la paliza al director y que nos había empujado también a pelear en la discoteca, Propaganda y a sacar lo peor de nosotros. Tener a Dmitri delante no era lo mismo que decir que no a dejarle los apuntes o pasarle las respuestas durante un examen o tener que utilizar la violencia con el fin de someterlo a tu voluntad y tatuar su humillación para toda la vida, a él y a todos sus descendientes, porque de eso iba ese campeonato, de marcar a cada uno de ellos y saber en qué bando de la discoteca estabas, en el occidental o en oriental. Dmitri y yo no

iparecíamos en nada, él era uno de los mejores corredores del equipo universitario de atletismo
 con el cuerpo ideal para un escultor griego, musculoso, sin arrugas, simétrico y yo era canijo y
 diez centímetros más bajo, pero los dos estábamos armónicamente proporcionados y medíamos
 dieciocho de nuestros puños: dos para el rostro, diez desde los hombros hasta las rodillas y lo
 seis restantes para las piernas y los pies, pero si un escultor romano tuviera que hacer una estatua
 nuestra no destacaría nuestros rasgos estéticos, sino las del luchador. Yo con dos orejas de burro
 moviéndose sin parar sobre mi cabeza y Dmitri lanzándome sus largos brazos mientras yo me iba
 yendo de una punta a otra de la pista porque sabía que no podía hacer nada contra la superioridad
 física y técnica de él. De momento lo único que podía hacer era evitar que me atrapara y esperar
 mi oportunidad de que en algún momento su seguridad lo hiciera resbalar o que un fuerte golpe
 de música lo hiciera ensordecer y tuviera que llevarse las manos a los oídos y yo aprovechar
 esos momentos para colocar sus hombros sobre la pista. Dmitri era demasiado inteligente para
 caer en esas trampas, pero no sabía que tenía enfrente a una de las personas con más suerte de
 el mundo, que hizo de su impaciencia por tirarme al suelo una debilidad que terminó venciendo
 e Cuando apenas quedaban treinta segundos y creía poder vencerme se abalanzó sobre mí como un
 demonio para tirarme por los aires y empotrarme en el suelo, fue en ese momento cuando uno de
 los haces de luces de los proyectores del techo rebotaron en mis orejas plateadas y lo deslumbró
 é Él solo, sin mi ayuda, se abalanzó contra una de las columnas de sonido, cayendo de espaldas en
 la pista como un saco de trigo ruso. Solo tuve que acercarme a él y empujar levemente sus
 hombros sobre el suelo de la pista, imponiéndose la suerte del burro a la velocidad del jaguar y
 res que no siempre gana el mejor, el más preparado, el que estaba cuatro puestos por encima de todos
 en las apuestas, sino que gana el que espera el momento o lo que los ineptos llaman suerte. Fue
 esta suerte encontrada o buscada como en mi caso, lo cierto era que Dmitri había sido vencido
 por el chico de la suerte y declarado vencedor por una Natalia que me alzaba el brazo bajo la
 atenta mirada de mi próximo contrincante en la gran semifinal, Iósif, «el hombre de acero».

o
 l
 y
 a
 a
 e
 a
 a
 y
 s

M

parecíamos en nada, él era uno de los mejores corredores del equipo universitario de atletismo con el cuerpo ideal para un escultor griego, musculoso, sin arrugas, simétrico y yo era canijo y diez centímetros más bajo, pero los dos estábamos armónicamente proporcionados y medíamos dieciocho de nuestros puños: dos para el rostro, diez desde los hombros hasta las rodillas y los seis restantes para las piernas y los pies, pero si un escultor romano tuviera que hacer una estatua nuestra no destacaría nuestros rasgos estéticos, sino las del luchador. Yo con dos orejas de burro moviéndose sin parar sobre mi cabeza y Dmitri lanzándome sus largos brazos mientras yo me iba yendo de una punta a otra de la pista porque sabía que no podía hacer nada contra la superioridad física y técnica de él. De momento lo único que podía hacer era evitar que me atrapara y esperar mi oportunidad de que en algún momento su seguridad lo hiciera resbalar o que un fuerte golpe de música lo hiciera ensordecir y tuviera que llevarse las manos a los oídos y yo aprovechara esos momentos para colocar sus hombros sobre la pista. Dmitri era demasiado inteligente para caer en esas trampas, pero no sabía que tenía enfrente a una de las personas con más suerte del mundo, que hizo de su impaciencia por tirarme al suelo una debilidad que terminó vencéndolo. Cuando apenas quedaban treinta segundos y creía poder vencerme se abalanzó sobre mí como un demonio para tirarme por los aires y empotrarme en el suelo, fue en ese momento cuando uno de los haces de luces de los proyectores del techo rebotaron en mis orejas plateadas y lo deslumbró. Él solo, sin mi ayuda, se abalanzó contra una de las columnas de sonido, cayendo de espalda en la pista como un saco de trigo ruso. Solo tuve que acercarme a él y empujar levemente sus hombros sobre el suelo de la pista, imponiéndose la suerte del burro a la velocidad del jaguar y es que no siempre gana el mejor, el más preparado, el que estaba cuatro puestos por encima de ti en las apuestas, sino que gana el que espera el momento o lo que los ineptos llaman suerte. Fuera esta suerte encontrada o buscada como en mi caso, lo cierto era que Dmitri había sido vencido por el chico de la suerte y declarado vencedor por una Natalia que me alzaba el brazo bajo la atenta mirada de mi próximo contrincante en la gran semifinal, Iósif, «el hombre de acero».

M.

Al Sr. Vladímir

Estimado Sr. Vladímir, director de la discoteca Propaganda:

No sé si sería demasiado filosófico decirle que la deshumanización de un director de discoteca comienza cuando la razón que envuelve a la emoción de la música se agrieta por la tensión superficial provocada por la incapacidad de saber qué canción está sonando. Esto que parece tan complejo tiene una consecuencia directa, la de que cualquier decisión que tome en el presente puede lastrar el futuro y esa visión actual de la discoteca puede llevarle a que se rompa el frágil equilibrio en el que está. Podría explicárselo con más sencillez, escribiéndole que solo quien ve la victoria en lo inmediato no alcanzará nunca la inmortalidad de sus ideas. Esto, por tanto, no es el comienzo de una carta sobre el humanismo, sino todo lo contrario, sus decisiones están condicionando la existencia de los luchadores y está anteponiendo la sinrazón de su ser a la razón de ellos como seres libres y racionales. Si sigue así, el campeonato terminará colapsando y nada podrá parar la onda expansiva que podría terminar cerrando su discoteca en un acto de implosión de mentiras, rabia, violencia y fuego sin precedentes. Así que vuelva a la razón y la verdad del ser y deje de transitar hacia un inhumanismo que solo traerá el caos a su discoteca y propagará a todas las discotecas del mundo. Aún está a tiempo de retornar a la hora en la que abrió la discoteca, a la paz de ese momento en el que el frágil equilibrio de la razón se sostenía en la verdad colectiva de cada uno de los discotequeros que entraban por la puerta después de ser cacheados. Vuelva a ver la barra del bar como un lugar de entendimiento, a la pista de baile como un espacio de intercambio y al guardarropa como una caja del olvido. Vuelva a la honestidad pulcritud de los baños y al ritmo sincero de la música que humaniza, al baile que concilia, a la luz cegadora de los focos del techo y regrese al lenguaje del ser de la discoteca. Suba el volumen de la música y pare este salvaje campeonato, porque cuanto más inhumano se vuelva el tiempo más sorda será la razón que pueda pararlo.

El Sr. Vladímir no debió de entender nada, porque en los monitores comenzaron a aparecer imágenes de los luchadores discotequeros de las dos semifinales de un campeonato al que todos llegaban exhaustos, excepto Ilya, para el que había sido un paseo triunfal y veía en su contrincante María la oportunidad de la noche para pasárselo bien. La otra semifinal enfrentaría a Iósif, «el hombre de acero» y al chico de la suerte con orejas de burro, como lo conocían ya en todas las discotecas del mundo que comenzaban a seguir expectantes el desenlace de este campeonato. Ilya lo tenía fácil con María, por muy buena luchadora que ella fuera, delante tenía

al mejor luchador de la discoteca Propaganda y uno de los veinte mejores luchadores del mundo. Pero a pesar de saber que tenía una posibilidad entre cien de poder vencerlo, ella estaba dispuesta a darlo todo. Natalia llamó a los cuatro semifinalistas y se colocaron frente a frente, primero inspeccionó sus cuerpos, comprobó que la pistola de Ilya tenía el seguro puesto, la cartuchera llena de balas, las botas militares con los cordones nuevos bien atados y el traje impoluto sin una mancha de refresco o sudor, como recién traído del sastre. María delante de él con ropa prestada y traída directamente del guardarropa, una camisa de manga larga y pantalón estampado con rayas horizontales blancas y negras, modelo presidiario de una de las tiendas más conocidas de la ciudad y en la que habían tenido el detalle de coserle un número para que no se le perdiera en la tintorería y pudiera utilizarlo otro luchador. Ilya y María estaban frente a frente, separados tres metros de los otros dos finalistas. Antes de que Natalia subiera el brazo, los dos se tocaron las manos, sabían que aquello era una despedida, que la próxima vez que volvieran a tocarse sería en un hospital en estado vegetativo, en la sala de autopsia o en el funeral de uno de ellos. Natalia colocó el brazo entre los dos, miró a la ventana del director, apartó el brazo y pitó el comienzo del combate.

Los dos se miraban a la cara mientras se tiraban los brazos el uno al otro. A Ilya se le veía demasiado conservador en los primeros segundos, porque él sabía que María conocía algunos de sus puntos débiles, sobre todo lo de su rodilla y su brazo derecho debido a su accidente de moto que tuvo el día que ella le dijo que solo podían ser amigos e Ilya pasó en coma más de una semana en el hospital. La madre de María, siempre que ella le preguntaba quién era su padre, le contaba lo mismo, que lo conoció en una discoteca en un viaje de fin de curso, que no era muy guapo, ni tampoco muy alto, que su piel era clara, su cuerpo atlético y sus ojos azules le conferían una poderosa mirada que encandilaba, a pesar de ser más de veinte años mayor que ella. Su madre le contó a María que cuando le ofreció dinero por uno de sus óvulos y por hacerle de vientre de alquiler, él le dijo que ninguna de las dos nunca más se tendría que preocupar por un mañana. A su madre le ofreció un trabajo en la discoteca y su hija de vientre de alquiler estudiaría en los mejores colegios y universidades y desde niña recibiría todos los lunes y miércoles clases de lucha grecorromana con uno de los mejores entrenadores de todos los tiempos. Esto se lo contó el día que la madre de María la vio besarse con Ilya en el callejón de la discoteca, esa misma noche le dijo que ella era su tía porque su abuelo quiso tener una hija por inseminación con una joven veinte años más joven que él y que mientras su abuela dormía plácidamente en una casa en la mejor zona residencial de Moscú, su abuelo, después de cerrar la discoteca y echar a todo el mundo, se quedaba a solas con su amante hasta el amanecer a contar el dinero de la caja. Ilya nunca entendió la actitud de su abuelo, ni tampoco que su padre y todos los trabajadores de la discoteca supieran que por María corría la sangre de su abuelo. La relación

de Ilya y María a partir de ese beso nunca fue la misma y se fue deteriorando rápidamente, una circunstancia que ni la consanguinidad iba a evitar que, en la primera oportunidad que se le presentase para cazarla, la lanzaría por los aires intentando tumbarla bocarriba, porque para él y para ella era ni su mejor amiga y tampoco su tía, para él ella era su pase a la final y la única forma de asometer a toda la discoteca a sus ideas. María sabía también que, si no vencía, ni ella ni los estudiantes que estaban en la discoteca podrían recuperar los billetes de avión y los pasaportes y por esa razón no se lo iba a poner fácil a Ilya que no dejaba de mirar y tirarle los brazos por encima, hasta que en una de las veces la agarró, la levantó por los aires y la tiró al suelo para después dejar que se levantara otra vez. La crueldad de Ilya empezaba a no tener límites, ni contra su propia tía, a la que no dudaba en zarandear una y otra vez, sin que ella pudiese impedirse, hasta que llegó un momento en el que uno de los golpes contra el suelo le partió una costilla y se quedó en el suelo sin moverse unos segundos mientras se llevaba la mano al costado. Nunca habían torturado a nadie en la discoteca con tanto odio, pero Ilya sabía lo que hacía: desmayándose mientras lo inmovilizaban y no dejaban de darle refresco de naranja sin parar. Ilya sabía cuánto tiempo podía tenerla con los ojos abiertos mirando la luz de los focos de la discoteca o el volumen de la música en los cascos sin llegar a romperle los tímpanos, lo sabía porque se lo habían enseñado en las clases prácticas de la escuela de oficiales militares de los jueves por la mañana. Llegó un momento que María casi no podía quedarse en pie, ese hubiera sido el mejor momento para colocarle la bolsa vacía de hielo en la cabeza y tirarla al suelo para que claudicara mientras una impasible Natalia no ponía fin al sufrimiento de María que se levantaba una y otra vez, mientras el público seguía bailando sin parar al ritmo de la música de Revolución1917, quien en un momento del combate fue bajando la intensidad hasta casi pararla para lograr sacar a la gente de ese letargo narcótico en el que las drogas, el alcohol y las peleas las tenían sumida. Solo los discotequeros podían parar el combate, pero de todos los que colapsaban la pista de baile y abrieron los ojos, los volvieron a cerrar y los que no, miraron las luces que no dejaban de emitir destellos al ritmo de una música que volvió a subir en revoluciones. A nadie le interesaba que no se estuviera cumpliendo el reglamento de la Federación Internacional de Lucha Greco-romana de Discotecas (FILGD), la gente estaba en su baile. El intento de Revolución1917 por despertar a los estudiantes solo consiguió darle unos segundos a María para colocarse erguida y atrapar a un distraído Ilya que había sido por primera vez cazado.

María sabía que esa era la última oportunidad para detener el combate, porque él y su abuelo serían los únicos que podían parar la carnicería discotequera que estaba generando esta pelea en la discoteca, por ello no dudó en abrazarlo como cuando lo felicitó el día que ganó su prime

acampeonato infantil de lucha grecorromana, el día que se graduó en primaria, el que volvió después de pasar todo un verano en las colonias militares de Crimea o el día en el que los dos solos vieron morir en su cama a la abuela de Ilya, víctima de un cáncer de pecho contra el que ella llevaba luchando varios años, mientras sus hijos y su marido trabajaban en la discoteca. Ni aquel abrazo de oso amoroso logró convencer a un Ilya que aprovechó ese momento para agarrarla y tirarla al suelo y colocar sus hombros en la pista, dándole Natalia por vencedor del combate y demostrando que aquel campeonato no era un juego y que se llevaría por delante a cualquier luchador que se interpusiera en el camino de su objetivo, el de aniquilar a todos sus adversarios e imponer la ley del discotequero más fuerte, para convertir aquel lugar en la mejor discoteca del mundo. Natalia los llamó, cogió los brazos de los dos luchadores y levantó el de Ilya mientras María cabizbaja se llevaba la otra al costado, a la costilla partida. Una María a la que nada más bajar el brazo, se le acercaron dos de los compañeros de la escuela de oficiales, le ataron las manos, le colocaron una bolsa de hielo vacía sobre la cabeza y se la llevaron corriendo fuera de la pista, sin que yo no pudiera hacer nada para impedir su secuestro.

a

a

M

a

s

a

a

e

e

a

s

e

s

l

a

l

s

a

o

a

r

campeonato infantil de lucha grecorromana, el día que se graduó en primaria, el que volvió después de pasar todo un verano en las colonias militares de Crimea o el día en el que los dos solos vieron morir en su cama a la abuela de Ilya, víctima de un cáncer de pecho contra el que llevaba luchando varios años, mientras sus hijos y su marido trabajaban en la discoteca. Ni aquel abrazo de oso amoroso logró convencer a un Ilya que aprovechó ese momento para agarrarla, tirarla al suelo y colocar sus hombros en la pista, dándole Natalia por vencedor del combate y demostrando que aquel campeonato no era un juego y que se llevaría por delante a cualquier luchador que se interpusiera en el camino de su objetivo, el de aniquilar a todos sus adversarios e imponer la ley del discotequero más fuerte, para convertir aquel lugar en la mejor discoteca del mundo. Natalia los llamó, cogió los brazos de los dos luchadores y levantó el de Ilya mientras María cabizbaja se llevaba la otra al costado, a la costilla partida. Una María a la que nada más bajar el brazo, se le acercaron dos de los compañeros de la escuela de oficiales, le ataron las manos, le colocaron una bolsa de hielo vacía sobre la cabeza y se la llevaron corriendo fuera de la pista, sin que yo no pudiera hacer nada para impedir su secuestro.

M.

Al Sr. Vladímir

Estimado Sr. Vladímir, director de la discoteca Propaganda:

Quiero que sepa que todas las vidas de los luchadores de este campeonato tienen el mismo valor. Sé que usted, como buen aficionado a jugar todos los días al ajedrez con uno de sus hermanastros, piensa que las fichas blancas son mejores que las negras y que la vida de un caballo vale más que la de un peón. Lamentablemente, tengo que darle una mala noticia, la única diferencia entre un peón y un caballo o cualquier otra pieza, es su forma y su función, es más, un caballo no es nada sin su escudero, un peón puede comerse un castillo, impedir el ataque de un alfil, evitar la sangría de una reina, proteger al rey o incluso hacer un jaque mate al director de una discoteca. El objetivo del ajedrez no es acabar con todas las piezas para alcanzar al rey, el objetivo es matar al rey en el menor número de movimientos posible y no es hacer una carnicería o exhibir sus trofeos fuera del tablero. La habilidad de una ajedrecista como la de un director de discoteca en un campeonato de lucha grecorromana se demuestra exhibiendo el menor número de heridos, mutilados y muertos, porque el espectáculo está en el ingenio de los movimientos, la habilidad de salir de un ataque y vencer cuando nadie lo esperaba. La belleza de la lucha grecorromana reside en la victoria mediante la técnica, el control de la fuerza y la resistencia, el ajedrez y la lucha grecorromana tienen mucho en común, ambos son un juego, un espectáculo, una forma de canalizar la violencia racional intrínseca del ser humano, pero en ningún caso una partida de ajedrez puede terminar con el lanzamiento de las piezas al jugador contra su cara o los luchadores de su discoteca pueden utilizar la violencia con el único fin de someter a contrincante. En el ajedrez como en la lucha grecorromana lo importante es el espectáculo y el ingenio del jugador, no la muerte del rey o la humillación del luchador, la muerte del rey es la consecuencia del uso inteligente de las reglas del ajedrez de la misma manera que la victoria del luchador grecorromano en este campeonato debe cimentarse en la verdad y la razón de su técnica.

Si algo tenía claro Iósif, «el hombre de acero», como lo llamaban, es que estaba dispuesto a utilizar todas las reglas escritas o no y toda la violencia necesaria para tumbarme. Aunque aquello no era solo una pelea, lo suyo era un ajuste de cuentas de estos cuatro años en los que pasamos de querernos como hermanos a odiarnos como vecinos. Iósif y yo nos conocimos el primer día de Universidad, éramos pocos en clase y yo andaba algo despistado, todavía no tenía piso y vivía con mis tíos a más de una hora de la facultad. Cuando llegué lo primero que hice fue

saludar a Iósif, hablamos unos minutos antes de que el profesor de Literatura Griega y directo del departamento se presentase y nos explicase algunas de las normas más importantes que un estudiante recién llegado y futuro filólogo clásico debía de saber. La pasión con la que habló terminó convenciéndome de que cambiar en el último momento la matrícula para estudiar Filología Clásica y no ingeniería, como tenía pensado, había sido la mejor decisión que había tomado en mucho tiempo y nunca volví a cuestionarme si me había equivocado cambiando Cálculo Infinitesimal por Literatura Universal. Después de terminar las clases, Iósif me preguntó dónde tenía el piso y yo le expliqué que no tenía, que de momento vivía con mis tíos en el otro extremo de la ciudad. Fue en ese momento cuando me dijo que le preguntara a la polaca a la que había oído que estaban buscando un compañero de piso para que ocupara la cuarta habitación. Si no hubiera sido por él y por Wislawa que terminó ofreciéndome el cuarto más pequeño después de una hora de entrevista, aún seguiría en la casa de mis tíos. Pero aquello fue un idilio estudiantil, que se rompió ese mismo año, después de un primer cuatrimestre, donde algunos días pasaba más tiempo en su piso que en el mío, donde era uno más, nos dejábamos los apuntes, hacíamos muchos trabajos juntos, en su piso conocí a Mykola, Burak y Jinping con los que empecé a salir de discotecas e íbamos a las peleas de Mykola del campeonato interuniversitario de lucha grecorromana todos los sábados. Incluso aquel primer cuatrimestre de vacaciones pasé una semana en su casa. Una amistad que terminó corrompiendo el poder cuando en una asamblea extraordinaria en el segundo cuatrimestre de primero, en un salón de actos abarrotado de estudiantes de filología, el delegado de alumnos presentó su dimisión y pidió que alguno de los que estábamos en la asamblea se presentase a las elecciones que se celebrarían en unas semanas. No sé por qué estúpida razón levanté el brazo y en qué estado de locura me encontraba en ese momento, pero lo cierto es que no dudé en presentar mi candidatura a delegado delante de toda la facultad. Aquella decisión sorprendió a Iósif, que ya sabía el motivo de aquella asamblea y las circunstancias que la habían provocado y que esperaba paciente sentado a que todo el mundo le pidiera a él, como el alumno más popular de la facultad, que se presentase a delegado. Mi decisión le revolvió las tripas e hizo que se levantara sin ser aclamado por toda la facultad, era la primera en vez en muchos años que había dos candidatos, a partir de ese día Iósif y yo no fuimos distanciando, un camino en el que me acompañaron mis compañeros de piso y amigos que se sumaron a mi candidatura, excepto Dmitri. Una distancia que se hizo insalvable el día que me proclamé delegado de alumnos de la Facultad de Filología Clásica y que se convirtió en el punto de inflexión que representó el comienzo de numerosos enfrentamientos personales que tuvieron su momento de máxima tensión el día que expulsaron de la facultad a su padre Aleksandr por intentar abusar de Wislawa en su despacho. Iósif no era delegado de alumnos pero tenía mucho poder en la facultad, gozaba de una posición económica envidiable de la que presumía en las fiestas que organizaba en su piso en la que no faltaba comida, alcohol y drogas

rFiestas que utilizaba para cerrar sus trapicheos con algunos delegados de alumnos de otras facultades con los que había tejido una red de tráfico de drogas que había logrado endeudar a muchos alumnos de la universidad. Una de ellas era Wislawka de la que quiso cobrar su deuda abusando de ella en una de sus fiestas, a la que, si yo no hubiera llegado para impedirlo en ese momento, ahora Iósif no me estaría mirando con los ojos ensangrentados y buscando cómo agarrarme y tirarme al suelo con todas sus fuerzas.

Yo no se lo iba a poner fácil, él me odiaba y yo no le debía nada, incluso no le guardaba rencor después de tres años en los que había hecho todo lo posible para que dimitiera por corrupción, como hizo el anterior delegado al que amenazaron con sacar fotos drogándose en fiestas, documentos que podían probar algún trato de favor en alguna asignatura o que se había quedado con dinero de una de las fiestas que se organizaban para financiar actividades universitarias. Al final, eso solo fue una excusa para dimitir ante las coacciones de Iósif, que quería asaltar el cielo del poder de los alumnos de la facultad a cualquier precio. A mí también me hizo varias encerronas para que dimitiera, pero ¿quién no se ha drogado alguna vez en una fiesta universitaria? ¿Quién no se ha quedado a solas en un despacho con un profesor? O, ¿qué delegado de alumnos no ha pagado una semana el comedor universitario a un compañero con el dinero del viaje de fin de curso? Iósif y su amigo Dmitri, los rusitos, como los llamaban, se habían convertido durante estos años en auténticos sicarios universitarios, especialistas en organizar peleas ilegales de lucha grecorromana en el aparcamiento de la facultad, te pasaban los exámenes resueltos de los últimos diez años de la asignatura que quisieras, te vendían drogas, te conseguían un ordenador portátil nuevo a mitad de precio o, si querías, te dejaban su navaja siempre manchada de sangre cuando te hiciera falta. Nunca cedí a sus amenazas y extorsiones, nunca le reí sus humillantes comentarios racistas y homófobos algunas mañanas cuando coincidíamos desayunando en el bar El Ruso. Pero ahora él y yo estábamos frente a frente y detrás de su mirada, en sus empujones, se podía ver también a Dmitri, su mejor amigo de la facultad, a quien yo había ganado hacía unos minutos y que se recuperaba del golpe en la cabeza que aún lo tenía semiinconsciente en el lado oriental de la pista junto a un Ilya que no dejaba de jalar a Iósif para que se tirara, si hiciera falta, sobre mis piernas para hacerme caer de espaldas. Pero si algo había aprendido de él todos estos años de conflicto, era a huir de sus provocaciones, algo que lo irritaba aún más y eso es lo que estaba haciendo en la pista, huir como un pollo sin cabeza por el corral, como un luchador que busca la desesperación de su adversario dando vueltas continuamente alrededor de él, buscando el punto ciego de esa ambliopía de nacimiento del ojo derecho que le impidió dedicarse profesionalmente a la lucha grecorromana, algo que para el hijo del mejor luchador ruso de lucha grecorromana de todos los tiempos se convirtió desde la infancia en un lastre que nunca superó ni él, ni su padre. Así que allí estaba yo, girando alrededor

sde él al mismo tiempo que Natalia me empujaba hacía sus brazos, porque el combate no podía aterminar sin que la espalda y los hombros de alguno de los dos tocara la pista de baile. Hasta que llegó mi momento y Iósif se abalanzó sobre mí, como un zorro sobre un pollo en el corral cuando quedaba muy poco tiempo. Fue todo tan rápido que solo pude contraer el cuerpo para absorber el impacto, al mismo tiempo que inclinaba la cabeza hacia delante, provocando que la punta de mis orejas impactara en sus ojos, quedándose ciego por un momento. El pollo sin cabeza se convirtió en el hombre mulo que se tiró sobre «el hombre de acero», el indestructible el infinito, el inmortal, haciéndolo caer suavemente de espalda para luego, con toda la fuerza de un mulo, poner su espalda y sus hombros sobre la pista bajo la atenta mirada de Ilya, con el que me vería en una gran final sin tiempo, límites ni reglas de lucha grecorromana. El hombre mulo había ganado al despiadado hombre de acero, demostrando una vez más en este campeonato que no siempre gana el favorito, el más hábil, el más fuerte, ni siquiera el más inteligente o el que cree estar en posesión de la verdad y la razón absoluta, sino el luchador que tiene las orejas más grandes.

é

l

M

e

n

s

e

a

i

s

l

l

a

a

a

o

l

s

o

o

a

r

de él al mismo tiempo que Natalia me empujaba hacía sus brazos, porque el combate no podía terminar sin que la espalda y los hombros de alguno de los dos tocara la pista de baile. Hasta que llegó mi momento y Iósif se abalanzó sobre mí, como un zorro sobre un pollo en el corral, cuando quedaba muy poco tiempo. Fue todo tan rápido que solo pude contraer el cuerpo para absorber el impacto, al mismo tiempo que inclinaba la cabeza hacia delante, provocando que la punta de mis orejas impactara en sus ojos, quedándose ciego por un momento. El pollo sin cabeza se convirtió en el hombre mulo que se tiró sobre «el hombre de acero», el indestructible, el infinito, el inmortal, haciéndolo caer suavemente de espalda para luego, con toda la fuerza de un mulo, poner su espalda y sus hombros sobre la pista bajo la atenta mirada de Ilya, con el que me vería en una gran final sin tiempo, límites ni reglas de lucha grecorromana. El hombre mulo había ganado al despiadado hombre de acero, demostrando una vez más en este campeonato que no siempre gana el favorito, el más hábil, el más fuerte, ni siquiera el más inteligente o el que cree estar en posesión de la verdad y la razón absoluta, sino el luchador que tiene las orejas más grandes.

M.

Al Sr. Vladímir

Estimado Sr. Vladímir, director de la discoteca Propaganda:

Dígame por favor como se para una pelea, pero no una de estudiantes en la cafetería de la universidad, en un piso de estudiantes, en un aparcamiento de un supermercado o junto a un contenedor de una pizzería, sino esta Tercera Gran Pelea que hasta ahora solo ha dejado cuerpos en los márgenes de esta pista de baile y una gran desolación iluminada por la multitud que no deja de bailar. No puedo entender por qué mientras treinta y dos luchadores están exponiendo sus vidas a la muerte en esta Tercera Gran Pelea, el resto de las personas de esta discoteca que no participan en esta guerra están sumidas en el éxtasis de una música que sigue sonando sin parar en una pista donde no queda espacio para más heridos. No entiendo por qué el espectáculo debe continuar, los camareros tienen que seguir sirviendo los refrescos de naranja, las fábricas extrayendo el zumo de ellas y los agricultores haciendo crecer los árboles, recolectando y trayendo a la fábrica todas las mañanas las naranjas recién cortadas. No entiendo por qué si la cajera sigue subiendo bolsas llenas de dinero hasta su caja fuerte alemana, la jefa de comunicación envía notas de prensa a todas las agencias de publicidad que tiene contratada contando que estamos ante el mejor campeonato de todos los tiempos, su jefe de sala se asegura de que los camareros no dejan de servir refrescos con hielo recién picado en la barra, otros fuera de ella recogen vasos vacíos por toda la discoteca al mismo tiempo que el equipo de seguridad ha comenzado a sellar las puertas herméticamente para que nadie huya de una discoteca sumida en la sesión infinita de música de Revolución1917. Y mientras todo esto ocurre, usted sigue sentado en su asiento de piel jugando al ajedrez con su hermanastro, mirando por las cámaras de seguridad y levantándose solo para orinar y mirar a través de las cortinas de la ventana de su despacho desde el que se observa la final de la Tercera Gran Pelea de esta fiesta de fin de curso.

Nadie cuando comenzó esta pelea habría apostado por una final en la que lucharían el favorito Ilya y yo, el luchador que nunca había abandonado el primer puesto en las apuestas contra el último de los treinta y dos luchadores de este campeonato, el más popular de la discoteca frente a un desconocido estudiante de fin de curso, Ilya el terrible contra el hombre mulo, el joven cadete de la escuela de oficiales militares contra el joven estudiante de Filología Clásica, el luchador de Rusia más prometedor de todos los tiempos frente a la revelación del campeonato. Toda la discoteca estaba expectante ante este combate de combates que decidiría el rumbo de la Tercera Gran Pelea. El equipo de limpieza abrió hueco en la pista, colocando a cada uno de los

perdedores que seguían recuperándose tumbados en el suelo fuera de la pista, los del lado oriental junto a Ilya y los del lado occidental detrás de mí, todos menos María a la que se llevaron nada más terminar y de la que solo Ilya conocía su paradero. También vertieron el contenido de todos los vasos que estaban en las mesas aledañas a la pista, hielos, restos de refrescos de naranjas y también hicieron algo que no habían hecho hasta ahora, romper todos los vasos que se habían dejado sobre los altavoces, en las mesas o en el suelo, para construir una alfombra de cristales rotos en los que se reflejaban y descomponían las luces de los focos convirtiéndola en una destellante alfombra multicolor de faquir.

Mientras el equipo arbitral se cambiaba de uniforme y se sentaban en una mesa para rellenar los datos en la hoja del combate, Ilya en un extremo de la pista y yo en otro no mirábamos al tiempo que bebíamos un refresco de naranja y nuestros entrenadores nos daban instrucciones. Junto a Ilya estaban su hermano Dmitri, su tío y entrenador Aleksandr y su primo Iósif; y junto a Mykola, Irene y Wislawa, mis compañeros de piso. A las 7:34 h todas las pantallas de la discoteca dejaron de poner las mejores imágenes de los combates, estaba a punto de amanecer y fuera de la discoteca la temperatura era de -18°C, la más baja que se había registrado en todo el invierno en Moscú. Fue en ese momento cuando Natalia se acercó al centro de la pista y llamó a los dos luchadores que seguían hidratándose y recibiendo las últimas instrucciones de sus entrenadores. Los dos nos acercamos y cuando nos colocamos frente a ella nos miró, dio un paso atrás, colocó su brazo derecho entre nosotros, se llevó la otra mano a su silbato que colgaba de su cuello, lo agarró y, después de apretarlo, se lo llevó a la boca y pitó con todas sus fuerzas al mismo tiempo que levantaba el brazo, dando comienzo la pelea de la noche de la que saldría el vencedor de esta Tercera Gran Pelea.

Esta vez Natalia no había inspeccionado nuestros cuerpos, tampoco comprobó si Ilya le había puesto el seguro a su pistola, incluso si yo hubiera querido, podría haber llevado escondido un puñal de acero en el bolsillo o una navaja atada a su tobillo, pero aquel gesto arbitral indicaba que aquella pelea oficialmente no estaba sujeta al reglamento de la Federación Internacional de Lucha Greco-romana de Discotecas (FILGD), algo que no me preocupaba después de ver cómo Ilya lo había incumplido en todos sus combates. Puede que él y yo no nunca hubiéramos peleado juntos, pero habíamos tenido durante toda la noche tiempo para conocernos desde que lo vi entrar por la puerta de la discoteca sin hacer cola junto al resto de sus compañeros de la academia, mientras nosotros esperábamos a que nos cachearan bajo un frío desolador. Pero fue en la Segunda Gran Pelea cuando lo conocí personalmente, aunque él ya había escuchado hablar de mi relación con María durante los días en los que habíamos recorrido Moscú de un extremo a otro y de la intención de ella de venirse con nosotros para estudiar un máster en nuestra universidad. Desde ese momento no dejamos de estudiarnos el uno al otro, mientras yo aprendía

los pasos agigantados de Mykola todo lo debía de saber de lucha grecorromana. Él estudiaba mis puntos débiles en todos los combates que fui ganando uno tras otro hasta llegar a la final, una progresión meteórica a lo que muchos llamaban suerte y a mí me gustaba llamarlo talento aunque al final fuera una mezcla de los dos porque no se puede ganar solo con la suerte si no tienes talento. Pero ahora frente a mí estaba el luchador más en forma y terrible que había conocido hasta ahora y eso me hacía sentir miedo por primera vez en toda la noche, porque sabía que si perdía este combate, María, todos los discotequeros de este viaje de fin de curso y yo no podríamos coger el avión a las doce del mediodía.

Los primeros momentos del combate sirvieron para analizarnos el uno al otro, él miraba mi cuerpo escuálido, mis orejas de burro y el gesto de preocupación que se podía ver en mi cara; y yo veía su atlético y robusto cuerpo sobre el que viajaba una cabeza con una sonrisa maliciosa. Él se movía embutido en una cara que se paseaba por toda la pista dando vueltas a mi alrededor buscando mi espalda. Pero yo no estaba dispuesto a ponérselo tan fácil y no dejaba de buscar su punto débil. No puede que mi posición defensiva fuera para muchos de los que jaleaban a Ilya un gesto de debilidad, pero para mis compañeros, con los que había preparado el combate era un gesto de valentía que estaba consiguiendo enfurecer a Ilya que veía que no podía atraparme. Él me echaba los brazos y yo se los golpeaba para que sus manos no me atraparan. Si se abalanzaba para meterme el hombro en mi pecho, yo daba un paso a un lado y perdía el equilibrio, o si intentaba atraparme tirándose a las piernas, yo saltaba. La impaciencia se estaba apoderando de Ilya y yo había encontrado su primer punto débil que le estaba haciendo errar una y otra vez en su objetivo de atraparme, lanzarme por los aires como si fuera una moneda hasta caer de espalda, para después tirarse encima de mí hasta hacerme vomitar y colocar mis hombros sobre la pista. Pero mi estrategia lo estaba fatigando y empezaba a creer que nadie es invencible, aunque las apuestas siguieran indicando que seguía siendo el favorito, porque las estadísticas seguían teniendo en cuenta que en esa discoteca él siempre había ganado, tenía a más de la mitad de los discotequeros y a todo el politburó de la discoteca pidiendo sangre. Pero en el cuerpo a cuerpo la soledad del luchador hace que todo esto deje de ser vinculante y se imponga el principio universal de la lucha grecorromana, el de «siempre gana el más hábil, audaz, y quien menos suda». Ilya era el mejor luchador, pero se estaba desgastando, su ansiedad lo estaba haciendo sudar excesivamente en una circunstancia que se estaba convirtiendo en un factor que podía ser determinante, pero aún quedaba mucho tiempo de pelea, la tensión podía cortarse con el cristal de un vaso roto y la intensidad del combate seguía creciendo con el ritmo de la música de Revolución1917, que no dejaba de alimentar aquel maremágnum de gente que bailaba como si hoy fuera el último día de este viaje de fin de curso.

s El combate había entrado en un punto muerto para Ilya, que veía cómo se iba desgastando intentando atraparme mientras bailaba alrededor de la pista al ritmo de una música electrónica, con patrones rítmicos diferentes del 4/4, un ritmo sincopado y polirrítmico que me hacía saltar sin parar a golpe de batería, un sonido *breakbeat* que nada tenía que ver con el *house* o el *techno* que habíamos escuchado hasta ahora y que me estaba induciendo un estado de trance sin precedentes que me hacía bailar sin parar. Aquella situación estaba cansando a Ilya que a cada intento de atraparme yo respondía bailando con más intensidad. Mi estrategia estaba clara, puedo que no tuviera su técnica, ni su fuerza capaz de romper un vaso con su mano derecha y amenazar con clavármelo si no dejaba de bailar, pero yo no iba a dejar que Ilya me atrapara para que jugará conmigo como si fuera un pelele como había hecho con sus adversarios en todos sus combates. Su impotencia de no poder cazarme lo estaba llevando al límite y enfureciendo aún más haciendo que cada vez que intentaba atraparme resbalara una y otra vez, hasta que una de las veces que se tiró sobre mí herró y colocó las manos y las rodillas clavándose el manto de cristales que había sobre la pista, fue la primera vez en toda la noche que vi desaparecer la sonrisa de su cara. Cuando un luchador que nunca había perdido un combate, que se creía invencible, empieza a pensar que ya no lo es y siente ese vértigo, comienza a perder el equilibrio que puede hacer que termine cayendo en el pozo de la ansiedad. Primero te coge el corazón y te lo retuerce haciéndolo latir con todas sus fuerzas, luego te obstruye los pulmones para que se queden sin aire cada axioma de cada neurona de tu cerebro hasta que no sientes, no ves, estás paralizado y empiezas a pensar que solo tienes una salida, el suicidio.

s Ilya no se iba a suicidar sin hacer antes todo lo posible para vencerme, fuera lo que fuera y eso hizo creyendo saber cuál era mi punto débil y lanzándose sobre él a la desesperada. Él había analizado cada uno de mis combates y había llegado a la conclusión de que la única razón para que alguien sin un cuerpo preparado para luchar, sin técnica y experiencia hubiera ganado todas las peleas, era debido a una cuestión simplemente de suerte y que aquel hombre mulo con orejas de burro era un auténtico y único tipo con suerte, uno de esos seres que están impregnados de un aceite que no deja que se adhiera la ley de probabilidades, un ser luminoso capaz de cegar cualquier atisbo de azar malicioso. Un poder de la suerte que Ilya pensaba que solo podía residir en una parte del cuerpo que aún no había sido tocada por nadie y de la que pensaba que solo tendría una oportunidad para atraparla durante la transición entre dos temas musicales de la Revolución 1917 en la que yo me quedaría inmóvil. Y eso sucedió, esperó a que una canción terminara en estruendo y, durante el silencio de un milisegundo que invadió la pista, Ilya atrapó con sus dos manos cada una de mis orejas con una fuerza sobrenatural. Ni en el peor de los escenarios posibles, nadie hubiera pensado que alguien con la experiencia y la técnica de un luchador como Ilya pudiera recurrir a coger mis orejas de burro con el objetivo de apretarlas.

hasta conseguir que me arrodillara como si fuera a pegarme un tiro en la cabeza con su pistola para después empujarme con sus botas y caer de espaldas y proclamarse vencedor, aun sabiendo que no ganaba por ser el mejor luchador de la discoteca, sino porque se había convertido en un luchador tirano cruel y sin escrúpulos. Cuando Ilya cogió las orejas y sintió su pelo corto, suave y lanoso, creyó tener la victoria entre sus manos. Yo, el hombre de las orejas de burro, flexioné las piernas y todo el mundo pensó que iba a colocar las rodillas en la pista de baile, pero sonreí y las orejas empezaron a ponerse duras como dos piedras. Entonces comencé a girar sobre mí mismo, cada vez con más velocidad, con Ilya agarrado a las orejas, que no podía creer lo que estaba pasando y que no soltaba las orejas porque sabía que, si lo hacía, perdería definitivamente el combate; hasta que la velocidad de la fuerza centrífuga le hizo soltar las manos y los dos salimos despedidos, cayendo al mismo tiempo sobre la pista de espaldas y tocando el suelo con nuestros hombros. Natalia se acercó a los dos, comprobó que estábamos inconscientes y no proclamó perdedores a los dos luchadores en la final de esta Tercera Gran Pelea, certificándolos en el acta y dando por finalizado el último combate sin ningún vencedor. El director echó a un lado la cortina de la ventana y vio lo que había sucedido, miró al jefe de sala y en la discoteca comenzó el holocausto.

e

e

s

M

y

a

a

s

s

l

r

r

o

e

n

ó

s

l

s

hasta conseguir que me arrodillara como si fuera a pegarme un tiro en la cabeza con su pistola, para después empujarme con sus botas y caer de espaldas y proclamarse vencedor, aun sabiendo que no ganaba por ser el mejor luchador de la discoteca, sino porque se había convertido en un luchador tirano cruel y sin escrúpulos. Cuando Ilya cogió las orejas y sintió su pelo corto, suave y lanoso, creyó tener la victoria entre sus manos. Yo, el hombre de las orejas de burro, flexioné las piernas y todo el mundo pensó que iba a colocar las rodillas en la pista de baile, pero sonreí y las orejas empezaron a ponerse duras como dos piedras. Entonces comencé a girar sobre mí mismo, cada vez con más velocidad, con Ilya agarrado a las orejas, que no podía creer lo que estaba pasando y que no soltaba las orejas porque sabía que, si lo hacía, perdería definitivamente el combate; hasta que la velocidad de la fuerza centrífuga le hizo soltar las manos y los dos salimos despedidos, cayendo al mismo tiempo sobre la pista de espaldas y tocando el suelo con nuestros hombros. Natalia se acercó a los dos, comprobó que estábamos inconscientes y nos proclamó perdedores a los dos luchadores en la final de esta Tercera Gran Pelea, certificándolo en el acta y dando por finalizado el último combate sin ningún vencedor. El director echó a un lado la cortina de la ventana y vio lo que había sucedido, miró al jefe de sala y en la discoteca comenzó el holocausto.

M.



MEN'S GRECO-ROMAN 85KG

VICTORY CEREMONY

RUS  DAVIT CHAKVETADZE

UKR  ZHAN BELENIUK

BLR  JAVID HAMZATAU

GER  DENIS MAKSYMILIAN KUJDA



POSGUERRA

Al Sr. Vladímir

Estimado Sr. Vladímir, director de la discoteca Propaganda:

Quiero que sepa que quien siembra odio en una discoteca recoge vasos rotos, porque no puede someter a toda una discoteca llena de estudiantes de viaje de fin de curso a la dictadura de espectáculo con un campeonato ilegal de lucha grecorromana. El reglamento de la Federación Internacional de Lucha Grecorromana de Discotecas (FILGD) se creó con el objetivo de promover el juego limpio en todas las discotecas del mundo, no para apropiarse de él. Ahora que ya no quedan luchadores sobre la pista y nadie ha sido el ganador final de este absurdo campeonato del que pensaba le iba a llevar a convertirse en el director de la mejor discoteca de mundo. Debe saber que lo único que ha conseguido es un reguero de lisiados sobre una pista de baile sucia en una discoteca que ya no es la misma a la que entramos para participar en la que debía ser la mejor fiesta de todos los tiempos, esa en la que nos prometió que los refrescos de naranja y el hielo nunca se acabarían, que habría vasos limpios toda la noche, los aseos se limpiarían cada hora, no habría peleas en la pista de baile y en la que la música nunca dejaría de sonar. Así que me gustaría dejarle por escrito mientras todavía es una de las veinte mejores discotecas del mundo y se ha quedado lejos de ese sueño de ser la mejor del mundo, que nadie ha ganado este campeonato. Así que déjenos marchar de aquí al ritmo de la música y bailando para llegar al aeropuerto, coger el vuelo de las doce de la mañana, cerrar los ojos y abrirlos cuando aterricemos en casa. Acepte que esta Tercera Gran Pelea la hemos perdido todos y que es tiempo de reponer los refrescos, contar el dinero de la caja, pagar a los camareros y limpiar toda la discoteca para que esta noche se vuelva a llenar de estudiantes de fin de curso.

El hombre invencible y yo, el hombre de las orejas de burro, seguíamos tendidos en la pista bajo la atenta mirada de un jefe de sala que se acercó y, con la punta de sus botas militares, nos golpeó en el costado para que despertáramos y dejáramos el hueco libre en la pista para que pudieran ocuparlo otros estudiantes bailando. Si no lo hacíamos, el equipo de seguridad se encargaría de cogernos por los brazos y nos llevaría arrastrándonos por toda la discoteca hasta el almacén donde llevaban a los secuestrados y a los estudiantes más graves y donde recibiríamos asistencia médica básica de los estudiantes de medicina, un poco de hielo sucio en una contusión la sutura de una herida con la grapadora de la oficina o incluso alguna cirugía de urgencia con un cristal afilado de una botella desinfectado con alcohol de la mejor botella de garrafón. Después de la segunda patada, Ilya despertó, Aleksandr lo ayudó a levantarse y lo llevó aturdido hasta

donde estaban Iósif, Dmitri, Jinping y Burak en el lado oriental de la pista, mientras preguntaban qué había pasado. Cuando Iósif le dijo que no había ganado, que la pelea había terminado con los dos inconscientes en el suelo en el último segundo, Ilya, aún turbado, no dejaba de decir palabras sin sentido como «carrera, fin, luchador» mientras miraba con los ojos aún desencajados a su padre que, después de mirar a la ventana del director, levantó la mano, chasqueó los dedos y los gemelos del equipo de seguridad cerraron herméticamente la puerta principal con una llave que colgaba de su cuello. Después se fue hasta la barra, entró en su despacho con dos camareros y caminó hasta el gigantesco cuadro eléctrico, descolgó las llaves que llevaba en su cuello, abrió la puerta con una de ellas y localizó en el gigantesco cuadro los interruptores que dejaban sin suministro eléctrico las luces de los baños, la máquina de hielo, los focos de la barra y el sistema de calefacción. Solo había un cuadro de mandos sobre el que no tenía el control el jefe de sala y ese era el que comandaba las luces de la pista de baile y el circuito eléctrico que alimentaba las pantallas de televisión de toda la discoteca y la cabina de Revolución1917, que solo podía desconectarse desde otro lugar de la discoteca. Dmitri introdujo la segunda llave, giró hacia la derecha y el sistema de calefacción dejó de funcionar. En unos segundos la temperatura cayó súbitamente, sobre todo en las zonas donde no había rejillas, como los aseos, el guardarropa y el almacén, mientras que en otras zonas, como la de los reservados, la barra del bar y la pista de baile, seguía saliendo el aire caliente residual que amortiguó el golpe violento de frío que se iba extendiendo por toda la discoteca como la niebla en un pantano. Los dedos de los pies de los estudiantes más alejados de las rejillas comenzaron a congelarse y tampoco sentían la punta de los dedos de las manos y la nariz. En apenas unos minutos, la temperatura en algunas zonas hacía ya inviable seguir en manga corta. A los que aún le quedaba dinero se fueron a la barra y pidieron refrescos de naranja sin hielo, otros se fueron directamente al guardarropa, donde ya se había formado una cola y muchos estudiantes empezaban a ponerse nerviosos. En el único sitio donde todo parecía seguir igual era en la pista de baile, donde una multitud enfermiza no dejaba de saltar semidesnudos al ritmo de la música de Revolución1917. Los primeros altercados comenzaron en el guardarropa, entre los que se habían llevado un abrigo para estar fuera con temperaturas por debajo de cero grados mientras hacían cola para ser registrados y los que se habían bajado del autobús entrando directamente sin pasar por los miembros de seguridad de la discoteca. El caos se estaba apoderando de la discoteca y muchos de los estudiantes empezaban a pedir que abrieran las puertas y les dejaran salir para volver a sus hoteles, sobre todo aquellos que se habían quedado sin dinero para beber y a los que le habían robado su ropa de abrigo. Todos ellos se fueron hasta la puerta y comenzaron a golpearla pidiendo que la abrieran, pero la discoteca ahora era lo más parecido al compartimento estanco de un congelador del que no podía salir ni entrar nadie y del que solo tendría opciones de sobrevivir quien no dejara de bailar.

a Aquel campo de concentración se iba enfriando por momentos, especialmente en el almacén donde todos estaban sufriendo las consecuencias de una decisión que dejaba sin efecto todas las normas del juego ilegal que había amparado el estado de derecho durante el campeonato y se había impuesto la ley de la supervivencia en la que cada uno tenía que luchar por su vida instalándose el individualismo en una fiesta de fin de curso en la que había prevalecido la hermandad sobre la individualidad, en la que si ibas a la barra a pedir algo y coincidías allí con algún compañero de otra facultad con el que habías estado en otra fiesta de discoteca, en una obra de teatro, en el salón de actos, un concierto en las zonas verdes del campus, jugando a baloncesto en el pabellón cubierto o en alguna manifestación contra las políticas neoliberales que se estaban imponiendo en la sociedad y asfixiando la educación pública; este compañero te pagaba el refresco. Pero todo eso había cambiado, ahora que nadie veía la forma de salir de allí los discotequeros solo pensaban en su propia vida sin importarle la de ese compañero universitario que le dejó los apuntes, le hizo su parte del trabajo en grupo sabiendo que sería una nota conjunta o de las veces que compartió pizza en las fiestas de estudiantes que se hacían en los pisos los jueves por la noche. La discoteca ya no era el lugar seguro que empezó siendo cuando comenzó la fiesta a las doce la noche, ni la de las tres, ni la de las seis o las ocho; se había convertido en un lugar salvaje en el que ya no había reglas, en los que la gente empezaba a discutir por beberse el hielo derretido con sabor a refresco que quedaba en los vasos repartido por toda la discoteca y que ya ningún camarero se atrevía a recoger. El extrarradio de la pista se había convertido en un lugar peligroso si lo que buscabas era algo del calor que despedían los cuerpos de aquella multitud sumida en la locura del baile. Un calor al que el frío desolador, que se había apoderado de la discoteca, todavía no era capaz de romper esa legión de discotequeros que, como cachorros de lobos salvajes, se nutrían del calor de los unos a los otros exhalándose si caliente, juntando sus cuerpos sudados, friccionando su piel al ritmo de la música y donde el centro de la pista se había convertido en el epicentro de un sistema de calefacción humano al que se iban trasladando sincrónicamente de dentro hacia afuera, como si Revolución 1917 fuera la abeja reina de aquella colmena de discotequeros a la que solo pertenecían los más fuertes. Un sistema del que se habían quedado fuera los más vulnerables, los que ya no tenían fuerzas para seguir bailando, los que no llevaban camiseta interior, los que se habían cortado con algún vaso roto, los que ya no tenían dinero para más refrescos de naranja o los lisiados de la Tercera Gran Pelea. Se habían quedado afuera los perdedores de una guerra discotequera cruel de la que ya no quedaban rastros de solidaridad y en la que se había impuesto definitivamente la ley del baile de más fuerte, dejando atrás todas esas horas en las que ibas de tu mesa del reservado a la pista y cuando ya estabas cansado, volvías a él. Atrás habían quedado las charlas en la barra del bar en la que te presentabas y preguntabas a alguien en qué facultad estudiaba. Ese momento en la puerta del baño en el que aprovechabas para mirar el reloj del discotequero que estaba a punto de

entrar o para salir a la calle para respirar un poco de aire helado. Todo aquello había quedado destruido y se había instalado un nuevo orden en la discoteca en la que solo quedarían en pie los que resistieran el ritmo intenso que el director había mandado pinchar a Revolución1917.

,
a
n
a
l
e
e
,
o
a
n
o
e
a
s
e
s
e
s
l
l
e
a
n
a
o
n
o
l
,
n
a
e

M

entrar o para salir a la calle para respirar un poco de aire helado. Todo aquello había quedado destruido y se había instalado un nuevo orden en la discoteca en la que solo quedarían en pie los que resistieran el ritmo intenso que el director había mandado pinchar a Revolución1917.

M.

Al Sr. Vladímir

Estimado Sr. Vladímir, director de la discoteca Propaganda:

La locura no es el fin de una fiesta de fin de curso, puede ser un vehículo que te permita llegar a un estado de trance controlado, pero cuando el descontrol se convierte en el catalizador de la locura al final terminas perdiendo la conciencia. Y le cuento todo esto desde mi propia experiencia porque lo he vivido, porque he dejado que la locura se apodere de mí hasta llegar a un estado de trance sin retorno en el que ya no eres tú. He tomado pastillas que me han hecho ver monstruos donde no los había, decirle a mi mejor amiga que se vaya a la mierda, vomitar en el baño, bailar toda la noche sin parar hasta caer deshidratado al suelo y quedarme tendido hasta que me han despertado orinando sobre mi cuerpo. Sé lo que es que te saquen de una discoteca en ambulancia y despertarte en el hospital con todos tus amigos alrededor de ti diciendo «casi te quedas sin hacer el examen final de Literatura Griega». Así que no deje que se apodere de usted la locura y vuelva al punto de retorno de la sinrazón antes de que la violencia se convierta en ira sin control y el azar marque el ritmo de su tiempo. Déjenos salir de su discoteca y cuando lo hagamos todos, cierre la puerta, siéntese en su despacho tranquilamente, ponga música y observe desde los monitores de seguridad cómo todo vuelve a su sitio para que esta noche haya una nueva fiesta de fin de curso y un nuevo campeonato ilegal de lucha grecorromana con nuevos estudiantes, pero siempre sin cruzar nunca esa línea de la locura que se convierte en un punto sin retorno, porque cuando huir se convierte en la única forma de salir de su discoteca, algo no funciona en ese sistema de gestión tan perfecto que tiene implementado y en el que ha invertido tanto dinero y tiempo.

Déjenos huir sabiendo que este exilio se convertirá en una nostalgia perpetua que no cesará hasta que volvamos muchos años más tarde con nuestros hijos a Moscú y nos detengamos delante de la puerta de la discoteca, donde les contaremos que un día sus padres y todos los estudiantes que celebrábamos la fiesta del último día del viaje de fin de curso pudimos huir juntos de allí. Dejar huir a quien quiere hacerlo no es sinónimo de derrota, no es un regalo, no es un perdón real o un acto de humanidad que te exime del dolor causado. Dejar huir es darse una oportunidad para cambiar su modelo de gestión de discoteca basado en una autocracia exterminadora selectiva, por otro modelo de gestión basado en una democracia discotequera en la que los bienes y servicios de su discoteca estén al servicio de todos los discotequeros y no solo de los que bailan al ritmo que le dicta usted a Revolución1917. Un modelo basado en un

igualdad real de oportunidades que garantice que cualquiera que tenga las cualidades, el talento y la formación para ser director de discoteca como usted pueda sentarse en su sillón de cuero. Si que es una decisión difícil, que una vez que la violencia se adhiere a la piel de una persona es imposible doblegarse a ella, pero inténtelo, déjenos huir o nosotros decidiremos por usted.

Vladímir ya había decidido nuestros destinos cuando terminó la Tercera Gran Pelea, pero que incluso antes. Una decisión tan importante no se podía tomar de una forma impulsiva y sin saber sus consecuencias. Aunque la locura se hubiera apoderado de él, un estado así requiere de un diseño y una preparación, dejar al azar una decisión así significaría la asunción de tu propio fracaso y la historia está llena de campos de exterminio, de explosiones, de bombas nucleares, deportaciones, violaciones de mujeres, limpiezas étnicas, campos de batalla sembrados de inocentes, ciudades destruidas y de exámenes finales imposibles. Pero ver a su nieto en la final y ver cómo no era capaz de doblegar al hombre de las orejas de burro y, que de vencer, lo haría a un alto coste que dañaría la reputación de la discoteca y podría sacarla incluso de la lista de las veinte mejores discotecas del mundo, fue el detonante de una decisión que iba en contra de un único principio universal de todo viaje de fin de curso, el principio de retorno: ningún viaje de fin de curso, bajo ninguna condición puede modificar el día y la hora de regreso. Durante las cinco noches y los seis días de un viaje de fin de curso universitario se podían cambiar horarios de visitas a monumentos, anular las entradas a un concierto, aumentar las horas libres de los estudiantes o incluso un estudiante o un grupo podía abandonar el plan de viaje durante esos días y pasar todo el día ilocalizable, solo había una condición, de noche tenías que ir a dormir al hotel, porque si no lo hacías habría que ir a la policía y denunciar la desaparición. Solo había una excepción a esta regla y era que la guía del viaje firmara una autorización en la que asumiera la responsabilidad tutora de uno o varios estudiantes.

María había redactado y firmado una de esas órdenes para pasar toda la noche conmigo y ayudarla a salir de allí para acompañarla en todo este proceso complejo que implicaría matricularse en un máster de una universidad extranjera, conocer otro país, otra ciudad, otra universidad y otras discotecas, para después, unos años más tarde con otra forma de ver el mundo, volver a Moscú, coger la llave donde la dejó y volver al hogar para poder aspirar a tener una nueva oportunidad en otro ámbito laboral, pero esta vez alejada del submundo de las discotecas. Pero para eso tenía que hacer ese Máster en Relaciones Internacionales que le permitiera aspirar a trabajar en Moscú en alguna organización internacional de defensa de los derechos humanos, un despacho de abogados, una embajada o, incluso, no descartaba afiliarse a un partido político en el que pudiera luchar para acabar con las peleas ilegales de lucha grecorromana en las discotecas. Pasamos toda la noche completando formularios y adjuntando toda la información que necesitaba para ser admitida en el máster. Una noche en la que hubo

Y tiempo también para conocernos mejor, donde nació, como acabé estudiando Filología Clásica y cómo ingeniería como tenía pensado cuando terminé mis estudios de bachillerato, le hablé de la vida universitaria, de la ciudad donde viviría, de los amigos que le ayudarían a adaptarse a un nuevo clima más cálido que el de Moscú y en el que en verano se alcanzaban temperaturas de más de 40°C y en invierno era muy extraño bajar de los 10°C. Ella también me habló de su vida en Moscú, de su infancia y de todo lo que dejaría aquí con algo de nostalgia, aunque para ella este máster fuera una forma de liberarse de las cadenas que la mantenían atada a un trabajo en el que se sentía una esclava del sistema. Y entre tanto hablar, al final acabó pasando lo que en muchos viajes de fin de curso nace de la espontaneidad, un beso mientras rellenábamos los formularios, otro mientras le enseñaba en un mapa la playa a la que me gustaría llevarla y unas caricias de viaje de fin de curso en su piso en el que Ilya nos encontró desayunando en la cama con café y tostadas con mermelada de fresa. De nada sirvió que María me lo presentara como su amigo y sobrino, aunque tuvieran la misma edad, para darme cuenta de que me apretaba la mano como si estuviera a punto de comenzar un combate de lucha grecorromana. Él se fue y cuando terminamos de desayunar María apagó todas las luces, la calefacción, cogió la maleta, cerró la puerta y escondió la llave debajo del felpudo como si fuera a regresar.

Si el plan de Vladímir se cumplía, nadie de los que estamos allí en la discoteca podríamos escoger el avión a las doce, algo que tendría unas consecuencias impredecibles para todos nosotros. En lo económico implicaría comprar nuevos billetes de avión en los vuelos que fuera posible reservar noches de hotel para los que no pudieran hacerlo hoy mismo y buscar un restaurante para todos, al menos para almorzar hoy. Una vuelta escalonada que se convertiría en un problema para la directora de la agencia de viajes. Pero lo peor vendría después, cuando hubiéramos que pagarle el dinero que habíamos recaudado para el viaje y del que solo habíamos dejado lo suficiente como para hacerle un regalo a la guía que nos había acompañado durante todo el viaje. Lo que implicaría que todo el mundo se tendría que sufragar su regreso y no a todos les quedaba dinero en efectivo o en la tarjeta, ni tampoco muchos podrían llamar a sus padres o a un hermano para que le prestara el dinero. A otros solo les quedaría la opción de pedir un préstamo a alguno de los usureros que merodeaban por la barra del bar, siempre que le dieras una garantía de que cuando regresases a casa se lo ibas a devolver con intereses. Puede que alguno pudiera dar como garantía el dinero que sacarían vendiendo algunas de sus posesiones más preciadas, una cazadora de edición limitada, la ropa de nieve o un abrigo de piel, pero muchos no tendrían ni siquiera eso y no tendrían otra opción que quedarse en la discoteca luchando hasta poder pagar el billete de regreso.

Estar cuatro años fuera de casa estudiando sabiendo que lo que estás haciendo se convertirá algún día en un modo de vida es el mejor antídoto contra esa nostalgia, pero estar lejos de ti

ycasa, de tu piso de estudiante y saber que no puedes regresar ni huir de una discoteca porque has cerrado las puertas para que no puedas salir, es el primer síntoma de un exilio forzoso que se agudiza cuando te das cuenta de que si una avalancha de gente desesperada la tirara abajo pasas por encima de un reguero de cuerpos asfixiándose, te encontrarías otra puerta cerrada al final del pasillo y que si pudieras derribar esta también, llegarías a una verja de forja cerrada por la que, después de trepar por ella, te encontrarías arriba un cordel denso de alambres de espino que tendrías que cruzar para pasar al otro lado antes de poner un pie en la acera de la calle cubierta de hielo y nieve desde la que esperar semidesnudo a que pasara un taxi que te llevara al aeropuerto antes de desmayarte por una hipotermia. Solo había una forma de salir de aquel campo de concentración en el que se había convertido la discoteca, antes de que la desesperación, el miedo y el pánico terminaran de apoderarse de todo el mundo y era hablar con el jefe de sala para decirle que estábamos dispuestos a hacer lo que nos pidiera, un escrito suplicándole al director que nos dejara salir, pagar los desperfectos que se habían producido en los baños antes de que se lo reclamaran a la agencia de viajes, recoger todo lo que habíamos lanzado contra el cristal blindado que protegía a Revolución 1917, jurar por Dios que no hablaríamos fuera de la discoteca con los medios de comunicación de todo lo que pasaba dentro, pagar las deudas generadas por todos los refrescos de naranja y paquetes de patatas fritas que habían dejado los estudiantes sin pagar a nombre de personas de las que luego se dieron cuenta que ya estaban muertas o no existían, como Iván el Terrible, Pedro I el Grande, Catalina II de Rusia, Lenin, Stalin, Mijaíl Gorbachov, Aleksandr Puskin, Vladímir Putin o Nikolái Gógol. Solo había una cosa que no estábamos dispuestos a aceptar para salir de allí, que Ilya había vencido en la final de la Tercera Gran Pelea, porque eso significaría que tendríamos que asumir nuestra condición de perdedores y renunciar a todos nuestros derechos como estudiantes de viaje de fin de curso y poder reclamar por todos los daños morales que habían sufrido cada uno de los estudiantes humillados, las secuelas sufridas durante toda la noche y las torturas a las que habían sido sometidos durante los combates. Nadie estaba dispuesto a asumir la condición de desterrados de por vida de Propaganda, al menos hasta que el director de la discoteca fuera relevado de su cargo por el consejo de administración, renunciara voluntariamente o lo encontrarán en su apartamento tumbado en una alfombra después de sufrir una hemorragia cerebral tras varias horas agonizando.

El tiempo transcurría y la música seguía sonando sin parar, algo que indicaba que la única salida que teníamos era huir de una discoteca en la que habíamos pasado de ser discotequeros libres a prisioneros de Propaganda sometidos al status de una discoteca que incumplía el anexo tercero del reglamento de prisioneros de discotecas de la Federación Internacional de Luchadores Greco-romana de Discotecas (FILGD). Un anexo en el que venían definidos los derechos y la

normas sobre su trato y eventual liberación después de su privación de libertad como resultado de un campeonato de lucha grecorromana y en el que se establecía que los prisioneros debían de ser liberados y repatriados sin demora al terminar el campeonato de lucha y tratados durante su retención con humanidad y ser protegidos contra todo acto de violencia, así como proveerlos de un reservado donde descansar, alimentarse, vestirse, lavarse y recibir atención médica mientras durara su cautiverio. Pero toda la retórica del anexo se la había pasado el jefe de sala por los huecos y había dado instrucciones a los camareros para que todo aquel que quisiera seguir bebiendo refrescos de naranja solo tenía una opción, seguir bailando sin parar hasta dejar el suelo brillante con la suela de los zapatos. Ante este escenario solo quedaba una opción, escapar de allí antes de que nos obligaran a participar en un nuevo campeonato, en el que esta vez no lucharíamos entre nosotros, sino contra osos de pelea adiestrados, tal como ya se anunciaba por las pantallas de toda la discoteca.

¹ Estaba claro que Vladímir no iba a ceder, que nos quería allí, que quería ver nuestras caras mirando el reloj y viendo cómo perdíamos el vuelo de regreso. Quería ver las consecuencias de ese momento que significaba que muchos de nosotros el lunes no volveríamos a las primeras clases de nuestro último cuatrimestre, algo que solo podríamos cambiar nosotros con un plan de huida que garantizara recuperar los billetes de avión y los pasaportes que habían guardado en la caja fuerte de la discoteca con la excusa de que podrían perderse mientras bailábamos, mojarnos con algún refresco de naranja derramado sobre la barra de la discoteca, haberlos tirado por el váter en un acto de locura o empeñado por alguna de las drogas que iban ofreciéndote los camareros por cualquier lugar de la discoteca. Si cada uno hubiera guardado su billete de avión y su pasaporte o simplemente se lo hubiéramos dejado a la directora de la sucursal de la agencia de viajes en Moscú que nos organizó este viaje, ya estaríamos montados en el autobús con las maletas en su bodega y en dirección al aeropuerto. Pero antes de entrar en la discoteca, Dmitri y Iósif nos convencieron a todos los discotequeros para dejarlos en el que decían era el lugar más seguro de mundo, la caja fuerte del director, y solo había una persona en toda la discoteca que podía recuperarlos, María, que ahora estaba tendida en el sofá del despacho del director junto a su madre recuperándose del combate. Ninguno de los discotequeros que seguían bailando en la pista sin parar eran conscientes de la gravedad de la que solo despertarían cuando apagaran la música y ya fuera demasiado tarde para llegar a tiempo a la puerta de embarque.

^a Si había algo que habían dejado claro todos los profesores antes de que los alumnos se fueran de viaje de fin de curso, era que quien no estuviera el lunes en la primera clase no aprobaría su asignatura del segundo cuatrimestre. Querían evitar con esta amenaza el efecto seductor que tiene todo viaje de fin de curso para dejarlo todo y entrar en ese idilio de la fiesta discotequera infinita que termina convirtiéndose en una trampa de la que es difícil salir y en la que caen todos.

los años decenas de estudiantes que terminan abandonando los estudios presa del alcohol, la drogadicción y la noche. Pero todos en la discoteca habían decidido volver y terminar los estudios. Cuando estás en primero crees poder con todo, incluso con terminar los estudios sin ir a clase y trabajando un par de horas al día llevando comida a domicilio, pero a medida que vas llegando al final, te vas volviendo más conservador y cauteloso, piensas en terminar y dejar la aventura de trabajar para pagar tus fiestas, viajes y tu nueva vida posestudiantil para después, cuando ya hayas terminado y le has presentado a tus padres la solicitud del título, ellos dejen de financiarte tu vida de estudiante, momento en el que emprendes el camino de la supervivencia económica. Todo el mundo en la discoteca había decidido que quería regresar porque eso significaba seguir viviendo y seguir recibiendo dinero de tus padres para continuar tu vida de estudiante y no tener que preocuparte de cómo pagar el alquiler del piso, llenar el frigorífico cada semana o pagar los intereses de las deudas adquiridas durante el último mes. Algunos profesores habían dicho incluso que, si alguien después de terminar el último examen quería volver en vacaciones a trabajar como camarero o participar en el próximo campeonato de lucha grecorromana de verano para el que ya habían anunciado la fecha de celebración la última semana del mes de julio, podían hacerlo, pero tenían que saber que esta vez el seguro del viaje no se haría cargo de la repatriación de su cuerpo.

Así que un posible plan pasaba por mandar un mensaje de rap a María para que recuperara los billetes y pasaportes y saliera de allí para incorporarse a nuestra huida. De todos nosotros, la única persona que era capaz de poner voz a una de las bases que pinchaba Revolución1917 era Irene, una de las escritoras universitarias con más proyección en el mundo de la literatura. Le había ganado todo, el primer premio de poesía el año que comenzó los estudios, el de relatos en segundo y tercero, y el de novela corta en el cuarto año, con una historia de autoficción en la que contaba cómo un secuestro en una discoteca le cambió la vida. Pero eso no iba a ser fácil, había que convencer al jefe de sala para que le trajera un micrófono y le dejara cantar el rap. Si acababa el tiempo e Irene se fue hasta el jefe de sala para decirle que si le dejaba cantar ella sería la primera que se apuntaría al campeonato de lucha con los osos salvajes que la discoteca estaba promoviendo para el verano. Ninguno de nosotros estaba de acuerdo con una decisión que hipotecaba su futuro, pero ella también sabía que, si no arriesgaba, si no conseguía mandar ese mensaje a María para que recuperara los billetes y los pasaportes nadie podría huir de la discoteca. Cuando estás encerrado en un lugar de donde no puedes ni salir huyendo y el único futuro es morir, eres capaz de prometer que vas a tocar el sol o incluso pelear con un oso que podría arrancarte la mano de un mordisco. Irene asumió el reto y preparó la letra de una canción que debía llegar a María, se colocó delante de la cabina blindada de Revolución1917 y esperó que el jefe de sala bajara el brazo para que pudiera comenzar a cantar. Iba a ser su minuto de

gloria en la discoteca, el minuto que podía salvar nuestras vidas, pero también condenarla a que un oso devorara sus manos, a no poder volver a escribir nunca más y a pasar las hojas de los libros toda la vida con sus muñones mutilados. El jefe de sala, Dmitri, bajó el brazo y la Revolución1917 pinchó una base en la que ella embebió su mensaje siguiendo una base de rayos808:

S «María, tienes que salir de allí volando,
a
l necesitamos los papeles para salir pitando.
, No lo dudes más, coge la bolsa, coge la vida y salta por la ventana,
e
s aunque se te vean las bragas
o Salta y no tengas miedo porque nuestros brazos
a te estarán abajo esperando.
a Corre, corre que juntos buscaremos sin parar
a la salida de emergencia que todo lo cambiará.
o
Vamos, no lo pienses más, este es nuestro plan,
s antes de que los osos nos hagan gritar como un can,
a
a salta ya porque el tiempo se acaba
o y en la pista ya no quedan más sillas que lanzar.
l Levántate y baila
e como si fuera el último día,
a como si te fuera la vida
e en esta pesadilla.
a Corre, corre y no dejes de bailar,
e antes de que todo vuelva a empezar,
l el director de Propaganda nos quiera matar
o y en la pista no quiera amortajar.
e Huir ya es la única solución
l de esta maldita pulsión
a que nos puede dar la absolución
e

e a esta condena a la total sumisión.
S Sal por cualquier resquicio
y porque esta discoteca se ha convertido en un auspicio
o en el que los muertos se acumulan en el precipicio
y donde la única salida ya es el suicidio».

M

a esta condena a la total sumisión.

Sal por cualquier resquicio

porque esta discoteca se ha convertido en un auspicio

en el que los muertos se acumulan en el precipicio

y donde la única salida ya es el suicidio».

M.

Al Sr. Vladímir

Estimado Sr. Vladímir, director de la discoteca Propaganda:

Sé cuál es su punto débil, el que podría acabar con su discoteca ahora mismo, el que podría hacer despertar a todos los discotequeros de esta amnesia en la que los tiene sumidos sin parar de bailar como si no hubiera un mañana, como si no hubiera un vuelo que coger a las doce de mediodía. Lleva horas arrastrándonos al vórtice de esta sinrazón discotequera en la que estamos: enloquecidos y en la que ya no sabemos diferenciar realidad de ficción, información de propaganda. Pero su hegemonía puede terminar en un instante y su imperio caer si no acepta que este viaje de fin de curso ha terminado, que cada estudiante tiene que volver a su facultad y que nadie ha ganado esta Tercera Gran Pelea de lucha grecorromana que nos está haciendo bailar a todos hasta la muerte. Salga de su despacho, baje la escalera y póngase en el centro de la pista de baile en la que hemos dejado todos parte de las suelas de nuestros zapatos y diga que es usted el director y que todo ha terminado que ya es hora de volver cada uno a su piso de estudiante, de recuperar el pulso del día a día de las clases, de invertir nuestros esfuerzos en estudiar en las bibliotecas, en las salas de estudios o en relajarnos en el comedor universitario. Déjenos volver para disfrutar del sol tendidos en el césped de los jardines de la universidad, de la matiné en los bares que abrigan el campus, de un almuerzo con bocadillos en el aula y un café de termo en el pasillo. Déjenos volver a nuestras discotecas, a sus peleas de niños en la pista de baile, a las fiestas ilegales de los jueves en el aparcamiento de la facultad. Déjenos volver a llamar a nuestros padres cada noche porque queremos volver a casa, porque si no lo hace, usted ya no será cómplice de esta pelea, sino el único responsable de que perdamos el vuelo de regreso. Puede que todos al principio de la noche pudiéramos decir en un momento de debilidad que daríamos nuestra vida por hacer eterno este momento, que seríamos capaces de abandonar nuestros estudios por vivir así todos los días que nos quedaban de nuestras vidas, pero aquella debilidad ha dado paso a la realidad del ahora, la necesidad de volver a nuestras clases el lunes. Así que le pido por favor que pare ya esta carnicería y ponga música para salir de aquí o lo haremos nosotros.

Durante toda la noche Revolución1917 había sido parte del engranaje que había hecho posible que la discoteca no se hubiera autodestruído con todos los estudiantes dentro, la música se había convertido en el hilo conductor de un baile infinito que había abrigado las tres grandes peleas de la noche, porque si había algo que no podía detenerse en Propaganda era la artillería musical que

no paraba de sonar en cada una de las canciones de los discos que iba pinchando Revolución1917 y que nos llevaba de un extremo a otro de su ritmo. Una montaña rusa fiester: en la que pasábamos del éxtasis explosivo en la que alzábamos las manos hasta tocar el cielo y saltábamos como demonios, a la calma depresiva en la que nos hacía parar para sentir cómo el corazón se nos iba a salir del pecho. Un territorio donde euforia y depresión se entrecruzaban una y otra vez haciéndonos sudar y llorar hasta la extenuación. Nada podía parar ese estado, podía fallar cualquier cosa en Propaganda, pero la música debía continuar, aunque alguien cayera al suelo inconsciente. Si los botelleros se quedaban sin refrescos de naranja, se iba al almacén a pedir más cajas, si el hielo se terminaba, se servían sin él, si el lavavajillas no había terminado de limpiar los vasos, se enjuagaban los sucios y se volvían a llenar, si los aseos no se limpiaban en toda la noche, no pasaba nada porque a la discoteca no se venía a orinar o dejar tu mierda, allí sí iba a bailar. Si el camarero caía desfallecido en la barra del bar, se lo llevaban al almacén donde lo tiraban sobre el montón de bolsas de basura para que descansara y si un pistero caía deshidratado en la pista, solo había que pisotearlo y escupirle hasta que volviera a levantarse pero si había algo que no podía detenerse ni un segundo era la música, la que imponía el chamame y que era lo único que mantenía viva la discoteca. «Baila o muere» ese era el lema que se podía leer en el centro de la pista y en la camiseta negra de Revolución1917.

Durante toda la noche Revolución1917 había pasado desapercibido, aunque todos los que estábamos en la fiesta de fin de curso sabíamos quién estaba detrás de esa cabina inexpugnable desde la que se podía ver toda la pista a través de su cristal blindado ahumado y a la que se accedía por una estrecha puerta lateral que solo se abría desde el interior o marcando antes un código de seguridad en un terminal colocado en la propia manilla de la puerta. Una cabina de avión musical a la que solo podían acceder el jefe de sala y el director de la discoteca, que eran los únicos que conocían esos códigos nucleares de apertura de la puerta en la que siempre había delante de ella un miembro del equipo de seguridad para que nadie pudiera romper la conexión entre Revolución1917 y la pista de baile. Si esa simbiosis se rompía, el silencio se apoderaría de la discoteca y la gente comenzaría a abrir los ojos, a romper esa alienación musical en la que estaban sumidos, sus cuerpos se detendrían súbitamente, el sudor dejaría de resbalar por sus cuerpos haciendo que se calentaran y su piel incendiada los empujaría a salir de ese letargo con el corazón golpeando su tórax y unos pulmones intentando salirse del cuerpo para buscar el aire que les faltaba para seguir jadeando sin parar en medio de un caos provocado por cientos de granadas musicales, un despertar de sangre y gritos para el que nadie estaba preparado. Pero el sistema de la discoteca estaba diseñado para que eso no ocurriera y el suministro eléctrico que alimentaba las luces, los altavoces, las pantallas de televisión repartidas por todo el local y todo el equipo de sonido del interior de la cabina no se detuvieran. La cabina era una pequeña isla en

medio del océano con un naufrago en su interior, solo con su ordenador, su controladora, unos auriculares en el cuello, unos altavoces para escuchar la música que emanaba del exterior, un disco duro repleto de canciones de decenas de estilos musicales discotequeros y una botella de limonada. El mejor refresco de naranja de la que se tomaba un sorbo antes de cada tema. Un lugar donde el gran chamán de esa gran tribu bailonga de hombres y mujeres primitivos, no dejaba de pulsar y agitar botones, de moverse, saltar y bailar poseído por un éxtasis contagioso.

¹ Si había una persona que pudiera hacer que el silencio cayera como una bomba en el centro de la pista, ese era Revolución1917, siempre eso sí, que pudiera desbloquear el último sistema de música automática que el director había ordenado instalar en la controladora y en el que había invertido mucho dinero en su desarrollo durante los últimos años. Gran parte de los beneficios que les estaba dejando sus grandes márgenes en los refrescos de naranja, las drogas y los servicios extras que había conseguido con su hegemonía en el mercado de las discotecas lo había utilizado para desarrollar un sistema que le permitía evitar cualquier contingencia no prevista en la cabina, como un desfallecimiento por deshidratación, un amago de infarto o un abandono voluntario en un momento de la noche. Un sistema de inteligencia artificial musical que aprendía las rutinas de Revolución1917, los temas, la velocidad, las transiciones, las correcciones de tono, las sincronizaciones, las salidas y los sonidos para hacer sus propias canciones, pasando de un sistema que dependía del talento y la capacidad de emocionar de Revolución1917 a otro basado en un algoritmo que podía activarse automáticamente en cualquier momento, sumiendo a la discoteca en un bucle musical infinito que solo se podría detener pulsando un botón que estaba en la mesa del despacho del director de la discoteca. Solo él podía desactivar un sistema que tenía como objetivo poner al límite de la muerte a todos los discotequeros de Propaganda, algo que no estaba dispuesto a dejar que sucediera este pinchadiscos francés con más de treinta años de experiencia y el residente más longevo de Propaganda, vestido con un pantalón y una camiseta negra en la que se podía leer su nombre y su lema «baila o muere», mientras marcaba el ritmo moviendo su mano izquierda alzada y abierta con su dedo índice mutilado.

² En todos los años que Revolución1917 llevaba pinchando música en la discoteca había visto miles de peleas, todo tipo de objetos volar por las cabezas de los pisteros, desfallecimientos, paradas cardiorrespiratorias, personas vomitar sobre la gente después de tomarse una pastilla, pinchazos de navajas, dientes por el suelo, gargajos de sangre, labios rotos, ojos morados, hematomas como puños, llagas sangrantes en los pies y decenas de muertos. Pero nada tan cruel como en esa Tercera Gran Pelea, en la que vio cómo María, antes de que se la llevaran de la pista, arrastrando después del combate, escribiera con sangre en el cristal blindado de su cabina la palabra SOS. Los dos tenían una relación muy especial desde que ella se incorporó a la discoteca y en la que el mejor amigo de su madre se convirtió en su protector y maestro de un oficio que

María dominaba lo suficiente como para conducir las sesiones de música de los viernes por la mañana. Fue a partir de ese momento cuando Revolución1917 entendió que la música y el baile estaban por encima de cualquier campeonato ilegal de lucha grecorromana que pudiera doblegar la pista de baile como espacio de vida y libertad, frente a la opresión, la segregación, el control y el horror y la muerte en una pelea de lucha grecorromana.

o
e
a
s
s
a
n
o
a
,
n
o
a
a
e
o
s
a
l

o
,
,
,
l
a
a
a
e

María dominaba lo suficiente como para conducir las sesiones de música de los viernes por la mañana. Fue a partir de ese momento cuando Revolución1917 entendió que la música y el baile estaban por encima de cualquier campeonato ilegal de lucha grecorromana que pudiera doblegar la pista de baile como espacio de vida y libertad, frente a la opresión, la segregación, el control, el horror y la muerte en una pelea de lucha grecorromana.

M.

Al Sr. Vladímir

Estimado Sr. Vladímir, director de la discoteca Propaganda:

El baile nos trajo a su discoteca y el baile nos sacará de ella, quiera usted o no, porque nadie está por encima de nadie, solo el baile que es capaz de rebelarse contra su discoteca en un ejercicio de libertad, individualidad y felicidad que terminará sacándonos de ella y a usted de ese despacho, víctima de esa pulsión natural y subversiva que hay detrás del ejercicio placentero de esta revolución llamada baile. Decía Nietzsche que «quien no baila está fuera de la realidad» y la realidad ahora será nuestro baile, porque su baile, sus canciones y su relato musical de propaganda ha muerto y ha dado paso a nuestro baile como acto individual y libre, el baile como un acto social compartido capaz de generar una respuesta a su plan. No nos vamos a dejar intimidar por la música de ese sistema que pretende acabar con todo lo humano que hay detrás de la mezcla de cada canción de Revolución1917, ahora seremos nosotros quienes impondremos el ritmo que terminará sacándonos de aquí, porque el baile no es una forma de coaccionar, el baile es disfrute, el baile es un acto de expresión personal, una extensión de nosotros de cómo pensamos, cómo sentimos y cómo afrontamos esta fiesta de fin de curso en la que por mucha música que ponga su sistema de inteligencia artificial musical nunca dejará de ser una extensión fascista del hilo musical de una escuela de oficiales militares. Sabemos que son tiempos de guerra, pero nosotros solo nos debemos a la música, el baile y el reglamento de la Federación Internacional de Lucha Greco-romana de Discotecas (FILGD).

Revolución1917 tenía un plan para sacarnos de allí, destruir el sistema de inteligencia artificial musical que había implantado el director de la discoteca, pero él sabía que en el momento que lo intentara se activaría un sistema que estaba preparado para sustituirlo si la máquina detectaba que la música que se mezclaba no coincidía con los patrones musicales que habían mantenido el pulso del baile en la discoteca durante toda la noche. La máquina lo había aprendido todo de Revolución1917 hasta conseguir lo más difícil para un ser humano, conecta con la gente y poner al límite bailando a todos los discotequeros de Propaganda. Pero aún no era tarde porque él sabía cómo revertir y engañar a la máquina, incluso antes de tomar alguna decisión que podía comprometer su vida, solo tenía que volver a enseñarla y hacer desaparecer de su algoritmo cada una de las tareas que había aprendido a partir del conjunto de instrucciones que definían la música que estaba autorizada en la discoteca y que venía impuesta en uno de los procedimientos del manual de la discoteca. Una serie de documentos que constituían junto con

otros procedimientos como el de limpieza y mantenimiento de baños, compra y suministro de refrescos de naranja, limpieza de la pista de baile, medios de seguridad e intimidación, venta de drogas o el reglamento de peleas, la verdadera Constitución de la discoteca. Pero si había un documento esencial que destacaba sobre los otros en esta Constitución, era el procedimiento de instrucciones generales y particulares del estilo musical, que definían el motor de funcionamiento musical de la discoteca Propaganda, donde nada era casual y todo lo que ocurría era parte de las leyes y normas que definían qué música debía sonar en cada momento de intensidad, ritmo, volumen, estilo y donde todo venía descrito en un procedimiento que revolucionó 1917, el residente más longevo de Propaganda conocía al detalle y que era el motor que alimentaba un sistema de inteligencia artificial musical que aprendía de él. Pero si había algo que diferenciaba a Revolución1917 de la máquina, era la intuición. La máquina podía predecir cuál podía ser la próxima canción que sonaría basada en la probabilidad y la lógica matemática, pero la máquina podía funcionar como si fuera una red neuronal humana autónoma artificial, pero ninguno de los ingenieros que había diseñado e instalado este sistema había sido capaz de reemplazar un módulo que consiguiera desarrollar la intuición, esa que le permitía a Revolución1917 elegir un tema musical solo con mirar a la cara de los discotequeros mientras bailaban y con los que conseguía conectar y comunicar mensajes subliminales a través de cada una de las canciones que iba pinchando y mezclando. Revolución1917 y también el Director de la discoteca sabían que la música de Propaganda no era solo una sucesión de pistas con el objetivo de hacer que los discotequeros no dejaran de bailar hasta deshidratarlos y no pararan de beber refrescos de naranja, sino que buscaban reprogramarlos para llevarlos al límite y hacerlos desfallecer cuando fuera necesario en la pista de baile, en sus casas, en la Universidad, en otras discotecas, en el aparcamiento de un supermercado cerrado o en una fiesta ilegal en medio de la noche y eso solo escuchando una sesión musical de Propaganda. Romper con todo este sistema de aprendizaje que podía hacerte volver al día siguiente o hacerte que te quedarás ahí días sin dormir y sin parar de bailar, no iba a ser fácil, porque aquella sesión que había sonado durante toda la noche, compuesta por una sucesión de mezclas de diferentes estilos discotequeros y sus infinitas variantes, iban a conseguir que llegasen las doce de la mañana y ninguno de los que estaban allí consiguiera montarse en el avión de regreso del viaje de fin de curso. Revolución1917 había tomado la decisión de seguir hacia delante con su plan, sacar a María de despacho del director y a todos los discotequeros, sin que nadie resultara herido y el sistema de inteligencia musical no se activara en ningún momento porque si eso sucedía, si por alguna razón entraba en funcionamiento de manera fortuita, automáticamente se activaría un plan especial que nunca se había puesto en práctica a pesar de que venía perfectamente descrito en uno de los capítulos del manual de Propaganda y en el que se describían los protocolos que se ejecutaría en toda la discoteca y sus consecuencias sobre los discotequeros y Revolución1917.

Si había algo que identificaba a Revolución1917, no era su camiseta negra con el lema «baila o muere», su pantalón negro, su pelo corto oscuro o su sonrisa permanente al mismo tiempo que bailaba al ritmo de los temas que iba mezclando con un auricular en una de sus orejas mientras no dejaba de mirar a los discotequeros. El secreto de sus sesiones no solo era esa selección de música que guardaba en el disco duro de su ordenador, ni su controladora que le permitía mezclar cada canción sin perder el ritmo en cada transición de un tema a otro para cambiar de estado sin que nadie parara o despertara, ni tampoco todos los juguetes que tenía repartidos por su mesa y que le servían para crear nuevos sonidos que intercalaba en los temas. Su secreto era que escuchaba a la multitud discotequera para que no dejaran de bailar. Revolución1917 podía tener la biblioteca más actual, el talento de mezclar buscando un ritmo continuo que no hiciera parar a nadie, pero si no escuchaba a la gente, cómo se retorcían sus cuerpos, cómo golpeaban sus pies sobre la pista desgastando sus zapatos, el chasquido de sus huesos y la respiración de sus cuerpos, no se diferenciaría de un sistema de inteligencia artificial musical que nunca podría aprender cómo se sentían los discotequeros. De nada tampoco serviría que Propaganda tuviera instaladas cámaras de seguridad por toda la discoteca y decenas de sensores de movimiento y presión en suelos y paredes, porque nunca una máquina podría interpretar lo que la mirada de Revolución1917 podía ver y analizar viendo bailar a la gente en el corazón de Propaganda, la pista de baile.

Llegar hasta allí no fue fácil para el residente más longevo de la discoteca, que tuvo que pasar por un duro entrenamiento antes de poderse subir a ese púlpito que lo hacía sentir un Dios de baile, porque si había que creer en Dios y que ese Dios estuviera en esa discoteca, ese solo podía ser alguien que pudiera hacer bailar a toda la discoteca sin importarle morir. Pero después de sesiones infinitas, de días sin dormir, de probar miles de drogas, de recibir palizas de los instructores que se vestían como discotequeros a los que no les gustaba la música que pinchaba de decenas de momentos al borde del colapso, el día que estuvo al filo de la muerte, él fue elegido entre un grupo de aspirantes que no lograron superar la última prueba, el dedo índice de la mano izquierda a cambio de ser residente en Propaganda. Cuando eres joven y solo tienes veinte años eres capaz de arrastrarte por un campo de minas con los ojos cerrados y también dejarte cortar un dedo para que el director de la discoteca lo cuelgue en su despacho como si fuera un trofeo, deseas tanto entrar a formar parte de una de las veinte mejores discotecas del mundo y subirte a su trono musical que estás dispuesto a meter tu dedo en una cubitera con hielo hasta no sentirlo, para que después el propio director de la discoteca, con su navaja recién afilada, como si fuera un bisturí, te lo cortara y lo cauterizara mientras te recordaba que siempre serás residente de esta discoteca mientras tu dedo cuelgue en su despacho. Son momentos en los que la felicidad de saber que es una oportunidad única ciega la ausencia de un dedo que ya no

volv^ará a formar parte de ti, incluso te crees invencible cuando te dan una prótesis que te abri^e todas las puertas de las discotecas del mundo. Hasta que a la mañana siguiente despiertas en tu s^acama sin saber cómo has llegado allí y miras tu miembro fantasma y guardas en un cajón ese d^ededo de oro que te han dado y tiras la llave por el váter, porque a partir de ahora quieres recorda^a cada día de tu vida que ser residente de Propaganda no valía un dedo disecado colgado en e^el despacho del director de una discoteca. Ese día lo dejas todo, el alcohol, las drogas y abrazas lo q^rue te mantiene vivo: la música y los discotequeros a los que haces bailar felices hasta la muerte a^al ritmo de tu mano mutilada.

a Revolución1917 sabía que sin su dedo mutilado nunca saldría de la discoteca y también sabía a^aque su decisión podía hacer que nunca lo recuperase y nunca pudiese salir de allí, pero después de tres décadas en Propaganda lo tenía decidido, sabía cómo hacerlo, tenía un plan para engaña^a al sistema de inteligencia artificial musical, sabía cómo sacar a María del despacho del director y a^a todos los discotequeros de Propaganda sin que nadie, ni la máquina, se dieran cuenta de ello a^aLo que no sabía aún y eso le asustaba era cómo iba a recuperar su dedo para poder salir de allí y t^aambién y no seguir viviendo en aquella cabina en la que comía, bebía y dormía antes de volver a e^ccasa desde que era residente de Propaganda. Hasta un perro atado a una cancela vivía mejor a^aPero Revolución1917 había tocado fondo esa noche, cuando el gélido frío le recordó la ausencia de un dedo que no escondía mientras movía una hipnotizante mano izquierda al ritmo de su m^rúsica y a la que todos los discotequeros miraban como si fuera la mano de Dios mientras l^l bailaban buscando su salvación.

a
e
s
,
l
e
s
n
i
l
o
n
e
s
o

M

volverá a formar parte de ti, incluso te crees invencible cuando te dan una prótesis que te abrirá todas las puertas de las discotecas del mundo. Hasta que a la mañana siguiente despiertas en tu cama sin saber cómo has llegado allí y miras tu miembro fantasma y guardas en un cajón ese dedo de oro que te han dado y tiras la llave por el váter, porque a partir de ahora quieres recordar cada día de tu vida que ser residente de Propaganda no valía un dedo disecado colgado en el despacho del director de una discoteca. Ese día lo dejas todo, el alcohol, las drogas y abrazas lo que te mantiene vivo: la música y los discotequeros a los que haces bailar felices hasta la muerte al ritmo de tu mano mutilada.

Revolución1917 sabía que sin su dedo mutilado nunca saldría de la discoteca y también sabía que su decisión podía hacer que nunca lo recuperase y nunca pudiese salir de allí, pero después de tres décadas en Propaganda lo tenía decidido, sabía cómo hacerlo, tenía un plan para engañar al sistema de inteligencia artificial musical, sabía cómo sacar a María del despacho del director y a todos los discotequeros de Propaganda sin que nadie, ni la máquina, se dieran cuenta de ello. Lo que no sabía aún y eso le asustaba era cómo iba a recuperar su dedo para poder salir de allí también y no seguir viviendo en aquella cabina en la que comía, bebía y dormía antes de volver a casa desde que era residente de Propaganda. Hasta un perro atado a una cancela vivía mejor, Pero Revolución1917 había tocado fondo esa noche, cuando el gélido frío le recordó la ausencia de un dedo que no escondía mientras movía una hipnotizante mano izquierda al ritmo de su música y a la que todos los discotequeros miraban como si fuera la mano de Dios mientras bailaban buscando su salvación.

M.

Al Sr. Vladímir

Estimado Sr. Vladímir, director de la discoteca Propaganda:

Nada puede parar una revolución, porque la revolución en sí misma es un movimiento perpetuo que está ahí dentro de nosotros a la espera de que suba la velocidad, se sincronice con otras personas y termine explosionando sin control con el objetivo de cambiar la realidad actual por otra realidad desconocida de consecuencias imprevisibles. Frente a la revolución, usted tiene dos opciones, quedarse en su despacho poniendo todos los medios de la discoteca al servicio de la represión, como regular la entrada a los baños, racionar los refrescos de naranja, intervenir la música, prohibir el baile en determinadas zonas o encerrar a los discotequeros más subversivos en el almacén. Y si llegara el momento en el que el descontrol terminara apoderándose de la pista de baile, mandar a los miembros de seguridad a la pista donde están los discotequeros mientras suena música *hardcore* para que nadie pudiera escuchar los golpes de las palizas y los disparos.

La otra opción es salir de ese despacho, bajar a la pista de baile y participar en esta revolución poniendo todos los medios posibles para que la nueva realidad se imponga bajo un clima de euforia y un inevitable desorden, aunque sepa que esta opción le hará salir de su despacho con una caja de cartón en la mano en la que llevará el primer vaso que se colocó en las estanterías de la discoteca, un marco con una foto familiar, la pistola y la navaja que le regaló su abuelo cuando abrió la discoteca, el ajedrez de madera de su padre, la taza en la que todas las mañanas después de cerrar se toma sus tres dedos de vodka antes de desayunar en el bar de enfrente y ese premio de mejor director de una de las veinte mejores discotecas del año expedido por la Asociación de Discotecas Unidas (ODU).

Salga de su despacho y participe en la revolución, aún no es tarde para bailar y piense que, si se queda allí dentro, corre el riesgo de que un nuevo director le saque a patadas, no haga una locura. Si se va a ir, hágalo bailando y vuelva a casa limpio y puro, esa sería su mejor revolución y no la de pegarse un tiro en la boca antes de salir por la puerta de atrás de la discoteca con los pies por delante.

El plan de Revolución1917 era sencillo, hacer lo que había estado haciendo toda la noche pero en sentido contrario de las agujas del reloj. Si durante todas estas horas la música que había pinchado había conducido centrípetamente a todo el mundo a ese vórtice en el que se había convertido la pista de baile, ahora su nueva sesión tenía que conducir a la gente hacia una huida

controlada que les permitiera salir de allí. No iba a ser sencillo conseguirlo, pero tenía que hacerlo también por María, su mejor alumna, antes de que fuera demasiado tarde para llegar a la puerta de embarque del aeropuerto y subirse al vuelo de las doce de la mañana, algo para lo que solo tenía una hora de sesión musical. Pero si la música había podido retener a todos los estudiantes del viaje de fin de curso en Propaganda toda la noche, ahora también la música lo sacaría de allí. Una música que tendría que ser muy distinta a la que había pinchado hasta ahora y que había conseguido retener a la gente en la pista, incluso en los momentos más duros de las peleas. Una transición musical que debía terminar con todos fuera de la discoteca viendo desde la acera de enfrente como se apagaba el luminoso de neón de la puerta de la entrada.

Revolución1917 sabía que lo primero que tenía que hacer para que aquella multitud en la discoteca que no paraba de bailar empezara su transición, era sacar a María del despacho del director. Para lograrlo solo había una opción que incluso comprometería su carrera musical para toda la vida. Estaba a punto de tomar la decisión más difícil e irreversible, pero después de todos estos años de silencio y esclavitud, de estar obligado a pinchar las mismas canciones cada noche a cada hora, de haberle negado el director una y otra vez participar en otras sesiones en discotecas internacionales y de ver a través del cristal cientos de peleas, vivir para Propaganda ya no era una opción. Así que no se lo pensó dos veces, cogió la caja de discos, sacó un puñado de discos dentro con su mano izquierda, colocó la mano derecha flexionada sobre la mesa de mezcla y como si fuera un matón profesional, ejecutó un golpe certero sobre la muñeca produciéndole una instantánea fractura de Colles. Aquella fractura del radio a dos centímetros y medio por encima del lugar en el que el hueso se une a la muñeca le hizo gritar y saltar con todas sus fuerzas, lo que hizo que la gente también saltara y levantara las manos sin control al ritmo de unos gritos que, si no hubiera subido el volumen antes de provocarse la rotura, se habrían escuchado en el despacho del director. La razón de que no eligiera cortarse los tendones de la mano con el filo de un disco de vinilo, golpearse la cabeza contra el cristal blindado hasta quedarse inconsciente, beber refrescos de naranja hasta desmayarse o tomar pastillas de éxtasis para entrar en un estado de delirio temporal, era porque Revolución1917 no quería que su lesión se viera como una autolesión, sino como una de las fracturas más comunes que se producen en las discotecas cuando algunos de los pisteros pierden el equilibrio y caen hacia delante y, al apoyar las manos en el suelo se escucha el crujido de los huesos que en muchas de las ocasiones termina en una fractura de Colles. En la mayoría de los casos leves esta lesión se soluciona con un hielo y un vendaje en la muñeca, en los casos moderados en los que el hueso se sale de su posición los camareros te lo recolocan antes de ponerte una cédula y, en los casos más graves en los que se requiere una operación para anclar los huesos rotos, suben al pistero lisiado en un coche de la discoteca y lo arrojan en la puerta del hospital más cercano, mientras le advierten que diga en e

el hospital que la fractura se ha producido por un resbalón caminando por una acera llena de hielo recorriendo de madrugada, esquiando, practicando algún deporte, forcejeando en la calle con uno de los ladrones que te estaban atracando a punta de navaja o simplemente huyendo de unos violadores que te estaban siguiendo desde que saliste de la discoteca. Podías dar cualquier explicación al menos decir la verdad, porque eso significaría denunciar a la discoteca por negación de auxilio a un discotequero y repercutiría negativamente en la imagen de una discoteca que quería seguir estando entre las veinte mejores del mundo.

^a Cuando el jefe de sala se dio cuenta de que Revolución1917 no podía continuar, se fue corriendo a la cabina, porque nada podía interrumpir la transición perfecta entre el tema musical que se estaba escuchando y el próximo. Si eso ocurría, muchos discotequeros podían parar de bailar y, si eso pasaba, muchos despertarían y, si algo no podía pasar en Propaganda, es que el agente comenzara a preguntarse qué hacían allí todavía a esas horas, cuántos refrescos y pastillas llevaba en el cuerpo o qué hacía ese discotequero tirado en el suelo inconsciente. El jefe se salió impulsó el código de la puerta mientras Wislawa lo anotaba en una servilleta y entró dentro para comprobar el alcance de la lesión, Dmitri no es que tuviera rayos X en los ojos, pero había visto muchas fracturas como esas en la discoteca, involuntarias como parecía esa y fortuitas: provocadas en las peleas que se producían a lo largo de toda la noche o por los forcejeos con los miembros de seguridad que no se andaban con rodeos y antes de tirarte en la acera te daban una palmada para que cuando te tocaras las costillas te acordaras de la discoteca, pero sobre todo de ellos. Dmitri podía presumir de ser la única persona que había tenido la suerte de haber presenciado en esa discoteca la rotura de los 206 huesos que tiene el cuerpo humano, desde el poderoso fémur, el hueso más grande, fuerte e inquebrantable del cuerpo, hasta los más pequeños como el martillo, el estribo y el yunque situados en el oído medio, pasando por la rotura de la delicada y frágil clavícula. Así que cuando vio la muñeca de Revolución1917 pudo comprobar que se trataba de una fractura leve que le permitiría seguir en la cabina mezclando cada tema pero le sería imposible utilizar con normalidad cada uno de los elementos que componían la consola, como las perillas, los *faders*, las bandas táctiles, los pulsadores de la sección de FX que controlaban los efectos de sonidos o *los jog wheels*, sin que los discotequeros, al hacer una transición sin tener configurado un *loops* a 16 compases, se dieran cuenta de que pasaba algo en la cabina. Pero en el estado en el que había quedado su muñeca le iba a ser imposible controlar el *fader* del *tempo*, el de ecualizar, el del volumen o el *crossfader* para saber el canal en el que estabas y mucho más difícil hacer un *scratching*. En el estado en el que había quedado su mano solo le permitía darle al botón de reproducir y al de pausa situado entre las almohadillas de los *samplers* de batería, así que Dmitri tenía dos opciones, activar el sistema de inteligencia artificial musical o poner a alguien que pudiera suplir sus funciones. En Propaganda solo había un:

una persona que pudiera meterse en la cabina con Revolución1917 y esa era María, con la que había hecho dúo en muchas sesiones y lo había aprendido todo de él desde que comenzó su proceso de transformación en el que se encontraba a punto de terminar y que podría convertirla en la primera mujer pinchadiscos residente de la discoteca. Un puesto que hasta ahora solo había estado reservado para los hombres y que había relegado a las mujeres a tareas auxiliares en la barra, la limpieza de los baños, contadoras de billetes y monedas, gestoras de comunicación, bailarinas o simples acompañantes, algo que podría cambiar esta noche si en medio de la locura discotequera se iniciara en la cabina el ritual, teniendo como padrino de ceremonias a Revolución1917 y a los ojos de todos los discotequeros el director de Propaganda con su navaja recién afilada le mutilaría en directo el dedo índice de su mano izquierda.

a
s
a
a
o
s
s
a
e
r
l
s
a
r
,
a
¿
a
n
l
e
o
s
l
a

M

persona que pudiera meterse en la cabina con Revolución1917 y esa era María, con la que había hecho dúo en muchas sesiones y lo había aprendido todo de él desde que comenzó su proceso de formación en el que se encontraba a punto de terminar y que podría convertirla en la primera mujer pinchadiscos residente de la discoteca. Un puesto que hasta ahora solo había estado reservado para los hombres y que había relegado a las mujeres a tareas auxiliares en la barra, la limpieza de los baños, contadoras de billetes y monedas, gestoras de comunicación, bailarinas o simples acompañantes, algo que podría cambiar esta noche si en medio de la locura discotequera, se iniciara en la cabina el ritual, teniendo como padrino de ceremonias a Revolución1917 y a los ojos de todos los discotequeros el director de Propaganda con su navaja recién afilada le mutilara en directo el dedo índice de su mano izquierda.

M.

Al Sr. Vladímir

Estimado Sr. Vladímir, director de la discoteca Propaganda:

Lo que la música y el baile ha unido que no lo separe la sangre. Puede que usted piense que la sangre derramada en la pista por la paliza de sus servicios de seguridad a un negro que no sabía bailar, pasar por encima de ese charco mientras bebes en un vaso manchado por un labio roto pulsar el interruptor de la luz del baño entintado de sangre, orinar junto a un discotequero sangrando por una nariz partida mientras otro vomita sangre a tu lado después de tomar una sobredosis de pastillas de éxtasis salpicando tu camisa blanca de gotas de sangre, regresar a la pista y ver cómo alguien se corta los tobillos con un vaso roto en el suelo y forma un reguero de sangre mientras baila y besa a su novia después de darle un puñetazo en la boca y partírle un diente, es ley de vida y muerte del día a día. Usted puede creer que todo esto sirva para unir a los discotequeros y hacer su discoteca más fuerte y patriótica, pero lamento informarle que se equivoca. La sangre solo sirve para teñirlo todo de miedo y desesperación, sirve para imponer la idea autocrática de que el orden en una discoteca solo se sustenta con la sangre de sus discotequeros y que el único sentido de la vida de ellos es la sumisión incondicional a pensamiento único de un director que no entiende el verdadero motivo por el que la gente está en su discoteca. La discoteca no está llena porque tenga los mejores refrescos de naranja, servicio exclusivos en los reservados de lujo o los camareros más sonrientes, amables y serviciales del mundo con las mejores drogas en sus bolsillos. La gente está en su discoteca por la música y el baile que hace vibrar nuestros cuerpos, que nos abraza, que solidariza, que te hace sonreír, que te hace nacer una y otra vez, porque la música y el baile lo es todo en la discoteca, la música y el baile son la vida, mientras que para usted la vida es la sangre derramada en la pista de la discoteca.

Lo que Irene no había conseguido con su rap, lo había logrado la música que jugaba a nuestro favor porque había sacado a María del despacho del director, recuperando los pasaportes y los billetes de avión que ahora estaban dentro de su mochila. Ya solo quedaba que el tándem de los dos mejores pinchadiscos de toda la historia de la discoteca nos sacaran de allí sin que nadie saliera herido y antes de que bajara el director para coronar a María como la nueva residente de Propaganda y con la que buscaba renovar la escena musical y perpetuar ese estilo inconfundible que había reinado en la discoteca desde que comenzó en Propaganda la era discotequera de Vladímir y que se había convertido en un referente internacional en los últimos años. Pero ahora:

era el tiempo del tándem Revolución1917 y Disidencia99 —que era el nombre con el que María se anunciaba en los carteles—, los dos juntos tenían la misión de fabricar la sesión musical más difícil de sus vidas, la de hacer que todos los estudiantes llegaran al aeropuerto antes de las doce de la mañana, algo que no iba a ser fácil con el jefe de sala vigilando los movimientos de ellos un sistema de inteligencia artificial musical que se conectaría en el momento que detectara algún patrón diferente y un director que se preparaba para bajar y recoger su nuevo dedo para el que ya tenía preparado desde hacía horas el marco y el lugar donde colgaría su nueva reliquia.

a La música trajo a los discotequeros a Propaganda y Revolución1917 y Disidencia99 tenían
a como misión sacar a todos los estudiantes del lugar donde el baile y la música habían consagrado
, a Propaganda como uno de los veinte mejores templos musicales del mundo. Pero ahora los do-
j a mejores residentes de la discoteca tenían el poder de la música y el baile para sacar de allí a una
a muchedumbre que seguía enfermiza bailando sin parar como si el tiempo se hubiera detenido y
e lo tenían que hacer ya porque nadie podía quedarse allí, solo los equipos de limpieza, los
c camareros reponiendo los botelleros, el equipo de seguridad comprobando cada rincón del local
y que ningún pistero se había quedado dormido en el váter o sobre un montón de abrigos, bajo la
e atenta mirada de un director que estaría supervisándolo todo a través de los monitores de las
c cámaras de seguridad y que no saldría de allí hasta que no quedara nadie en la discoteca y él
s colocara el código de activación de la alarma antes de cerrar la discoteca unas horas. Pero no iba
l a ser fácil que los dos se comunicaran, cualquier palabra que se dijera en la cabina era escuchada
y y analizada por el sistema de inteligencia artificial musical, pero los dos se conocían tan bien que
s solo eligiendo el orden de los temas que iban a utilizar y mirándose eran capaces de
l comunicarse. Uno a uno fueron eligiendo los temas que no debían de romper en ningún momento
l el frenético ritmo que se había instalado a esas horas en la discoteca y, mientras los latinos en el
e lado occidental esperaban esas instrucciones en forma de música, Ilya y el grupo de los griegos
l intentaban convencer a los discotequeros del lado oriental para que se quedaran a la nueva fiesta
a de estudiantes de fin de curso que empezaría a partir de las doce de la mañana. Irene y Wislaw
no dejaban de mirar a María y de escuchar los *jingles* que se colaban una y otra vez en el tema
modo de mensajes subliminales, algo de lo que también se podría dar cuenta el jefe de sala y no
o solo de eso, sino de cómo había cambiado el ritmo de la música a la que le había bajado alguna
s revoluciones, las suficientes como para que el sistema no percibiera un cambio de tendencia que
s podía sacar de la catarsis a los estudiantes que parecían estar empezando la noche gracias a las
e pastillas que habían echado en la última marmita colectiva gratis que habían colocado en la
e barra. Una estrategia frecuente en esta discoteca a estas horas de la mañana, que había logrado
e que muchos no supieran la hora y el día en el que vivían. Irene miró el reloj y le hizo una señal
e a María y al resto del grupo de los latinos para que estuvieran preparados cuando Revolución1917
a

ay Disidencia99 siguieran con la siguiente fase del plan que debía sacarlos de allí si querían llegar a tiempo al aeropuerto. La pericia de los dos residentes había conseguido también distraer al jefe de sala, que había visto que la participación de Disidencia99 había conseguido convertir la discoteca en una auténtica olla de presión como si estuviera empezando la noche y nadie quisiera salirse de allí, su ritmo frenético, sus transiciones y los dos bailando y saltando incitando con sus abrazos en alto a no parar hasta morir estaban consiguiendo hacer temblar la discoteca, las vibraciones habían llegado hasta el despacho del director en el que los cuadros no dejaban de moverse en las paredes, al sótano donde se habían llevado a los heridos de las peleas e incluso los vasos de las estanterías de la barra, de las mesas y los que estaban sobre el suelo habían comenzado a golpearse unos con otros produciendo un frenético tintineo. Nada podía parar y aquel temblor que fue ganando intensidad por momentos y, lo que empezaron siendo unas pequeñas vibraciones, se convirtieron en un seísmo que iba aumentando su intensidad a medida que Revolución1917 y Disidencia99 subían en cada transición las revoluciones de una música que estaba llevando a los discotequeros al límite, como si lo que les esperara al final de la canción fuera el precipicio de una gran falla abierta a sus pies, una caída al abismo a la que nadie quería renunciar. La discoteca parecía que se iba a derrumbar, los cuadros del despacho del director saltaban en las alcayatas, las piezas del ajedrez empezaron a moverse y el sillón y todo lo que estaba encima de la mesa comenzó a desplazarse. La discoteca se había convertido en el epicentro de un gran terremoto donde las ondas elásticas de la música y el baile de los discotequeros se propagaban no solo en la pista sino por toda la discoteca y, cuando parecía que la canción iba a terminar y que el temblor iba a desaparecer, una transición imposible a cuatro manos generaba una mezcla imposible nunca escuchada haciendo que el caos se apoderara de toda la discoteca. Se había generado un terremoto musical que había hecho bailar al unísono a toda la discoteca, la gente no bailaba solo en la pista y en la periferia, la locura se había instalado en todos los rincones, en la barra del bar los camareros dejaron de poner refrescos, el guardarropa se convirtió en una pista improvisada, el almacén, los reservados, los heridos del sótano todos estaban en pie saltando al ritmo de las revoluciones imposibles que mezclaban dos temas, uno convencional y otro que recordaba a las sirenas antiaéreas como si fueran a caer decenas de bombas sobre la discoteca. Una música que hizo que se activara el plan de emergencia que la discoteca tenía implantado en caso de que saliera ardiendo, hubiera un terremoto, un secuestro o un ataque nuclear y que fue actualizado tras el último incendio en el que murieron trece personas. Este suceso provocó un cambio de la normativa nacional que obligaba a las discotecas en las que se hacían peleas de lucha grecorromana a informar a todos los discotequeros qué debían hacer en caso de que sonaran las alarmas y se activara el plan de emergencia. Una comunicación que consistía en indicarte los recorridos que debían realizarse y el lugar por el que se debía abandonar ordenadamente la discoteca. Aquel tema que pincharon

Revolución1917 y Disidencia99 consiguieron ese efecto, sumir a toda la gente en un pánico ordenado que consiguió desbloquear las puertas de emergencia y encender las luces auxiliares indicando el recorrido que debían hacer para salir por ella bajo la atónita mirada de un jefe de sala que veía cómo ríos de discotequeros se desplazaban bailando hacia la salida de emergencia por la que iba saliendo una muchedumbre enfermiza que no dejaba de bailar al mismo tiempo que iban aumentando exponencialmente las revoluciones con el sonido de unas sirenas de fondo que no dejaban de sonar y de conducir a todos los discotequeros que se dejaban llevar por su destruyendo, quisieran o no salir de allí, si no querían morir pisoteados en la estampida. Discotequeros, camareros, el equipo de seguridad, el jefe de sala, Ilya, el grupo de los griegos todos estaban siendo llevados hacia la salida de emergencia sin poder hacer nada, empujados por el baile al ritmo frenético de la música. En la discoteca solo quedaron Revolución1917 y el Sr. Vladimir en su despacho, agarrado a su sillón de cuero, viendo cómo los cuadros con cada uno de los dedos de los pinchadiscos residentes de Propaganda se rompían al caer al suelo y los cristales llegaban a las punteras de sus mocasines ingleses negros recién limpios. Solo bastaron sesenta segundos de canción para que la discoteca se quedara vacía y la música comenzara a retumbar en las paredes. Si la puerta de emergencia no hubiera estado abierta, la discoteca se hubiera derrumbado por la presión de las ondas que golpeaban los muros sin que ninguna muchedumbre las absorbiera. El director se levantó de su sillón y movió la cortina, quería ver con sus propios ojos que lo que estaba retransmitiéndose por los monitores de las cámaras de seguridad era lo real y que no estaba siendo víctima de un acto de desinformación. Revolución1917 y el director se miraron, este paró de bailar un segundo, le enseñó su mano emutilada, subió el volumen al máximo y siguió bailando mientras Vladimir cerraba la cortina y se iba directamente a la caja fuerte. ¡Estaba abierta! María se había llevado todos los billetes de avión y los pasaportes antes de ser trasladada a la cabina, solo había dejado su afilada navaja y su pistola con una sola bala.

l

s

M

r

e

n

l

e

s

e

y

n

Revolución1917 y Disidencia99 consiguieron ese efecto, sumir a toda la gente en un pánico ordenado que consiguió desbloquear las puertas de emergencia y encender las luces auxiliares indicando el recorrido que debían hacer para salir por ella bajo la atónita mirada de un jefe de sala que veía cómo ríos de discotequeros se desplazaban bailando hacia la salida de emergencia por la que iba saliendo una muchedumbre enfermiza que no dejaba de bailar al mismo tiempo que iban aumentando exponencialmente las revoluciones con el sonido de unas sirenas de fondo que no dejaban de sonar y de conducir a todos los discotequeros que se dejaban llevar por su estruendo, quisieran o no salir de allí, si no querían morir pisoteados en la estampida. Discotequeros, camareros, el equipo de seguridad, el jefe de sala, Ilya, el grupo de los griegos, todos estaban siendo llevados hacia la salida de emergencia sin poder hacer nada, empujados por el baile al ritmo frenético de la música. En la discoteca solo quedaron Revolución1917 y el Sr. Vladímir en su despacho, agarrado a su sillón de cuero, viendo cómo los cuadros con cada uno de los dedos de los pinchadiscos residentes de Propaganda se rompían al caer al suelo y los cristales llegaban a las punteras de sus mocasines ingleses negros recién limpios. Solo bastaron sesenta segundos de canción para que la discoteca se quedara vacía y la música comenzara a retumbar en las paredes. Si la puerta de emergencia no hubiera estado abierta, la discoteca se hubiera derrumbado por la presión de las ondas que golpeaban los muros sin que ninguna muchedumbre las absorbiera. El director se levantó de su sillón y movió la cortina, quería ver con sus propios ojos que lo que estaba retransmitiéndose por los monitores de las cámaras de seguridad era lo real y que no estaba siendo víctima de un acto de desinformación. Revolución1917 y el director se miraron, este paró de bailar un segundo, le enseñó su mano mutilada, subió el volumen al máximo y siguió bailando mientras Vladímir cerraba la cortina y se iba directamente a la caja fuerte. ¡Estaba abierta! María se había llevado todos los billetes de avión y los pasaportes antes de ser trasladada a la cabina, solo había dejado su afilada navaja y su pistola con una sola bala.

M.

Al Sr. Vladímir

Estimado Sr. Vladímir, director de la discoteca Propaganda:

Siempre hay una salida de emergencia, un punto de retorno, un plan B, un túnel excavado en el subsuelo o una alcantarilla que te lleva al otro lado. Un oso acorralado, un gato frente a un perro, una rata en un rincón mientras espera un certero golpe con un palo o una cucaracha perdida en el cubo de basura, siempre terminan encontrando la salida de emergencia. La vida siempre nos da segundas oportunidades, de hecho, vivir es una segunda oportunidad, solo hay que aceptarla y disfrutar de ella y no esperar a que nos encontremos en un despacho sin salida de emergencia desde el que tengamos que renunciar a las expectativas de ese sueño imposible que pareció real durante una parte de la noche. Pero no siempre se puede ganar, no puedes pretender que tus luchadores ganen todas las peleas, los camareros no se sienten a comer el bocadillo de la seis de la mañana, los discotequeros no abandonen la discoteca hasta que tú no quieras, que beban solo tus refrescos de naranja o bailen siempre las mismas canciones, porque el baile es vida, un cambio de estado perpetuo con luces y sombras, de música y silencio donde orden y caos se funden como en un coctel ideal. Al principio fue bonito entrar y comenzar esa experiencia en una de las veinte mejores discotecas del mundo, habíamos entrado en un lugar donde no nos importaría morir bailando, pero llega un momento en el que quieres volver a casa y ni la música, ni los refrescos gratis, los aseos recién limpios después de horas con olor a orina y mierda pueden cambiar tu nueva perspectiva de la noche. Pero sé que todo termina derrumbándose a tus pies cuando llega el momento de irse y el equipo de seguridad te cierra las puertas para invitarte a que te quedes allí, ese es el síntoma más evidente del fracaso de su gestión porque ha dejado de entender que las discotecas abren, se llenan de discotequeros y más discotequeros que bailan sin descanso, hasta que llega la hora de vaciarse y todo el mundo tiene que salir para volver a empezar, es el ciclo de la vida de la noche y el día de una discoteca y nada puede romperlo para obligar a los discotequeros a bailar hasta morir por muchas pastillas que eche en los refrescos de naranja, convierta la discoteca en un búnker y jure por su vida que Propaganda terminará siendo la mejor discoteca del mundo.

Cuando abrieron los ojos, todos los discotequeros estaban en la otra acera, frente a la salida de emergencia. La música salía retumbando por el pasillo que conectaba la pista de baile con la salida de emergencia. Aquel túnel de una decena de metros se había convertido en un amplificador gigante que estaba haciendo que todos los discotequeros bailaran en la calle

convirtiéndose ahora en el espacio de libertad más grande de Moscú. La gente que pasaba por allí también se unía al baile, gente que no dejaba de venir de edificios y calles colindantes para sumarse a esa fiesta del baile en la que se había convertido la calle. Todos entremezclados y sin poderse mover presos de una multitud que no dejaba de saltar al ritmo de la música y que tenía a todos atrapados en su cadencia, menos a Ilya, sus amigos de la escuela de oficiales militares y el grupo de los griegos, Iósif, Dmitri, Burak y Jinping, que estaban junto a la puerta de emergencia donde todo el personal de la discoteca observaba a esa multitud en trance que no dejaba de bailar y a la que solo podría parar los disparos de la pistola de Ilya, mientras que Revolución1917 se había atrincherado en la cabina, bloqueado la entrada y jaqueado el sistema de inteligencia artificial musical que se había convertido en su nuevo aliado, después de decirle a María «hasta pronto».

La fiesta se había instalado en la calle a la luz del día bajo un frío desolador de -8°C de un 2 de febrero, que parecía no erosionar las ganas de bailar de los discotequeros bajo la atenta mirada de todo el equipo de seguridad de la discoteca con el jefe de sala al frente que había recibido instrucciones claras del director de la discoteca de que todos los discotequeros debían volver a entrar en Propaganda donde debía continuar la fiesta. Pero ya era demasiado tarde, la gente había descubierto que la calle se podía convertir en la mejor discoteca del mundo, que no hacían falta refrescos de naranja para no deshidratarse o drogas para recordarnos que el cielo existe, ahora el sol que abrigaba nuestros gélidos cuerpos bailongos eran nuestra luz. La tensión se podía ver en los rostros de unos imponentes guardas de seguridad que esperaban impaciente la señal de Dmitri para emplear cualquier estrategia para que la gente volviera dentro de la discoteca donde las cámaras pudieran vigilar a todos los discotequeros y beber de la marmita de refrescos de Propaganda instaurándose otra vez el imperio de la ley y el orden del director de la discoteca. Pero cuando descubres la luz, aunque haga frío, tengas la cara helada y tu cuerpo esté a punto de cristalizarse y romperse, comienzas a bailar con más intensidad generando un calor que termina derritiendo la capa de escarcha que te envuelve, has descubierto la verdad de que se puede bailar en cualquier lugar, que no necesitas depender de la dictadura de una discoteca para hacerlo endeudar tu vida para comprar un refresco de naranja adulterado o consumir drogas. Incluso descubres que puedes mear en una alcantarilla al abrigo de los cuerpos de tus amigos que bailan sin parar. Habíamos descubierto la verdad.

Los minutos pasaban y nadie se movía de allí al mismo tiempo que seguía viniendo más gente de otros clubes cercanos que se incorporaban a esa fiesta callejera donde se bailaba al ritmo de la música que salía de la discoteca. Propaganda había perdido su función alienante y la calle se había convertido en un espacio de huida y baile infinito en el que no hacía falta hacer cola y esperar a que te cachearan antes de entrar vestido con traje de chaqueta y corbata. El jefe de sala,

ry el equipo de seguridad observaban impotentes a la muchedumbre que no quería volver dentro
aa pesar de que hacían todo lo posible para ello porque habían colocado un gran cartel en el que se
apodía leer «hora feliz del 2x1». Propaganda estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para que el
agente volviera a entrar dentro, aunque tuviera que regalar la mitad de los refrescos de naranja y
lponer en peligro su salud financiera, pero ni la hora feliz, ni informar a todo el mundo que no
aiban a registrar a nadie al entrar, ni los rumores de que habían desinfectado los baños y los
rreservados, pudieron atraer a nadie hasta la puerta de emergencia donde los camareros se habían
ecolocado haciendo un pasillo triunfal con bengalas de colores, mientras el personal de la limpieza
alos esperaban dentro con collares de espumillón y una orquídea de plástico antes de entrar en los
aseos. La impaciencia se estaba apoderando del jefe de sala y de Ilya que colocó sus manos en
sus pistolas, los discotequeros tenían que volver a Propaganda vivos, heridos o muertos, pero
antes de que eso ocurriera había una solución que podía hacer colapsar a una multitud que seguía
a inmersa en la calle en una fiesta que no atisbaba final alguno. Esa solución pasaba por entrar en
la cabina a punta de pistola y pegarle un tiro en cada mano a Revolución1917 y parar esa
a revolución que se había apoderado de la calle, pero entrar en la cabina iba a ser imposible, aque
a lugar había sido diseñado para ser inexpugnable, construido a prueba de ataques terroristas
a catástrofes naturales o una explosión nuclear. Nadie podía entrar en ese lugar si Revolución1917
no facilitaba el código de acceso. Él también había conseguido que la música solo se
desconectara desde allí y ya ni el director tenía control sobre ella, a quien la única alternativa que
le quedaba era pulsar el botón rojo que había en su despacho, que nunca había sido utilizado y
provocar el gran apagón. Un apagón de consecuencias impredecibles que afectaría a todo el
barrio y que empezaría provocando la interrupción del alumbrado, para después afectar a todas
las máquinas y equipos conectados a la instalación de la red principal. Un apagón que no
afectaría a la discoteca que disponía de generadores eléctricos de emergencia, pero que
provocaría que las casas del barrio se quedaran sin calefacción, se calentaran los refrescos en los
frigoríficos y se descompusiera la comida, mientras que en la discoteca todo seguiría igual, los
botelleros fríos, el hielo no se derretiría, habría agua fría y caliente en los baños y las luces y la
música seguirían destellantes al ritmo de las pulsaciones musicales, mientras que en las casas de
todo el barrio se instalaría el silencio y la oscuridad, convirtiendo las habitaciones sin ventanas en
ventilación en refugios de guerra. El objetivo del apagón era provocar el sufrimiento no solo en
los discotequeros, sino también de las personas que vivían en toda la manzana, que no podrían
alimentarse, asearse, poner la calefacción, lavar su ropa o algo tan sencillo como cepillarse los
dientes. Mientras es de día y te puedes abrigar en casa o salir al balcón a tomar algunos rayos
fríos de sol, puedes renunciar a volver a la discoteca para bailar en la calle, pero si llegara la
noche y no se hubiera restablecido el suministro, la gente no tendría otra opción que volver a la
discoteca. Antes de esta drástica decisión para detener el jolgorio que se había instalado en la

la calle, había otra solución, la de eliminar la música que tenía sumido en un baile frenético a una multitud emuchedumbre que llegaba de cada casa del barrio, de los bares, de los colegios y los comercios de los alrededores que se iban quedando vacíos. Solo había que cerrar las puertas de emergencia y sellar el lugar por donde salía la música que no dejaba de pinchar Revolución 1917 haciendo volver a la gente a la realidad de Propaganda. Pero cuando el equipo de seguridad se disponía a cerrarlas para evitar que la música se escapara por la puerta de emergencia, decenas de autobuses con sus equipos de música encendidos a todo volumen comenzaron a llegar estacionando frente a la discoteca donde abrieron las puertas saliendo la música a todo volumen. Ahora de nada serviría cerrar las puertas de la discoteca para que la gente dejara de bailar o entrar en la cabina de Revolución 1917 para matar al rruiseñor. La música que salía expulsada de los altavoces de los autobuses se mezclaba con la que salía de la discoteca, creándose una melodía única que hasta ahora no se había escuchado en la discoteca. Una absorbente y adictiva música que iba conduciendo a todos los discotequeros dentro de los autobuses a los que subían sin parar de bailar, mientras Irene y el resto de los miembros del grupo de los latinos se aseguraban de que nadie se quedara atrás, al mismo tiempo que le metían en los bolsillos su pasaporte y su billete de avión. Ellos fueron los últimos en subir, cuando se aseguraron que también lo hacían hipnotizados por el nuevo ritmo el grupo de los griegos con Dmitri, Iósif, Jinping y Bural completamente narcotizados por una música que los hacía bailar sin parar bajo la mirada de un jefe de sala que asistía impotente a la huida de los discotequeros en unos autobuses blindados y contra los que rebotaban las balas al ritmo de Revolución 1917 y la mirada del director de la discoteca Vladímir que lo último que vio fue a Disidencia 99 subiendo al autobús y cerrando la puerta mientras bailaba sin parar.

o

e

M

s

s

a

e

i

l

l

s

s

a

a

a

calle, había otra solución, la de eliminar la música que tenía sumido en un baile frenético a una muchedumbre que llegaba de cada casa del barrio, de los bares, de los colegios y los comercios de los alrededores que se iban quedando vacíos. Solo había que cerrar las puertas de emergencia y sellar el lugar por donde salía la música que no dejaba de pinchar Revolución 1917 haciendo volver a la gente a la realidad de Propaganda. Pero cuando el equipo de seguridad se disponía a cerrarlas para evitar que la música se escapara por la puerta de emergencia, decenas de autobuses con sus equipos de música encendidos a todo volumen comenzaron a llegar estacionando frente a la discoteca donde abrieron las puertas saliendo la música a todo volumen. Ahora de nada serviría cerrar las puertas de la discoteca para que la gente dejara de bailar o entrar en la cabina de Revolución1917 para matar al ruiñeñor. La música que salía expulsada de los altavoces de los autobuses se mezclaba con la que salía de la discoteca, creándose una melodía única que hasta ahora no se había escuchado en la discoteca. Una absorbente y adictiva música que iba conduciendo a todos los discotequeros dentro de los autobuses a los que subían sin parar de bailar, mientras Irene y el resto de los miembros del grupo de los latinos se aseguraban de que nadie se quedara atrás, al mismo tiempo que le metían en los bolsillos su pasaporte y su billete de avión. Ellos fueron los últimos en subir, cuando se aseguraron que también lo hacían hipnotizados por el nuevo ritmo el grupo de los griegos con Dmitri, Iósif, Jinping y Burak completamente narcotizados por una música que los hacía bailar sin parar bajo la mirada de un jefe de sala que asistía impotente a la huida de los discotequeros en unos autobuses blindados contra los que rebotaban las balas al ritmo de Revolución1917 y la mirada del director de la discoteca Vladímir que lo último que vio fue a Disidencia99 subiendo al autobús y cerrando la puerta mientras bailaba sin parar.

M.

Al Sr. Vladímir

Estimado Sr. Vladímir, director de la discoteca Propaganda:

Hay una cosa que estoy seguro no le perdonaré, irme de Propaganda sin haberle conocido, sin saber ni siquiera qué aspecto tenía, sin haberme bebido ni un refresco de naranja en toda la noche mientras jugábamos una partida rápida al ajedrez o hablar como hablan dos desconocidos en la barra de una discoteca. Hubiera estado incluso dispuesto a dar mi vida en una última pelea de lucha grecorromana por conocerle y decirle a los ojos todo lo que pienso de su discoteca para no tener que escribirle una y otra vez sabiendo que no ha leído ninguna de las cartas que le he enviado, porque si las hubiera leído no habiéramos llegado a esta situación. Quiero que sepa que para mí usted es uno de los veinte directores de discoteca del mundo menos solventes posiblemente el peor de Rusia y yo diría que sin duda de Moscú. Un director que no tiene la suficiente entidad moral como para decir que en su discoteca Propaganda se celebran las mejores fiestas del último día de un viaje de fin de curso, no solo de Moscú, Rusia, oriente y occidente sino de todo el universo. Sé que no le conozco personalmente y que quizás no se deba hablar así de un director si antes no nos hemos mirado nuestros penes en el aseo de la discoteca mientras orinábamos, ni hablado mientras nos lavábamos las manos y las entrelazábamos en el secamanos. Pero querer convencer a todos los discotequeros de que eres director de la mejor discoteca del mundo, que si no fuera por usted el mundo de las discotecas estaría en peligro y no sería un lugar seguro donde escuchar música y bailar. Un director que cree tener el don de dejar entrar o echar de su discoteca a cualquier discotequero que quiera, que puede organizar un campeonato de lucha grecorromana al margen de la Organización de Discotecas Unidas (ODU) y sin tener en cuenta el Reglamento de la Federación Internacional de Lucha Grecorromana de Discotecas (FILGD) es un acto de propaganda.

Siento no poder estar ahora en su propio despacho para decirle esto desde lo que parece ahora: el salón de un piso de estudiantes en el que duermen Irene, Mykola, Wislawa, Nelson, Hilary James y su hija María, mientras yo escribo con la sangre hecha aún refresco de naranja y lo miro tumbados en el suelo sobre un colchón de espuma de poliuretano pensando que mañana será otro día en este barracón desde el que también se ve a través de la ventana el piso de Dmitri Iósif, Burak y Jinping, el comedor del bar El Ruso, las oficinas de la agencia de viajes de la mujer del Ruso, al fondo la Universidad y detrás de ella, casi inaccesible, las discotecas a las que volveremos a bailar hasta que nuestros cuerpos digan que ya no pueden sostenerse sobre s

mismos y los bajos de los altavoces terminen tirándonos al suelo a la espera de que alguno de nuestros compañeros nos saque de allí y nos pida un taxi para traernos a casa, vivos o muertos. Pero para eso habrá que esperar al fin de semana, porque mañana lo que está por llegar es el futuro, es volver a las clases, al día a día de la trinchera diaria lectiva y comenzar este nuevo y último cuatrimestre de entrenamiento que terminará licenciándonos y convirtiéndonos en los mejores filólogos clásicos que podrían salir de una universidad pública. Después de eso vendrá la guerra de verdad, la de la subsistencia por sobrevivir a cualquier precio, de camarero en una discoteca, ayudante de cocina en un restaurante de comida rápida, repartidor de comida a domicilio o dependiente en una tienda de ropa a tiempo parcial mientras estudias para opositar dentro de un año. Aunque si tienes suerte y eres el elegido, en el mejor de los casos te quedará en la universidad de becario durante cuatro años para doctorarte, años de vida sin horarios precariedad y sumisión, una vida en guerra para la que ninguna universidad te prepara lo suficiente. Así que mañana volveremos a la rutina del entrenamiento, levantarse temprano para llegar a tiempo a la primera clase donde nos esperan unas horas de ayuno hasta que podamos desayunar en el bar El Ruso, para después volver otra vez a las clases hasta la hora en la que podamos abrir nuestra fiambarrera en algún rincón del campo de batalla universitario. Después biblioteca, prácticas, trabajos en grupos, volver al piso, una cena ligera, un hola, un adiós y vuelta a nuestro cuarto. Así día tras día deseando que llegue el fin de semana para ir a la discoteca y hacer del baile el único espacio de libertad, bailar hasta no sentir nuestros cuerpos como si el baile fuera lo único que pudiera salvarnos de esta rutina mortecina de la que nadie puede escapar, ni siquiera los del grupo de los griegos del piso de al lado que volverán a pasear por los pasillos como si no hubiera pasado nada, como si no hubieran estado a punto de matar a un profesor de Literatura Griega que llegará a la clase cojeando con el cuerpo lleno de hematoma como si le hubieran pegado puñetazos queriéndole romper todos los huesos del cuerpo, con el fondo del ojo aún ensangrentado, el brazo izquierdo en cabestrillo vendando hasta la muñeca y el dedo índice donde siempre llevaba su anillo de campeón de lucha grecorromana mutilado por la segunda falange, para que ya nunca más pueda llevar el anillo de campeón que recibió cuando derrotó a Aleksandr, el mejor luchador de lucha grecorromana de discotecas de todos los tiempos.

La verdad solo tiene un camino, el de la lucha limpia y en igualdad de condiciones, con el reglamento de la Federación Internacional de Lucha Grecorromana de Discotecas (FILGD) y no la ley del sicario, esa de la coacción y el miedo. El director del departamento hace tiempo que nos enseñó que el miedo era un arma poderosa de la propaganda, que un examen era simplemente un acto protocolario al que no había que temer, que nuestra fuerza residía en el día a día, en la confianza de nuestro trabajo, en la búsqueda de una verdad iterativa mediante la

reconstatación de tres o más fuentes y que el poder es el conocimiento. Con él aprendimos a bucear en la historia, entendimos a Roma y a Grecia, sus problemas, sus aciertos y errores, sus numerosas debilidades. De él aprendimos que no hay occidente y oriente, que la humanidad es un círculo perfecto que no tiene puntos de inflexión, que todo es principio y fin y que son las personas las que ponen las vallas para segregar a otras personas y otros territorios a su conveniencia. Así que no quiera ahora imponerme, Sr. Director de Propaganda, una de las veinte mejores discotecas del mundo, que la verdad de su música, la de sus refrescos de naranja, la de su sistema de gestión, la de sus peleas de lucha grecorromana es la única, porque sabría que si requiriera si viniera a algunas de las clases de Teatro Clásico o de Literatura Griega. Le propongo un acuerdo, estudie con nosotros este último cuatrimestre, conozca otras discotecas, baile en nuestras fiestas, pruebe los refrescos de limón con hielo picado y participe en nuestras peleas de lucha grecorromanas y descubra que hay otra verdad más allá de las fronteras de su discoteca aunque estoy seguro de que eso no lo va a hacer, usted seguirá allí hasta que un día los pisteros se rebelen contra usted y lo saquen de su despacho al ritmo de la música de Revolución1917. ¿Sabe una cosa, cuando más poderosos, invencibles e inmortales nos creemos, más frágiles somos. Nos escondemos en la prepotencia cuando somos débiles, utilizamos la violencia y la coacción cuando las personas que nos rodean pierden la confianza en nosotros, es el camino de la soledad mesiánica que solo puede llevarle al holocausto nuclear. Hay algo que el ser humano no ha entendido aún y es que nadie es un ser imprescindible, pero usted lo sabe y eso le frustra. ¿Sabe que cuando muera pondrán a otro director en su despacho y usted pasará a formar parte de los libros de historia, puede que su foto cuelgue en el despacho del nuevo director, pero será solo eso, una foto colgada en la pared, un adorno que ya no podrá cambiar nada y que para lo único que habrá servido es para ser parte de esa holística del universo que consiste en una continua transformación de la vida en materia orgánica y que la única huella que dejará es la del carbono14. Acepte que también será comida de gusanos, haga lo que haga, y que existir no garantiza la continuidad de sus ideas. Tiene que saber que el director que lo sustituya, aunque lo haya elegido personalmente antes de irse a la discoteca celestial, no garantizará su legado. Todos los directores de discoteca buscan una cosa, escribir su propia historia discotequera en los libros de contabilidad de su predecesor y poner su propio nombre a uno de los cócteles de la carta de la discoteca, aun sabiendo que este desaparecerá de ella cuando deje de ser director de Propaganda.

o Espero volver pronto a Propaganda, pero si pudiera elegir ese momento, me gustaría hacerle el día que pudiera entrar en su discoteca sin que me cachearan unos matones de los pies a la punta de mis orejas de burro, me gustaría entrar y encontrarme la discoteca llena de gente bailando al ritmo de Revolución1917 y Disidencia99 haciendo vibrar el suelo de la pista. El día que vuelva quiero que se limpien los aseos cada hora y que se pueda elegir el sabor de lo

refrescos, pero sobre todo quiero que haya peleas de lucha grecorromanas limpias en las que gane el más técnico, hábil y con más talento. Basta ya de peleas adulteradas y amañadas y aprenda de los mejores directores de discoteca del mundo. Asuma que puede ser cuestionado y decide cerrar la discoteca un día a la semana para que descansen todo su equipo, tomar decisiones. Que rompan con la tradición está llena de riesgos y vértigo, no sé a qué espera para prohibir la entrada a su discoteca de navajas o pistolas, ponga horarios y límites pensando en los vecinos de su discoteca que no pueden dormir porque usted ha decidido que no quiere gastar dinero eninsonorizar las paredes. Vecinos que tienen que ver cómo algunos discotequeros mean en los portales de sus edificios porque ha decidido cerrar los baños. Deje que bailen en su discoteca que se expresen libremente, que rocen sus cuerpos sudados y hagan del baile su vida. Sea valiente, confíe en su música, en sus camareros y escuche a los discotequeros, no tenga miedo a sentirse cuestionado en su propia discoteca, eso es un síntoma de la limpieza democrática que debe ser parte de su gestión y de su continuo proceso de formación como director. Baje a la pista a bailar y no se quede en su despacho sentado esperando a que vengan a pedirle explicaciones los responsables de la Federación Internacional de Lucha Grecorromana de Discotecas (FILGD), los de la Asociación de Discotecas Unidas (ADU), los directores de las agencias de viajes, los trabajadores de las fábricas de refrescos de naranja que llevan meses sin cobrar las horas extras del personal de limpieza a los que no suministra guantes para limpiar los baños, el representante del sindicato de trabajadores ilegalizado por usted, los auditores de cuentas que vienen por su libro de contabilidad, los delegados de curso que representan a los estudiantes que decidieron que querían pasar el último día de su viaje de fin de curso en su discoteca o los padres de los discotequeros que murieron por sobredosis. No espere a tenerlos todos delante de usted para recoger la pistola que tiene sobre la mesa para pegarse un tiro, porque lo último que me gustaría contarles un día a mis hijos es que su abuelo fue el peor director de una discoteca llamada Propaganda.

o
s
e
a

M

o
s
e
a
s

refrescos, pero sobre todo quiero que haya peleas de lucha grecorromanas limpias en las que gane el más técnico, hábil y con más talento. Basta ya de peleas adulteradas y amañadas y aprenda de los mejores directores de discoteca del mundo. Asuma que puede ser cuestionado si decide cerrar la discoteca un día a la semana para que descanse todo su equipo, tomar decisiones que rompan con la tradición está llena de riesgos y vértigo, no sé a qué espera para prohibir la entrada a su discoteca de navajas o pistolas, ponga horarios y límites pensando en los vecinos de su discoteca que no pueden dormir porque usted ha decidido que no quiere gastar dinero en insonorizar las paredes. Vecinos que tienen que ver cómo algunos discotequeros mean en los portales de sus edificios porque ha decidido cerrar los baños. Deje que bailen en su discoteca, que se expresen libremente, que rocen sus cuerpos sudados y hagan del baile su vida. Sea valiente, confíe en su música, en sus camareros y escuche a los discotequeros, no tenga miedo a sentirse cuestionado en su propia discoteca, eso es un síntoma de la limpieza democrática que debe ser parte de su gestión y de su continuo proceso de formación como director. Baje a la pista a bailar y no se quede en su despacho sentado esperando a que vengan a pedirle explicaciones los responsables de la Federación Internacional de Lucha Grecorromana de Discotecas (FILGD), los de la Asociación de Discotecas Unidas (ADU), los directores de las agencias de viajes, los trabajadores de las fábricas de refrescos de naranja que llevan meses sin cobrar las horas extras, el personal de limpieza a los que no suministra guantes para limpiar los baños, el representante del sindicato de trabajadores ilegalizado por usted, los auditores de cuentas que vienen por su libro de contabilidad, los delegados de curso que representan a los estudiantes que decidieron que querían pasar el último día de su viaje de fin de curso en su discoteca o los padres de los discotequeros que murieron por sobredosis. No espere a tenerlos todos delante de usted para coger la pistola que tiene sobre la mesa para pegarse un tiro, porque lo último que me gustaría contarles un día a mis hijos es que su abuelo fue el peor director de una discoteca llamada Propaganda.

M.

**Cuando este libro se terminó de escribir el 24 de febrero
Propaganda y sus franquicias de todo el mundo
seguían abiertas llenas de discotequeros
sumidos en el sueño de
BAILAR O**

**M
O
R
I
R**

Descubre más contenidos
y contacta conmigo en:



J.M. Alfaro Muleman

Moguer (1975). Escritor y librero de la librería La Taberna del Libro desde 2010. Un espacio cultural donde ha colocado en sus estanterías más de 50.000 títulos diferentes, preparado cientos de devoluciones, barrido y limpiado suelos, quitado telarañas del techo y mierdas de perro de la acera. Librería donde también ha programado presentaciones de libros, narraciones orales para niños y adultos, catas de vinos, recitales de poesía erótica con *tappersex* incluido, llevado los libros hasta la orilla de la playa y participado en ferias del libro. Desde el 2008 coordina el encuentro de escritores y escritoras *Burros Verdes* de Moguer auspiciado por la Fundación y Casa Museo Zenobia y Juan Ramón Jiménez. Tiene publicado dos libros ilustrados o poemas gráficos *Muleman* (2019) y *Broom* (2023). Desde hace unos años escribe todos los domingos en la prensa digital y no sabe, si como escritor y ser humano, después de escribir varios libros más se arrepentirá de editar y publicar su última novela *Propaganda*.

J.M. Alfaro Muleman

Moguer (1975). Escritor y librero de la librería La Taberna del Libro desde 2010. Un espacio cultural donde ha colocado en sus estanterías más de 50.000 títulos diferentes, preparado cientos de devoluciones, barrido y limpiado suelos, quitado telarañas del techo y mierdas de perro de la acera. Librería donde también ha programado presentaciones de libros, narraciones orales para niños y adultos, catas de vinos, recitales de poesía erótica con *tappersex* incluido, llevado los libros hasta la orilla de la playa y participado en ferias del libro. Desde el 2008 coordina el encuentro de escritores y escritoras *Burros Verdes* de Moguer auspiciado por la Fundación y Casa Museo Zenobia y Juan Ramón Jiménez. Tiene publicado dos libros ilustrados o poemas gráficos *Muleman* (2019) y *Broom* (2023). Desde hace unos años escribe todos los domingos en la prensa digital y no sabe, si como escritor y ser humano, después de escribir varios libros más, se arrepentirá de editar y publicar su última novela *Propaganda*.

J.M. Alfaro Muleman

Propaganda

El 24 de febrero, en la fiesta del último día de un viaje de fin de curso en la discoteca Propaganda, lo que empezó siendo la que debía ser la mejor fiesta en una de las veinte mejores discotecas de mundo para un grupo de estudiantes del último curso de Filología Clásica en la que no faltaría amor, drogas y refrescos de naranja, terminó convirtiéndose en el escenario de la Tercera Gran Pelea, el mayor campeonato de lucha grecorromana jamás organizado en una discoteca, bajo el lema: «baila o muere».

Una fiesta de fin de curso en la que estudiantes de Filología Clásica, de otras facultades y graduados de una escuela militar rusa se vieron obligados a luchar en un campeonato de lucha grecorromana sin la autorización de la Organización de Discotecas Unidas (ODU) y supervisado por un equipo arbitral corrupto que no garantizaba el cumplimiento del reglamento de la Federación Internacional de Lucha Grecorromana de Discotecas (FILGD), poniendo en riesgo la vida de todos los estudiantes.

«Cuando se emprende la escritura de una ambiciosa novela, se debe tener en cuenta la capacidad de resistencia para culminar un trabajo en el que habrá momentos en los que el escritor deseará no estar vivo. Sobre todo, cuando se ha propuesto que ese libro sea parte de su proyecto vital literario. Propaganda es un buen comienzo y una novela de acero para bailar y morir», Antonio Ramírez Almanza.